

MANIFIESTA

DE LA

Misericordia

1895



ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1895

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

*BARRANTES (D. Vicente), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), BELMONTE MÜLLER (D. Gerardo), BUSTILLO (D. Eduardo),
CAMPILLO (D. Narciso), CARRASCO LABADÍA (D. Miguel), CASTELAR (D. Emilio), CATARINEU (D. Ricardo J.), CAVESTANY (D. Juan Antonio),
DELGADO (D. Sinesio), DÍAZ DE ESCOBAR (D. Narciso), ESTREMERA (D. José), FABRA (D. Nilo María), FASTENRATH (D. Juan),
FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERRANT (D. Alejandro), FERRARI (D. Emilio), FRONTAURA (D. Carlos), GÓMEZ DE ARTECHE (El General),
GRILO (D. Antonio), GUTIÉRREZ (D. Miguel), JACKSON VEYÁN (D. José), JIMÉNEZ ARANDA (D. José), LANDERER (D. José J.),
LÓPEZ SILVA (D. José), MATOSES (D. Manuel), MÉNDEZ BRINGA (D. N.), MONASTERIO (D. Ricardo), NAVARRETE (D. Ramón de),
PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Eduardo Luis del), PALACIO (D. Manuel del), PAZ (D. Abdón de), PEÑA (D. Maximino),
PÉREZ Y GONZÁLEZ (D. Felipe), PÉREZ NIEVA (D. Alfonso), PÉREZ ZÚÑIGA (D. Juan), PICOLO (D. M.), RAMOS CARRIÓN (D. Miguel),
REINA (D. Manuel), RODRÍGUEZ MARÍN (D. Francisco), SABANDO (D. Jullán Manuel de), SALVANY (D. Juan Tomás), SÁNCHEZ PÉREZ (D. Antonio),
SANMARTÍN Y AGUIRRE (D. José), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), SOROLLA (D. Joaquín), THEBUSSEM (El Doctor),
UN COCINERO DE S. M. (JUBILADO), VIDART (D. Luis),*

AÑO XXII



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1894

ALMANAQUE

LA ILLUSTRACION

ANUARIO DE LA ILLUSTRACION

1907

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL



TEXTO

<i>Págs.</i>	<i>Págs.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	5
Año astronómico, por D. M. V.	5
Santoral	6
La muerte de Carlos V, por D. Emilio Castelar	11
Vuelve por uvas, poesía, por D. Ricardo Monasterio	19
El último Otelo, por D. Eduardo Bustillo	21
Babel ó Babia, poesía, por D. Abdón de Paz	27
Caliparco y ellas, por D. Ricardo Becerro de Bengoa	28
Un griego ilustre.—Plutarco, por D. Narciso Campillo	38
El día y la noche, poesía, por D. Nilo María Fabra	42
Su muerte, poesía, por D. Miguel Carrasco Labadía	42
Desde la Corte, poesía, por D. Manuel Reina	43
Guarda..... niños, por D. Antonio Sánchez Pérez	47
El cielo en 1895, por D. José J. Landerer	49
Exceso de celo.—(Cuento ó cosa parecida), poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga	55
...Menu...dencia..., por el Doctor Thebussem	56
Sin ti y contigo, poesía, por D. Francisco Rodríguez Marín	67
Cantares, por D. Ricardo J. Catarineu	67
Culpa mía, poesía, por D. Juan Tomás Salvany	67
Trinitaria, poesía, por D. Narciso Díaz de Escobar	67
Vamos por puntos, por D. Felipe Pérez y González	68
El Congreso de los ratones, fábula, por D. Ricardo Sepúlveda	69
El atún.—Su caza.—La Isla Cristina.—La mojama, por D. Julián Manuel de Sabando	70
La esclavitud del rayo, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany	73
Don Martín Fernández de Navarrete, por D. Luis Vidart	77
¡Hule! poesía, por D. Sinesio Delgado	83
Manuel Fernández y González, por D. Eduardo de Palacio	85
Lo que dice una madre, poesía, por D. Antonio Grilo	89
El Doctor Fausto en la historia, en la leyenda, en la poesía y en el arte, por D. Juan Fastenrath	91
Las hojas, sonetos, por D. Manuel del Palacio	96
El andamio, por D. Miguel Ramos Carrión	97
Cachorro entre leones, poesía, por D. Vicente Barrantes	101
Matrimonios.—Promoción de 1894, por D. Carlos Frontaura	104
La mujer ideal, soneto, por D. Eduardo Luis del Palacio	108
La gran batalla, poesía, por D. Gerardo Belmonte Müller	109
De planchadora á Duquesa, por D. Ramón de Navarrete	110
La felicidad, poesía, por D. José Estremera	115
La Czarina Isabel Alexewna (historia española), por el General D. José G. de Arteche	117
El milano y la paloma, poesía, por D. José López Silva	125
La procesión humilde, por D. Alfonso Pérez Nieva	127
Voz de la inmensidad, soneto, por D. Miguel Gutiérrez	130
Lo mismo da, dolora, por D. J. F. Sanmartín y Aguirre	130
La sombra de Cervantes, alegoría, por D. José Fernández Bremón	131
¡Ole con ole! poesía, por D. José Jackson Veyán	136
Un comparsa, por D. Manuel Matoses	137
Obsesión, poesía, por D. Emilio Ferrari	141
Proyecto de un almuerzo; carta de un cocinero de S. M. á la Excm. Sra. Marquesa de Á....., por un cocinero de S. M. (jubilado)	144

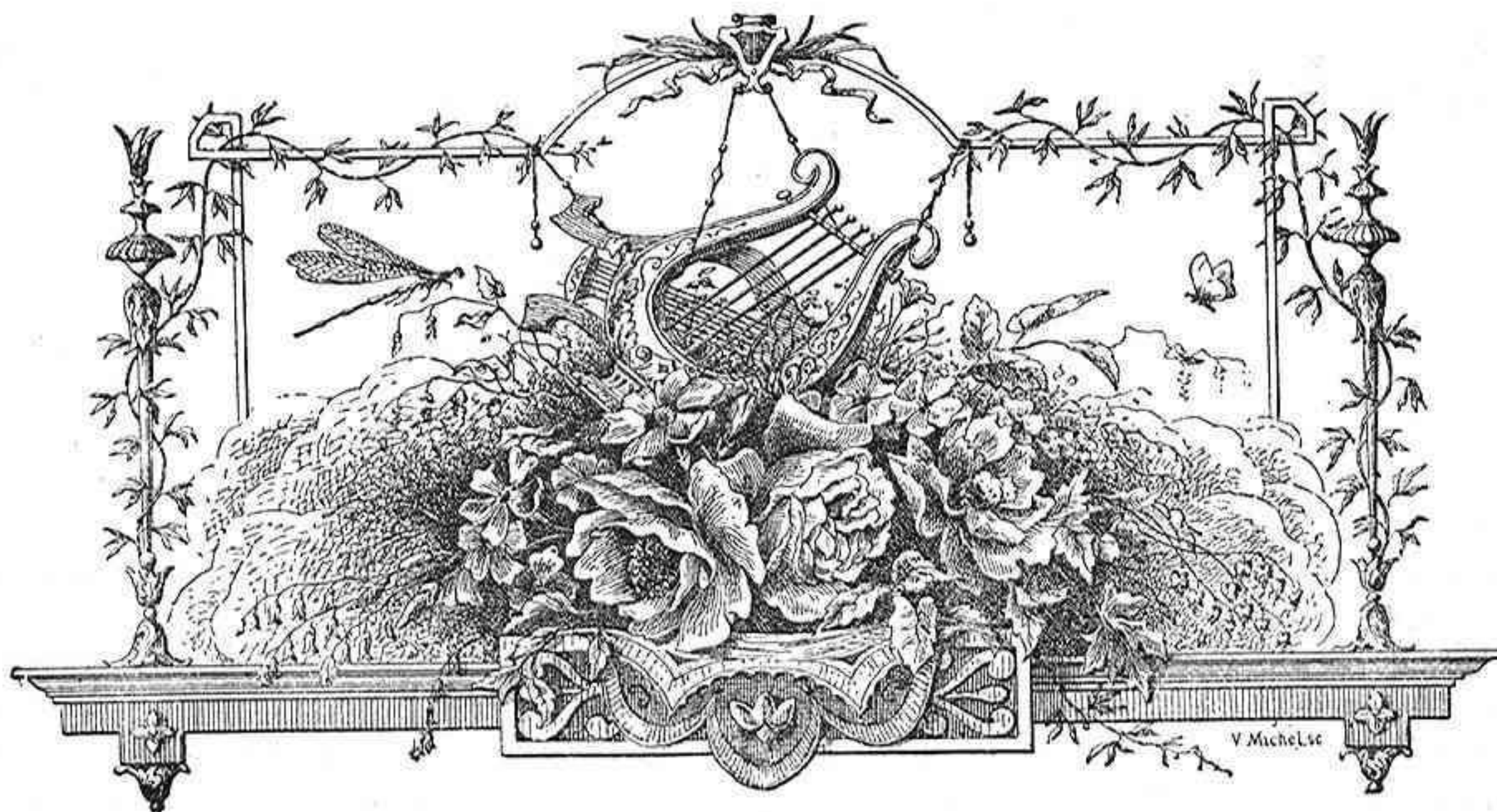
GRABADOS

<i>Págs.</i>	<i>Págs.</i>
Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo	10
Exvoto, cuadro de Joaquín Sorolla	13
¡Quieto! de fotografía de Franz Hanfstaengel	16
¡Que vienen!, cuadro de Chocarne Moreau	18
Pasatiempo, cuadro de Torrini	20
Mariana, por Enriqueta Rae	23
¡Hombre al agua!, cuadro de Rudaux	24
En la canícula, cuadro de Carl Von Stteten	26
Una sarta de perlas	29
Fotografías instantáneas.—La sorpresa.—La ira	31
Margarita	34
El príncipe Carlos de Rumanía, de fotografía de Mandy	36
Escenas de la vida árabe, cuadro de Bompard	37

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
El sombrero de papá, por Ronald Allán.....	39	Los favoritos de la casa.....	107
Ilustraciones de la poesía «Desde la corte», dibujos de Méndez Bringa.....	43, 45 y 46	En el estudio de Ramírez, dibujo de Méndez Bringa..	113
La última carta amorosa, por Ricci.....	50	Santuario de Nuestra Señora de Lourdes.—Vista de la Basílica.—El pórtico del Rosario.....	116
Respuesta á la última carta amorosa, por Ricci.....	51	Quien espera, desespera, por Nielsen.....	119
¡Punto final!.....	54	La molinera, cuadro de Kaln.....	120
Pola de Lena (Asturias), Iglesia de Santa Cristina..	59	¡Abandonada!, cuadro de D. José Jiménez Aranda..	122
El primer coche, cuadro de D. Maximino Peña.....	62	Haciendo por la vida, cuadro de Klechaas.....	124
La tarde, cuadro de Larouze.....	66	Ilustraciones de «La Procesión humilde», dibujos de Méndez Bringa.....	127 y 129
En el campo, cuadro de la Srta. Breslau.....	71	Maitines, cuadro de E. Renard.....	132
D. Martín Fernández de Navarrete.....	76	Los pescadores, cuadro de Dubhoit.....	135
Los mejores amigos.....	80	Ilustraciones de «Un comparsa», dibujos de Méndez Bringa.....	137 y 139
Ilustraciones de la poesía «¡Hule!», dibujos de Picolo. Manuel Fernández y González.....	83 y 84	La costurera, cuadro de Barburger.....	140
El champagne, acuarela de D. Alejandro Ferrant... ..	85	Lola, cuadro de Henner.....	142
La comunión en un convento de benedictinas, cuadro de Emilio Renard.....	87	«Serpentinas» del porvenir.....	143
El primer vestido de baile, por René Reinicke.....	90	Un trío armónico.....	145
Los relojeros, cuadro de Reichert... ..	92		
Ilustración de las poesías «Las hojas», dibujo de Picolo.....	95		
Ilustración de «El andamio», dibujos de Picolo. 97, 99 y 100	96		
¡Meditación!, cuadro de Courtois.....	102		
		VIÑETAS VARIAS: 11, 19, 21, 25, 38, 42, 47, 48, 49, 52, 53, 55, 67, 68, 69, 72, 73, 75, 77, 89, 103, 104, 106, 108, 109, 110, 115, 117, 126, 130, 136, 147.	

GRABADOS EN COLOR

FLORES DE PRIMAVERA, cuadro de R. de Madrazo.—**MUTUA SORPRESA**, cuadro de Wehle.—**EN EL HAREN**, por Bastagh.—**NOCTURNO**, cuadro de Wodzinski.—**LOS NARANJOS**, cuadro de Joaquín Sorolla.—**GRATAS NOTICIAS**, cuadro de Conti.—**AGUADORA**, cuadro de Francisco Gioli.—**Á ORILLAS DEL SENA**, cuadro de Jourdain.



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	15	Indicación romana.	8
Epacta.	IV	Letra dominical.	f
Ciclo solar.	28	Letra del martirologio romano.	d

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	20 de Enero.
Septuagésima.	10 de Febrero.
Sexagésima.	17 de Febrero.
Quincuagésima.	24 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	27 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	14 de Abril.
Patrocinio de San José.	5 de Mayo.
Letanias.	10, 21 y 22 de Mayo.
Ascensión del Señor.	23 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	2 de Junio.
La Santísima Trinidad.	9 de Junio.
Santísimo Corpus Christi.	13 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	21 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	23 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo	7 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	18 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	6 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	10 de Noviembre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	25
Adviento.	1 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I. — El 6, 8 y 9 de Marzo.	III. — El 18, 20 y 21 de Septiembre.
II. — El 5, 7 y 8 de Junio.	IV. — El 18, 20 y 21 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
Vigilia del *Apóstol Santiago*.
Vigilia de la *Asunción de Nuestra Señora* (con abstinencia de carne).
Vigilia de *Todos los Santos*.
Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa*, 10, 11, 12 y 13 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y durante la Cuaresma ni aun los Domingos.
Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *días de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 22 de Abril, y se cierran respectivamente el 26 de Febrero y el 30 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 10 de Febrero; el 5, 16, 17 y 24 de Marzo; el 5, 6, y 17 de Abril; y el 6 y 8 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS QUE DEBEN INSERTARSE EN LOS CALENDARIOS DE CASTILLA LA NUEVA correspondientes al año 1895.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0 ^h 10 ^m 4 ^s ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en <i>Acuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Canticula</i> .
18 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
20 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	22 de Septiembre, en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, en <i>Tauro</i> .	23 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 8 y 34 m. de la noche.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 4 y 29 m. de la tarde.
OTOÑO. — Entra el 23 de Septiembre á las 6 y 55 m. de la mañana.
INVIERNO. — Entra el 22 de Diciembre á las 1 y 24 m. de la madrugada.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MARZO 11. *Eclipse total de Luna*, visible en Madrid.
Principio del eclipse á las 1 y 39 m. de la madrugada.
Principio del eclipse total á las 2 y 37 m. de idem.
Medio del eclipse á las 3 y 25 m. de la mañana.
Fin del eclipse total á las 4 y 12 m. de idem.
Fin del eclipse á las 5 y 10 m. de idem.

El principio de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en parte de Asia, en la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en el Océano Atlántico, en parte del Índico y Pacífico y de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en parte de Europa y África, en las dos Américas, en una pequeña parte de Asia, en el estrecho de Behring, en casi todo el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y en parte de los Mares Polares.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 53° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).
El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 69° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

MARZO 25. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 20 h. 14,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 33° 23' al O. de San Fernando, y latitud 31° 18' N.

El medio del eclipse se verificará en la Tierra, á 21 h. 44,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 58° 45' al O. de San Fernando y latitud 61° 10' N.

El eclipse termina en la Tierra á 23 h. 15,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 168° 15' al E. de San Fernando, y latitud de 87° 35' N.

Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,356: tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico y del mar Polar Artico.

AGOSTO 19-20. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra el día 19 á 23 h. 38,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 177° 27' al O. de San Fernando, y latitud 77° 36' N.

El medio del eclipse se verificará en la Tierra el día 20 á 0 h. 44,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 104° 6' al E. de San Fernando y latitud 62° 1' N.

El eclipse termina en la Tierra el día 20 á 1 h. 50,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 73° 31' al E. de San Fernando, y latitud 38° 58' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,270: tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en parte de Europa y Asia del mar Polar Artico.

SEPTIEMBRE 4. *Eclipse total de Luna*, en parte visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 3 y 46 m. de la mañana.

Principio del eclipse total á las 4 y 52 m. de idem.

Medio del eclipse á las 5 y 42 m. de idem.

Fin de eclipse total á las 6 y 33 m. de idem.

Fin del eclipse á las 7 y 39 m. de idem.

El principio de este eclipse será visible en parte de Europa, en gran parte de Africa, en la América Meridional y en gran parte de la Septentrional, en todo el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y del mar Polar Antártico y en parte del Artico.

El fin de este eclipse será visible en las dos Américas, en una pequeña parte de Asia y de la Australia, en el estrecho de Behring, en gran parte del Océano Atlántico, en casi todo el Pacífico, en gran parte del mar Polar Antártico y en parte del Artico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 54° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 70° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

En Madrid, la Luna se pone eclipsada á las 5 y 32 m. de la mañana.

SEPTIEMBRE 18. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 6 h. 34,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 170° 29' al E. de San Fernando, y latitud 19° 42' S.

El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 8 h. 19,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 146° 47' al E. de San Fernando y latitud 61° 13' S.

El eclipse termina en la Tierra á 10 h. 4,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 70° 5' al O. de San Fernando y latitud 77° 20' S.

Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,738: tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en parte de la Australia, del Océano Pacífico del Sur y del mar Polar Antártico.

ORTOS DEL SOL.		OCASOS DEL SOL.		ORTOS DEL SOL.		OCASOS DEL SOL.	
H. M.		H. M.		H. M.		H. M.	
ENERO.				FEBRERO.			
7.23	1 Mart. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45		7.10	1 Vier. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19	
7.23	2 Miérc. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45			☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 y 1 m. de la noche, en Tauro.		
7.24	3 Juev. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46		7.09		5.20	
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 y 38 m. de la mañana, en Aries.			7.08	2 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo <i>La Candelaria</i>) y san Cornelio Centurión, obispo.	5.21	
7.24	4 Vier. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros, mártires.	4.47		7.07	3 Dom. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.	5.22	
7.24	5 Sáb. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48		7.06	4 Lun. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.23	
7.24	6 Dom. LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49			5 Mart. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.	5.25	
7.24	7 Lun. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones.</i>	4.50		7.05	6 Miérc. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.26	
7.23	8 Mart. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51		7.04	7 Juev. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.27	
7.23	9 Miérc. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52		7.03	8 Vier. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.		
7.23	10 Juev. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53			☉ <i>Luna llena</i> , á las 5 y 8 m. de la tarde, en Leo.		
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 y 35 m. de la mañana, en Cáncer.			7.01	9 Sáb. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28	
7.23	11 Vier. San Higinio, papa y mártir.	4.54		7.00	10 Dom. <i>de Septuagésima.</i> Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.— <i>Anima.</i>	5.29	
7.22	12 Sáb. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de León.	4.55		6.59	11 Lun. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.	5.31	
7.22	13 Dom. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56		6.58	12 Mart. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32	
7.22	14 Lun. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57		6.57	13 Miérc. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33	
7.22	15 Mart. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58		6.55	14 Juev. San Valentín, presbítero y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.	5.34	
7.21	16 Miérc. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00		6.54	15 Vier. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35	
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 y 41 m. de la noche, en Libra.				☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 12 y 54 m. del día, en Escorpio.		
7.21	17 Juev. San Antón, abad.	5.01		6.53	16 Sáb. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.	5.37	
7.20	18 Vier. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02		6.51	17 Dom. <i>de Sexagésima.</i> San Julián de Capadocia, mártir.	5.38	
7.20	19 Sáb. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03		6.50	18 Lun. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotónio, confesor.	5.39	
7.19	20 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, san Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04		6.49	19 Mart. San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40	
7.19	21 Lun. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05		6.47	20 Miérc. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41	
7.18	22 Mart. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07		6.46	21 Juev. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43	
7.17	23 Miérc. <i>Fiesta.</i> SAN ILDEFONSO, arzobispo de Toledo, y santa Emericiana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08		6.45	22 Vier. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, obispo.	5.44	
7.17	24 Juev. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09		6.43	23 Sáb. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45	
	☾ <i>Luna nueva</i> , á las 9 y 11 m. de la noche, en Acuario.				☾ <i>Luna nueva</i> , á las 4 y 29 m. de la tarde, en Piscis.		
7.16	25 Vier. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10		6.42	24 Dom. <i>de Quincuagésima.</i> San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.	5.46	
7.15	26 Sáb. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11		6.40	25 Lun. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.	5.47	
7.14	27 Dom. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julián y compañeros, mártires.	5.12		6.39	26 Mart. San Alejandro, obispo.— <i>Ciérranse las velaciones.</i>	5.48	
7.13	28 Lun. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.14		6.37	27 Miérc. <i>de Ceniza.</i> San Baldomero, confesor.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma.</i>	5.49	
7.13	29 Mart. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15		6.36	28 Juev. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mártires.	5.50	
7.12	30 Miérc. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16					
7.11	31 Juev. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17					
MARZO.							
6.34	1 Vier. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52		6.11	16 Sáb. San Julián de Anazarbo, mártir.— <i>Anima.</i>	6.08	
6.33	2 Sáb. San Lucio, obispo.	5.53		6.09	17 Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Patricio, obispo y confesor.— <i>Anima.</i>	6.09	
6.31	3 Dom. <i>I de Cuaresma.</i> Santos Emeterio y Celedonio, mártires.	5.54			☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 5 y 17 m. de la mañana, en Sagitario.		
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 12 y 26 m. del día, en Géminis.			6.07	18 Lun. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10	
6.30	4 Lun. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.	5.55		6.06	19 Mart. <i>Fiesta.</i> SAN JOSÉ, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.	6.11	
6.28	5 Mart. San Eusebio y compañeros, mártires.— <i>Anima.</i>	5.56		6.04	20 Miérc. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.	6.12	
6.27	6 Miérc. San Víctor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	5.57		6.02	21 Juev. San Benito, abad y fundador.	6.13	
6.25	7 Juev. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58		6.01	22 Viern. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14	
6.23	8 Vier. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	5.59		5.59	23 Sáb. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15	
6.22	9 Sáb. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Órdenes.</i>	6.00		5.57	24 Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.— <i>Anima.</i>	6.16	
6.20	10 Dom. <i>II de Cuaresma.</i> Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01		5.56	25 Lun. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17	
	☉ <i>Luna llena</i> , á la 3 y 23 m. de la mañana, en Virgo.				☾ <i>Luna nueva</i> , á las 10 y 10 m. de la mañana, en Aries.		
6.19	11 Lun. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03		5.54	26 Mart. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18	
6.17	12 Mart. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04		5.52	27 Miérc. San Ruperto, obispo.	6.19	
6.15	13 Miérc. San Leandro, san Rodrigo y san Salomón.	6.05		5.51	28 Juev. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.	6.20	
6.14	14 Juev. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06		5.49	29 Vier. San Eustasio, abad.	6.21	
6.12	15 Vier. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mártir.	6.07		5.47	30 Sáb. San Juan Climaco, abad.— <i>Órdenes.</i>	6.22	
				5.46	31 Dom. <i>de Pasión.</i> Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23	



Abril		Mayo	
Ocasos del Sol.	H. M.	Ocasos del Sol.	H. M.
5.44	1 Lun. San Venancio, obispo y mártir. ☾ Cuarto creciente, á las 9 y 13 m. de la noche, en Cáncer	4.59	1 Miérc. San Felipe y Santiago el Menor, aps., y san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo. ☾ Cuarto creciente, á las 3 y 29 m. de la mañana, en Leo.
5.43	2 Mart. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.	4.58	2 Juev. San Atanasio, obispo y doctor, y la beata Mafalda, reina.
5.41	3 Miérc. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	4.57	3 Vier. La Invención de la Santa Cruz, y los Stos. Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mártires, y san Juvenal, obispo.
5.39	4 Juev. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	4.56	4 Sáb. Santa Mónica, madre de san Agustín.
5.38	5 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, san Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia y la beata Juliana, virgen.—Anima.	4.54	5 Dom. El Patrocinio de San José, San Pío V, papa, san Sacerdote, obispo, y la Conversión de san Agustín.
5.36	6 Sáb. San Celestino, papa y mártir.—Anima.	4.53	6 Lun. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.
5.34	7 Dom. de Ramos. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	4.52	7 Mart. San Estanislao, obispo y mártir. ☉ Luna llena, á las 11 y 44 m. de la noche, en Escorpio.
5.33	8 Lun. Santo. San Dionisio, ob., y el beato Julián de san Agustín. ☉ Luna llena, á la 1 y 29 m. de la tarde, en Libra.	4.51	8 Miérc. La Aparición del arcángel san Miguel.
5.31	9 Mart. Santo. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	4.50	9 Juev. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.
5.30	10 Miérc. Santo. (Abstinencia de carne.) San Daniel y san Ezequiel, profetas.	4.49	10 Vier. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.
5.28	11 Juev. Santo. (Abstinencia de carne.) San León Magno, papa y doc.	4.48	11 Sáb. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patrón de Lérida.
5.27	12 Vier. Santo. (Abstinencia de carne.) San Víctor, mártir, y san Cenón, obispo.	4.47	12 Dom. Ntra. Sra. de Desamparados, Sto. Domingo de la Calzada, y los Stos. Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mrs.
5.25	13 Sáb. Santo. (Abstinencia de carne.) San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.—Órdenes.	4.46	13 Lun. San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.
5.23	14 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mrs., y san Pedro Gonzalez Telmo, patrón de Tuy.	4.45	14 Mart. San Bonifacio, mártir.
5.22	15 Lun. Santas Basilia y Anastasia, mártires. ☾ Cuarto menguante, á las 11 y 8 m. de la noche, en Capricornio.	4.44	15 Miérc. Fiesta. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato y seis compañeros, obispos, mártires.
5.20	16 Mart. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.	4.43	16 Juev. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la confesión sacramental, san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stok, confesor.
5.19	17 Miérc. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Pablo é Isidoro.—Anima.	4.42	17 Vier. San Pascual Bailón, confesor.
5.18	18 Juev. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.	4.41	18 Sáb. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.
5.16	19 Vier. San Vicente de Colibre, y san Hermógenes, mártires.	4.40	19 Dom. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, virgen.
5.15	20 Sáb. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.	4.39	20 Lun. S. Bernardino de Sena, conf.—Letanias.
5.13	21 Dom. de Cuasimodo ó in albis. San Anselmo, obispo y doctor.	4.38	21 Mart. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.—Letanias.
5.12	22 Lun. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.—Abrense las velaciones.	4.38	22 Miérc. Sta. Quiteria y Sta. Julia, vgs. y mrs., san Atón, obispo, el beato Pedro de la Asunción, mártir, y la beata Rita de Casia, viuda.—Letanias.
5.10	23 Mart. San Jorge, mártir. ☉ Luna nueva, á las 12 y 56 m. de la noche, en Tauro.	4.37	23 Juev. Fiesta. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, la Aparición de Santiago, ap., san Basileo y san Epitacio, obs. y mártires. ☉ Luna nueva, á las 12 y 32 m. del día, en Géminis.
5.09	24 Miérc. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	4.36	24 Vier. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Traslación de Sto. Domingo de Guzmán.
5.07	25 Juev. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.—Letanias mayores.	4.35	25 Sáb. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.
5.06	26 Vier. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	4.35	26 Dom. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.
5.05	27 Sáb. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, san Pedro Armengol y san Antimo, obispo y mártir.	4.34	27 Lun. San Juan, papa y mártir.
5.03	28 Dom. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	4.34	28 Mart. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.
5.02	29 Lun. San Pedro de Verona, mártir.	4.33	29 Miérc. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.
5.01	30 Mart. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	4.33	30 Juev. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir. ☾ Cuarto creciente, á las 8 y 34 m. de la mañana, en Virgo.
		4.32	31 Vier. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y las Stas. Petronila y Ángela de Mérici, vgs.

JUNIO.

4.32	1 Sáb. San Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.—Ayuno con abstinencia de carne.	7.24	16 Dom. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32
4.31	2 Dom. de Pentecostés. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25	17 Lun. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33
4.31	3 Lun. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25	18 Mart. Stos. Marco y Marcelliano, y san Ciriaco y Sta. Paula, mrs.	7.33
4.30	4 Mart. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.26	19 Miérc. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.30	5 Miérc. San Bonifacio, obispo y mártir.—Tempora.—Ayuno.	7.27	20 Juev. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.	7.33
4.30	6 Juev. San Norberto, arz. y fund. del Orden premonstratense.—Anima. ☉ Luna llena, á las 10 y 45 m. de la mañana, en Sagitario.	7.27	21 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, san Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo.	7.34
4.29	7 Vier. San Pedro y compañeros, mártires, monjes de Córdoba.—Tempora.—Ayuno.	7.28	☉ Luna nueva, á las 9 y 36 m. de la noche, en Cáncer.	
4.29	8 Sáb. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.—Tempora.—Ayuno.—Órdenes.—Anima.	7.28	4.30 22 Sáb. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.29	9 Dom. La Santísima Trinidad, san Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29	4.30 23 Dom. El Purísimo Corazón de María y san Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.29	10 Lun. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.	7.29	4.30 24 Lun. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.29	11 Mart. San Bernabé, apóstol.	7.30	4.30 25 Mart. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.29	12 Miérc. San Juan de Sahagún, san Onofre, anacoreta, y los santos Basildes, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	4.31 26 Miérc. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
4.29	13 Juev. Fiesta. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, san Antonio de Padua y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31	4.31 27 Juev. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.	7.34
4.29	14 Vier. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31	4.31 28 Vier. San León II, papa, y san Argimiro mártir.—Ayuno con abstinencia de carne.	7.34
4.29	☾ Cuarto menguante, á las 11 y 13 m. de la mañana, en Piscis.		☾ Cuarto creciente, á la 1 y 46 m. de la tarde, en Libra.	
4.29	15 Sáb. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.	7.32	4.32 29 Sáb. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
		4.32	4.32 30 Dom. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial.	7.34

JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
4.34	7.34	4.58	7.13
4.34	7.33	4.59	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.36	7.33	5.01	7.10
4.37	7.32	5.02	7.08
4.37	7.32	5.03	7.07
4.38	7.32	5.04	7.06
4.39	7.31	5.05	7.05
4.39	7.31	5.06	7.03
4.40	7.30	5.07	7.02
4.41	7.30	5.08	7.01
4.42	7.29	5.09	6.59
4.42	7.29	5.10	6.58
4.43	7.28	5.11	6.57
4.44	7.27	5.12	6.55
4.45	7.27	5.13	6.54
4.46	7.26	5.14	6.52
4.47	7.25	5.15	6.51
4.47	7.24	5.16	6.50
4.48	7.24	5.17	6.48
4.49	7.23	5.18	6.47
4.50	7.22	5.19	6.45
4.51	7.21	5.20	6.44
4.52	7.20	5.21	6.42
4.53	7.19	5.22	6.40
4.54	7.18	5.23	6.39
4.55	7.17	5.24	6.37
4.56	7.16	5.25	6.36
		5.26	6.34
SEPTIEMBRE.			
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	5.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45

OCTUBRE.		NOVIEMBRE.		
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	
H. M. 5.56	1 Mart. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 6.29	1 Vier. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	
5.57	2 Miérc. Los santos Ángeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	5.41	☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 y 4 m. de la tarde, en <i>Tauro</i> .	
5.58	☉ <i>Luna llena</i> , á las 10 y 33 m. de la noche, en <i>Aries</i> .	6.31	2 Sáb. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustaquia, virgen y mártir.	
5.59	3 Juev. San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.	6.32	3 Dom. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	
6.00	4 Vier. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	6.33	4 Lun. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri-cola, mártires.	
6.01	5 Sáb. San Plácido y comps., mrs., san Frollán y san Atilano, obs.	6.34	5 Mart. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	
6.02	6 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Bruno, fundador de los Cartujos.	6.35	6 Miérc. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	
6.03	7 Lun. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Cid, abad.	6.36	7 Juev. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	
6.04	8 Mart. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	6.38	8 Vier. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, her-manos, mártires.	
6.05	9 Miérc. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleu-terio, mártires.	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á la 10 y 52 m. de la noche, en <i>Leo</i> .	9 Sáb. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	
6.06	10 Juev. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	6.39	10 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.	
6.07	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 y 19 m. de la tarde, en <i>Cáncer</i> .	6.40	11 Lun. San Martín, obispo, y san Mena, mártir.	
6.08	11 Vier. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.41	12 Mart. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá y san Mil-lán, presbítero.	
6.09	12 Sáb. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipria-no, obs. y mrs., y san Serafin de Montegrano, cf.	6.42	13 Miérc. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.	
6.10	13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	6.43	14 Juev. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.	
6.12	14 Lun. San Calixto, papa y mártir.	6.44	15 Vier. San Leopoldo, confesor.	
6.13	15 Mart. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Des-calcez carmelitana, y patrona de las Españas.	☽ <i>Luna nueva</i> , á la 4 y 57 m. de la tarde, en <i>Escorpio</i> .	6.47	16 Sáb. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, san Rufino y com-pañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.
6.14	16 Miérc. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.48	17 Dom. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.	
6.15	17 Juev. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.	6.49	18 Lun. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.	
6.16	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 5 y 55 m. de la mañana, en <i>Libra</i> .	6.50	19 Mart. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.	
6.17	18 Vier. San Lucas, evangelista.	6.52	20 Miérc. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santi-sima Trinidad.	
6.18	19 Sáb. San Pedro de Alcántara confesor, patrón de Coria.	6.53	21 Juev. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Es-teban, mártires.	
6.19	20 Dom. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	6.54	22 Vier. Santa Cecilia, virgen y mártir.	
6.20	21 Lun. San Hilarión, abad, y santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	6.55	23 Sáb. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	
6.21	22 Mart. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vir-genes y mártires.	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 y 4 m. de la mañana, en <i>Piscis</i> .	6.56	24 Dom. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, virgenes y mártires de Córdoba.
6.22	23 Miérc. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	6.57	25 Lun. Santa Catalina, virgen y mártir.	
6.23	24 Juev. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	6.58	26 Mart. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan-drino, obispo y mártir.	
6.24	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 y 49 m. de la mañana, en <i>Acuario</i> .	6.59	27 Miérc. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	
6.25	25 Vier. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispín y san Crispiniano, todos márti-res, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	7.01	28 Juev. San Gregorio III, papa.	
6.26	26 Sáb. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Engracia, mártires.	7.02	29 Vier. San Saturnino, obispo y mártir.	
6.27	27 Dom. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.	7.03	30 Sáb. San Andrés, apóstol.— <i>Cierranse las velaciones</i> .	
6.28	28 Lun. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.			
6.29	29 Mart. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.			
6.30	30 Miérc. Santos Claudio, Luperco y Victorio ó Victórico, márti-res, y san Alonso Rodríguez.			
6.31	31 Juev. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.— <i>Ayuno</i> .			

DICIEMBRE.

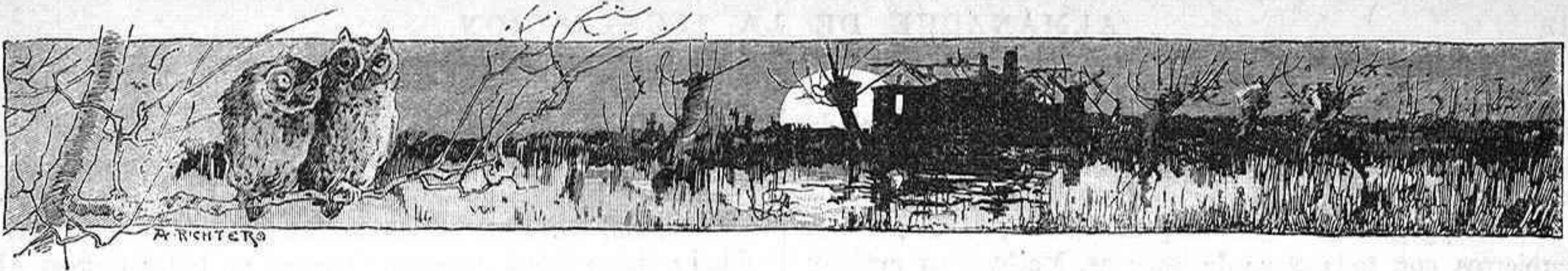
7.04	1 Dom. <i>I de Adviento</i> . Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Eusebio de Verceli, obispo y mártir.	4.35
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 y 24 m. de la mañana, en <i>Géminis</i> .		7.17	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 6 y 15 m. de la mañana, en <i>Sagitario</i> .	4.35
7.05	2 Lun. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obis- po y doctor, y santa Elisa, virgen.	4.34	7.17	16 Lun. San Valentín y compañeros, mártires.	4.35
7.06	3 Mart. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34	7.17	17 Mart. San Lázaro, obispo y mártir, san Franco de Sena, confe- sor, y santa Olimpia ó Olimpiades, viuda constantino- politana.	4.36
7.07	4 Miérc. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gál- vez, mártir del Japón.	4.34	7.18	18 Miérc. La Expectación de Ntra. Sra. (vulgo La Virgen de la O). — <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.36
7.08	5 Juev. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Juev. San Nemesio, mártir.	4.36
7.09	6 Vier. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.19	20 Vier. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.37
7.09	7 Sáb. San Ambrosio, obispo y doctor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.20	21 Sáb. Santo Tomás, apóstol.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Órdenes</i> .	4.37
7.10	8 Dom. <i>II de Adviento</i> . LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Dom. <i>IV de Adviento</i> . San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 y 54 m. de la mañana, en <i>Virgo</i> .		7.21	23 Lun. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.11	9 Lun. Santa Leocadia, virgen, patrona de Toledo.	4.34	7.21	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 y 7 m. de la mañana, en <i>Aries</i> .	4.39
7.12	10 Mart. La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia (ó Olalla) de Mérida, y santa Julia, virgenes y mártires.	4.34	7.21	24 Mart. San Gregorio, presbítero y mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	4.39
7.13	11 Miérc. San Dámaso, papa.	4.34	7.21	25 Miérc. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anatasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.14	12 Juev. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	26 Juev. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	13 Vier. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Mari- noni, confesor.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.22	27 Vier. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Sáb. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridión y san Pom- peyo, obispos.— <i>Ayuno</i> .	4.35	7.23	28 Sáb. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
			7.23	29 Dom. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Lun. La Traslación del cuerpo de Santiago apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
			☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 y 16 m. de la noche, en <i>Cáncer</i> .		
			7.23	31 Mart. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO,

INSIGNE PINTOR ESPAÑOL, DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.

Nació en Roma el 12 de Febrero de 1815; † en Madrid el 10 de Junio de 1894.



LA MUERTE DE CARLOS V

(ESTUDIOS HISTÓRICOS)



I.



NACIDO el Emperador al comienzo mismo del siglo XVI, tenía cincuenta y ocho años el año de su muerte. Aquejábanle muchas y muy graves enfermedades, heredadas unas de sus enfermizos progenitores y adquiridas otras en su existencia tormentosa. Desde luego el desarreglo nervioso, llegado en su madre hasta la demencia, poseyóle como por juro de su flaca salud. A este desarreglo debíanse los frecuentes ataques epilépticos, registrados algunos de ellos por los cronistas, y bastante intensos, si no para extinguir, para de continuo amenazar su vida. La gota, más arraigada en él que la epilepsia, causóle tormentos indecibles, y le tuvo casi en constante debilidad y pasión. Complicábanse todas estas lacas de su cuerpo con voraz apetito, parecido á un hambre continua. Este apetito le constreñía de suyo á comer muchísimo; y este comer excesivo le causaba, si no indigestiones, desarreglos en el estómago y desórdenes insanos en sus facultades digestivas. Agréguese á esto la configuración de sus mandíbulas, y la imposibilidad absoluta de masticar por ende bien sus alimentos diarios, y tendrás una idea clara de las enfermedades que causaron la muerte del Emperador Carlos V. No se moderó éste gran cosa en la mesa después de su abdicación y de su retiro. Apartado del mundo para satisfacer sus propensiones individuales, interrumpidas por los públicos negocios, debía darse todo entero á la más natural y más fácil de satisfacer: á la propensión por la comida y la mesa. Curábanse los suyos muchísimo de que no le faltase ninguno de sus manjares preferidos. Los correos de Valladolid á Lisboa rodeaban mucho, apartándose del camino recto y ordinario, para dejarle pescado de mar en Yuste. Recibía el corregidor Plasencia las órdenes más

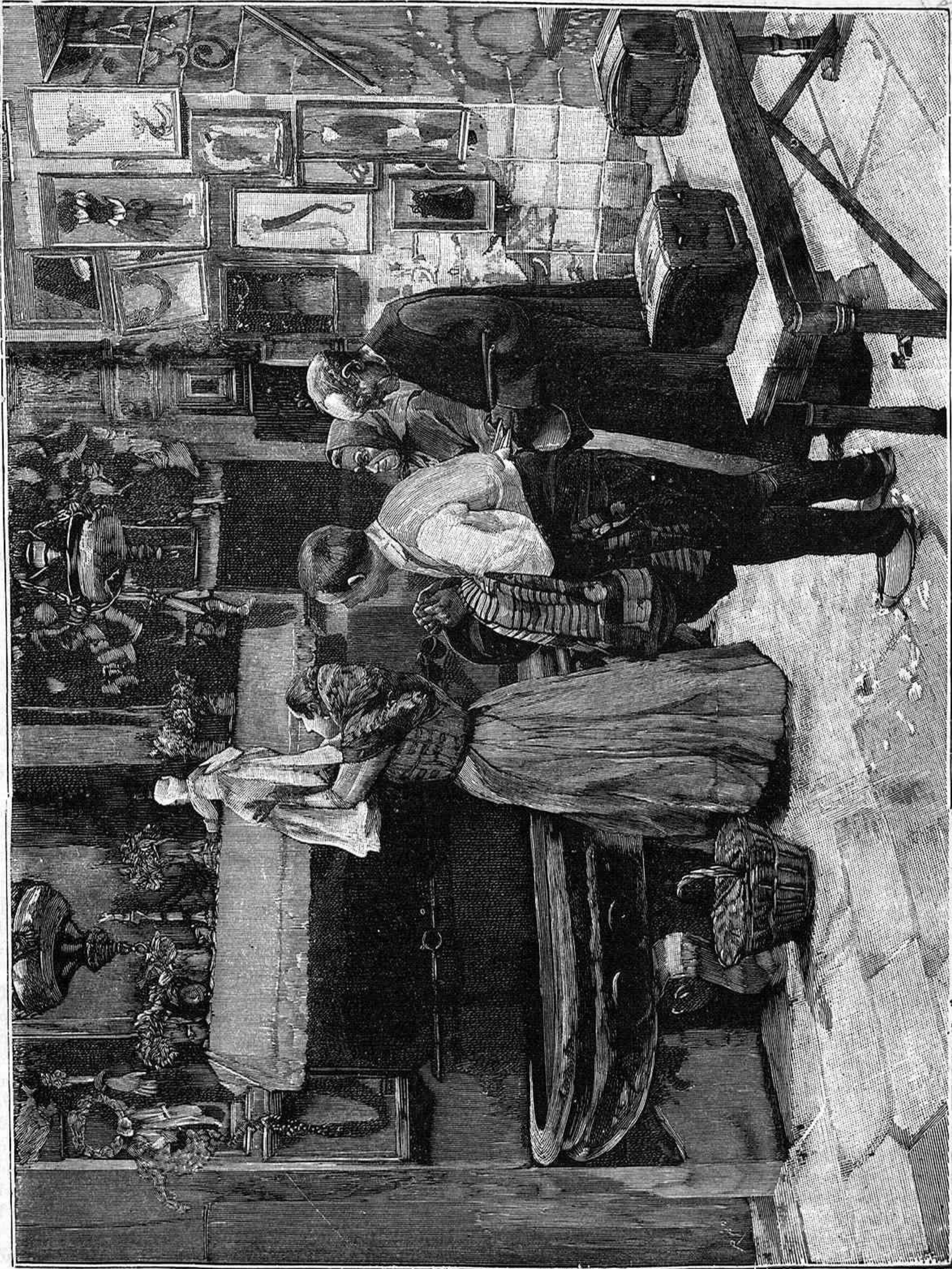
estrechas de Valladolid á fin de que proveyese al Emperador en cuanto respecto á viandas le demandase; y con esto y con todo, aun tenían mil dificultades entre sí abocadas á verdaderos litigios. Las monjas españolas, tan diestras en el arte de la confitura; los preladados, de tan provistas despensas entre nosotros; los nobles mismos á porfía, le mandaban regalos. Perejón refiere que Valladolid le regalaba sus pasteles de anguilas, Zaragoza sus terneras, Ciudad Real su caza, Gama sus perdices, Denia sus salchichas, Cádiz sus anchoas, Sevilla sus ostras, Lisboa sus lenguados, Extremadura sus aceitunas, Toledo sus mazapanes y Guadalupe cuantos guisos inventaba la fértil fantasía de los innumerables cocineros. Nada tan apropiado á todo esto como los continuos lamentos del mayordomo Quijada, en vista de tales tentaciones á la gula incurable de su amo. Así decía que se desesperaba de curarlo, porque «la gota se cura tapando la boca», y la boca del César estaba siempre abierta con voracidad indecible. Terminaba el año penúltimo de su vida y comenzaba el último, cuando le saltó un asalto terrible de su enfermedad crónica, durándole desde el 27 de Diciembre al 4 de Enero con grande intensidad, y no remitiéndole hasta el 26 de este mismo mes. Recorrióle todo el cuerpo su mal; y ya le hinchó la mano derecha, ya el brazo izquierdo; y le bajó á las rodillas y le subió á las espaldas, causándole indecibles dolores. Fué, pues, aquel ataque tan duro, que, no bastando la ciencia y la experiencia de su médico de cabecera, trajeron otro desde Milán, por cierto muy renombrado, quien se limitó á darle algunas hierbas del campo cocidas en pucheros de agua clara. El estío de 1558, á cuyo término debía terminar también la vida de Carlos V, comenzó bajo buenos auspicios, y recompuso un tanto el desquiciadísimo cuerpo. En Mayo, y poco después de Pascua, la primavera parecía darle su savia, según lo intenso y vivaz del regocijo que sentía retozarle por el ánimo y por el cuerpo. Al mismo tiempo que los naranjales florecían coronando con sus guirnaldas de azahar aquellas deleitosas regiones, ostentaban los cerezos sus frutillas rojas como el coral, de las cuales comía sin tasa, en guisa de campestre rapaz, el

buen Emperador. Y cual si tuviese un estómago libre de achaques, echábase además entre pecho y espalda, tras la coriente asentada de cerezas, escudillas y más escudillas de crema, y grandes trozos de jamón salado y de pasteles cubiertos con toda clase de especias. Mathys, su médico, apenábase hasta la desolación de tamaña voracidad. El exceso de comer pescado y el abuso de la canela y la pimienta daban al decadente y gastado César unas erupciones cutáneas tan fuertes, sobre todo á las piernas, que le traían á maltraer, y le amenazaban, no sólo con malestar agudo, sino con molestias é indisposiciones peligrosas. Sobre todo asaltábale, de vez en cuando, un dolor de cabeza, tan fuerte de suyo é intenso, que acusaba tendencias apopléticas, muy de temer en aquella salud resentida y en aquella edad pro-
vecta.

II.

Lo cierto es que, por Agosto de 1558, veíase venir, y á todo andar, la muerte sobre la cabeza imperial. Molestado sobremanera por el picor de las piernas, y no pudiendo llevar en paciencia tal molestia, tomaba remedios repercusivos, más peligrosos que la misma enfermedad. En vano le observaba su médico, en repetidas consultas, cómo tales remedios le infundían exaltadas calenturas; el Emperador prefería el enardecimiento intenso de su sangre al externo escozor de su piel. Como se abrasaba con aquellos picores y aquellas calenturas; como su sangre en las venas hervía y su piel tostada por el fuego de las erupciones le abrasaban médula y huesos, tenía que vivir suspirando por el fresco, y se dejaba de noche, para poder descansar algo en su abrasada estancia, las ventanas abiertas. El excesivo calor del día, que convierte los cielos en volcanes, no continuaba en aquellas montañas por las noches, y mucho menos por las madrugadas. Esta desproporción grandísima entre temperatura y temperatura quebrantara naturalezas más fuertes que la quebradiza y maltrecha del decrepito Carlos V. Así tomó un resfriado de garganta, y sintió nuevo acceso de gota, extraño en él por la estación veraniega. El 10 de Agosto, fiesta de San Lorenzo, fué á misa, pero apoyado en sus gentileshombres. Y el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, comulgó; pero sentado en silla de mano, y sin poder arrodillarse. Rodábale la cabeza; desfallecíansele las fuerzas; debilidad mortal le postraba, y le combatían asaltos periódicos de calor y frío tercianarios. La estación, de suyo calurosísima, estaba plagada en aquel año de plagas mortales. Una epidemia horrible de fiebres palúdicas extendía por todas partes su funesto imperio. La gobernadora doña Juana se quejaba de tal epidemia en Valladolid; la reina de Hungría en Cigales. Jarandilla estaba en tales términos infestada, que había caído en cama el conde mismo de Oropesa. Los criados de Carlos V sintieron el contagio, cuyos estragos destruyeron comarcas enteras, adquiriendo las proporciones de una calamidad regional. El 28 de Agosto refrescó un tanto el tiempo, á causa de haberse desencadenado tempestad tan terrible, que se inundaron los valles y murieron nada menos que veintiocho vacas heridas por el rayo. Este fresco alivió el malestar material de Carlos; y este alivio le permitió cierto vagar para consa-

grarse á sus quehaceres y visitas. Como hemos visto, la vida del claustro no podía obstar en modo alguno á las ocupaciones del estadista. Desasido del mundo, retirado en tales breñas, Carlos de Austria estaba por razón de su actividad y de su celo á un mismo tiempo en todas partes. Al reponerse un poco de la congoja mortal en que le postraran los últimos calores, volvió con redoblado empeño á la dirección de los públicos negocios. Uno trascendental á todo el Imperio y superior á los demás le traía embargado entonces el ánimo: la insistente pretensión de Felipe II á que fuese gobernadora de Flandes la más sabia entre todas las ilustres hermanas de Carlos V, la Reina de Hungría. Garcilaso de la Vega, venido de Flandes en compañía de Carranza el arzobispo toledano y de Figueroa el regente aragonés, apartóse de ambos compañeros, y tomó el camino de Yuste, para decidir al Emperador, según los encargos del Rey, hijo de éste, á que obligase á la Reina de Hungría por todos los medios al gobierno sobre Flandes, y exigiese de Maximiliano, el rey de Bohemia, mejor trato para su esposa la pobre infanta de España D.^a María. En vista de tales comunicaciones, consagró Carlos, como un jornalero, todos aquellos días á escribir cartas y más cartas para la Regente del reino su hija; para la Reina de Hungría su hermana; para el doctor Vázquez, ministro y canciller, dando soluciones en todas á los negocios pendientes. Conjuraba en ellas con palabras elocuentes y vehementísimas á la Reina para que acorriese á Felipe II en sus necesidades y le ayudase con verdadero auxilio en el gobierno. Felipe debía ser para ella un hijo, puesto que hijo natural y legítimo era de su hermano predilecto. Y, después de haber una señora y princesa de su temple trabajado tanto y tanto sufrido por la gloria de su familia y por el esplendor de sus innumerables tronos, parecía imposible que vacilase ahora en el sacrificio último á que la impelían ineludibles deberes. El estado de Flandes se agravaba por minutos; y la común salud de todos exigía el cumplimiento de aquellos deberes penosos en la que, no sólo era por su dignidad reina, sino también por la elevación de sus miras y por la variedad de sus talentos. Partiósese Garcilaso de Yuste á Cigales, donde la reina viuda de Hungría moraba, portador de tan importante carta; y al despedirse y separarse de Garcilaso, Carlos sintió el primer asomo de la enfermedad que debía ser la última de su vida y la causante de su muerte. El médico Mathys escribía con fecha 1.^o de Septiembre á Valladolid amplia carta sobre los achaques del Emperador; y su carta es el testimonio fehaciente, donde todos los historiadores han acudido para informarse de los últimos instantes del agosto César. Á fines de aquel mes Carlos había sentido exacerbarse su pierna y enardecerse su cabeza. En estos ardores de su sangre abrasada resolvió comer al aire libre, y en la terraza de su palacio, el día 30 de Agosto. Reverberaba el sol en las piedras con reverberaciones tan calurosas que, lejos de moderar el ardor sentido por el enfermo, lo aumentaron y con verdaderas creces. Comió, pues, muy poco, en aquel hornillo ardiente; y tuvo, á consecuencia de su estada en él, fortísimos dolores acompañados de mareos. El insomnio sobrevino tras los mareos y la sed tras los ardores. El Emperador bebió mucho. Sintióse mejor, descargado de fiebre á la mañana siguiente; pero muy débil de fuerzas, por los anhelos de la sed y por las mismas satisfacciones que á esta sed



EX VOTO.—CUADRO DE D. JOAQUÍN SJROLLA.



diera con el exceso de bebida. Todo apetito había dejado aquel cuerpo. El frío, frío intensísimo y de muerte, corría por sus espaldas, por su espina dorsal, y por su cabeza, en alternativas con el calor. El 1.º de Septiembre la fiebre había entrado intensa en su cuerpo, y el delirio con la fiebre. En vano quería levantarse y contrastar la enfermedad asesina. La materia con toda su enorme pesadumbre aplastaba el frágil cuerpo de aquel hombre que había sostenido en sus espaldas la inmensa pesadumbre del planeta. Un paroxismo le oscureció la vista y le puso en trance de acabar para siempre. Así decidió que comunicaran tales noticias á su hija la gobernadora, y que apercibieran lo necesario á las últimas disposiciones testamentarias. Carlos sentía que se le acababa la vida.

III.

El 2 de Septiembre creció la calentura, y con la calentura la sed. Diéronle á beber un poco de azúcar rosado á las siete de la mañana, hora en que venció el paroxismo, cuyo imperio lo había tenido fuera de su juicio y sin acordarse para nada en absoluto de cosa ninguna. Sus criados, y especialmente Quijada, el mayordomo mayor, aunque muy confiado en la salud del César y por lo tanto engañadísimo é iluso, le propusieron la venida de un doctor nuevo; pero Carlos se negó en absoluto á tal extremo. Durante la noche del 2 al 3 crecieron sus angustias. Aunque rendido á la fatiga, solía dormirse y despertarse luego cada media hora, como una luz trémula, que, combatida por el viento, se apaga y enciende á repetidos intervalos. El día 3 de Septiembre, según vemos en las epístolas de Quijada y Mathys á Valladolid, confesóse y comulgó, muy contento y holgadísimo de haberlo hecho en plena posesión de sí mismo. Á las ocho y media le sangraron, sacándole diez onzas de sangre negra y corrupta. Esta sangría, por el pronto, alivió al enfermo, quien comió, á eso de las once, acompañando la comida con cerveza y vino aguado. Luego se durmió en sueño tranquilo, sin pesadillas ni visiones. Sangraronle de nuevo, con hartito contento de Carlos, quien dijo que quisiera le hubieran sacado más cantidad de sangre, pues se sentía ser lleno de ella. Mas bien pronto á estas sangrías siguieron nuevos paroxismos. El calor fué tanto en esta crisis, que bebió ocho onzas de agua con jarabe de vinagre, nueve onzas de cerveza, desnudándose de su camiseta, de sus calcetines, de la ropa interior, excepto la camisa, y pidiendo que le dejaran sobre su cuerpo tan sólo una ligerísima cubierta de seda. Aquella crisis terminó por evacuaciones pútridas y vómitos biliosos. Viéndose anochecer así, después de haber arreglado sus mandas, no se curó de otra cosa que de la sepultura de su cuerpo. Primero, hallándose allá en Bruselas, había pensado descansar junto á la Emperatriz, en la Capilla Real de Granada, donde también dormían, bajo aquellos magníficos sarcófagos del Renacimiento, los reyes sus padres, junto á los reyes sus abuelos. En Yuste cambió de parecer, y quiso dormir en el sitio mismo donde iba por la voluntad de Dios á expirar; y prescribió el que llevaran junto á sus restos los restos de la emperatriz Isabel. Mas, como quiera que le presentara Quijada varias observaciones, fió la resolución última de tal asunto á la voluntad soberana de su hijo; y previno que inte-

rinamente lo depositaran bajo el altar mayor, de manera que pudiese tener el sacerdote, al consagrar la hostia, los pies sobre su imperial pecho. Resuelto ya el lugar de su enterramiento, fué tomando las últimas disposiciones, á saber: consagración de 30.000 ducados al rescate de cautivos; dotes á doncellas pobres; limosnas á necesitados vergonzantes; servicios divinos por su eterno descanso en todos los monasterios y en todas las parroquias; misas perpetuas. Y en efecto, necesitaba disponer todo esto; porque, á más andar, y entre alternativas continuas, se acercaba ya la muerte. El 7 de Septiembre la inflamación interior de su cuerpo se le asomó á la boca, hinchada y dolorosísima. Sufrió el 8 un ataque violento, del cual salió con la faz cadavérica. No obstante los asaltos de la que pudiéramos llamar su agonía, oyó el 9 la lectura de su codicilo, y llamó el 10 á Garcilaso de la Vega para que le hablase de los encargos confiados á su celo en Cigales, donde, como sabemos, moraba la Reina viuda de Hungría. Ésta, que había recibido la visita del arzobispo Carranza, recién llegado de Bruselas, á conjurarla con grandes conminaciones al fin y objeto de que se hiciese cargo del gobierno en los Países Bajos, no asentía de modo alguno, fundada en sus achaques y en sus tristezas, que la traían abstraída de las cosas del mundo y absorta en las cosas del cielo. Felipe II, pues, nada consiguió de su tía. Mas, resuelta, desde su niñez, á obedecer al hermano querido, en quien había visto siempre un segundo padre, oiría las instancias del Emperador, personándose, por algún tiempo, en Flandes, á fin de iluminar á su sobrino con sus consejos en las primeras resoluciones, y sostenerlo con sus fuerzas, siquier abatidas y enfermas. Una de las últimas alegrías para el Emperador en este mundo fué de seguro el consentimiento de aquella hermana querida, pues se sonrió con verdadera satisfacción al saberlo; mientras que volvió la cabeza con imperio al notificarle la demanda de autorización elevada por su hija la gobernadora para ir á Yuste y recoger la última palabra y la última voluntad de su padre, negándose absolutamente á ello.

IV.

El 11 de Septiembre cayó en una extrema debilidad, que parecía la muerte. Y en esta debilidad se halló hasta el 16, en que llegó un correo de la reina Catalina, su hermana, con anuncio de haber ordenado rogativas por la salud suya en todas las iglesias de Portugal. Mejoróse un poco; mas fué aquella la mejoría de la muerte. Agitaciones cuasi epilépticas, fiebres de altura desmedida, vómitos de bilis negra, inflamación horrible á la boca, delirios espantosos, anunciaban el próximo inevitable fin. Así es que, el 19, hubo una grande porfía entre los médicos y el Mayordomo mayor, deseosos aquéllos de darle la Extremaunción, y empeñado en lo contrario éste, por miedo á que lo acongojaran sin necesidad y sin motivo. El buen mayordomo Quijada defendía la vida de su amo como un perro, y contestaba, cuando los doctores proponían alguna resolución extrema, que si los hubiera dejado, lo enterrarán más de tres veces antes de muerto. Por fin, á las nueve de la noche, se rindió Quijada, y el confesor Regla entró en la estancia con la Extremaunción en sus manos, aplicándola fervoroso al moribundo Cé-

sar. El mayordomo no podía sufrir aquel espectáculo. Habiendo visto á su amo atravesar tantas veces las nubes de humo en los campos de batalla, como un Dios inmortal; rodeado de cadáveres, y él erguido siempre y superior á la fatalidad y al destino, creía que la muerte, acechándole, como á todos los demás mortales no se atrevería de ningún modo con aquella gigantesca personalidad, á la cual rindieron parias y vasallaje dos hemisferios. Así, cuando los médicos anunciaban que iba el enfermo á expirar muy pronto, sostenía él que le quedaba de seguro algún tiempo de vida, pues, antes de apagarse para siempre, había de lanzar alguna llamarada deslumbrante aquel extraordinario genio. En efecto, las intuiciones del sentimiento adivinaron más y supieron más que todas las ideas del humano saber. Aunque no le hallaban el pulso los médicos y le decían las oraciones de los muertos los monjes, recobró el 20 de Septiembre, al amanecer, el sentido y el habla, sin que le abandonaran ni un minuto hasta el postrer instante de su gloriosa existencia. Pero, al recobrar el habla y el sentido, fué para reconcentrarse todo entero en los pensamientos relativos á la eternidad. Su propio esfuerzo, y la pródiga misericordia, con que naturaleza engaña de suyo á los moribundos, sirviéronle para disponer hasta las minuciosidades últimas preparatorias de su definitivo y eternal viaje. Lo primero que hizo, en cuanto recobrara sentido y vista, fué mirar el gran número de personas que le circuían, y despedirlas seguidamente, con excepción del afligido y desgarrado Quijada. En cuanto se vieron solos, el ilustre gentilhomme cayó de hinojos al pie del lecho imperial; hundió el rostro en la cubierta y lanzó tales sollozos, que tuvo necesidad Carlos de consolarle y sostenerle. El Emperador había ya muerto con los últimos consejos dados á su hermana, la de Hungría; pero, aun quedaba el padre dentro de aquella naturaleza ruinosa; y el padre algo debía decir á sus hijos en los últimos instantes. Recomendó, pues, al más poderoso de todos ellos, á Felipe II, sus servidores más adictos, y el cuidado de sus hermanos más infelices, el natural Juan de Austria y la desgraciada Reina de Bohemia, desatendida y desairada por su ingrato esposo. Dicho esto, y dadas las supremas recomendaciones de la muerte al amigo sobreviviente, murió el padre también, como antes había muerto el Emperador, y sólo quedó en lo supremo de tal agonía el cristiano. Ya no tenía, pues, Carlos otra cosa que hacer sino apercebirse á la muerte. Entraron así en su estancia, con luces en los puños y salmos en los labios, todos los frailes del monasterio, acompañando á Juan de Regla, quien llevaba la Hostia sacratísima. Carlos V aun tuvo fuerzas para incorporar la cabeza de las almohadas y recibir el Viático, diciendo á grandes voces que á Dios encomendaba su alma. Quiso luego atentamente oír la misa en el modesto altar que al pie de su lecho se levantaba; y, como pronunciase á la hora de consumir el celebrante su litúrgico *Agnus Dei*, que ha borrado las culpas del mundo, Carlos se golpeó con su mano trémula el pecho, en que iba la respiración extinguiéndose y parándose los latidos del sentimiento. Por espacio de unas veinte horas los monjes le sostenían y exhortaban, leyéndole aquellas lecturas piadosas que pedía él. De tal suerte quiso escuchar la Pasión de Cristo en el Evangelio de San Lucas; y conforme se la recitaban, la oía con las manos juntas y la cabeza baja. Sus ojos, incapacitados ya de ver la luz, por casi extintos, ce-

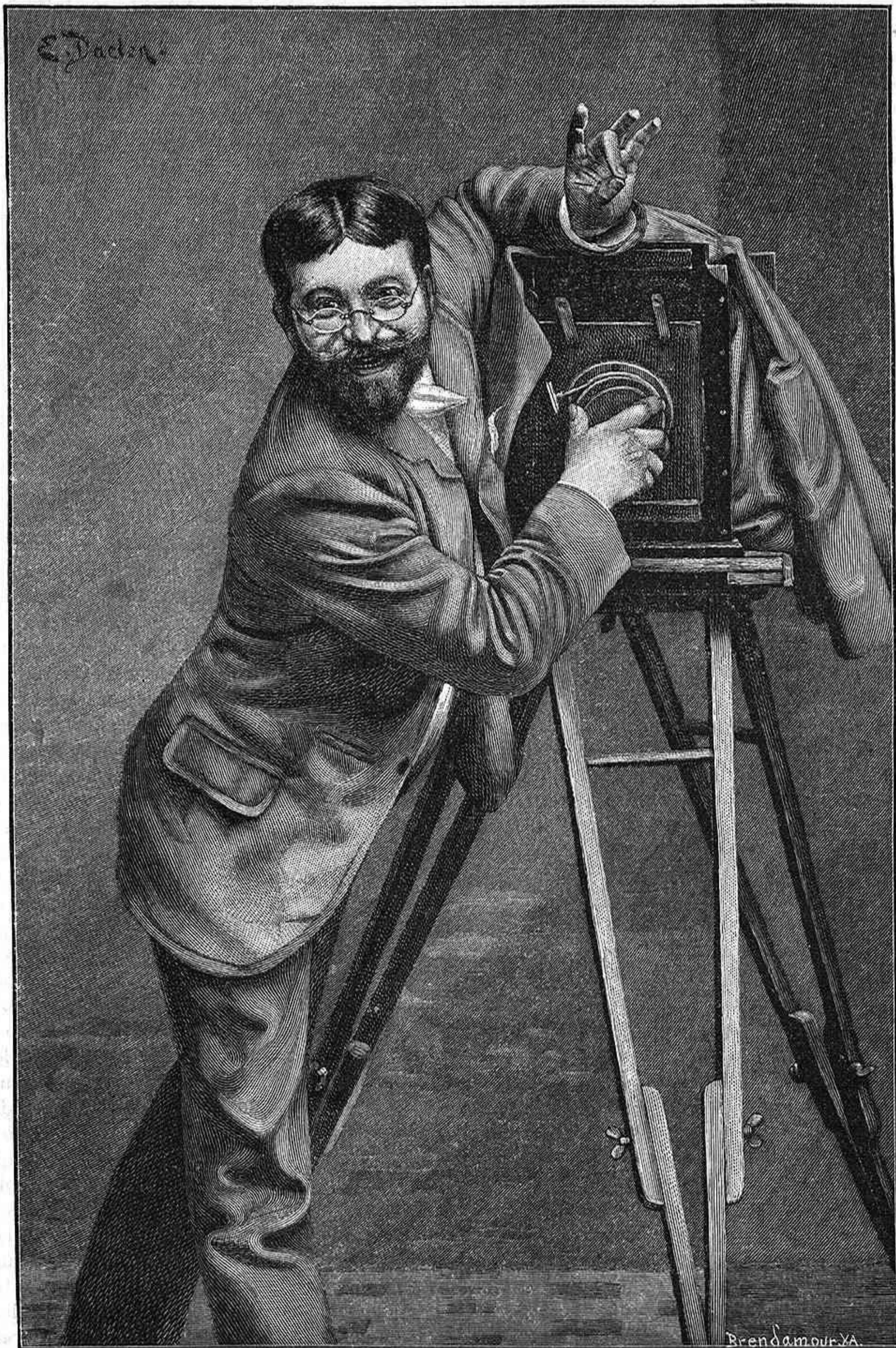
rrábanse á la fuerza del mal. Pero, en cuanto el nombre de Dios se pronunciaba en los rezos, abríanse con expresión mística tal, que verdaderamente reverberaba la claridad del cielo espiritual y los albores sonrosados de otra vida mejor.

V.

En esto llegó á Yuste, donde tenía ministerios que desempeñar y encargos que hacer, por comisión de Felipe II, á quien viera en Flandes, el arzobispo primado, fray Bartolomé de Carranza. Devoto suyo el Emperador en otro tiempo, á causa de su virtud reconocida y de su profundo saber, tenía ahora, en el momento de su agonía, menor cariño y menor admiración. Dos causas capitales determinaban este cambio de afectos. Impelido por Carlos V para que aceptase así el Obispado de Cuzco primero, como después el Obispado de Canarias, negóse Carranza, invocando la humildad cristiana con tenacidad, hasta el día de su presentación al mayor arzobispado de España. Luego, estando ya el Emperador en Yuste, comunicóle su hija los rumores varios, y muy acreditados, respecto de su ortodoxia, enflaquecida por luteranas ideas. El desprecio á los obispos menores, y el aprecio al arzobispado primero; el cambio de una ortodoxia exaltadísima en una heterodoxia manifiesta, menguaron mucho los naturales afectos de Carlos por Carranza. Cosa extrañísima en verdad la traza que se había dado el Arzobispo toledano para desmerecer de tal manera en el concepto íntimo de aquel Emperador omnipotente. Nacido en Navarra, de limpia hidalga sangre; profeso en la orden dominicana, de antigua y constante ortodoxia; colegial de San Gregorio en Valladolid, instituto célebre por su saber teológico; regente de sacras cátedras; maestro recibido en la Minerva de Roma; lector de Santo Tomás; teólogo en el Concilio tridentino; propuesto prelado para Cuzco y para Canarias; elegido provincial de su orden por el capítulo de Segovia; censor de libros, consultor de la Inquisición, visitador de Oxford y de Cambridge, mitrado de Toledo, había conseguido Carranza todos los lauros propios de una gloriosa carrera y había brillado entre las almas de primera magnitud en los anales de la española Iglesia. Pero el mucho estudio, la meditación larga, el comercio con los pensadores de Inglaterra y Flandes, la noble amistad con Victoria Colonna, el cariño y admiración por Juan Valdés, lleváronle á pensar de luterana manera; y el desasosiego propio de que había menester la viva expresión de su pensamiento llevóle á decir con claridad lo que creía con fe. Mal hecho estaba ciertamente alzarse á tamaña licencia, quien, desde niño, había con crueldad azuzado á la Inquisición para su obra de muerte. Carranza, por los tiempos de su catolicismo, en el celo ardoroso, delataba los herejes y los vacilantes; asistía de grado, y con sus predicaciones, á los horribles autos de fe, trasuntos verdaderos del infierno; desenterraba, como un chacal, hasta los cadáveres, para cebarse inhumano en los huesos roídos por el tiempo y pesados ya en los pesos de la divina justicia. El fraile negro, como le llamaban los pobres mártires de sus desafortadas ambiciones, perseguido por los celos implacables que contra él sintiera en la mocedad Melchor Cano y por las envidias inextinguibles del inquisidor

ATENEO CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA



¡QUIETO!

DE FOTOGRAFÍA DE FRANZ HANFSTAENGEL, DE MUNICH.

ATENEO CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

general, arzobispo de Sevilla, Valdés, á quien había precedido en la silla de Toledo y nunca se lo había perdonado, llevaba ya una sentencia de muerte sobre sus espaldas, cuando se presentó á sostener en sus estertores postrimeros al César de la ortodoxia. Nada detuvo á sus enemigos, ni la consideración siquiera de que un primado de España en tiempo de Carlos V debía ser como un lugarteniente del Papa y participar en cierto grado de su infalibilidad. Las sombras que, como Euménides invisibles, lo arrastraban á insondables abismos, batían ya sus alas sobre la esplendente mitra que llamaba los estallidos del rayo. Cuando Quijada presentó á Carranza en la estancia de Carlos, no pudo éste reprimir un sentimiento de aversión verdadera. Su antiguo amigo abrió los brazos con dolor, como si quisiera unirse al naufrago que se ahogaba; cayó de hinojos con sinceridad al pie del lecho que sostenía en sus frágiles tablas al primer hombre á la sazón del mundo; besó aquellas flacas manos, las cuales habían llevado por cetro el eje de la tierra. Mirólo el moribundo con fijeza; preguntóle por la salud del Rey su hijo con amor; le despidió en seguida con imperio. Las doce de la noche del día 20 iban á sonar, cuando conoció Carlos que no volvería de ningún modo á ver el nuevo sol en los cielos. Armándose de mayores fuerzas, como siempre que redoblaba el peligro, empeñó un diálogo con Quijada sobre los preparativos para el trance último y postrero. En efecto, los asistentes se arrodillaron; los cirios benditos, preparados para este supremo minuto, ardieron; el Crucifijo, que asiera la Emperatriz en su hora última, pasó á manos del Emperador, deseoso de presentarse ante su juez con este supremo trofeo de la victoria; describióse la imagen de la Virgen de Montserrat, bajo cuyo amparo quería morir aquel grande hombre; y sólo se oyó en el recinto, al compás del reloj que daba las últimas horas de tan grandiosa vida, el terrible resuello de la suprema y postrimer agonía.

VI.

Quijada, no sabiendo qué hacer para consolar al hombre á quien había con tanto cariño amado en este mundo, llamó al mismo Arzobispo despedido por Carlos, como se llama cualquier socorro en trance de inundación ó de incendio. Rodeaban al moribundo su confesor el padre Juan de Regla; su amigo el Conde ilustre de Oropesa, con dos de sus más altos deudos; el gran comendador de Alcántara, don Luis de Ávila y Zúñiga; el prior de Yuste, fray Francisco Angulo, y el fiel y desesperado Quijada, cuyos sollozos se confundían con el sonido de los relojes, el rezo de los frailes y los resuellos del moribundo. Carranza, en su deseo de consolar á Carlos, abrió el breviario, y se puso á comentar de viva voz el *De profundis* con pensamientos relativos á la muerte. ¡Oh! En ninguna parte, ni con motivo ninguno, podía de la muerte hablarse con tan maravillosa elocuencia por un Arzobispo acosado de las furias inquisitoriales, ante un Emperador, quien, después de haber poseído la tierra como propio predio y guiado la humanidad como un rebaño, caía en el sepulcro por todo género de males herido bajo el implacable código de la igualdad natural, ni más ni menos que los últimos humanos, convertido en sombra y ceniza,

prontas á disiparse para siempre. Á medida que Carranza leía y comentaba la lectura, un asombro indecible iba entrando en todos los circunstantes, quienes se miraban unos á otros sin poder darse cuenta de cómo la herejía, perseguida con tal furia, penetraba en la estancia de su perseguidor y á la hora misma de su muerte. Pero el asombro creció cuando, exaltado Carranza por los ecos de su propia palabra; ebrio con el embriagador zumo de las nuevas ideas; viendo en éxtasis el pensamiento íntimo que llevaba en las profundidades más secretas de su conciencia, habló como el antiguo heresiarca Orígenes acerca del mal, y dijo que, muerto Cristo, estaba todo ya perdonado, y no existía ni siquiera la primitiva culpa. Secretos de la historia. El dogma de la justificación luterana era el único asidero ofrecido por el primer Arzobispo español á la triste agonía del perseguidor de Lutero. He ahí la fuerza de las ideas. Llamados Carlos V; naced predestinado desde la eternidad á defensor del catolicismo; reunid las primeras coronas del mundo y ponedlas como trofeos de su poder bajo las sandalias del Papa; venced á los protestantes en Mulberga y llevad presos de castillo en castillo á sus mantenedores más soberanos; apercebid contra el protestantismo los ejércitos más valerosos del mundo; atizad las hogueras más devoradoras; para que luego la idea perseguida de gente en gente, apresada en los más hondos calabozos, consumida en las más ardientes llamas, dispersa como un puñado de polvo, surja súbita de suyo ante vuestro poder, y se oiga como ideal de doctrina y como bálsamo de consuelo en el supremo instante de vuestra postrimer agonía. Todo contrariaba en aquel entonces y en aquel sitio las ideas de Carranza, todo: el César católico moribundo, el fúnebre rezo de los monjes, la sombra del monasterio tendida sobre la imperial agonía, los héroes presentes de las batallas dadas en las orillas del Rhin y del Danubio contra las ideas y los legionarios de Lutero, el Crucifijo en las manos, las reliquias por todas partes, la misa recientemente celebrada, en que acababa de oirse la consagración y de verse el incienso, cuanto había y pasaba en aquel santuario de la ortodoxia católica y de la tradición española. No fué mucho, pues, que, avisado tardíamente Quijada de la imprudencia cometida, llamando al Arzobispo, pretextase, para separarle del fúnebre lecho, la destemplanza de su voz, y diese la palabra inmediatamente al predicador Francisco Villalba, constreñido también á expresarse con más fidelidad al Catolicismo por el gran comendador de Alcántara, D. Luis de Ávila y Zúñiga. Entonces Villalba, con los ojos puestos en las reliquias y con los brazos tendidos al Emperador; viendo la gloria celestial que se destacaba en los deslumbrantes colores del Tiziano, concentrados sobre aquel cuadro histórico, en cuya superficie se toca el éter materialmente y se ve cómo nadan en la luz divina las jerarquías presididas por la incomunicable Trinidad, invocó todos los Santos suprimidos por la doctrina luterana, y la intercesión eficaz de éstos, por la doctrina luterana contrastada, para decir y asegurar al Emperador, en nombre de la más pura ortodoxia, que con tales méritos y tantos mediadores podía estar por completo seguro de la eternidad y de la gloria. El rostro de Carlos V se apaciguó y serenó al oír en el borde obscuro de su muerte las doctrinas consoladoras que había otra vez oído en el borde risueño de su infancia. Concluída la oración de Villalba, que, según

el común sentir, excedió á su propia natural elocuencia, Carlos se tomó á sí mismo el pulso, y moviendo la cabeza dijo: «Todo ha concluído.» Los religiosos cayeron de rodillas y cantaron los salmos de la agonía. La campana del monasterio, triste y plañidera, dijo á los cuatro vientos del campo que los campesinos debían orar por un gran muerto. Quijada le colocó en la mano izquierda y le sostuvo el cirio bendito; Carranza le colocó en la mano derecha, y lo sostuvo, el Crucifijo de la Emperatriz; Carlos llevó esta reliquia de religión y de amor dos veces á sus labios y dos veces á

su corazón. Hecho esto, sintió que salía de sus pulmones y por su garganta se disipaba el postrer suspiro de la vida. Y aun pudo decir: «¡Jesús!» antes de expirar. Eran las dos de la mañana. «¡Oh! Acabó el más principal hombre que ha habido ni habrá», exclamaba su Mayordomo. Así murió Carlos V, concluyendo con su vida los esplendores del Renacimiento, y empezando con su muerte los lutos de la reacción universal.

EMILIO CASTELAR.



¡QUE VIENEN!

CUADRO DE CHOCARNE MOREAU.





¡VUELVE POR UVAS!



I.

Una niña era Flora,
 Á fuerza de bonita, encantadora:
 Su cara no era cara, que era un cielo,
 Con un pelo lo mismo que la endrina,
 Unos ojos tan negros como el pelo
 Y una tez sonrosada, suave y fina.
 Más alegre y más suelta que una cabra,
 Saltaba por los campos esta chica,
 Que por ser tan hermosa era muy rica,
 En la bella acepción de la palabra,
 Porque en cuanto á dinero,
 Si he de ser franco, infiero
 Que la niña no pueda
 Conocer nunca al Rey por la moneda;
 Pero, en fin, como nunca lo ha tenido,
 No sufre privación por no tenerlo,
 Pues nunca ha perseguido
 La menor ocasión de poseerlo.
 Descalzo siempre el pie recorre el monte,
 La pradera y el llano,
 Creyendo dueña ser del horizonte
 De que es centro la torre de su aldea
 Y conoce cual palma de su mano.
 Con esta mala idea
 Rompe vallas, asalta corralizas,
 Y en el punto en que tiene
 Un poco de apetito, se detiene
 Y lo sacia con fruta y hortalizas.

II.

Ocurrió una mañana
 Que de comer albillo tuvo gana,

Y siendo el fin de Agosto,
 Tiempo en que la uva tiene
 Todo el azúcar que reclama el mosto
 Y hasta un poquito más, si á mano viene,
 Salió de casa Flora
 Poco después de despuntar la aurora,
 Cantando una canción al nuevo día,
 Y contenta y ufana
 Se encaminó á una viña algo lejana,
 Pero que producía
 El albillo más rico
 Que cataron las aves con su pico.
 La graciosa mozuela
 Corre que se las pela
 Con su descalzo pie ya encallecido
 Y con el cual se atreve
 Á pisar, sin dañarse, las ortigas,
 Y á fuerza de ser breve,
 Á no dañar, pisando, á las hormigas.

III.

Veloz llega la niña
 A la viña, que encuentra bien bardada;
 Pero trepa la barda de la viña
 Por la parte que ve más apropiada.
 Tan pronto como trepa,
 Cien racimos colgados
 De cada añosa cepa
 Y de puro maduros bien dorados,
 Excitan su apetito,
 Y empieza á descolgarse de la barda,
 Mientras que tras de un hito
 Con sonrisa feroz la mira el guarda,
 Un hombre muy celoso,



Que no tiene un momento de reposo,
 Y, exacto cumplidor de sus deberes,
 No se casa con hombres ni mujeres.
 Ansiosa entre las cepas se agazapa
 Confiada la niña,
 Y persigue y atrapa
 Los mejores racimos de la viña.
 El placer que disfruta es delicioso;
 Que el sabor de estas uvas siempre es bueno,
 Pues se sabe que nada hay tan sabroso
 Como la fruta del cercado ajeno,
 Rico sabor, que fuera aún más profundo
 Si no existieran guardas en el mundo;
 Pero ¡ay! aquí lo malo
 Es que siempre el placer es bien finito,
 Y pronto vino el guarda con un palo
 Á quitarle á la niña el apetito.
 Con ira retratada en el semblante
 Y el palo levantado,
 Miró á la niña..... y se quedó al instante
 Absorto y alelado,
 Pues siempre ha sucedido
 Que al prender á una niña,
 Si es guapa de verdad, queda prendido
 El guarda de la viña.
 Siguió el guarda admirando
 La hermosura de aquella delincuente,

Y la niña arrancando
 Los gajos que alcanzaba fácilmente,
 Y él la dejaba hacer y se reía
 Y ni una reprensión la dirigía.
 Que aquí suele ocurrir que se ve el cielo
 Al quedar los deberes por el suelo.

IV.

Se hartó de uvas la niña,
 Y sin más que decirle «adiós» al guarda,
 Quiso salir ligera de la viña,
 Saltando por la barda;
 Pero al verla subir gritó él:—¡No subas,
 Que á tu disposición tienes la puerta,
 Para ti siempre abierta!
 Conque..... ¡vuelve por uvas!

 Y al ver que se ocultaba
 Tras de un monte la niña,
 El guarda suspiró, pues se quedaba
 Sin azúcar el fruto de la viña.

RICARDO MONASTERIO.



PASATIEMPO.—CUADRO DE TORRINI.



BIBLIOTECA

MADRID
BIBLIOTECA



FLORES DE PRIMAVERA.—CUADRO DE R. DE MADRAZO.

BIBLIOTECA

MADRID
BIBLIOTECA

EL ÚLTIMO OTELO

I.

Pedro Pedrales pudo haber vivido tranquilamente con los seguros beneficios de una industria honrada que á su buen padre había servido para darle una esmerada educación y dejarle, al morir, un porvenir lisonjero, si no brillante.

Pero eso de la brillantez era lo que más había seducido á Pedro desde su adolescencia, á cuya entrada se sintió ya fascinado por sueños de esplendores de la vida artística del teatro.

Su afición fué tan decidida y absorbente, que su padre, poco satisfecho de las distracciones escénicas del muchacho, tan en pugna con su industria prosaica, trató en vano de persuadirle de que la afición y la verdadera vocación artística no son una misma cosa.

Y Pedrales (padre) estaba en lo cierto, y además en lo justo, al ver con el instinto de su amor, más que con la fuerza de su criterio, que su chico, tan metido entre malos aficionados á la escena, podía dar alas á un delirio insano, pero no caminar al cumplimiento de un providencial destino, de esos que han realizado maravillas y hecho surgir grandes figuras en las artes.

Pedro, efectivamente, no servía para cómico. Pero su padre no tenía fuerzas para llevarle por mejor camino. Pedro era hijo único, y el honrado industrial en sus amorosos extremos, temía matarle si le apartaba de las varias sociedades dramáticas de pomposos títulos, en que sus amigos y los de sus compañeros le hacían creer con sus aplausos en la realidad de sus sueños tentadores.

En esos suicidios que el error de vocación lleva aparejados, nunca faltaron activos cómplices.

La afición iba creciendo con los años, y Perico Pedrales —como le llamaban sus consocios en el arte—empleaba en el decoro de su figura artística cuanto dinero el padre le daba, y toda la actividad de su espíritu en el estéril estudio de sus papeles.

Como le absorbía por entero esa pasión—verdadera locura—no quedaba en él flaco alguno por donde le asaltasen pasiones y vicios, en la juventud tan temibles, pero tan naturales. El amor mismo no era para él más que *un algo* inevitable en las ficciones escénicas y que se creía capaz de

fingir cuando sus mismas preocupaciones no le dejaban lugar ni tiempo para sentirlo.

La virtud se le imponía entre sus sueños de gloria. Y á la virtud acompañó una discreción filial muy estimable. Jamás se atrevió á declarar á su pobre padre, tan tolerante y tan bueno, que se propusiera hacer de sus aficiones juveniles una profesión tan contraria á la que le reclamaba por natural conveniencia de familia.

Pero el padre murió demasiado pronto y con esa única preocupación dolorosa: con la seguridad de que su Pedro iba á sacrificar la realidad provechosa que le dejaba por herencia, á un sueño que ni honra ni provecho podía ofrecerle.

II.

El cómico de afición, solo en el mundo y con una limpia base de fortuna, tardó poco en levantar sobre ésta sus acariciados castillos de gloria, desmoronando la obra del viejo industrial, malvendiéndola con el fácil y temerario arrojo de quien no apreciaba más valores que los que pudieran servirle para entrar de un golpe—con llave de oro como quien dice—por las puertas, hasta entonces cerradas para él, del teatro público.

Y entró, siendo ya todo lo que hay que ser en el terreno: galán, primer actor, director, empresario antes que otra cosa: pues con el oro amasado por el paternal trabajo, pronto tuvo una corte de súbditos escénicos, ancho cuadro de compañía formado á brochazo sucio por un segundo galán, especialidad en traidores de melodrama, que trató desde luego de explotar la heredada riqueza y la ingénita buena fe de aquel desdichado que, como el D. Luis del Tenorio,

«Buscó compañía
Y se unió á unos bandoleros.»



La carrera artística de Pedro Pedrales fué terrible, pero corta. Pronto alcanzó una doble y ruidosa reputación: la de ser el actor de más rica indumentaria (porque á adquirirla consagró una gran parte de la realización de su industrial herencia) y la de no tener rival en contrasentidos de dicción y en desplantes y amaneramientos de figura en su trabajo favorito, que era el del melodrama y la tragedia.

Aquel mismo segundo galán que le explotaba y que, siempre traidor, trató de convertir al inocente Pedrales en una especie de víctima de melodrama, fué el que, con una frase, hizo proverbial el ejemplo de los cómicos silbables, y pronto se dijo en donde quiera que había un teatro: «Eres más malo que Pedrales.»

El mísero Pedrales era actor principalmente trágico por sugestión de grandes artistas, como Salvini y Rossi, que le habían fanatizado con sus soberanos arranques en *Otello*, *Amleto* y *La morte civile*, obras que, mal traducidas del italiano, había metido arrogantemente en su repertorio, con preferente amor la primera, pues le seducía la figura del moro de Venecia con los arrebatos de su pasión, su bizarra apostura de General y, sobre todo, por la variedad y riqueza de sus trajes y armas, que á tanto precio había él adquirido, con detalles de propiedad y lujo dignos de más alto intérprete del coloso de la dramática inglesa.

A los treinta años de edad y cinco de público trabajo escénico, Pedrales, con su inocencia bien conservada, sin pizca de malicia en el mismo terreno que pisaba á su antojo, era toda un alma, de esas *grandes* de que habla Moratín, pues todos los rumores que oía desde la escena le parecían música de bien acordadas alabanzas de los espectadores. Y no era su funesto segundo galán el que había de sacarle de un error que tan perfectamente servía á sus conveniencias, sobre todo al llegar el momento de entrar en la compañía una nueva primera actriz, cuyos amorosos favores había perseguido en vano antes de tratar como cómico con Pedrales.

III.

Teodora Estrella entró, cayó, más bien, como una bomba en la compañía de nuestro héroe dramático. Con su brillante apellido, nada tenía de verdadera estrella del arte. Era primera actriz *porque sí*, como tantas otras; como aquella á quien iba á sustituir para el más grande infortunio de Pedrales.

Peró *la nueva* Teodora—como la llamaban con retintín de envidia sus compañeras—era una mujer realmente hermosa, de arrogante figura, de seductora gracia natural, que justificaba á primera vista la satánica satisfacción con que la encontraba de nuevo el segundo galán, con la esperanza de que sus livianos deseos llegaran á un fin antes tan tenaz y vanamente perseguido.

Porque la Estrella encantadora, acostumbrada á oír las pretensiones egoístas de sus mil adoradores, era una mujer muy dueña de sí, fría, calculadora, que todo lo subordinaba á su seguridad personal en el arte de que vivía, tomando por seductores *de guardarropia* á cuantos la requebraban, y los lamentos de los desahuciados por detalles de escenas

teatrales que ella servía en las tablas por ser indispensable para el cobro de la nómina.

Cayó—decía—como una bomba en la compañía de Pedrales, porque éste, inaccesible hasta entonces á toda pasión que no fuera la del arte, sintió por primera vez—con más fuerza por más tardía—la influencia de ese amor terrible que despierta á la vez las ansias nobles del espíritu y los torpes apetitos de la materia.

La pasión de Pedrales se anunció como un verdadero estallido, y toda la compañía la conoció tan pronto como la hechicera Teodora, quien, imperturbable en las tablas, veía y oía algo más que al cómico en los galanes que la asediaban atrevidos por gracia de la ficción del poeta.

El incendio se declaró del todo en la palabra viva y ardiente de Pedrales, tras un largo ensayo de *Otelo*, cuya Desdémona no había figurado antes en el repertorio de aquella Estrella errante del arte escénico.

Pedrales se lo ofreció todo: su empresa, su fortuna, ya menguada, su nombre, aun no ilustre, un trono en su hogar solitario, donde no habían reinado hasta entonces más que los sueños inverosímiles del artista.

La voz, el gesto, la actitud, todo daba carácter y fuerza de apremiante á la pretensión del cómico que, con tal elocuencia en momentos parecidos de la ficción teatral, hubiera producido efectos maravillosos y conquistado muchos aplausos á los espectadores.

Á la Estrella no la conmovió todo aquello más que las famosas décimas del *Tenorio*, que tan serena y tantas veces había oído en la quinta de D. Juan. Pero la interesó la situación de su director apasionado, y, *para echar sus cuentas*, pidió un brevísimo plazo á Pedrales.

Á las veinticuatro horas, un *sí* sostenido y vibrante de la hermosa Estrella le hizo ver toda la magnificencia sideral, que él se imaginó creada por Dios para iluminar su ventura. Ésta—tan soñada como la gloria artística—no quiso Pedro que se retardase, y á los pocos días—sin necesidad de huir de la casa paterna—Desdémona era la esposa de Otelo, y la primera dama *absoluta* de la compañía se llamaba Teodora Estrella de Pedrales.

IV.

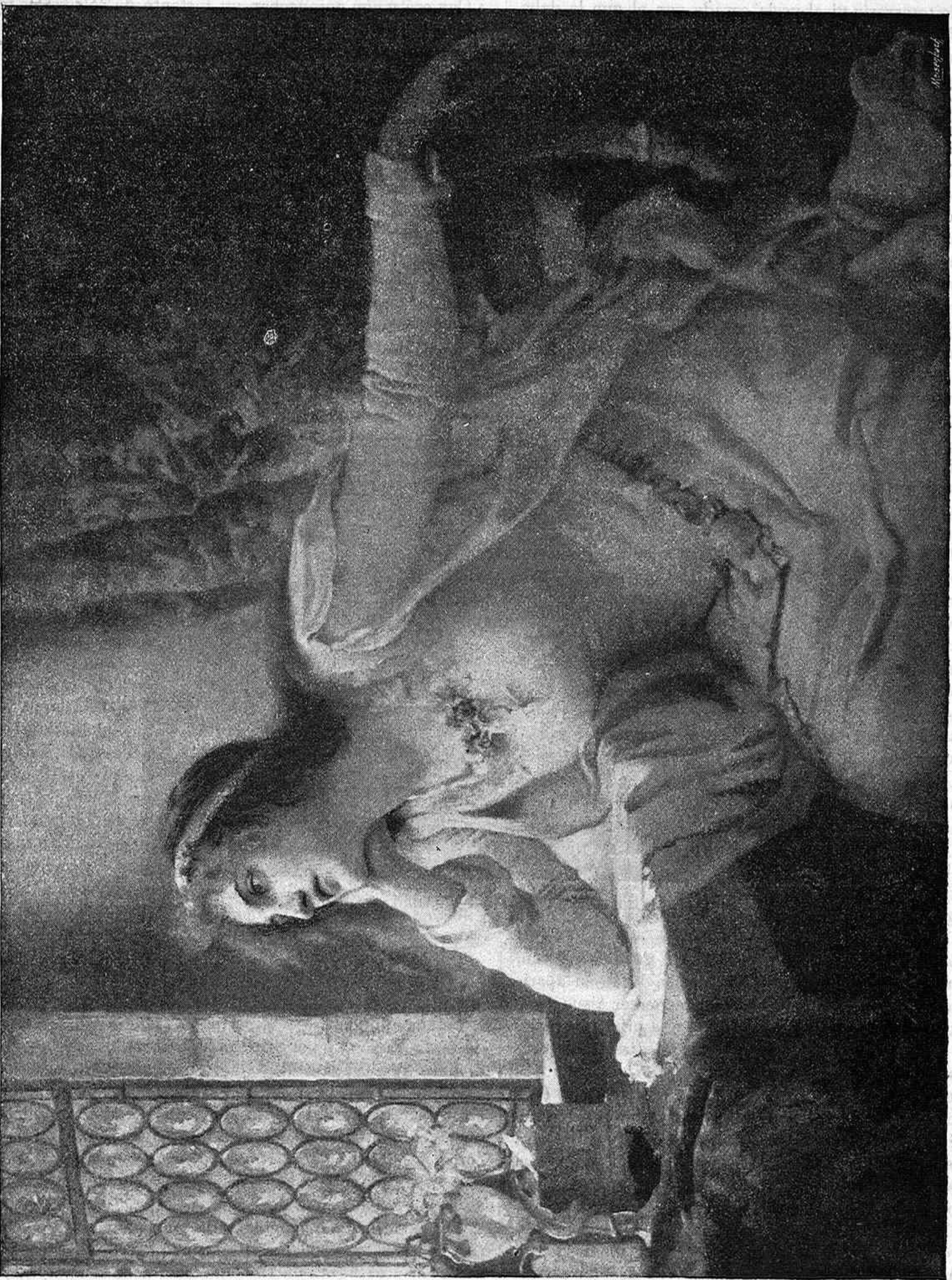
Y aquí es donde empieza el rápido desarrollo de los sucesos que abrevian la soñadora vida de nuestro cómico, y que preparan de una manera fatal la realidad terrible de la fábula dramática de Shakespeare. La avisada Teodora, por bien entendido egoísmo y aun por gratitud—ya que no por amor—al que tan de buena fe le había confiado su honor y su vida, hubiera desde luego pedido á Pedrales la sustitución de aquel segundo galán, especialista en traidores de melodrama.

Peró ¿con qué pretexto? Pedrales tenía en él absoluta confianza desde la primera formación de su compañía, y, además, la primera dama temía que aquella ingerencia en los asuntos de empresa turbase para siempre la santa paz de que gozaba el infantil corazón de su marido.

Muchas meditaciones debió costarla el desistir de su idea, sobre todo al ver que su antiguo perseguidor no cejaba en

TECNICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ALMAGRE DE J. A. MARRASION



Mosquera

MARIANA.—POR ENRIQUETA RAE.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

su empeño temerario ni al verla casada con el que le daba la mano de compañero y amigo.

Pero ya que no la precaución peligrosa de la mujer, el despecho, la envidia y el espíritu de venganza del amante egoísta y grosero iban á realizar la obra destructora de la paz del alma de Pedrales.

El segundo galán, inimitable en sus papeles de *tercero*, acarició sus proyectos diabólicos, y con fría serenidad vió que tenía por base segura la amistad confiada del marido, tanto más grande y ciega, cuanto más había contribuído á conquistarla el interesado empeño en lisonjearle uno y otro día en sus disparatadas pretensiones de artista escénico.

Los cómicos—los malos sobre todo—suelen tener tendencia á ver y hacer bien en la realidad lo que quizás no han visto ni hecho en las farsas teatrales, que á veces resultan suyas, hasta después de tenerlas olvidadas.

Para nada se acordaba de su papel de Yago nuestro endiablado cómico, cuando se lanzó á utilizar para sus planes tremendos á un galán joven muy guapo y muy pagado de su figura, y cuya debilidad consistía en hacerse pasar por conquistador de las mujeres de más difícil conquista, habiendo ya puesto en su lista de conquistadas señoras aristocráticas del abono, que *clavaban* en él los gemelos, según él decía, y le citaban en billetes perfumados.

El segundo galán se encontró andada la mitad del camino, porque el galancito joven, verdaderamente *alumbrado* por la Estrella desde su aparición en la compañía, se empeñaba en hacer creer á sus compañeros que él no era costal de paja para la primera actriz, y que se sentía muy capaz de robársela al director-empresario á los ocho días de casada.

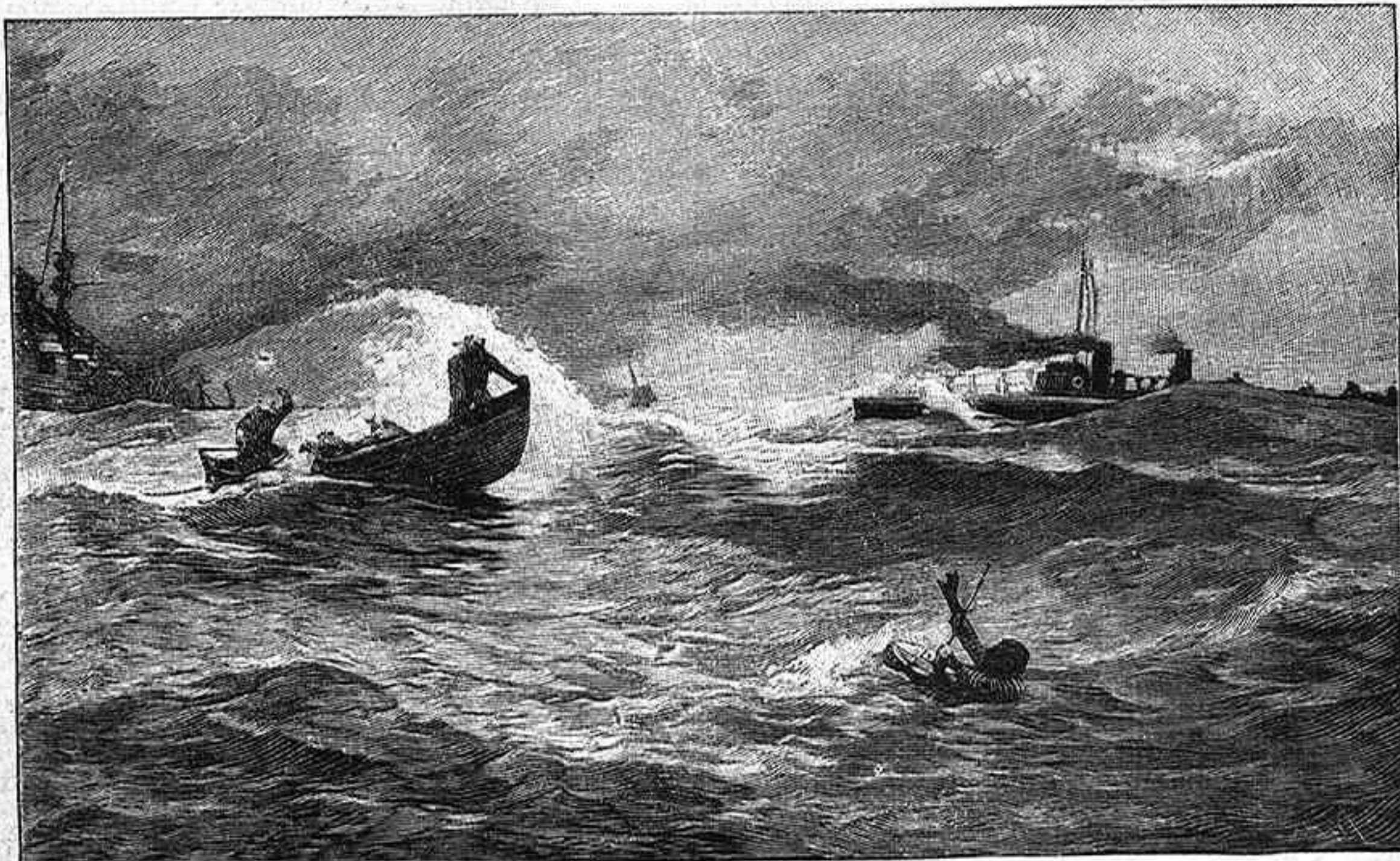
Lo que es atrevido, lo era de verdad. Pero, al fin, se contentaba con las vanas apariencias de conquistador; y como en sus *apartes* con la Estrella jamás se permitía la más ligera de las insinuaciones amorosas del segundo galán, oía ella al pseudo-Tenorio con la sonrisa en los labios, como á un lisonjeador cortesano de la belleza de la reina empresaria.

No se habían escapado á la observación del despechado y vengativo algunos movimientos de mal disimulada inquietud de Pedrales ante aquellas galanterías, y se decidió á estimular el amor propio del galancete, diciéndole que sería *un tonto* si no estrechase el asedio de aquella hermosa Estrella que, desde el mismo cielo, se le venía á los brazos.

Con eso y con aprovechar un instante de soledad y preocupación sería de Pedrales para invocar sus títulos de amistad antigua, y extremar su solicitud fraternal y su interés de médico del alma, abriendo con la sonda heridas aun no descubiertas, para que éstas fuesen enconándose, quedaban hechos los principales trabajos del infernador implacable del corazón de Pedro Pedrales. Éste hubiera arrojado mil veces de la compañía al galán joven, ó hubiera prevenido á su mujer seriamente. Pero le contuvo la idea del ridículo en que iba á aparecer con su celosa resolución primera ante la compañía, y del prestigio y la estimación que, con la segunda, podría perder al lado de la esposa cada día más adorada.

Y así pasó algún tiempo: el director y primer galán, taciturno, grave, preocupado, viendo la infidelidad en la actitud más sencilla de la esposa; ésta, oyendo inocentemente y con cara de risa las tonterías del galán joven, y achacando las preocupaciones del marido al maleamiento del negocio de empresa; el galán joven, soltando estúpida-

mente insinuaciones de su vanidad que comprometían á Teodora; las envidiosas de ésta, murmurando entre bastidores, y, en fin, el segundo galán desafiando el callado y soberano desprecio de la dama, y explotando siempre la estúpida debilidad del galán joven y la credulidad y la confianza creciente del primer actor desventurado.



¡HOMBRE AL AGUA!—CUADRO DE RUDAUX.

V.

Estaba anunciada en el cartel una nueva representación de *Otelo*, en la que por primera vez haría el papel de Desdémona Teodora Estrella.

El público que ocupaba las localidades del teatro llevaba, en primer término, la curiosidad de ver á la hermosa actriz en la obra predilecta de Pedrales, cuyos *desplantes* trágicos habían ya servido de diversión á muchos señoritos graciosos, que le jaleaban y le aturdían con aplausos en las situaciones más comprometidas.

En los dos primeros actos de la tragedia todos los espectadores se entregaron casi exclusivamente á la admiración de la hermosa figura de Desdémona. Puede decirse que los encantos irresistibles de la mujer dieron desde luego á la actriz un triunfo que no podía darle su carencia absoluta de buena educación artística.

Atentos á ella sola, muy pocos pudieron advertir un no sé qué extraño, fuera de la manera de ser escénica de Pedrales, que en su figura, en sus movimientos expresivos, en las inflexiones de su voz conmovida en presencia de Desdémona, ya antes de la escena del Tribunal de los Diez, ofrecía un Otelo nunca por él sentido, y que producía el asombro de los más satíricos detractores del cómico.

Llegó el acto tercero; el acto en que tan grande, tan profundo conocedor del corazón humano se nos presenta Shakespeare. Antes de levantarse el telón, Otelo vigilaba tenazmente á Desdémona y á Casio (el galán joven), mientras Yago (el segundo galán) acechaba como un tigre á su víctima, detrás de un bastidor de selva arrumbado contra la pared del fondo del escenario.

Ni el segundo galán ni Pedrales se daban cuenta, dominados por pasiones tan hondas, de que estaban haciendo fuera, en la realidad, aquello mismo á que les obligaba la ficción escénica. Puede decirse que en ellos la mentira y la verdad se confundían por fuerza muy superior á la de la magia del arte.

Ambos estuvieron asombrosos en la escena culminante de la sugestión terrible, y en aquel paroxismo cruelmente doloroso de los celos fué inmensa la ovación tributada á Pedrales, que, al concluir el acto, no acudió al llamamiento del público, ni oía los aplausos de fuera, ni las voces de dentro, ni resonaban en su corazón más que dos palabras que, no para el moro de Venecia, sino para el mísero Pedrales, se habían deslizado de los labios de su infame compañero en un *mutis* de Yago.

Dos palabras que revelaban algo sorprendido por la fiera vengativa en acecho. Para Teodora había llegado al escenario una carta anónima de un admirador de su hermosura, que á la vez insultaba al primer actor, rebajándole á los ojos de la actriz y de la esposa. Ésta la recibió estando pendiente de la voz preventiva del segundo apunte y, sin leerle, guardó el papel en el pecho cuando desde el escenario la sorprendía la mirada viva y centelleante del hipócrita, infernal interlocutor de Otelo.

Teodora no amaba á Pedrales; pero la estimación y la gratitud le bastaban para evitar á todo trance que conociese un anónimo que le vejaba cruelmente. Leyólo conmovida y, trémula y nerviosa, fué á quemarle en una de las bujías que iluminaban su cuarto.

En el momento en que la llama consumía el papel, Teodora se vió sorprendida por otro incendio: el de la mirada escudriñadora y fiera de Pedrales. Su misma buena fe la hizo estremecerse y aparecer como criminal á los ojos del marido, en los que por primera vez leyó la pasión callada y

terrible que le devoraba. La verdad honrada era ya para aquel hombre una infame mentira. El choque hubiera sido allí tremendo si la presencia del segundo apunte no hubiera arrastrado al fin maquinalmente á Desdémona y Otelo hacia el escenario.

VI.

El público estaba verdadera y hondamente conmovido. En la figura de Desdémona se reflejaba la reciente sacudida de los nervios de Teodora, quien, con su flotante túnica blanca y suelta sobre los hombros la hermosa cabellera, fué al fin á acostarse sobre el damasco del lecho que, entre cortinas, se ocultaba allá en el fondo.

En la penumbra aparece Otelo sombrío, convulso, pero resuelto. Cada palabra de aquel terrible monólogo es una amenaza doble, porque en aquel lecho reposan dos víctimas.

Despierta la hermosa calumniada, y en la sentencia de Otelo parecen rugidos ininteligibles las palabras de piedad para el espíritu de Desdémona. Ésta, arrastrada por los férreos brazos del celoso verdugo, cae otra vez detrás del cortinaje, sobre el lecho, y se oye un terrible grito de agonía, tan verdad, que hiela la sangre de los engañados espectadores del principio del fin de la catástrofe.

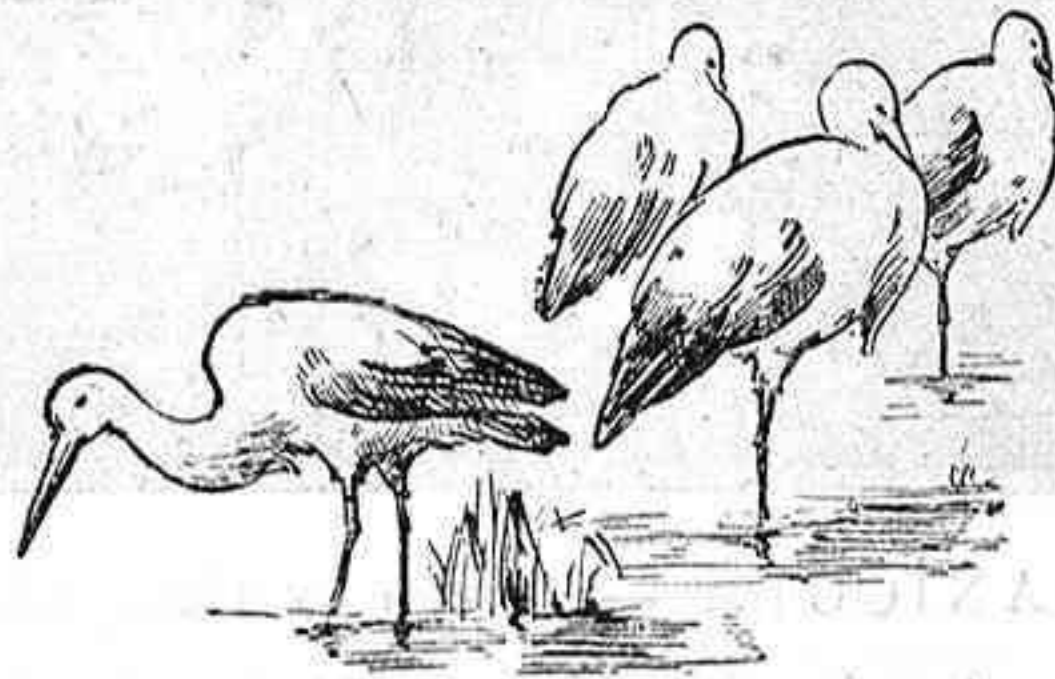
Aparece otra vez la figura de Otelo, de modo tan real descompuesta, que todos los personajes que van saliendo, evocados por el poeta, enmudecen.

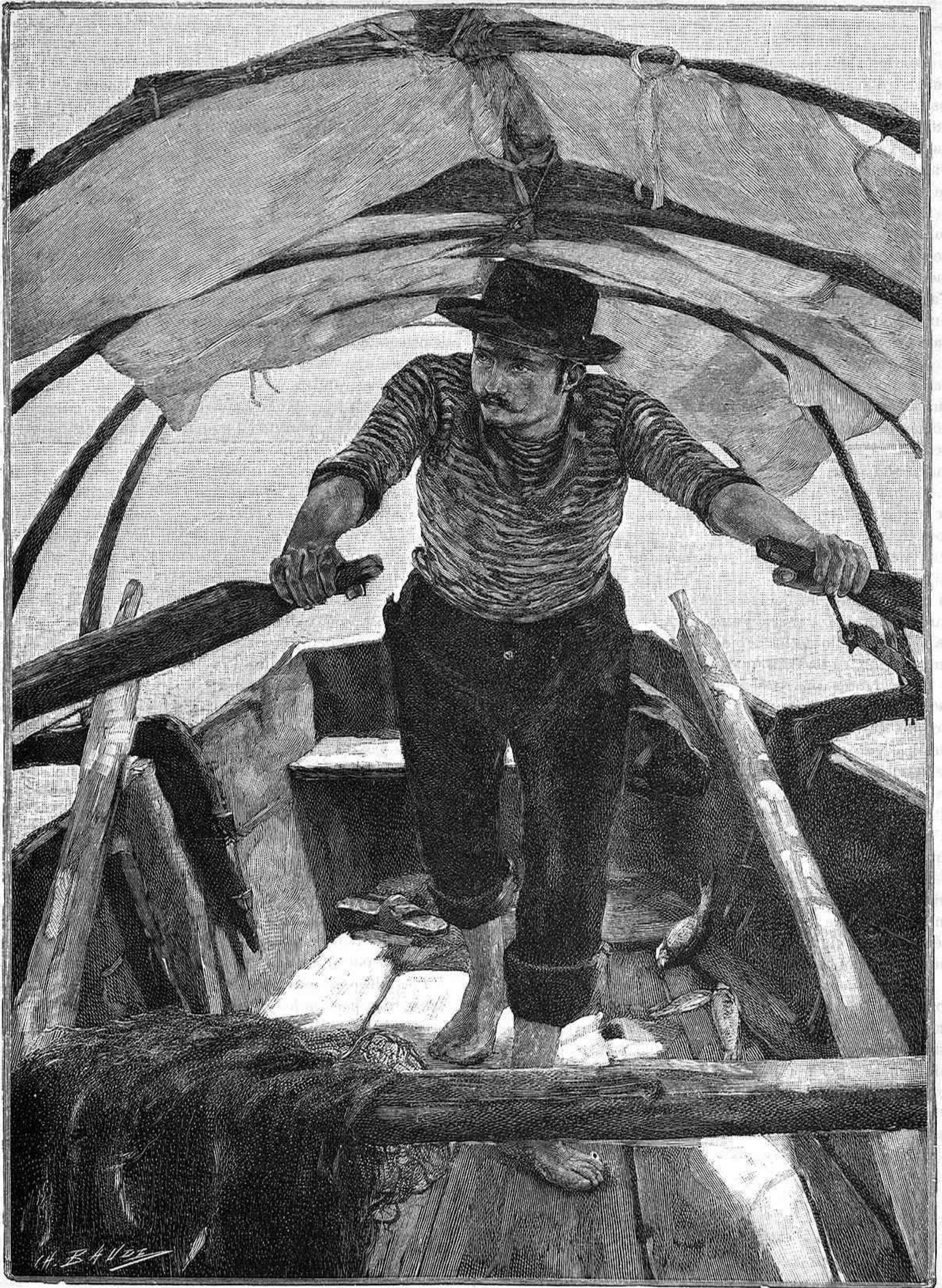
Ya no hay allí palabras. Todo aquel final queda reducido, transformado por la actitud verdaderamente aterradora de Pedrales, que tiene á su izquierda á sus compañeros, como petrificados por la sorpresa. Es obra de un segundo. Otelo da dos pasos vacilantes, lanza un gemido espantoso y, tras un golpe terrible con el cuchillo á que su mano se aferra, va, tambaleándose, á caer sobre la grada que conduce al lecho de Desdémona. Se oyó un grito desgarrador en el escenario, y cayó el telón pesadamente. Pocos espectadores advirtieron que allí faltaba algo; que Otelo moría ignorante de la inocencia de Desdémona.

El público no veía la sangre. Aplaudía entusiasmado, sin saber que aplaudía un doble crimen. Nadie tuvo dentro valor para salir á desengañarle, y al fin fué desfilando, conmovido aún por el terror trágico.

Poco después entraban en la escena un juez y un escribano; dos personajes nuevos, que iban á levantar dos cadáveres y á trazar en prosaica sumaria el epílogo del último *Otelo* del pobre Pedro Pedrales.

EDUARDO BUSTILLO.





EN LA CANÍCULA.—CUADRO DE CARL VON STTETEN.

Paris.—Salón del Campo de Marte, de 1894.





BABEL Ó BABIA

Simular independencia
 Como espejuelo de incautos,
 Aunque se esgrima en la sombra
 Como puñal de Damasco.
 Entre lugares comunes,
 Ninguno mejor reclamo
 Que la crítica moderna,
 Á pesar de sus fracasos,
 De hoy batir lo que elevara
 Ayer á punto dogmático.
 Echárselas de purista
 Quien ignora el castellano,
 Y de original quien vive
 De desperdicios extraños,
 Y de vidente el miope,
 Y de talentudo el gárrulo,
 Y de humilde el buscarruidos,
 Y de apóstol el sectario.
 Dudar primero de todo,
 Y después irlo negando,
 Y acabar por lamentarse
 De los sociales estragos,
 De modo que el cocodrilo
 Luzca dublé de filántropo.
 Seguir los vicios y errores
 Del vulgo, que al fin y al cabo
 Paga bien al que le adula,
 Y es de mártires ó santos
 Lidiar uno contra muchos
 Y morir sacrificado.
 Juntar en torpe amasijo
 Lo verdadero y lo falso,
 Hermosura y fealdad,
 Lo justo con lo tiránico,
 Para mayor desconcierto
 De un sensualismo alocado,
 Tan calloso á los placeres
 Cuanto á los dolores blando.
 Vestir á la misma Venus
 De repugnantes harapos,

Y no besarle la frente,
 Sino olerle los zancajos.
 Suponer — ¡necia porfía! —
 Iguales cabeza y brazo,
 Sin la natural concordia
 Y equilibrio necesario,
 Y que la tierra es el cielo,
 Sin el purgatorio tránsito
 Del ángel trocado en bestia
 Por efecto del pecado;
 Ó mirar — ¡torpe desquite! —
 Arriba, en medio y abajo,
 Nunca aurora, siempre noche,
 Nunca armiño, siempre fango.
 Alegrarse interiormente
 De que ocurran á diario
 Guerras, pestes, terremotos,
 Inundaciones, naufragios,
 Con algún que otro homicidio,
 Explosión, incendio, rapto,
 Y exagerar su negrura,
 Y hasta publicar retratos
 É historias de criminales,
 Como de artistas ó sabios.
 Encomiar lo que convenga,
 Y lo que no, censurarlo,
 Según mutuo compromiso
 De amigos y paniaguados,
 Y pretender la exclusiva
 De dirigir el cotarro,
 Sin temor á que progresen
 Manicomios y cadalsos...
 Tal será, Babel ó Babia,
 El sistema literario
 Del próximo siglo xx,
 Reflejo de nuestro estado,
 Á no remediarlo Dios,
 Que puede algo más que el Diablo.

ABDÓN DE PAZ.





CALIPARCO Y ELLAS

I.

EL INDIANO Y SUS HUÉSPEDES.

En Aramayona, en la calle de Ibargoya, cara al sol, con sus hermosos huertos que suben monte arriba y sus emparrados de moscateles que vienen monte abajo, se alza la casa de Caliparco el indiano, el tipo más famoso de nuestra tierra. Aunque su nombre parece griego, y griego es sin duda, no se llama Caliparco el tal personaje, sino Policarpo; pero los aldeanos vascongados, en su autonomía parlante, truecan á su gusto las sílabas y letras de los nombres castellanos, y en vez de decir Ignacio dicen Iñisio; y en vez de Domingo, Chomin; y en vez de Francisco, Paico; y Chilibistru en vez de Silvestre, por lo cual no entraron con eso de Policarpo y les pareció más fácil y suave y sonoro decir Caliparco. Y como á nadie se le llama allí por su apellido, sino, cual si todos fueran de una familia, por su nombre, nadie se acuerda de que Caliparco se apellida Mascariano y Tellemonte, de cuyas dos antiquísimas familias procede.

Muy joven, y sin despedirse de nadie, desapareció Caliparco de Aramayona, y al cabo de muchos años, después de muertos sus padres y parientes, y de vendida su casa, y olvidada su memoria, cuando sus paisanos y contemporáneos le creían enterrado, Dios sabe dónde, se presentó un día en Ibarra, con mucho dinero, veterano ya, canoso y bastante arrugado de cara, aunque muy estirado de chaleco y pechera, cadena de oro, chaquetón fino, botas de charol y gorbetín de raso con un alfiler y piedra clavada en él, verde como un sapo y grande como una castaña. Su aparición fué todo un acontecimiento, más sonado que el de la llegada de Carlos V al valle. Á nadie dijo de dónde venía, ni aun se ha logrado saberlo, y sólo sí se corrió al momento que había comprado la casa de sus padres y otras dos contiguas, que convirtió en huertas; y que hizo trabajar durante seis meses á canteros, albañiles y carpinteros, para conver-

tir su vivienda, no en un palacio, sino en una gloria, por las comodidades que ideó para disfrutarla.

Qué le habría pasado á Caliparco con las mujeres en América ó donde hubiera estado, cosa es que nadie ha sabido jamás; pero algo muy estupendo y terrible debió ser, cuando, al tomar posesión de su casa, ordenó que no entrase nunca en ella mujer alguna, ni amiga ni desconocida, ni aramayonesa ni forastera, cuyo proceder estaba muy en consonancia con la conducta que observó desde su llegada al valle; porque así como trató fraternalmente con sus convecinos y antiguos amigos, jamás devolvió el saludo, ni se aproximó á ninguna hembra, casada, ni soltera. Por todo lo cual, las mujeres decían que estaba loco, y los hombres..... también.

No tomó ama de gobierno, ni doncella, ni criada para su servicio, sino un cocinero joven y diestro, Ramón, que hizo venir de San Sebastián; y otro muchacho, «más chiquito que el grande», como decía él, que le sirviera de recadista y gobernador de los animales y de aprendiz de criado mayor, el cual se llamaba, y se llama, Ramonchu.

—En mi caserío—decía Caliparco, poniéndose muy serio—no hay, ni habrá nunca nada femenino, ¡nada! No tengo escopeta, sino fusil; ni mesa, sino escaño; ni cama, sino catre; ni ollas, sino pucheros; ni camisa, sino elástico; ni botas, sino zapatos; ni pipa, sino cigarros; ni jarra, sino acetre; ni botella, sino jarro; ni cocina, sino fogón; ni chimenea, sino tubo; ni plata, sino oro; ni despensa, sino almacén; ni bodega, sino cuarto oscuro; ni biblioteca, sino estante; ni cuadra, sino corral; ni ventanas, sino balcones; ni aceras, sino empedrado; ni sombra, sino sol; ni política, sino egoísmo; ni fe, sino amor á Dios; ni alma, sino espíritu; y, en fin, no pruebo jamás el agua, sino el vino.

Además de los dos criados, Ramón y Ramonchu, no dejaba de tener bastante gente en casa, pero toda masculina, por supuesto, á saber: *Capitán*, un perro mastín; *Pocholo*, un burro de tres años, sobre el cual hacía sus excursiones; *Lesmes*, un gato negro, grande como un cordero; *Coloriñ* y *Co-*

lorinchu, dos jilgueros, admirables cantores; *Charlembalde*, un loro magnífico que trajo de allá lejos; *Chistu*, un toro, profesor flautista; *Napoléon*, un cerdo blanco como la nieve y redondo como una pelota; *Dale*, un carnero con cuernos de cinco vueltas y cola de siete libras, y *Monseñor*, un lechuzo ó buho, más grave y serio que el puchero de la tinta.

Se hizo Caliparco con esta familia en sus expediciones por los montes y caseríos; y, conforme los fué metiendo en casa, les puso á cada uno su nombre, dándose tal maña para criarlos y asimilárselos á su persona, que parecía que todos los animaluchos tenían cabal conocimiento y que entendían cuanto les decía; logrando despertar tal afecto entre ellos, que vivían juntos y revueltos sin regañar ni ofenderse, y á menudo comían y dormían en montón á la sombra de los árboles del huerto. Según pudo observar su amo, que á fuerza de ser tan raro y estrambótico se había vuelto filósofo, aquellos dóciles animales parece como que hablaban entre sí, expresándose cada uno según sus medios propios y á medida de los recursos de sus menguadas mollerías. No había para ellos jaulas, ni establos, ni teguis, ni cadenas, ni ronzales, sino que se movían en la casa ó en sus cercanías con completa libertad, el perro, el gato y los pájaros dentro de ella, y el burro, el cerdo y el carnero rondándola siempre, por los lados de la galería baja, que da al huerto.

Á la hora de comer, en cuanto sentían el ruido de los platos que Ramón separaba del vasar para apilarlos en la mesa, poníanse en movimiento; y al sentarse Caliparco en su butaca de cuero labrado, *Charlembalde* se erguía agarrado al palo del respaldo; los *Coloriñes* se colocaban sobre los hombros de su amo; *Lesmes* ocupaba, con toda pulcritud, un espacio sobre el mantel; *Capitán* apoyaba su hocico en los muslos del señor; *Chistu* silbaba la bienvenida saltando de silla en silla; *Monseñor* entreabría perezosamente las pupilas, acurrucado en el fondo de una sombrerera tumbada sobre un armario; y desde fuera de la galería *Napoléon*, *Dale* y *Pocholo* asomaban el hocico hacia el comedor, gruñendo y soplando al través de los balaustres de hierro del antepecho. Para todos había un trozo de pan, una tajada de carne, un puñado de fruta, ó una cucharada de legumbres.

Y entre bocado y bocado y picotazo y picotazo, silbaban, trinaban, hablaban, maullían, balaban, chillaban y gruñían, en tanto que Caliparco, silencioso, exclamaba para sus adentros, después de apurar algunos sorbos de Rioja y de mirar filosóficamente al cielo raso del comedor:

—¡Oh sublime y sencillo cuadro de la Naturaleza! ¡Nadie lo disfruta como yo! ¡Oh incomparable armonía animal y musical! ¡Quién te oye y atiende como yo te atiende y gozo! ¡Oh soberana y santa soledad, lejos de toda maldita hembra que me engañe y me domine! ¡Quién más feliz que yo!

Y empinaba otro par de veces el vaso de clarete, y volvía



UNA SARTA DE PERLAS.

á mirar al cielo; y á la postre se quedaba dormido, uniendo la armonía de sus estupendos ronquidos á la que, con su algarabía animal y musical, formaban sus huéspedes de pelo y pluma.

II.

FILOSOFÍA ANIMAL.

Es verdad que aquellos animales, á fuerza de tratarse, se entendían, y que, como agradecidos amigos de Caliparco, cuando hablaban maldecían de él sin reparo, seguros de que no habría traductor ó intérprete que delatara sus murmuraciones.

—Ya se durmió el amo—decía *Lesmes*, atusándose los bigotes;—¡pero hombre, y qué mal gusto tiene! ¿por qué ha de asar ó cocer la carne para comerla, cuando sabe tan rica cruda?

—Lo asqueroso es comer carne, ni cruda ni cocida—objetaba *Dale* desde fuera—cuando el amo podía estar tan gordo con una buena ensalada diaria de verde, como yo lo estoy.

—¿Qué sabes tú de eso, cornelio?—añadía *Coloriñ*;—la carne y los garbanzos crudos no se pueden mascar.

—Pero podía comer tan sólo guindas y cerezas y uvas y moscas, que no necesitan cocinero—exclamaba *Chistu* ahucándose con el pico los faldones del frac.

—De todo hay que comer, señores; crudo, cocido, frío ó caliente; ¡de todo, de todo, de todo, porque todo es muy rico, muy rico, muy rico!—decía *Charlembalde*, gritando como un energúmeno.

—Tienes razón, hermoso; ¡eso, eso, eso, eso!—añadía *Napoléon*, con voz de sochantre;—lo que sobran son los tenedores y las cucharas y el mantel, que estorban para comer; todo lo demás, revuelto, revuelto, revuelto, ¡qué rico, qué gusto, qué rico, qué sabroso, qué jugoso y qué mantecoso!

—¡Cómo se conoce que sois buenos tragadores progresistas, tú *Napoléon* y *Charlembalde*!—exclamó *Monseñor* desde lo alto del armario.

—¡Quién habló!—repuso *Charlembalde*—¡quién habló! ese tuno reaccionario, tragamoscas, cógelas á obscuras y máta-las callando; ¡feo, feo, feo!

—¡Orden, caballeros!—gritó *Capitán*;—orden, que vais á despertar al amo.

—¡Cállate tú, pastelero!—contestó *Chistu*;—tú, que no sabes más que andar pegado á los faldones del que manda y besarle la mano. Dí, *Lesmes*, ¿qué tal te va con la novia? Ya te he visto esta mañana muy temprano corriendo tras de ella por los tejados. Es una gata muy guapa, pero muy coqueta; lo menos tiene cinco novios en esta calle.

—¿Y á ti qué te importa, silbante? ¿No andas tú también entre las ramas de los cerezos y de los avellanos detrás de la torda? Y esa sinvergüenza ¿cuántos novios tiene?—repuso *Lesmes* muy enfurecido.

—¡Qué escándalo!—gritó *Monseñor*;—¡qué conversaciones tan obscenas! ¡parecéis unos cerdos!

—Pido la palabra—exclamó *Napoleón*.

—La tiene su señoría—contestó *Charlembalde*.

—Muy pocas he de pronunciar, con motivo de la alusión personal que se me ha dirigido. Señores, eso de tener novia es muy común ...

—¡Que se escriban esas palabras incultas!—chilló *Monseñor*.

—¡El inculto eres tú, chupalámparas!—objetó *Chistu*, dando después un silbido tremendo.

—Decía, caballeros, que el tener novia—prosiguió *Napoleón*—es muy natural: *Capitán* las persigue por todas las calles; *Lesmes* por todos los tejados; *Coloriñ* y *Colorinchu* por entre los cardos y los matorrales; *Charlembalde* se la dejó en las Américas y siempre la está llamando; *Chistu* es un tenorio de las huertas y de los montes; *Dale* piensa hacer una escapatoria en cuanto pase un rebaño, y *Monseñor* el hipócrita se mete de noche por todas las rendijas de los desvanes y campanarios. Yo, ¿qué he de decir? ¡pobre de mí!, que estoy triste y que me voy quedando como un hilo, desde que vi un día pasar por la cañada de enfrente á la cerda del molino: ¡qué guapa! ¡qué gorda! ¡qué rica!....

—Y *Pocholo* ¿no tiene novia?—preguntó *Lesmes*.

Pocholo siguió callado, rascándose las nalgas contra los balaustres de la galería.

—*Pocholo* no habla, señores—añadió *Chistu*;—y porque no habla, y porque siempre está tan serio y meditabundo, tiene fama de sabio, aunque en realidad no sea más que un burro. Como ése hay muchos en el mundo.

—Y el amo ¿tiene novia?—dijo *Dale*.

—¡Aquí no se puede discutir la persona del amo!—exclamó *Capitán* enseñando los dientes.

—¡Fuera, fuera ese tío perro, pastelero!—exclamaron á un tiempo *Lesmes*, *Charlembalde*, *Chistu*, *Monseñor*, *Coloriñ*, *Napoleón* y *Dale*.

Al contemplar aquella insurrección, acometió *Capitán* á mordiscos contra todos los contertulios que había en el comedor, los cuales volando y saltando huyeron á la huerta; y al brincar tras de ellos, mientras *Napoleón* corría dando gruñidos, se encontró frente á frente con *Dale*, de quien recibió dos tremendos topetazos en la panza. Hubiera continuado la batalla entre ellos á no ponerse por medio *Pocholo*, el cual dijo gravemente:

—¡Paz, caballeros! ¡no os perdáis por tan poca cosa! Tú,

Capitán, vuélvete al comedor; y tú, *Dale*, vete á dormir allá abajo á la sombra.

—¿Y á ti, so burro, quién te mete á juez de paz?—contestó *Dale*, disponiéndose á asestar un colosal topetazo á *Pocholo*.

Pero éste, comprendiendo los propósitos del cornudo, se volvió de popa y le soltó un par de coces, que hicieron rodar como una pelota al testarudo camorrista.

Al ruido ocasionado por la escapatoria y algarabía de los bichos se despertó *Caliparco*, y asomándose á la galería, cuando la contienda terminaba, exclamó:

—¡Qué pacífica y alegremente viven estos animales! ¡Oh sublimes cuadros de la Naturaleza! ¡Quién más feliz que yo! ¡Bendita y santa soledad, con tan inocente y rústica compañía!

III.

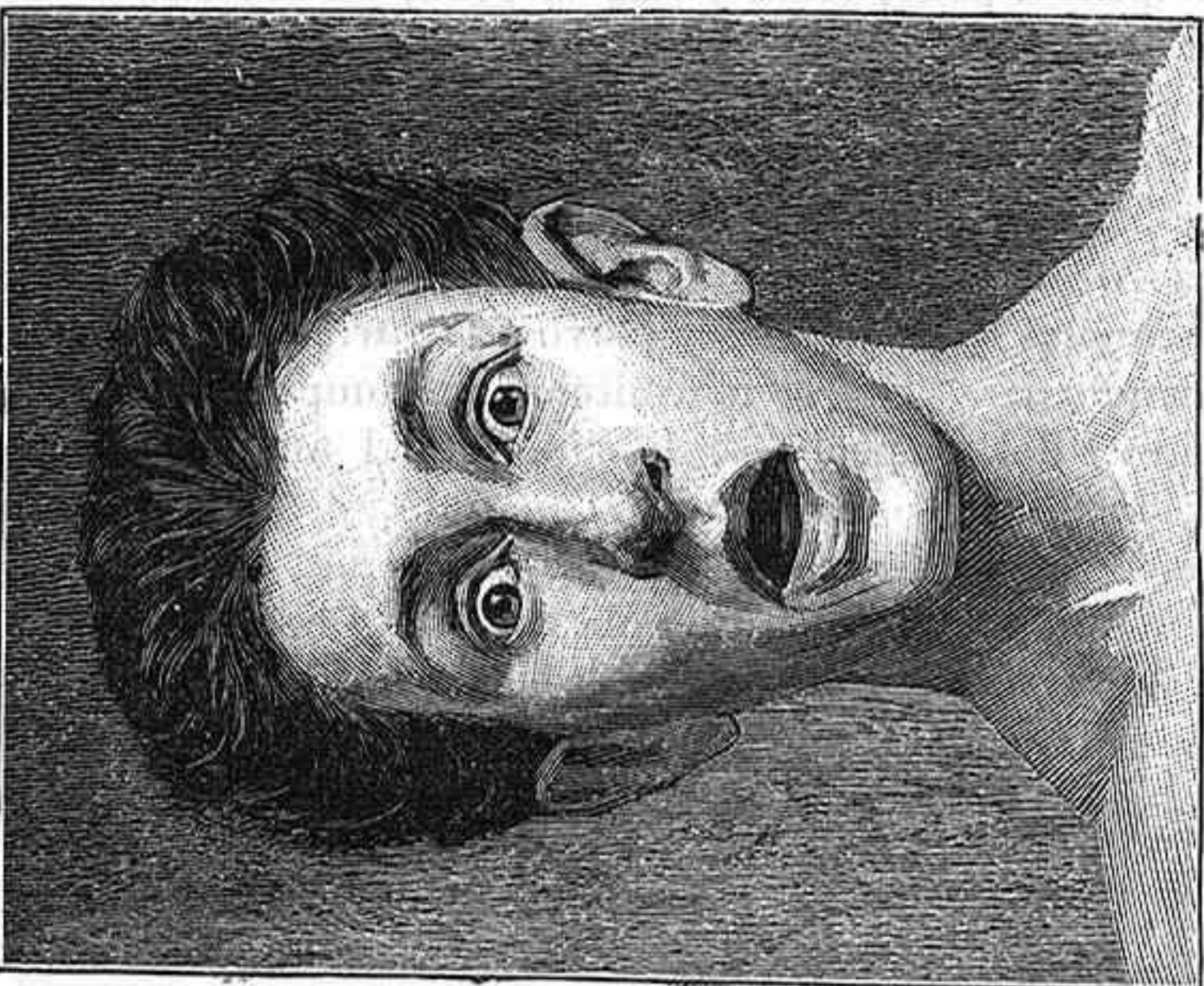
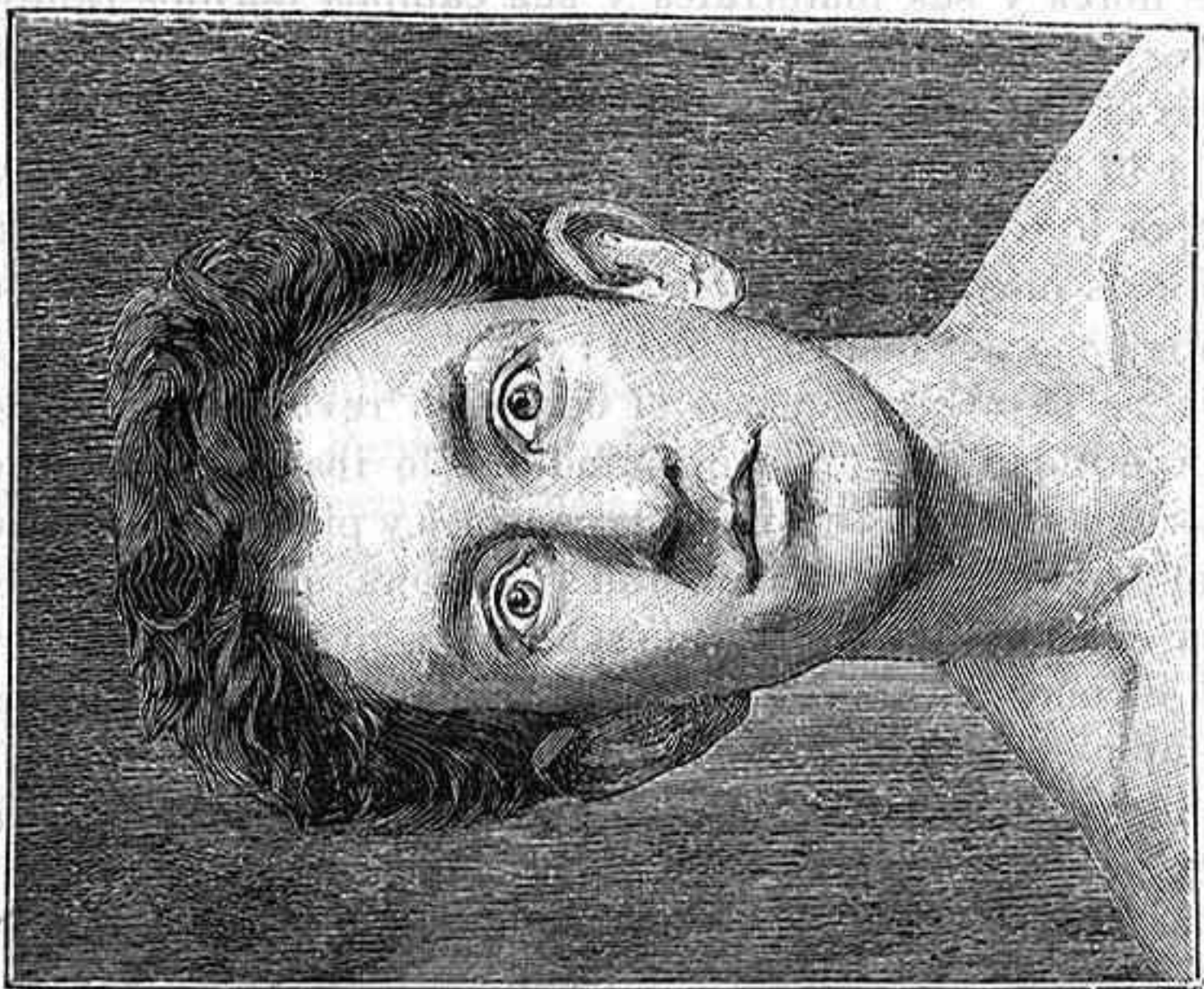
NUBES EN EL DESIERTO.

Vulgar de sobra es el repetir que no hay felicidad completa, y *Caliparco*, á pesar de sus optimismos, podía asegurarlo, porque, de cuando en cuando, venían algunas nubecillas á obscurecer la suya y hacerle rabiar soberanamente. No había en aquellos tiempos un ferrocarril cercano, ni coche diario ni alterno á Vitoria, y era preciso encargar los recados á un ordinario, que á la sazón era ordinaria, y que con dos ó tres borriquillos por todo tren, iba y venía tres veces cada semana á la capital. La ordinaria era una moza, ó cosa así, que vivía cerca de Cruceta en una casa-taberna que había hecho construir, y donde tenía su centro de operaciones mercantiles librecambistas, que le producían muy buenos cuartos. Llamábanla *la Licorrera*, por ser nieta de otra comerciante famosa que hubo en Villarreal, que vendía aguardiente de caña, anisado, rosoli, mistela y toda casta de licores más ó menos raspantes. Á nadie se le ocurrió llamarla licorista, y de la nomenclatura rústica y espontánea de aquella gente, salió la denominación de *Licorrera*. Murió la primitiva, que fué también ordinaria de Vitoria á Villarreal y Ochandiano; murió la hija, que desempeñó la misma profesión, y quedó la nieta, sucesora de la rama directa, con su comercio, sus borricos y sus licores. Era alta, garrida, huesuda y hombruna, y aunque tuvo diversos novios, más ó menos verdaderos, por amor al dominio personal y á la independencia no se decidió nunca á casarse. Conocía á todo el mundo en la comarca; hacía fielmente los recados que se la encargaban, y entraba en todas las casas y caseríos con la misma autoridad y confianza que en la suya.

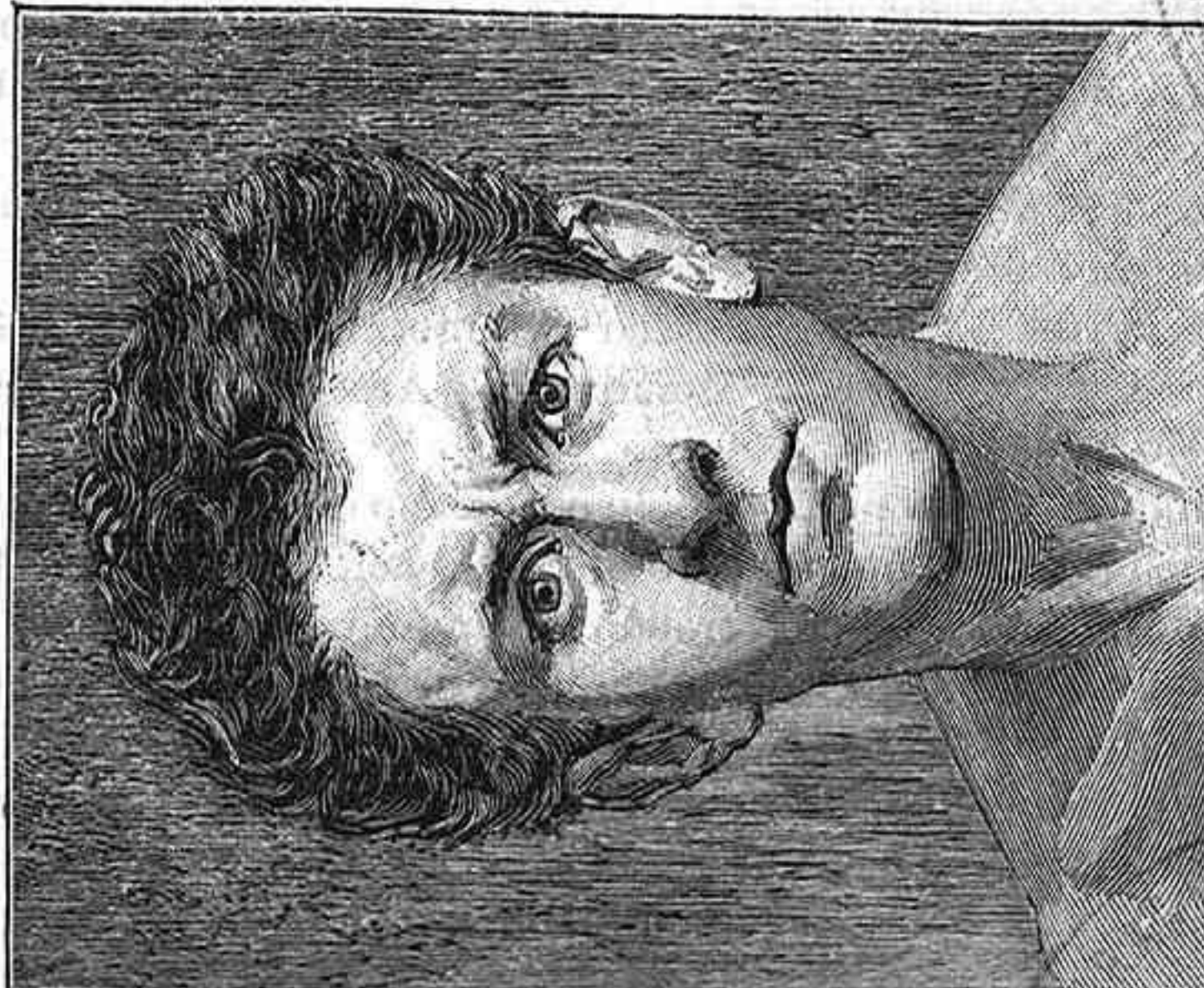
Caliparco, que á menudo necesitaba encargar á Vitoria diversos pedidos para su distracción y regalo, tuvo que apelar á este único medio de comunicación, pero sin hablar jamás con ella, y sirviéndole de intermediario su criado Ramón. Pero la *Licorrera*, que no sufría órdenes ni extravagancias de nadie, no obedeció jamás la consigna de no entrar en casa del indiano, sino que, al contrario, cuando se preparaba á ir á Vitoria, ó cuando volvía, dejaba los borricos á la puerta y se colaba en la cocina ó en el comedor, hasta encontrarse con gente.

Y muchas veces se hallaba de manos á boca con el amo, quien, con gesto sulfurado, al verla aparecer sin aviso

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS



LA SORPRESA



LA IRA

alguno, la ordenaba que saliera inmediatamente al portal. La ordinaria, poniéndose en jarras y riéndose con desdén, decía:

—Pero, don Caliparco, ¿le voy comer usted, ó qué? Hombres sien veses más bapos que usted también ya he visto yo; y ninguno echarme de su casa me ha hecho. ¿Espantar ó así, le hago yo, ó qué? Ahí tiene usted los errecaos de Vitoria, y la papel con apuntación de ellos también aquí en el colco traigo; mire usted.

Y al decir esto, alzabase el pañuelo de la garganta, desdábbase unos cuantos ojetes del justillo y sacaba de allá dentro un papel doblado, donde estaba la nota de los encargos, con su cuenta. Y luego arremangándose la falda de percal azul rayado, metía la mano en una enorme faltriquera y sacaba de ella un puñado de cuartos, y poniéndolos sobre la mesa, añadía:

—Ahora, con el cuenta de la papel, cuenta usted, á ver si está bien.

Caliparco, horrorizado, tragaba aquel mal rato; y sin recoger el papel, ni mirar á los cuartos, contestaba:

—¡Bien, bien, mujer, está bien! Mira, cógete esos cuartos y guárdatelos, y no vuelvas á entrar por aquí dentro.

Después de cuya advertencia se volvía muy serio y desaparecía, entrando en otra habitación, mientras la *Licorrera*, santiguándose, exclamaba:

—¡Aitá, Semeá, Espiritu-santua! Lástima de probe hombre éste; el cabeza trastrornao tiene. Los mujeres, pues, ¿qué le habrán hecho? Yo de oídas ya había oído, pero creer, no creía, ¡ni tampoco! Todos los cuartos me da; ¡buen ganancia tengo! ¡majo hombre es! pero, mucha lástima también ya me da. ¡Probe Caliparco!

Y al salir, si encontraba al criado Ramón y éste la reprendía por haber entrado, contestaba la *Licorrera*, cerrando los puños:

—Tú, cosinero, ofisio de mujer hases, y hombre no debes de ser; calla, pues, ó un cachete los narises te doy, que te rompo los muelas; vete fregar y no te metas conmigo. ¡Marricrús!

Tenía Caliparco la costumbre de leer el periódico diario, por la mañana temprano, á la sombra, en la galería trasera y alta de su casa, inmediata á su dormitorio, desde donde se alcanzaban á ver muy bien la huerta y lavadero del caserío cercano de Peruena. Y notó el indiano que precisamente á aquellas horas acudían á lavar al arroyo varias muchachas, y entre ellas *Conse*, la hija del caserío, que era una vestalilla de veinte años, maravillosamente dibujada y rellena. Por ser tan guapa, tenía fama de ser de lo mejor, de lo mejor, en toda aquella tierra; y muchos mütiles del valle rondaban á menudo su casa, y cuando los domingos por la tarde bajaba á la plaza á bailar al tamboril, acudían de Garagarza, Santa Águeda, Mondragón y Arechavaleta muchos golosos á verla.

No quiso darse por enterado el indiano de la existencia de tan peligrosa vecindad; pero la imaginación primero, y los ojos después, le hicieron traición, y, aunque no quería, solía acordarse de aquella muchacha más de lo debido, y al sentarse á leer el periódico se le escapaban las miradas hacia el arroyo. Allí solía estar Concepción, ó *Conse*, de Peruena, metida en pernetas en el agua, con su faldita corta, sus hermosos brazos inocentemente arremangados, y sueltas

al aire un par de trenzas entre castañas y rubias, que la llegaban hasta la base de la rotonda. Quiso hacer el fuerte aquel filósofo antifemenino; pero notó que los ojos y la imaginación iban á dar al traste con su fortaleza. No podía leer; se le caía el periódico de las manos, y se levantaba y contemplaba á *Conse* por entre las aberturas de las persianas. Y *Conse* y sus compañeras, más perspicaces que él, lo notaron pronto, y lo celebraron con risas y cantares, y muy luego la maledicencia pública contó que el indiano le hacía el oso á la nescacha.

Al saberlo Caliparco, hondamente resentido en su amor propio, hizo una de las suyas, mandando ir á su casa á una cuadrilla de albañiles para que tapiaran á cal y canto todas las ventanas de la galería alta, desde la cual se veía el caserío de Peruena, con lo cual su dormitorio quedó á oscuras y su corazón también, y *Conse* y sus amigas y los murmuradores con tres cuartas de narices. La opinión pública declaró en Aramayona que Caliparco era más inexpugnable que el peñón de Gibraltar.

No acabaron aquí sus rabiets y contratiempos. Ramón empezó á poner tarde y mal la cena; salíase de noche y á callanditas de casa; se componía y acicalaba más que de costumbre; y su amo, que todo lo husmeaba y en todo se metía por no tener otro quehacer, supo por Ramonchu que el cocinero tenía una novia en Santa Águeda, y que andaba tras de ella como alma en pena, quitándole horas al sueño y tachuelas á los botines y polvo á la carretera, yendo y viniendo para ver á la marmitona su compañera. Todos los humos del despecho se le subieron al amo á las narices, y llamando al enamorado Menegildo, después de ponerlo como nuevo, le puso de patitas en la calle, con su cuenta en la mano y la maleta al hombro. Al fin y cabo, ya tenía Ramonchu diez y nueve años, y había aprendido bastante de asador, cazuela, puchero y burrunsal, para sucederle en el servicio de su señor, al desaparecer Ramón.

IV.

DESERCIÓN GENERAL.

Llegó una vez el mes de Mayo, con sus árboles cargados de flores y sus matorrales y sus campos floridos también, pregonando el eterno y hermoso y pintoresco amor de cuanto cría la madre Naturaleza, cuyo marido no se sabe quién es. Por lo que cantaban los pájaros y los sapos y las chicharras, y por lo retozones que andaban los animales de más bulto y de más pies, podía suponerse que también á ellos les escarabajaba por dentro el amor; y así, á un tiempo, plantas y bichos se alegraban con el calorillo revolucionario de la perpetuidad, y á todo el mundo se lo iban contando, con sus galas y colores y con sus cánticos y piruetas. En casa de Caliparco reinaba una quietud aterradora, porque no parecía por ella ninguno de los huéspedes, y ni en el comedor ni en el huerto cantaban, silbaban, maullían, ladraban, mugían ni parlaban. Únicamente el *Pocholo* se rascaba los lomos, panza arriba, recostado sobre la hierba del prado vecino, y lanzaba de cuando en cuando un solemne y filosófico rebuzno, con grandes inspiraciones de aire, como si

tratará de sorberse toda la atmósfera para convertirla en armonía en su garganta.

Sorprendido Caliparco por aquella soledad, llamó á Ramonchu y le dijo:

—¿Dónde están los señoritos?

—Pues, señor—contestó el muchacho—hace tiempo que se han ido.

—¿Adónde?

—¡Toma! ¡pues á donde van todos los señoritos; á buscar á las señoritas!

Tentado estuvo el indiano de pegar un silletazo á su atrevido servidor al oír tal respuesta; pero, tragando de nuevo aquel sorbo de la amargura, añadió:

—¿Y qué sabes tú adónde han ido?

—Pues lo sé, porque lo he visto. Mire usted, señor. *Lesmes* está en el tejado de enfrente, maullando toda la noche, y riñendo con otros dos compañeros y con una gata; los *Coloriñes* tienen cada uno un nido allá abajo, en la chopera del arroyo; *Capitán* andaba ayer por los caseríos de Arraga, detrás de la *Canela*, del señor cura; *Chistu* silba de noche y de día en los manzanos, en compañía de una torda; *Monseñor* no sale de la torre, donde se oyen desde el anochecer unos chirridos de todos los demonios; *Napoleón* ha roto con los dientes la barrera de la huerta, y ha echado á correr hacia el molino, atropellando en el camino á tres criaturas; y hasta *Charlembalde* se ha volado al monte, donde está hablando solo en un roble, rodeado de una porción de caseros, que no saben cómo cogerlo para traérselo á usted. El único que está en casa es el *Pocholo*.

Caliparco se quedó aterrado al ver que casi todos le abandonaban, y maldiciendo de su filosofía, y pensando en la lealtad y fidelidad de *Pocholo*, exclamó:

—¡Qué le hemos de hacer! ¡No hay más hombre de bien que el burro!

Y como él, para sus adentros, se sentía hombre de bien, pero muy desgraciado, completó su aforismo añadiendo:

—¡Y no hay más burro que el hombre de bien!

Ensimismado iba á cerrar los ojos y á echarlo todo á rodar, cuando Ramonchu le sacó de su ensimismamiento, diciéndole:

—Señor, yo también me marchó.

—¿Qué es lo que dices, infame? ¿Que te marchas tú también? ¿Por qué?

—Señor—contestó el criado humildemente—aquí vivo solo; usted no habla conmigo; no tengo con quién hablar, porque los pucheros y las cazuelas y los sartenes no hablan, ni los animales tampoco; y me aburro, y me parece que me voy á volver tonto. Además, me han hecho recado de una posada de Mondragón, por si quiero ir, diciéndome que me pagarán bien, y que la ama una hija rica tiene, y....

—¡Acabaras, villano!—gritó Caliparco—¡acabaras! ¡Esa es la madre del cordero, la chica! ¡Oh caso increíble! Tú también estás apestado, inficionado, mordido por las asquerosas y endemoniadas faldas, que Dios confunda. ¿Para qué hay mujeres en este mundo? ¡¡Horror!!

—Pero, señor, ¿la madre de usted ha sido algún guardia civil?—exclamó el muchacho, refugiándose detrás de una puerta.

—¡Vete al demonio!—exclamó el indiano, para decir poco después, con más calma:—¡Pero no, no te vayas á ninguna

parte! Mira, Ramonchu, espera en casa unos quince días, mientras busco yo otro criado. ¿Te parece?

—Sí, señor; esperaré todos los días que usted quiera.

—Bueno; pues para mañana á las cuatro, ponle la silla y la cabezada al *Pocholo*, porque tengo que hacer un viaje.

—¡Bien, señor! Á las cuatro estará todo preparado. ¿Quiere usted que le acompañe?

—No me haces falta. Anda ahora, á ver si coges á *Charlembalde*.

Ramonchu salió hacia el monte, y su amo, á solas y desesperado, sacó del armario un botellón de clarete, lanzó un suspiro, bebió tres ó cuatro sorbos y se tumbó en un sofá, á fumar un tarugo, diciendo, sin dejar de mirar al vino de Rioja:

—¡Oh mundo traidor y engañoso! ¿Qué sería de mi sin ti, *consolatrix afflictorum*? Todos se van tras de ellas, menos yo; ¡firme, Caliparco, no te rindas; un traguito más, y adelante! ¡¡Tú vencerás!!

V.

POCHOLO Y LA LICORRERA.

Á las cuatro y media de la mañana siguiente, mientras los primeros resplandores del sol daban en la cumbre de la peña de Amboto, salió Caliparco de su casa, caballero en su *Pocholo*, que con paso menudo y acelerado trepó por la empinada cuesta del camino viejo, por Gureya arriba, hacia Cruceta, con rumbo á Vitoria, al parecer. Iba pensando el indiano en encontrar un criado hombre de bien y buen cocinero, que, á ser posible, no pensara ó no pudiera casarse por ser viudo ó casado, y al cual pagaría con rumbo, á cambio de tan sobresalientes cualidades. Dábale vueltas y más vueltas á su cabeza y á su propósito, discurrendo á qué amigos de Vitoria había de dirigirse para ello, y cómo haría el trato y por cuánto tiempo, y si de palabra ó con escritura, ó si acaso sucedería lo que sería peor de todo, esto es, que tendría que volverse á casa con sus honores, por no encontrar servidor que le conviniera. Y así, embebido en su plan, avanzó al paso redoblado de su *Pocholo*, quien corría como si le soplara por la popa la brisa fresquella que iba disipando la niebla en aquellas alturas.

De pronto y sin aviso, se paró el burro en medio de la carretera, empinó las orejas, alzó el hocico y lanzó un solemne rebuzno, que retumbó en todas las soledades de Albina. Dióle Caliparco dos latigazos con el ramal; pero *Pocholo* no sólo no se movió, sino que, con la vista fija en los matorrales de la izquierda del bosque, disparó otro rebuzno tan sentido como el primero. Su amo entonces, enfilando la mirada por entre las dos orejas del asno, miró hacia donde éste miraba, y acertó á ver, allí cerca, detrás de unos espinos en flor, la cabeza de otro burro blanco, que contestó al saludo de *Pocholo* con las mismas armonías. Un par de latigazos, dados con rabia, sacaron al burro de su estupor, pero no de su propósito, porque el animal, dando un respingo, saltó la cuneta de la carretera, y sin hacer caso maldito de las voces de su amo, partió como una exhalación por el prado adelante hacia donde el otro burro estaba, y el cual, viéndole venir con su caballero encima, echó á correr también, sal-

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA



—¿Será verdad que me quiere?....
¡ Veremos..... sí!.... no!.... sí!.... no!
Sí!..... Su labio no mentía,
Ni miente mi corazón.....

—Las flores son envidiosas,
Niña bella: ¡plegue á Dios
No haga un ingrato contigo
Lo que tú con esa flor!

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

tando por entre las argomas, helechos, brezos y espadañas.

—¡Só! ¡Só, *Pocholo*, só!—gritaba el indiano.—¡Só! ¡Maldito seas! ¡Só! ¡Es una burra! ¡Só! ¡Una burra! ¡Esto solo me faltaba! ¡Só, *Pocholo*! ¡*Pocholo*, só!

Y mientras el asno corría, Caliparco apretaba las piernas y tiraba del ronzal con desesperación, en tales términos, que al tropezar con un tronco de un árbol caído, la cincha y la brida se rompieron, y burro y amo rodaron por el suelo, despidiendo aquél á éste con un par de coces en las espaldas, que le dejaron sin sentido, y desangrándose al mismo tiempo por una herida que se hizo en la cabeza al caer y dar contra el árbol. Perdiéronse el burro y la burra en la espesura del bosque, y allí quedó el pobre hombre despatarrado, á pocos pasos de la carretera.

Algunos minutos después avanzaban por ella tres borriquillos, sobre uno de los cuales cabalgaba una mujer. Era la *Licorrera*, que iba al mercado de Vitoria. Desde su alto asiento vió á un hombre, caído y como muerto, en la praderilla del monte, y apeándose presurosa, se dirigió adonde estaba; y al reconocerle, se santiguó y cayó de rodillas, y cogiéndole entre sus brazos exclamó:

—¡Don Caliparco es, pues! ¡Dios mío! ¿Qué hasía aquí este hombre? ¡Brigen de Aránsasu bendita! ¿qué pasar aquí? ¡Don Caliparco, por Dios! ¿Muerto está usted, ó qué? ¡Ay ené, amacho! ¡Ya parece que erresuella! Pulsos también ya tiene. ¡Don Caliparco, señor; vivo ya está usted! ¡No se apura usted, señor!

Y la buena mujer sacó de la faltriquera dos pañuelos, los humedeció en el arroyo, lavó la sangre de la cabeza del indiano y le aplicó aquellos paños humedecidos á las sienes y á la boca, con cuya frescura volvió en sí el herido, abrió los ojos y empezó á quejarse tristemente.

—¡Erresucitar ya ha hecho usted, señor! Vamos, comprometida hay que tener. ¿Quién le ha tirao á usted? Ladrones ó así serán. ¿Dónde tiene usted el mal?

La *Licorrera* le palpó en todo el cuerpo y le vendó la cabeza, envolviéndola con un trozo que rasgó del delantal; pero no pudo conseguir que el herido hablase una palabra, sino que, por el contrario, á consecuencia de la pérdida de sangre, sufrió éste un nuevo desmayo y volvió á caer cuan largo era. Entonces la animosa joven acercó el burro de más tamaño, puso sobre sus lomos y maletas á Caliparco, sosteniéndole ella por los hombros, arreó á los animales, y minutos después acostó en la limpia cama de su casa-taberna al pobre señor.

Desnudáronle entre ella y una criada, y mientras ésta preparaba una taza de caldo, hizo la *Licorrera* un cocimiento con vino, romero, salvia y unas hojas de balsamina, y se lo plantó en la herida de la cabeza, y sobre los grandes cardenales que tenía en las espaldas. Desmayado ó dormido pasó Caliparco algunas horas. Cuando recobró el conocimiento y miró en derredor suyo, vió á la *Licorrera* y exclamó:

—¡Hasta en la hora de la muerte me persiguen estos demonios con faldas!

—¡Qué muerte ni qué ocho cuartos!—contestó la recadista.—¡Si yo no le encuentro usted en la monte, muerto, ya lo creo, que estar ahora, don Caliparco! No hablar usted ahora mucho, y callar hay que haser; caldo de galiña tomará usted y un biscocho también, y un copita de supurao también.

—¡Que venga un médico!—dijo el indiano.

—¡Médico! ¿para qué, pues? Usted un coscorrón grande tiene y nada más; médico para eso no sirve; ya le ha puesto yo emplasto viño erromero, y pálsamo y todo, y curar pronto le haremos. ¿Médico pa qué? Un pata de galiña ya comerá usted á la tarde, y más caldo también y otro copita. Mejor que los médicos nosotras sabemos; viño por fuera, viño por dentro erresusitar todos los malos al momento. ¡No hablar más! ¡Barriqueta guchi!

Tomó el hombre el caldo, el bizcocho y el vino, y se quedó dormido como un tronco.

A los tres días desaparecieron los chichones, y á fuerza de patas y pechugas de gallina, y de bizcochos, y de clarete superior, y de buen chocolate con pan tostado, se encontró bien don Caliparco, y pudo levantarse. El herido, en sus ratos de insomnio y de silencio, había pensado á menudo en sus extravagancias y en su desventura. *Pocholo* le dió la última y soberana lección. Después, irremediamente, la gratitud entró en su pecho, y se convenció de que, sin el auxilio de la *Licorrera*, hubiera muerto desangrado, y que la pobre mujer le trataba con más cariño que si fuera una hija. ¿A qué ir á Vitoria á buscar criado? ¿Qué había de sucederle en adelante más que lo que le había sucedido con todos los que le rodeaban, desde Ramón y Ramonchu, hasta *Capitán* y *Pocholo*? ¿Por qué oponerse á los mandatos de la Naturaleza? ¿Quién le serviría y cuidaría mejor que la valerosa *Licorrera*? Que ésta tenía una historia un poco obscura. ¿Y qué? ¿La tenía mejor él, en conciencia? Mucho, muchísimo lo pensó, y al fin se decidió; porque la verdad era que aquella mujer, con su desinteresado afecto, con su habilidad para todo, con su talento natural y con su simpático y gracioso humor, le tenía ensimismado, á él, que hacía diez años que no hablaba á ninguna mujer.

Cuando llegó el término de la convalecencia, la dijo un día:

—Mira, con nada puedo pagarte lo que has hecho por mí. He pensado que tienes que venir á vivir á mi casa.

—¿Ahora más loco que nunca se ha vuelto usted, ó qué?—repuso ella.

—Nada de eso; hablemos con formalidad. Estoy cansado de mi aislamiento, y necesito tener quien me quiera y quien me cuide.

—Una chica bapa y joven busque usted, pues: la Conse de Peruena allí mismo, emprente, emprente tiene usted.

—Precisamente deseo todo lo contrario; tú tienes que venir conmigo.

—Por la iglesia si no pasamos antes, ¡no!—repuso ella muy seria.

—Pues por la iglesia pasaremos.

—¿De veras, don Caliparco?

—De veras.

—Si me engaña usted, más fuerte que la burro *Pocholo* le daré yo en mitad de la cabeza, ¡aunque apusilar me hagan luego!

—No te engaño; toma este bolsillo con ochentines y compra lo que necesites para la boda.

—No, señor, ¡ezcarriasco! Erropa blanca buena, ya tengo yo, y vestidos también, y mantilla también; más, no se necesita, me parese. Yo dinero no tomar hasta que sea la ama de casa. Górdelo usted ese bolsillo.

—¿Has tenido muchos novios?

—Muchos charlembaldes, sí; novios también de tamboliñ de bailar; pero ni la punta de sapato, ni el erropa tocar siquiera ninguno á mí.

—¿De veras?

—¿Ve usted este crus?—añadió la *Licorrera* con entereza, haciendo la cruz con los dedos y besándola;—pues que me caiga aquí muerto erreventao de repente, si no es verdad.

—Un abrazo ya me darás, ¿eh?

—Sin pasar por el iglesia, no, señor.

—¿Estás conforme con ser mi mujer?

—Sí, señor; confrome y contenta y todo estoy.

Aquella tarde bajó Calicarpó á su casa y participó á sus amigos que se casaba con la *Licorrera*. No ha caído bomba más grande, ni que más ruido haya metido, en el valle de Aramayona. Pocos días después el escribano de Villarreal hizo la solemne escritura de dote en favor de la novia. Al regresar al valle, en coche, los futuros esposos, los recibie-

ron con arcos de follaje, tamboril, limonada, cohetes y repique. Casi todo el vecindario estaba en la calle, y *Charlembalde*, *Lesmes*, *Chistu*, *Coloriñ* y *Monseñor* esperándoles en el comedor. *Capitán* les acompañó en su viaje de ida y vuelta, y en cambio, nadie echó de menos la ausencia de *Pocholo*, que fué robado en el monte por unos gitanos; ni la de *Napoleón*, que había sido colgado, hecho trizas, en la cocina y en la despensa; ni la de *Dale*, que vivía desterrado en la montaña, topando á todo bicho viviente.

Las únicas personas que estaban *de hocico* eran algunas solteronas de la calle, que soñaron alguna vez en atrapar á Calicarpó.

Conse, la de Peruenta, dijo en el corro de ellas, con aire despreciativo:

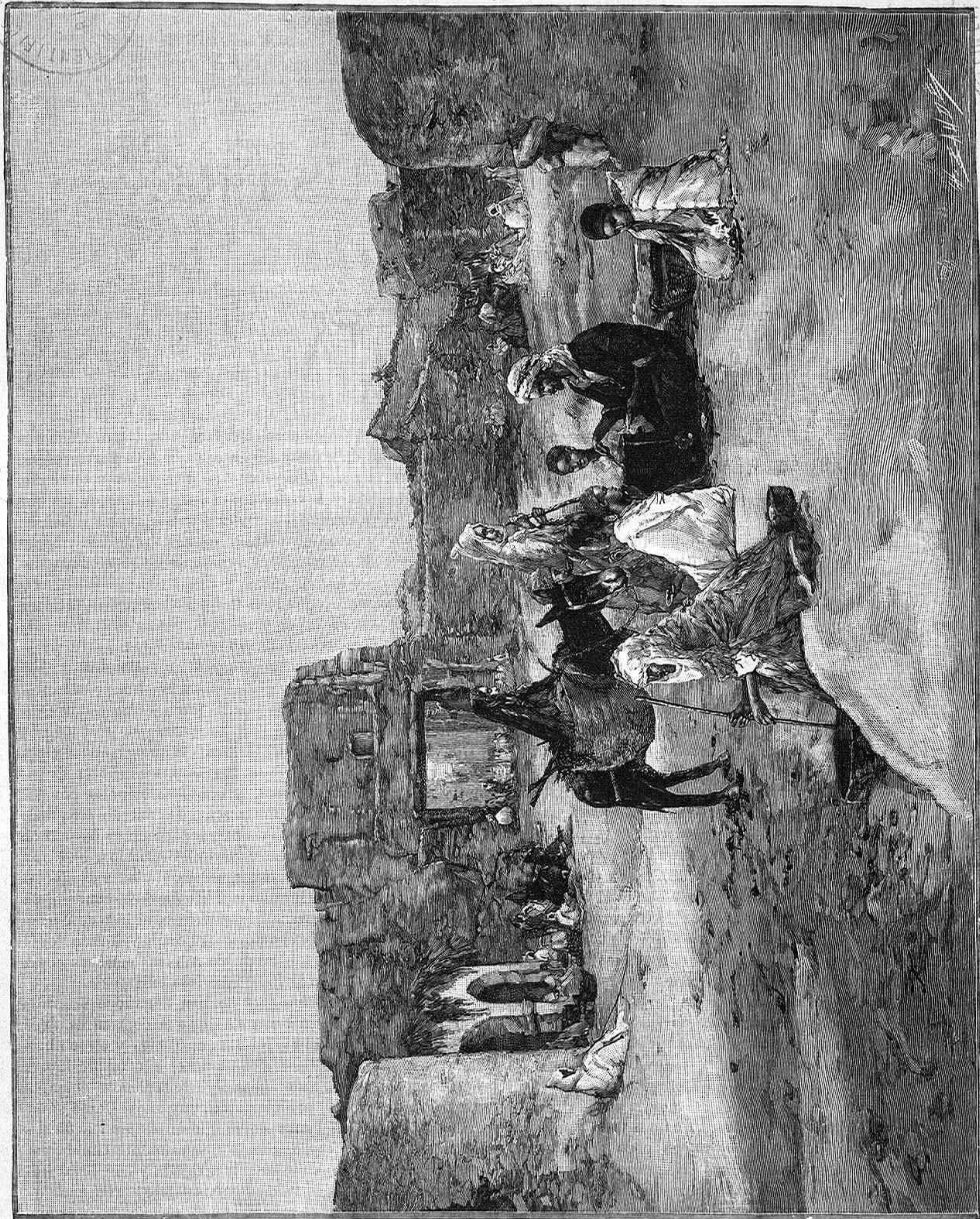
—¡Qué hombres tan bajos hay en el mundo! ¡Parecen á las gallinas, que dejan el grano fino y se van á picar á la basura!!!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE RUMANÍA.

(De fotografía de Mandy.)



ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE.—CUADRO DE BOMPARD.



UN GRIEGO ILUSTRE

PLUTARCO



El noble de abolengo suele conservar en vasto salón los retratos de sus antepasados, las armaduras, trofeos y rancios pergaminos que acreditan la antigüedad y grandeza de su casa. Aquellos blasones son la gloria tradicional de los suyos, reflejándose sobre él mismo. No de otra suerte las naciones, familias grandes, pues el pueblo es la expansión de la familia, conservan el recuerdo de sus héroes, sabios y hombres eminentes de todo género, *vitam silentio ne transeant*, según palabras de Salustio; esto es, para que no pasen oscurecidos y olvidados. Por tal

consideración los historiadores, además de consignar los altos hechos de sus personajes, suelen retratarlos con rasgos vivos y firmes pinceladas, así en las narraciones antiguas como en las modernas. Y todavía no contento el hagiógrafo, desencaja y separa del cuadro general de la historia cien cuadros particulares, representativos de insignes varones, para exponerlos á la pública admiración y ejemplo. Por motivos muy largos de manifestar, y cuya manifestación no es oportuna ahora, ni á muchos agradaría, es cosa indiscutible que en nuestro país existe menos afición á los estudios clásicos, filosóficos y morales, que á la tauromaquia. Conocer la lengua y literatura latina es poco frecuente: haber saludado la lengua y literatura griega es muy raro; y quien gasta su labor y tiempo en tan improductivos estudios, aparece como nota discordante en el monótono concierto de la común ignorancia. Así, pues, ninguno, ó casi ningún español desconoce los apodos, genialidades, patria y proezas

de Pepe Hillo, el Chiclanero, Desperdicios, Curro Cúchares y demás héroes de coleta; mientras que, no ya gente vulgar, sino de carrera concluída y con su título correspondiente, ignora los hechos y á veces hasta los nombres de los que gastaron y consumieron sus fuerzas intelectuales y físicas, durante toda su laboriosa vida, en aras del progreso y beneficio de sus contemporáneos, y aun de las generaciones todavía no llamadas á la existencia.

Juzgo, pues, aprovechado el tiempo y meritoria la tarea de quien dedica su labor y conocimientos á difundir la ejemplar memoria de los hombres de valer, de nuestros bienhechores, que trabajaron y atesoraron para nosotros, sea cualquiera su cuna, siglo y posición social; pues en la gran obra humana de redimirnos por la inteligencia todos ellos fueron y son colaboradores.

Conviene advertir que el Plutarco de que ahora se trata no es el confesor y mártir San Plutarco, sectario en su juventud del politeísmo gentil, y convertido luego por las exhortaciones y enseñanzas de Orígenes á la religión cristiana, de que se hizo acérrimo defensor y propagandista, hasta que bajo el reinado del emperador Severo Septimio (202) fué preso con cinco discípulos suyos y decapitado en la ciudad de Alejandría, por cuyo motivo el 28 de Junio le conmemora la Iglesia; sino el Plutarco sabio, el griego, el hijo de Nicarcos y nieto de Lamprías, el retórico, el orador, el filósofo, el moralista, el literato, el hagiógrafo y otras muchas cosas más que fué durante su larga y laboriosa existencia.

Aunque muchas de sus obras no han llegado á nosotros por haberse perdido, y á pesar de que sus contemporáneos Marcial, Quintiliano, Plinio el Joven, Tácito y otros ni siquiera le nombran, sábese que nació el año 50 de la era cristiana en Queronea, humilde pueblo de la Beocia, comarca ó provincia de Grecia, por cierto de muy mala fama entre los demás griegos á causa de la común estupidez de sus habitantes. Pero así como, siendo naturalmente tímida por su sexo, cuando alguna mujer sale arrojada y con bríos impone á los hombres más valerosos; y cuando algún andaluz nace tacaño y cicatero, es más cicatero y tacaño que el propio espíritu de la miseria; en aquella Beocia, país de tontos y de brutos, cuando despuntaba un hombre de talento, lo tenía

de verdad, y en grado tal y tan eminente como si dentro de su cabeza llevara el meollo y el entendimiento de todos sus paisanos. En Beocia vió la luz del día Píndaro, el mayor de los líricos helénicos, de quien el príncipe de los líricos latinos, Horacio, dice (*Carminum, liber IV*):

Pindarum quisquis studet æmulari
Iule, ceratis ope Dædalea
Nititur pennis vitreo daturus
Nomina ponto.

Esto es, que quien se esfuerce por competir con Píndaro pierde el tiempo y el trabajo. También fué beocio el heroico Epaminondas, ilustre y famoso entre los más ilustres y famosos capitanes griegos; y tuvieron la misma cuna otros varones celebrados juntamente por la historia. De donde se infiere que no hay tierra tan ingrata y estéril, que no pueda producir flores y frutos.

Instruido ya Plutarco en las primeras letras, su abuelo y su padre, hombres de regular cultura y de posición desahogada, enviáronle á estudiar con el docto Anmonio, de Alejandría. Bajo la conducta de tan excelente maestro aprendió retórica y matemáticas, lógica, historia, moral y filosofía, siguiendo las doctrinas de Pitágoras y Platón. Bueno es tener presente que la educación didáctica de entonces difería mucho de la actual. El discípulo habitaba por lo común en casa de su maestro, sentábase á su mesa, le acompañaba en sus paseos y viajes, colaboraba en sus trabajos literarios ó científicos, y esta convivencia y comunicación intelectual establecía entre ellos lazos tan poderosos, que muchos alumnos llamaban padres á sus maestros; y en verdad, que espiritualmente lo eran. Anaximandro, hijo de Tales; Anaximenes, hijo de Anaximandro; Anaxágoras, hijo de Anaximenes, no eran realmente hijos, sino discípulos continuadores, verbos y propagandistas de las enseñanzas y doctrinas de sus maestros. Las ideas pitagóricas y platónicas le inspiraron tan puros y nobles principios de moral, que dos siglos después de su muerte decía un obispo griego: «Creo que N. S. Jesucristo habrá premiado las virtudes de Platón y de Plutarco, y los tendrá en su santa gloria.»

Foco esplendoroso del antiguo saber fué el Egipto, y todavía lo era en este tiempo; siendo muy común que los estudiosos griegos completasen sus conocimientos en el país del Nilo y á la sombra de sus templos y bibliotecas, cuando intentaban profundizar el dogma, la historia, la moral, las matemáticas ó la astronomía. Por tal motivo Plutarco, joven



EL SOMBRERO DE PAPÁ.—POR RONALD ALLÁN.

ya y en disposición de investigar y aprender por sí mismo, viajó por la tierra de las Pirámides, visitó sus principales poblaciones y santuarios, trató con los sacerdotes y filósofos más notables durante dos ó tres años, y como fruto de la ciencia allí adquirida escribió el profundo tratado *De Isis y Osiris*. Vuelto á Grecia y deseoso de conocer el respectivo carácter de Solón y Licurgo y las indelebles huellas que ambos legisladores habían dejado en Atenas y Esparta, vivió en estas ciudades, entregándose con afán al estudio y comparación de sus leyes, costumbres, historia y monumentos; y después de una breve permanencia al lado de sus padres, afligidos por la muerte del bondadoso abuelo Lamprías, marchó todavía muy joven á Roma, donde reinaba el gran emperador plebeyo Vespasiano, primero de la dinastía Flavia, victorioso en todas partes, y de quien los historiadores Suetonio y Tácito cuentan que hizo milagros como su maes-

tro Apolonio de Tiana, curando de repente paralíticos y ciegos.

Muy lejos estaba Plutarco de pertenecer al montón de aquellos griegos buscavidas, tan ignorantes como habladores, que iban á Roma codiciosos de hacer fortuna por cualquier camino, aun el más sucio y tortuoso, á quienes con menosprecio apellidaban *graculi* los romanos casi desde los tiempos de Paulo Emilio. Plutarco no buscaba en la capital del antiguo mundo las riquezas, pues nunca fué avaro y ya tenía las suficientes para su modesta vida, sino el darse á conocer en aquel centro único y universal, á donde afluían como en grandes oleadas las ciencias, los dogmas, las artes, la belleza, el oro, las virtudes, vicios, crímenes..... todo lo bueno y lo malo, en suma, que había esparcido por la amplia extensión de la tierra. Hoy ninguna capital puede compararse con la del imperio latino entonces, ni significa lo que ella: si ahora París es grande, también lo son Londres, Berlín, Viena, Petersburgo; pero la señora del Tíber era la clave, el centro y compendio de pueblos y naciones, y nada en parte alguna podía ocurrir fuera del alcance de su vista y de sus armas. En este emporio tan vasto y riquísimo abrió Plutarco sus conferencias públicas de retórica, moral, filosofía, historia y literatura, admirando á su auditorio con su saber y elocuencia. Explicaba en griego; pues, como él mismo declara en sus obras, jamás poseyó á fondo la lengua latina para usarla con elegancia, sino lo necesario para la conversación, cosa muy común entre los griegos, que miraban el latín como idioma inferior al suyo y que no valía el trabajo de estudiarlo muy á fondo. Por el contrario, los jóvenes patricios romanos solían completar sus estudios en Grecia: apenas había alguno que no entendiese el griego, y muchos lo hablaban con igual soltura que su lengua propia. Teniendo esto presente, nadie extrañará que Plutarco explicase en idioma extranjero y que su auditorio le comprendiese bien: hoy mismo vienen á Madrid compañías dramáticas cuyos actores declaman en francés ó italiano, y un escogido público los entiende y aplaude. Y con tal atención y tanto interés escuchaba su auditorio los discursos de Plutarco, singularmente los de filosofía, que habiendo penetrado cierta mañana en el salón un empleado de palacio con carta del Emperador para uno de los oyentes, suspendió el orador su plática un momento; mas el personaje despidió al empleado, se guardó la carta y no quiso leerla hasta que la conferencia hubo concluido. Aunque semejante anécdota tuviese más de invención que de realidad, el hecho de existir sin que nadie la contradiga, indica por sí solo el respeto y la estimación con que las doctrinas del filósofo beocio eran escuchadas.

Y aquí es oportuno desvanecer una afirmación de Suidas, quien supone sin fundamento que Plutarco fué maestro del emperador Trajano. Uno y otro, durante la mayor parte de su vida, llevaron rumbos muy diferentes: el primero había pasado su tiempo en el estudio, en las bibliotecas y academias de los sabios, buscando la ciencia por todas partes, en Grecia, en Egipto, en Roma; el segundo, en los campamentos, entre las legiones y el fragor de las batallas, reduciendo insubordinadas y rapaces tropas á severa disciplina, y alcanzando triunfos en Oriente y Occidente, hasta ser el primer general de todos los ejércitos, el adoptado por Nerva como sucesor suyo en el mando supremo, y entrar á pie con

su esposa Plotina por las calles de Roma para tomar posesión del mayor trono que entonces existía. En sus mismas personas ambos llevaban como grabados sus respectivos antecedentes. El filósofo y orador griego, de mediana estatura, delicado y pálido, de ojos pensadores y cabeza calva y pulida como el marfil, modesto y afable, revelaba á primera vista su existencia pasada en la meditación y la sombra, en las largas vigilias y constante labor del pensamiento; mientras que el guerrero español, alto y hercúleo, con profunda cicatriz en su rostro tostado por los soles de todos los climas, de valor indomable, palabra imperiosa y breve, recto en su proceder, tan sobrio para sí mismo como generoso y espléndido para con los demás, estaba manifestando bien á las claras el mérito singularísimo del hombre que, sin necesidad de intrigas ni bajezas, sube naturalmente y por su propio valer, desde los últimos puestos, al primero y superior de todos, ciñendo corona y empuñando cetro, no para con ellos honrarse, mas para honrarlos, dejando en la historia universal inolvidables huellas. Ambos ilustres varones eran de la misma fecha, y se conocieron cuando ya tenían cerca de cincuenta años: ¿qué edad es esta para tomar maestro? Ni, fuera de Suidas, ¿dónde consta que el Emperador lo tomase? Ciertamente, el

rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,

como diez y siete siglos después le llamó su paisano el gran poeta de Sevilla, estaría menos versado que Plutarco en el conocimiento de la oratoria y de las varias escuelas filosóficas griegas y egipcias; pero le aventajaba con mucho en la profunda ciencia de conocer y mandar á los hombres, que es precisamente la que necesitaba, y de la que dió tan relevantes pruebas durante los diez y nueve años que rigió con mano firme los destinos del mundo. Un solo hecho basta para pintar su extraordinario carácter. Noticioso de que uno de los más influyentes patricios, poseedor de grandes tesoros y de muchos miles de esclavos, conspiraba contra su trono y persona, salió de su palacio, atravesó de noche las peligrosas calles de la inmensa ciudad, solo, llevando al cinto su ancha y corta espada española, semejante á los machetes de hoy, se presentó en casa del conspirador y le dijo:

—Me aseguran que intentas destronarme y asesinarme. Sin que nadie lo sepa, vengo á tu casa para cenar contigo y ver si te atreves á tanto. He desterrado á tu acusador, porque no me gustan los delatores. ¿Qué te parece? ¿Me convidas?

El conspirador, pues ciertamente lo era, tembloroso y pálido, cayó á los pies del héroe, pidiéndole perdón, que le fué otorgado: cenaron juntos, y á las altas horas de la noche, solo, como había venido, regresó el Emperador á su palacio, habiéndose ganado un amigo, que le fué leal toda la vida.

Hombres de tan raro mérito como el Emperador y el filósofo, habiéndose conocido, no podían menos de estimarse verdaderamente: Plutarco admiraba de corazón á Trajano, y Trajano quiso nombrar á Plutarco gobernador de Grecia y de la Iliria; pero el modesto filósofo, deseoso de tranquilidad, no admitió empleo tan elevado, contentándose con el de vigilante de construcciones, como si hoy dijésemos

BIENIFICENCIA
BIBLIOTECA
MADRID

BIENIFICENCIA Y ARTISTICA
BIBLIOTECA
MADRID



MUTUA SORPRESA.—CUADRO DE WEHLE.

BIENIFICENCIA Y ARTISTICA
BIBLIOTECA
MADRID

BIENIFICENCIA Y ARTISTICA
BIBLIOTECA
MADRID

inspector de obras públicas en ambas provincias, y en tal concepto regresó á su patria con su esposa Timoxena y sus numerosos hijos. Pero tal estimación le profesaba Trajano y en tanto le tenía, que habiendo nombrado luego dos gobernadores para las provincias mencionadas, les mandó no resolver ningún asunto de importancia sin haberlo consultado antes con Plutarco, y ateniéndose á su sabiduría y experiencia; de suerte, que el verdadero gobernador fué el honrado vigilante de construcciones. En este cargo manifestó inteligencia y actividad; pero muy pronto, por iniciativa y voto de sus paisanos, ascendió á la dignidad de arconte (magistrado supremo) y gran sacerdote del templo de Apolo délfico. Entonces fué cuando, alejado del bullicio de Roma y libre del trabajo de las conferencias públicas, en el seno de su familia, que le amaba, y rodeado del respeto y la estimación de todos, compuso la mayor parte de sus muchas obras.

Pocos, muy pocos escritores alcanzaron sin solicitarlos tantas distinciones y tan general afecto. La docta Atenas le declaró su hijo adoptivo y ciudadano ilustre; Corinto, Elis y otras ciudades le convidaban, brindándole puesto de honor en sus solemnes fiestas políticas ó religiosas; la multitud le saludaba con respeto al verle pasar; y su excelente mujer, sus hijos, hermanos, yernos y numerosos amigos y discípulos formaban alrededor suyo como una atmósfera suave y luminosa de admiración y cariño verdadero. Mas no siendo cosa posible en la tierra la completa felicidad, murió su hermosa hija, la que le quedaba soltera; y con este motivo escribió y dedicó á su esposa el libro titulado *Consuelos*. Poco después compuso y dedicó á su predilecto hermano Timón el tratado *Del amor fraternal*, en que tanto descuella como filósofo y moralista. Frutos notables de su ingenio son también el *Tratado contra la Superstición*, otro titulado *De la manera de leer los poetas*, y hasta el prodigioso número de ciento sesenta obras de historia, física, metafísica, moral, política, retórica, religión y literatura, cuya enumeración completa hoy es imposible por haberse extraviado la mayor parte de ellas, quedando sólo unas sesenta y cinco. Así con justa razón ha sido y es considerado Plutarco entre los más insignes polígrafos de la antigüedad, por lo vario, extenso y profundo de sus conocimientos. Pero su trabajo maestro, el sólido pedestal de su fama, la más abundosa fuente de noticias relativas á Grecia y Roma, son sus *Vidas de Varones Ilustres*, impresas y reimpresas en todos los idiomas y países, casi siempre bajo el título de *Vidas Paralelas de Plutarco*. Si no me engaña mi memoria, pues no la tengo á la vista, contiene esta colección cuarenta y ocho biografías pareadas casi todas, y formando cada pareja un griego y un romano, con la particularidad de que, salvo algunas excepciones, después de historiar dos personajes en sus dos correspondientes biografías, establece entre ellos un cotejo ó estudio comparativo, en esta forma: libro I:

Teseo.

Rómulo.

+ Comparación de Teseo con Rómulo.

Licurgo.

Numa.

+ Comparación de Licurgo con Numa.

Y así de las demás. Como aparece claro, estas comparaciones

de un héroe legendario con otro, de un legislador con otro legislador, no son caprichosas en modo alguno, sino fundadas en verdaderas analogías, como deben ser las comparaciones razonables. En el discurso de la obra sigue el mismo acertado criterio, pareando á Filopémen con Tito Quinto Flaminio; á Pirro, con Cayo Mario; al macedonio Alejandro, con Julio César; á Demóstenes, con Cicerón: por cuyo motivo se ha llamado á esta colección *Vidas Paralelas*. Tan admirable galería de retratos principia en los tiempos fabulosos de Grecia, y concluye con los brevísimos reinados de Galba (siete meses), y de Otón (tres meses), en el año 69 de la era cristiana. Si como documento histórico es de inapreciable valor este libro, ciertamente no lo es menos como extenso cuadro de filosofía moral puesta en acción, uniendo á tales méritos el de la amenidad en las descripciones de personas, usos y costumbres; por donde su lectura resulta entretenida y agradable como la de una buena novela, sin que tal circunstancia perjudique lo más mínimo á la solidez de la doctrina y la profundidad de los pensamientos.

En honor de la verdad, y hablando imparcialmente, no cabe tributar iguales elogios á la pureza y tersura de su lenguaje; pero existen dos circunstancias que disminuyen y aun borran semejante falta á nuestros ojos.

Es la primera, que ya en tiempo del autor el idioma griego se había bastardeado, y no era el griego purísimo y elegante de Tucídides, Isócrates, Demóstenes ó Esquines; y la segunda, que pocos, poquísimos literatos hoy son capaces de leer, comparar y apreciar á fondo los originales, distinguiendo en ellos sus respectivos defectos ó excelencias en cuanto á dicción, lenguaje y estilo. Así, pues, lo censurable de Plutarco no se conoce hoy; mientras lo bueno sigue siendo bueno, y por sus enseñanzas y doctrina será leído y elogiado en todos los siglos.

Rodeado de la consideración y cariño de los suyos y de la benevolencia de los extraños, falleció de avanzada edad, aunque se ignora la fecha. Según unos, murió á los setenta años en el tercero del reinado de Elio Adriano: según otros, vivió hasta los noventa, alcanzando nada menos que al emperador Antonino Pío; longevidad verosímil en quien tantos puestos había desempeñado y tantas obras producido, siendo la mayor parte de ellas compuesta en la edad madura y en la vejez, pues conservó siempre íntegras sus facultades intelectuales.

De sus hijos varones Autóbulos, Plutarco y Lamprías (así llamado en memoria del venerable abuelo), este último fué colector de los escritos del padre, completos entonces y desaparecidos en sus dos terceras partes luego, según en su lugar queda expresado. Hízose de ellos la primera edición (in. fol. Venet. 1509) en las famosas prensas de Aldo Manucio, y reproducidos sin tardanza en casi todas las naciones, sirvieron de estudio y excitaron la admiración de los hombres más doctos. Sus traductores á distintos idiomas fueron hombres como Erasmo, Turnebe, Melanchthon, Fidelfio, Angel Policiano; sus lectores entusiastas, singularmente de las *Vidas Paralelas*, Carlos V, Felipe II, Don Juan de Austria, Hernán Cortés, el famoso Duque de Alba, el ilustre capitán Alejandro Farnesio, y Guevara y Solís entre los españoles; en Francia, Montaigne llamaba á semejante lectura «delicias de mi vida», asegurando que ningún filósofo de la antigüedad se acerca tanto á la moral cristiana como

el gran sacerdote de Apolo. Comparándole con el filósofo cordobés, maestro de Nerón, dice: «Séneca empuja, mas Plutarco guía y atrae dulcemente al cumplimiento del deber»; Montesquieu, Rousseau, Voltaire le colman de elogios; Crebillon inspirase en él para su *Catilina*; y el gran dramaturgo inglés Shakespeare débele el pensamiento de sus tragedias y dramas titulados *Coriolano*, *Antonio y Cleopatra*,

Julio César y *Timón de Atenas*. Finalmente, el sabio Xylander, en 1570, publica su erudito libro *Vita Plutarchi*, biografiando al excelente autor que tantas biografías había escrito para dar á conocer como en vasta galería de retratos las inolvidables figuras de personajes eternos.

NARCISO CAMPILLO.

SONETOS

EL DÍA Y LA NOCHE

Del firmamento espléndida señora,
De juventud eterna coronada,
Fresca, apacible, alegre, sonrosada,
Sacude el sueño la gentil aurora.

Su perdido poder la noche llora,
Al tenebroso abismo arrebatada;
Mientras la esfera, de fulgor ornada,
Tranquila asciende y su camino dora.

Así brilló temprana mi ventura,
De la inocencia roto el cautiverio;
Así de la verdad la llama pura

Veloz extiende el luminoso imperio.....
Mas baja ¡oh Sol! de tu sublime altura,
¡Que el bien mayor reside en el misterio!

NILO MARÍA FABRA.

SU MUERTE

16 ABRIL 1891.

En el promedio hermoso de la vida;
En la estación selecta de las flores;
Cuando á concierto universal de amores
Aura, luz y color, todo convida,

La flor de mis ensueños, la elegida
Compañera de dichas y dolores,
De tenaz aquilón á los furores
Cayó en el lecho con mortal herida.

Y cuando en colmo de mis horas malas
Por decreto de Dios omnipotente
Batió al cielo su espíritu las alas,
¡Sarcasmo horrible á mi dolor creciente!
La tierra desplegó todas sus galas
Para encerrar mi amor eternamente.

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.





Desde la Corte

AL ELOCUENTE JURISCONSULTO JOSÉ CONTRERAS

En la gran capital, sepulcro inmenso
De césped y de flores revestido,
Selva intrincada cuya regia pompa
Y espléndido follaje oculta sierpes,
Terribles hienas y rabiosos tigres;
En la gran capital bella y culpada,
Tu epístola recibo, rayo de oro
Que viene á iluminar la obscura noche
De mi doliente corazón.—Tu carta,
Llena de los reflejos y perfumes
De esa dichosa tierra en que nacimos,
Llega á mis manos en las horas tristes
De cansancio y angustia y desaliento:
Horas de maldición, por ti ignoradas,
Cuanto por mí sufridas.

¿Quién, osado,
Mintió que la amistad nunca ha existido?
¿Quién niega ese consuelo de la vida,
Cristalino raudal, fresco y sonoro,
En el desierto abrasador?—Sí; existe
La amistad generosa. Yo lo afirmo.
¡Yo, que en el vil comercio de los hombres,
Yagos he conocido más siniestros
Que el gran traidor del pavoroso drama!
¡Yo, que en el mundo infame he cosechado
Ingratitudes tantas como arenas
Y olas tiene la mar! Si; yo lo fio:

Existe la amistad pura y sublime.
De igual modo que hay áspides y rosas,
Ruisseños y cuervos, noche y día,
Hay amigos honrados y falaces.
Tú eres de los primeros, alma noble:
Tú, que en la adversidad rígida y fiera
Como en los áureos tiempos, siempre has sido
Dulce, franco, leal y cariñoso.
¡Salud, corazón fiel, salud mil veces!

Gracias, mi amigo. Acabo la lectura
De tu inspirada epístola halagüeña,
Y ábrese ante mis ojos deslumbrados
La puerta de marfil de los ensueños.
Al conjuro feliz de tu elocuencia,
Cual hermosa visión de azul y plata,
Álzase nuestro pueblo delicioso
Del fondo de mi espíritu exaltado.
El Genil con sus ondas de zafiro;
Las casas, que semejan palomares;
El fértil ruedo; las floridas rejas
Donde anida el amor; los frescos patios
Con sus fuentes de mármol bullidoras;
Las huertas con sus frutos y sus aves,
Y la torre gentil del blanco templo,
Cuya amarilla cúspide flamea
Al sol, como pirámide de oro.....

Todo, animado, cruza ante mi vista.
 ¡Pueblo fascinador, villa adorada,
 Con qué placer tan íntimo recuerdo
 Aquellas breves noches de verano
 En que á la verde orilla de tu río
 Poblado de rumores y de estrellas,
 Y al compás de los trinos melodiosos
 Del ruiseñor, nacieron mis amores!
 ¿Cómo olvidar tus jiras y verbenas
 —Ornadas de mujeres seductoras—
 Donde el vino dorado resplandece
 En las negras pupilas y en los cantos
 De la lozana juventud gozosa!
 ¿Cómo no recordar tus procesiones
 Llenas de los matices del Oriente,
 Con sus alegres músicas profanas,
 Sus lujosas banderas, sus *romanos*
 De oro y seda vestidos, sus piadosos
 Vivas atronadores, sus saetas
 Rebosando tristura, y sus efigies
 —Aunque mal esculpidas, bien amadas—
 Entre las cuales, con fulgor de aurora,
 Se destaca el divino Nazareno,
 Cuyas tiernas miradas celestiales
 A los áridos ojos llanto arrancan
 Y al hombre más incrédulo conmueven!.....
 ¡Oh, pueblo, donde vi la luz primera,
 Patria del sol, del vino y de las rosas!
 ¡Oh, cielo azul! ¡oh, rústicos paisajes,
 Encanto de la ardiente fantasía!.....

Todos esos deleites y dulzuras,
 La amable paz, los hábitos sencillos
 De una vida sin odios ni combates,
 A abandonar, mi amigo, te decides
 Por este mar airado y tenebroso.
 ¡Ay! así me lo anuncias, y suplicas
 Te pinte el cuadro que Madrid presenta.
 —Siempre amé la verdad, y, pues lo quieres,
 Te narraré con expresión amarga
 Mis impresiones tétricas del día
 Sobre este centro, donde todo es grande,
 Excepto la virtud.

Madrid sonrío,
 Ceñido el cuerpo de preciosas galas
 Y bañada la faz en resplandores,
 Como una bella ruborosa virgen
 Que á desposarse va.—Yo su locura
 Conozco, y su perfidia y su impudencia;
 Pero en las de sus mágicos hechizos
 Doradas redes caigo prisionero.

Y ¿cómo no, si su hermosura irradia
 Con cegadora luz, y ostenta el cetro
 Del arte, la política, la ciencia,
 El lujo y el placer?.....—Madrid sonrío
 En las serenas azuladas tardes
 De la estación feliz. Arrebatado
 Por tantos esplendores y atractivos,
 Salíme ayer á disfrutar los goces
 Que en rutilante copa nos ofrece

La tentadora capital. Las calles
 Á la lumbre del sol resplandecían;
 Y alegre, inmenso, bullidor gentío
 Por ellas avanzaba presuroso
 En una misma dirección.

—¿Adónde

—Me pregunté—de júbilo va henchida
 Esta ruidosa y varia muchedumbre?
 ¿Á celebrar acaso algún suceso,
 Magnífico blasón de nuestra historia?
 ¿Á coronar la frente de algún sabio
 Insigne ó de un artista esclarecido?
 ¿Á recibir tal vez á algún guerrero
 Que á la patria salvó de extraño yugo?
 —No; esa gran multitud iba ¡á los toros!
 Como en la negra edad abominable
 Que marcó con el rayo de su ira
 El inclito y valiente Jovellanos.
 Huyendo de tan tristes reflexiones,
 Por remontar el ánimo á la altura,
 Entré en el Parlamento.—¡El Parlamento!.....
 ¿Quién no soñó con él? ¿Quién desde el fondo
 De su provincia no entrevió esa cumbre
 De truenos y centellas coronada?
 ¿Quién el radiante verbo y la elocuencia
 No admiró de las glorias tribunicias
 Como un clarín sonoras, y brillantes
 Como el cristal y el oro? ¿Quién no ha ansiado
 Ser adalid ó espectador siquiera
 De esas grandes batallas que se libran
 En la candente arena del Congreso?.....

Á uno de esos combates encendidos
 Asistí ayer; mas lejos de elevarse
 Mi espíritu en el templo de las leyes,
 Se abatió más y más para mi daño:
 Que al ver tanta ambición, miseria tanta,
 Tanta pasión innoble revestida
 De solemnes palabras fulgurantes,
 Muchos de aquellos bravos paladines
 Me parecieron héroes de teatro
 Con espadas, arneses y cimeras
 De luciente cartón.

Grave y sombrío,
 Solaz buscando y dulce esparcimiento,
 Me refugié en el templo de Talía;
 Mas ¡qué espantosa decepción!..... Las musas,
 Las generosas musas inmortales
 De Calderón, de Lope, de Moreto,
 De Ayala y de Tamayo—las que un día,
 De mirto y de laurel la frente orlada,
 Llenaron nuestra escena con las voces
 De sus liras de oro—esas deidades
 Que al sacro nombre de la patria han dado
 Fama eternal y el universo adora,
 Arrojadas han sido del proscenio
 Por el coro de impúdicas bacantes,
 Cuya canción obscena y loca risa
 El pueblo imbécil delirante aclama!
 Cubierto de rubor y en ira ardiendo

Sali del espectáculo, y ansioso
De encontrar algo ameno y deleitable
Al alma por la angustia combatida,
Fui á un espléndido baile del gran mundo.

Los salones, poblados de hermosuras,
Cual los brillantes lienzos del Ticiano,
Torrentes de vivísimos fulgores

De músicas lascivas, como abrazo
De meretriz, y más embriagadoras
Que el néctar de Falerno, en torbellino
Luminoso de blondas, seda y flores,
Cien bellezas pasaban, con los hombros
Y la espalda desnudos, la sonrisa
De la pasión en la entreabierto boca,
Y á las torpes miradas ofrecido,



Y ritmos y fragancias despedían.
Todo era animación, placer y lujo
En aquella morada suntuosa,
Donde sus cascabeles resonantes
La Locura agitaba. Á las cadencias

El seno de azucenas mal velado.
Todas eran casadas, mas ¡ninguna
Bailaba con su esposo!..... El adulterio,
Triunfador y satánico, reía;
Reía..... y sus siniestras carcajadas

Mezclábanse á las músicas ligeras,
Cuyas notas sonaban en mi oído
Como ayes lastimeros, maldiciones,
Cantos de bacanal, besos impuros
Y roncosp estampidos de pistolas.

Cuando salí del baile amanecía.
¡Qué alboradas tan lúgubres aquellas
Que siguen á las fiestas y placeres!.....
Todo era soledad, silencio y frío
En la dormida capital. La lluvia
Con plañidera voz, tenaz cayendo,
Llorar por los pecados parecía
De la noche pasada. Sobre el fango
Vi derribada á una mujer, el traje
Desceñido y vistoso. Era una joven
—Casi una niña—blanca como un nardo
Y rubia cual las mieses. En su rostro
Delicado, infantil, pero marchito
Por el amor culpable, los licores
Sus ósculos de púrpura estamparon;
Y su resplandeciente cabellera,
En hilos esparcida, semejaba
Arpa deslumbradora sobre el cieno.

Contemplando desdicha tan horrenda,
Sentí anegarse en lágrimas mis ojos,
Y en la Corte pensé, lúbrica diosa
En el obscuro légamo caída.

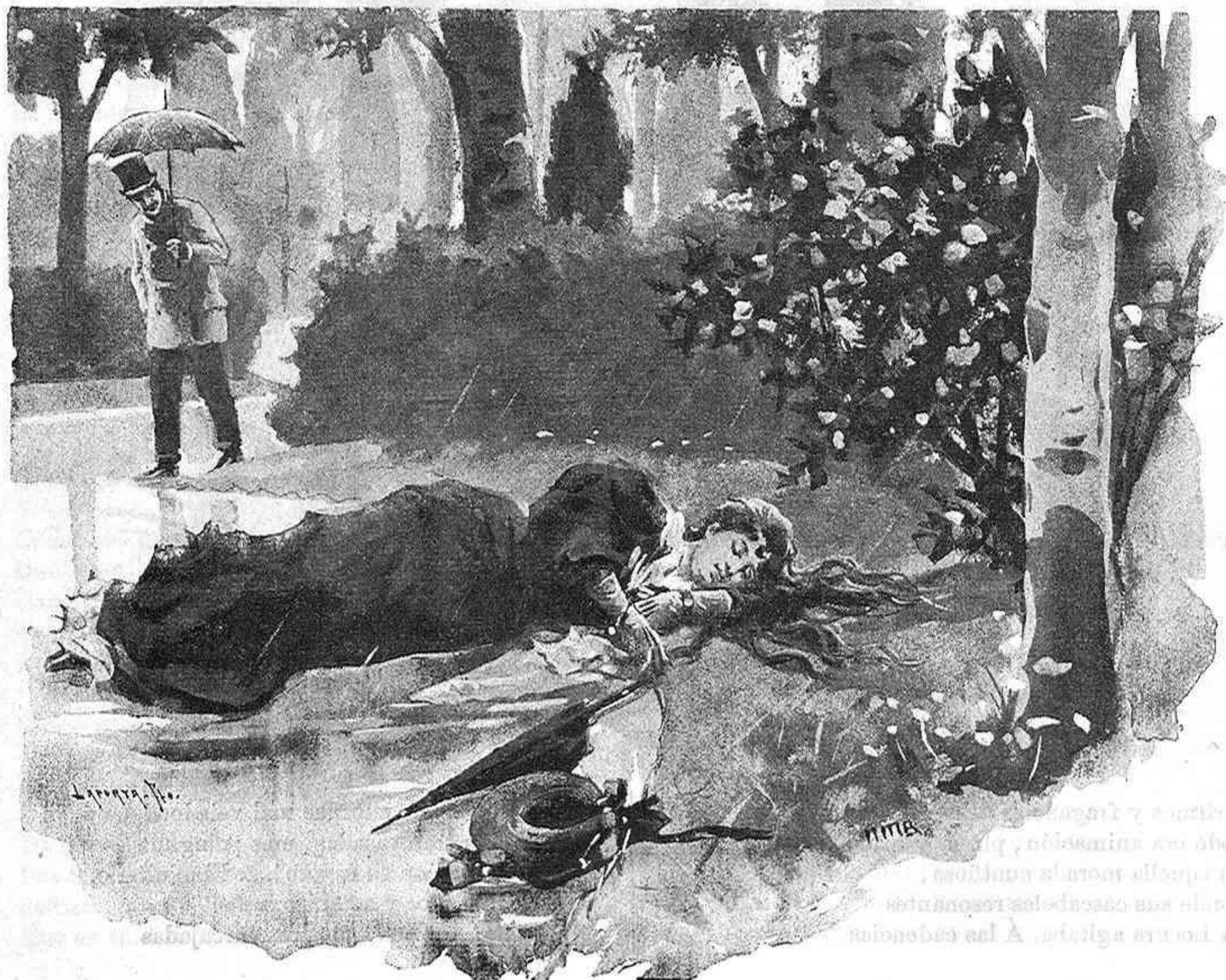
Ya conoces, amigo, los encantos
Que te ofrece Madrid, no sus torturas.
¿Á qué hablar de los trágicos dolores,
La cólera sangrienta y el estrago
De la tremenda lid que aquí se libra
Para escalar la suspirada cumbre?.....

Pero ¡ah! tienes razón, mi fiel amigo:
Si recio y pavoroso es el combate,
Más funesta cien veces y temible
Es la inacción: las aguas estancadas
La muerte encierran en sus turbias ondas;
¡Mas el agua corriente canta y brilla
Y hace brotar los frutos y las flores!

Tienes razón, espíritu animoso:
Vivir es batallar. ¡Ven, pues, y lucha!
Te saldrán al encuentro la ignorancia,
El odio ruin, la ponzoñosa envidia
Y la burla menguada. ¿Qué te importa!
Presenta á las pasiones miserables
La poderosa llama de tu mente
Y el escudo de bronce del desprecio.

¡Ven, pues, á combatir, y ojalá venzas!
¡Ojalá, noble amigo, que la fama
Tu genio aclame en no remoto día,
Y que el buril de fuego de la Historia
Grabe tu nombre en la corteza dura
Del árbol gigantesco de la gloria!

MANUEL REINA.





GUARDA..... NIÑOS

Eso es, *guardaniños*, y no me atrevo á decir *guardainfantes*—voz autorizada por la *Academia Española*—porque no se trata ahora de la «*Especie de tontillo redondo, muy hueco, hecho de alambres, con cintas, que se ponían antiguamente las mujeres á la cintura y sobre él la basquiña*», sino de una oficina, digámoslo así, inventada por un empresario yankee (*yankee* había de ser!) para guardar, no precisamente infantes, muchachos, como pueden guardarse abrigos durante las representaciones teatrales.

Y en verdad que ese invento de la dependencia teatral nombrada *guardaniños* merece quedar registrado en las páginas de la Historia del año de gracia de 1894, en que tantas cosas de gracia se han discurredo.

Digan lo que decir quisieren los pesimistas empeñados en probar la decadencia de los espectáculos teatrales, lo cierto es que todo se endereza á probar, por el contrario, su florecimiento: hay ahora más autores y más comediantes que hubo nunca; logran comediantes y autores retribución y ganancia que nunca lograron; y por lo que al público respecta ó respeta (que de ambos modos lo sé decir, como el paleta del cuento), por lo que al público respecta, repito, se desarrolla en él de día en día la afición á esa clase de diversiones de una manera prodigiosa.

Ahí están, es decir, ahí precisamente no, pero donde están, las estadísticas del año, que no me dejarían mentir, puesto que yo quisiera hacerlo, de lo cual estoy muy distante.

Según esas estadísticas, en cuyos datos creo lo mismo que si los hubiera visto yo mismo, el público norteamericano gasta diariamente para presenciar funciones de teatro *dos millones quinientos mil francos*; que no son pocos francos, sobre todo si se advierte, como decía nuestro inolvidable Escriu en una zarzuela muy graciosa de Frontaura, que *son diarios*.

Así se comprende (por lo que decía yo, sobre las retribuciones, ó si ustedes lo prefieren, sobre los sueldos de los comediantes) que el trágico inglés *Irving* gane medio millón de francos en tres meses, y que Juan de Reszké disfrute de un haber de seis mil francos diarios; ó digamos nocturnos: pues de noche los gana, aunque los cobra de día.

Si de América pasamos á Europa, los datos estadísticos

nos dirán que en el año último el teatro de la Comedia francesa recaudó *dos millones* de francos.

Y no digamos nada de Madrid, donde—según la opinión, que no puede ser sospechosa, de un empresario muy inteligente, que es, al propio tiempo que empresario inteligente, actor y director famoso, y con mucha justicia aplaudido, *Emilio Mario*—se gasta en los teatros más dinero que en la capital de Francia; con relación al número de habitantes, por supuesto. Pues en la capital de España no baja de 15.000 pesetas diarias lo que el público, que es siempre el mismo, y en el que hay hoy escasa población flotante, da á las empresas de teatros.

Digase, pues, si cuando aumenta de un modo prodigioso el número de los autores, el valer de los cómicos y la afición del público, puede afirmarse con justicia que el arte dramático se halla en decadencia.

Pero *je reviens à mes moutons*, y ruego humildemente que me sea perdonado este paréntesis, tal vez un poco largo, pero que no huelga para mi razonamiento.

Hablaba yo de la feliz ocurrencia de ese empresario vecino de Nueva York, que ha establecido en su teatro lo que él denomina *Depósito de niños*, y que llamo yo *guardamuchachos*, y cuyo empleo, bien que no ha menester de muy amplias explicaciones, exponían algunos periódicos en términos parecidos á los siguientes:

«Los padres que no quieran dejar solos á sus hijos en casa, pueden confiarlos á la custodia de unos empleados especiales encargados de tan importante servicio.»

Y seguían diciendo los periódicos:

«A cambio del hijo depositado, el espectador recibe una contraseña con su número correspondiente (ni más ni menos que si se tratara de un gabán ó de un paraguas), y á la salida entrega la contraseña y recoge el chiquillo.»

Me parece que el procedimiento no puede ser ni más cómodo, ni más sencillo.

Tiene todos los caracteres de las invenciones grandiosas: sencillez, en el hecho; alcance inmenso, en sus consecuencias.

Porque esa invención que, no lo duden ustedes, hará impercedera la memoria del año próximo pasado, ha venido á llenar un vacío que echaban de ver los padres, y sobre

todo las madres á quienes dominaba la susodicha afición al teatro. Afición creciente, como ya queda demostrado.

Madres que tenéis hijos, y que si no los tuviéseis no seríais madres, ved cuán fácilmente ha resuelto ese empresario neoyorquino un interesante problema que hasta hoy no había logrado solución aceptable: el problema de armonizar el gusto á las funciones teatrales y el cariño á los hijos de pocos años.

Hasta hoy, la madre de familia que se encontraba alguna vez ante ese problema pavoroso, veíase en el caso de optar entre una de estas tres soluciones:

Primera. Renunciar al cuidado del chiquillo, y marchar á la diversión.

Segunda. Renunciar á la diversión, y quedarse cuidando al chico; y

Tercera. Ir al teatro en compañía del chiquillo, llevándole en los propios brazos ó en los brazos de la niñera.

Pero, si bien se mira (y aunque sólo se mire medianamente), se verá que ninguna de esas soluciones resultaba satisfactoria en todas sus partes: privarse de esa diversión, es demasiado duro, sobre todo para quien no puede gozar de ella muy frecuentemente; abandonar el hijo al cuidado de personas extrañas, es muy violento, sobre todo para las madres cariñosas; y no digamos nada de los inconvenientes que para propios y para extraños tiene la solución de llevar al rorro, para que luego, y quizá en la escena más interesante del drama, suelte un lloriqueo divertidísimo para los espectadores, que gritan: «¡fuera!» «¡á la cama!», y muy agradable sobre todo para el autor, si es en noche de estreno.

La solución ideada por el empresario de New-York salva, á maravilla, todas las dificultades y satisface todos los deseos; reúne la ventaja de todas y no presenta ninguno de sus respectivos inconvenientes.

Insisto en que solamente por ese descubrimiento, y aunque se prescinda de cuantos sucesos han sobrevenido en el

transcurso de los últimos doce meses, será famoso entre los más famosos,

*del siglo del vapor y del buen tono,
del venturoso siglo diez y nueve,
ó para hablar mejor, décimonono,*

como dijo nuestro insigne Bretón (de los Herreros), el año de los *guardachiquillos*.

Algo muy parecido á esto discurrió en nuestro país una dama ilustre entre las ilustres y de grata y muy respetable memoria, la reina que fundó en Madrid el Asilo para los hijos de las lavanderas; pero aquella fundación de una reina bondadosa (q. e. p. d.) no tuvo ni podía tener la resonancia que esta del empresario *yankée*, porque al cabo y al fin el asilo fundado por la esposa del rey D. Amadeo de Saboya favorecía únicamente á humildes lavanderas.....;—y ¡todavía hay clases!—las cuales lavanderas, gentecilla plebeya de su propio natural, llevan sus muchachos al asilo cuando ellas van al río, soportando la inclemencia del tiempo porque necesitan el producto de su trabajo, y las madres que llevan sus hijos al teatro van por su gusto y con el plausible y aristocrático fin de divertirse un rato.

Cabe la posibilidad, y aun estoy por decir que es probable, que los muchachos metidos en el *guardaniños*, jugando entre sí, y en el aturdimiento propio de sus cortos años, cambien unos con otros sus contraseñas, y que, por consiguiente, á la salida del teatro no se lleva la madre el hijo que llevó, sino otro cualquiera; pero eso justamente puede dar motivo á escenas muy cómicas y muy entretenidas, con lo que se aumentarán los atractivos del espectáculo.

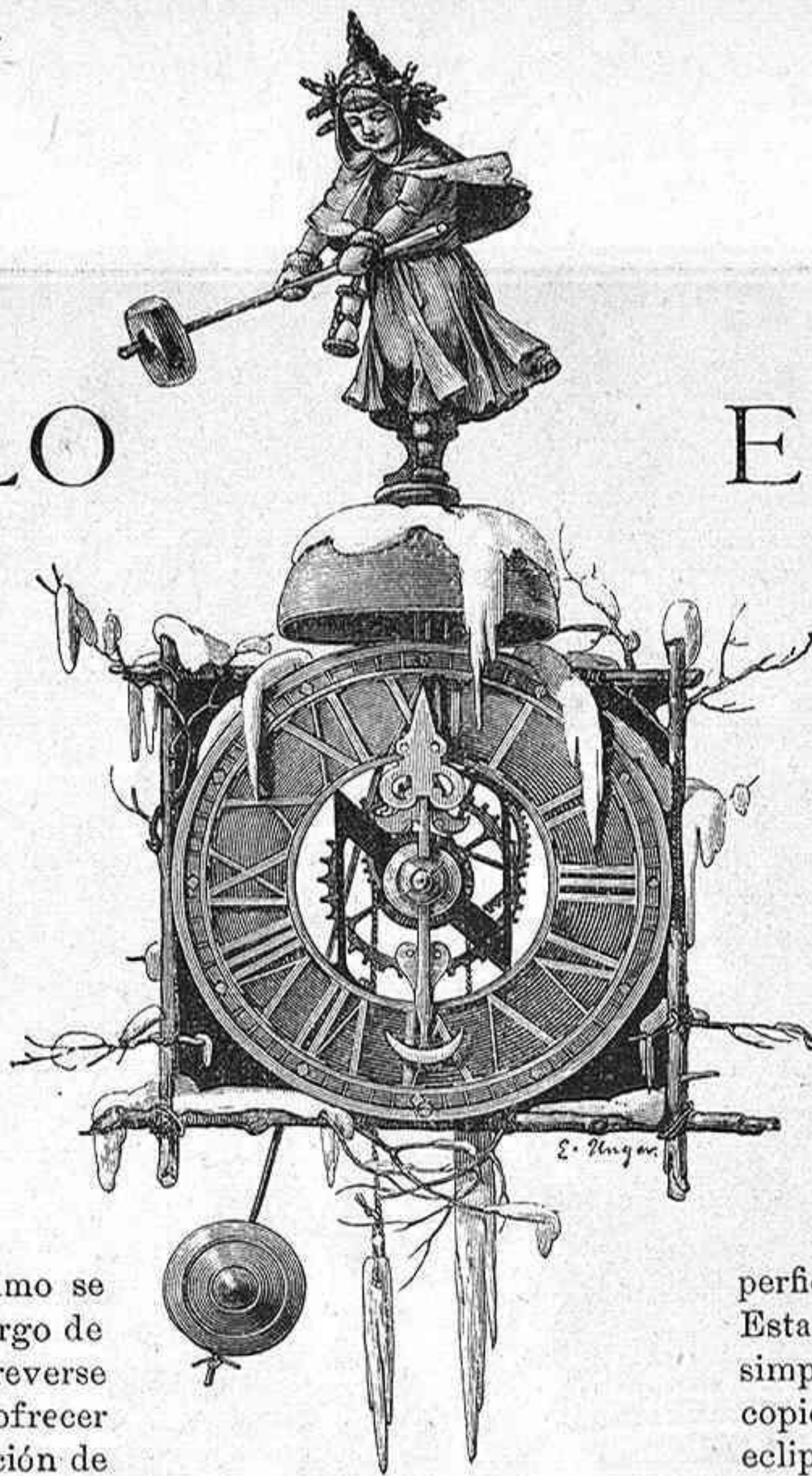
Y al fin y al cabo, ¿qué le importa á una madre que se ha entretenido viendo una función teatral, perder su hijo, si le dan, en sustitución de aquél, otro chiquillo en buen uso? Pues..... nada.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



EL CIELO

EN 1895.



SOL.—En la época en que redacto estas líneas (Junio de 1894) las energías solares continúan en plena actividad, acusando el máximo de sus manifestaciones en el presente ciclo undecenal, como lo prueba el número y dimensión de las manchas que han aparecido desde el pasado Agosto; por manera que siendo por otra parte un hecho averiguado que durante los dos ó tres años que siguen á cada máximo se dejen ver manchas notables á lo largo de la faja ecuatorial del astro, debe preverse que en el transcurso de 1895 ha de ofrecer todavía singular interés la observación de tan admirables fenómenos.

La importancia de este estudio nace de su íntima conexión con los trascendentales problemas que atañen á la evolución del gran luminar, de cuyas radiaciones depende la vida de los innumerables organismos que pululan sobre los globos planetarios. Compréndese, pues, el alcance que entraña la observación del astro central de nuestro sistema con sólo considerar que un decrecimiento sensible de su calor y de su luz sería suficiente para que resultase altamente comprometida la existencia de cuanto vive y se mueve en el ámbito inmenso de su celeste imperio.

Así se explica la preferente atención que en nuestros días el mundo sabio consagra á los conocimientos que á este particular se contraen, en confirmación de lo cual basta aducir un argumento tan curioso como elocuente, y es, que el objeto á que se destina el gigantesco anteojo que se está construyendo á expensas de Mr. Yerkes, el nuevo Mecenas norteamericano, para el Observatorio de Chicago, consistirá principalmente en las investigaciones de física solar, confiadas á la incomparable pericia de Mr. Burnham. Será este instrumento el mayor del mundo, pues el diámetro de su objetivo medirá 40 pulgadas, su longitud 19 metros, y el coste se calcula en un millón de francos. Ante cifras tan considerables no deben empero desmayar los aficionados, pues por fortuna el examen fructuoso del Sol puede hacerse con un modesto anteojo de 75 milímetros de abertura y un aumento de 100 diámetros.

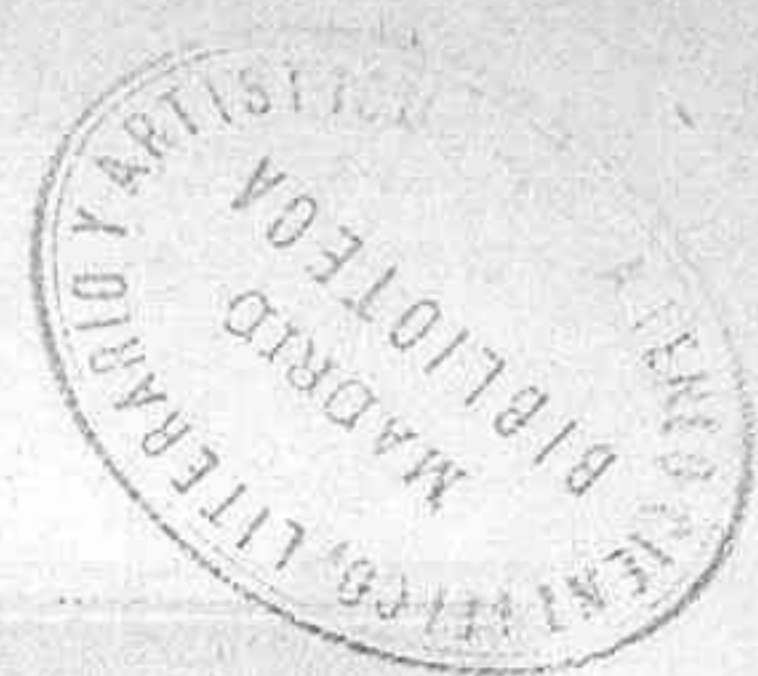
Á fin de facilitar la inteligencia de estos asuntos al lector poco versado en ellos, aprovecho la ocasión y el lugar para

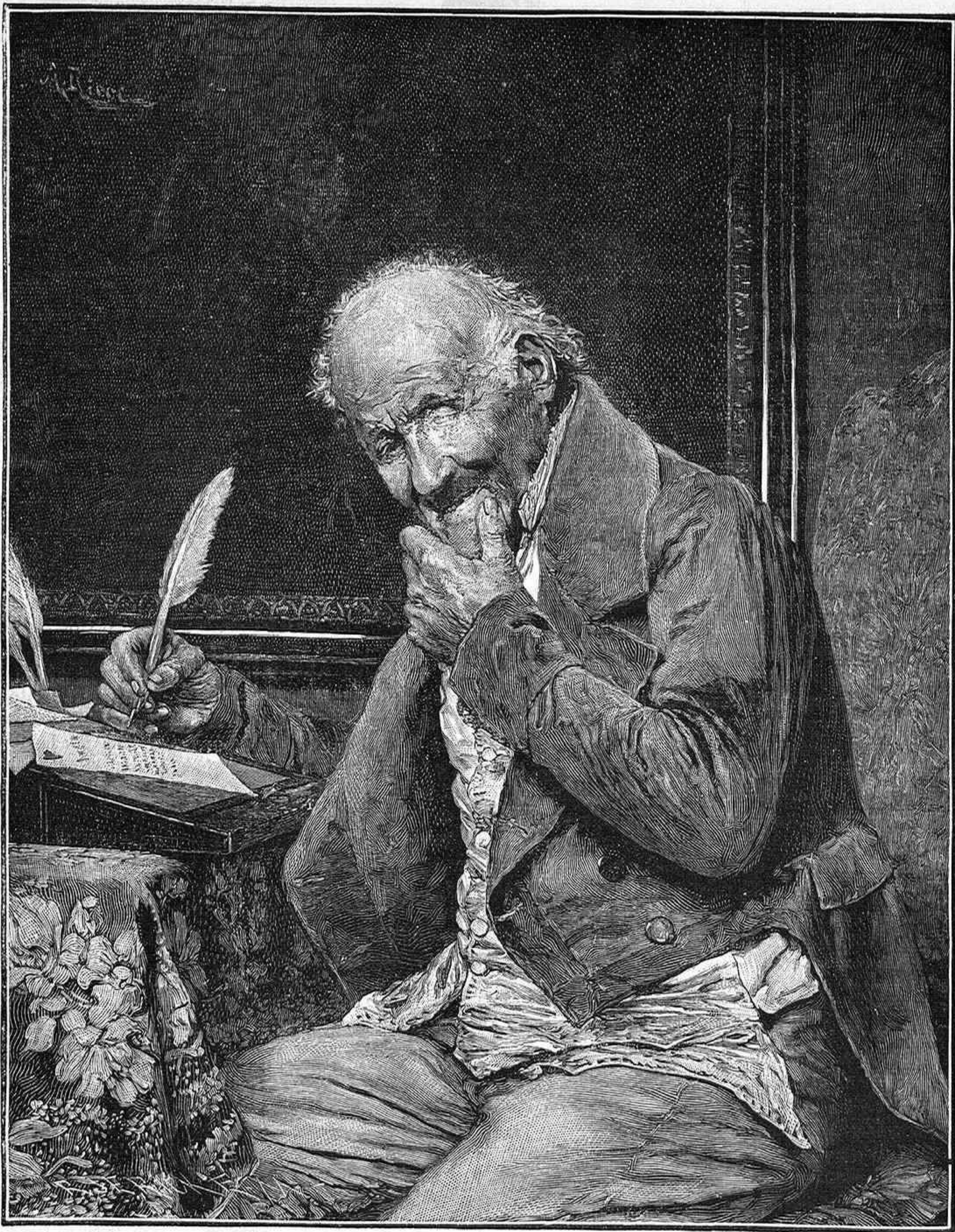
añadir que el disco visible del Sol es el aspecto con que se presenta á nuestra vista la esfera luminosa ó *fotosfera*, que constituye, por decirlo así, la parte fundamental del astro, y que sobre ella existen otras dos capas envolventes: una, que la sigue inmediatamente, es la *cro-moesfera* ó esfera rosada, y otra, la más exterior, que se extiende hasta una distancia considerable de la superficie visible, es la *atmósfera coronal*. Estas dos últimas no son perceptibles á la simple vista, ni aun por medio del telescopio, sino en los fugaces instantes de los eclipses totales.

De los trabajos de Oppolzer se desprende que las manchas son producidas, indirectamente, por un descenso de materias sobre la fotosfera, y directamente por una radiación extraordinaria ocasionada por la transparencia de la región situada encima; y como Spörer ha demostrado que las corrientes en la proximidad de las manchas son divergentes, lo cual indica que éstas son regiones de alta presión, resulta que su causa y su estructura encuentran perfectos similares en el régimen de nuestra propia atmósfera, en donde se originan manchas frías análogas, á consecuencia de una alta columna barométrica. Para un observador colocado fuera de la atmósfera terrestre, estas regiones aparecerían como manchas profundas y sombrías en un océano de nubes.

Aplicando al predicho estudio aunadamente el análisis espectral y la fotografía, los dos factores que tantos misterios de la estrellada bóveda han revelado ya, Mr. Deslandres, astrónomo del Observatorio de París, ha conseguido, por medio de un instrumento cuyo principio se debe al eminente Janssen, hacer accesible á la observación sobre el disco mismo del astro las rayas brillantes producidas por las llamas faculares, y obtener de la cromoesfera completa, en cuyo seno se desarrollan principalmente las protuberancias ó lenguas rosadas, una imagen exacta, tal cual se viera si la acción propia de la fotosfera quedase momentáneamente suspendida.

La exposición sumarisima que precede justifica, pues, el llamamiento que á la actividad de los aficionados llevo hecho al principio, siendo de esperar que dediquen sus me-

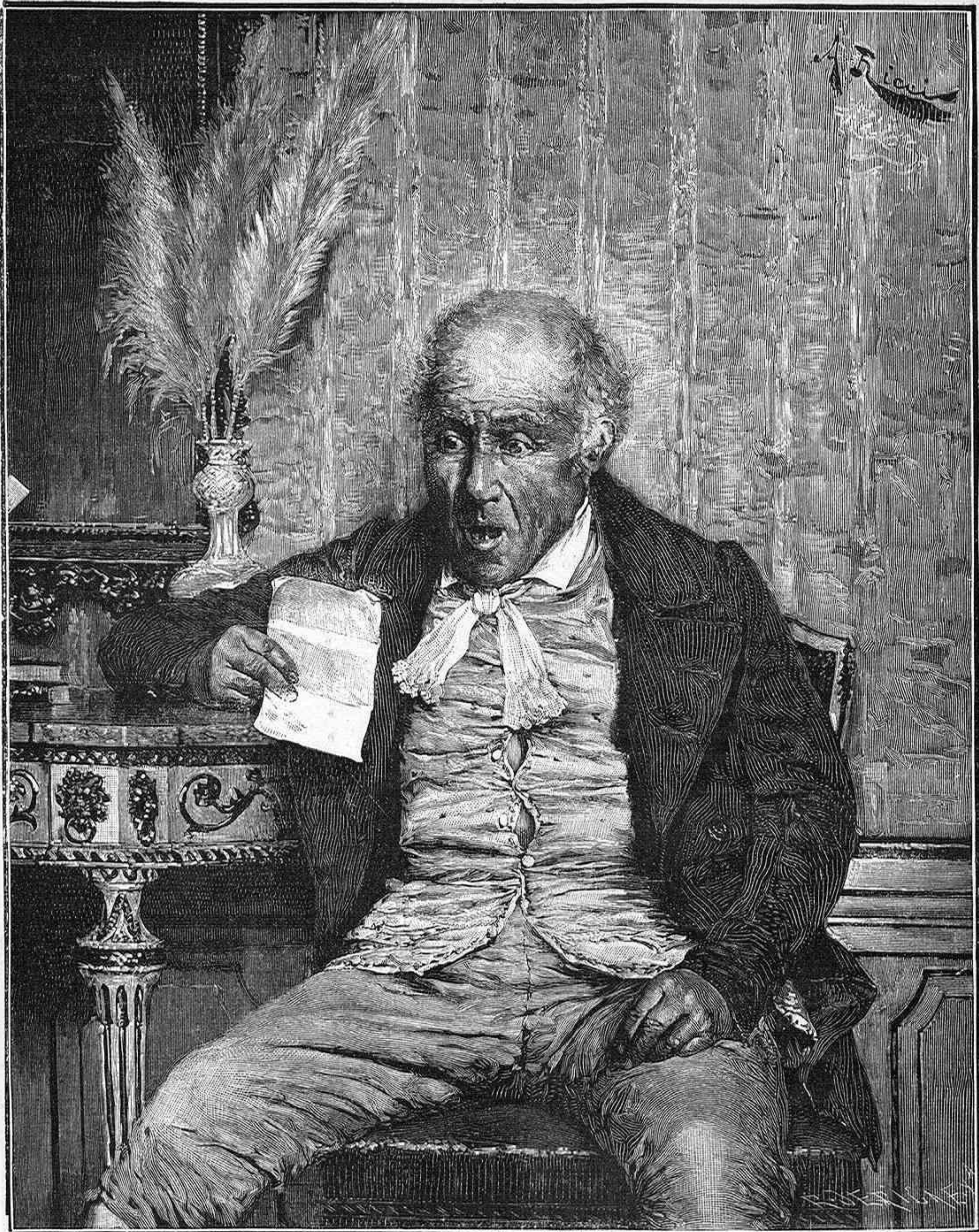




- LA ÚLTIMA CARTA AMOROSA.—Por A. Ricci.

CIENCIAS Y LETRAS
MADRID
BIBLIOTECA

CIENCIAS Y LETRAS
MADRID
BIBLIOTECA



RESPUESTA Á LA ÚLTIMA CARTA AMOROSA.—POR A. RICCI.



jores ocios á la exploración de un horizonte cuyos confines se alejan cada vez más.

MERCURIO.—Será estrella de la tarde, y se encontrará á la mayor distancia angular del Sol, en los días siguientes: 5 de Febrero, 13 de Junio, 1.º de Octubre; y de la mañana, 23 de Marzo, 22 de Julio y 10 de Noviembre.

Observaciones recientes sobre la variación de la luz de este planeta permiten concluir que no se halla, como Venus, envuelto en una espesa capa de nubes.

VENUS.—Será estrella de la tarde desde Febrero á Septiembre, y de la mañana en lo restante del año. Los días de su máximo brillo serán el 12 de Agosto y 24 de Octubre.

La duración de la rotación del astro es un problema que no ha recibido aún solución satisfactoria.

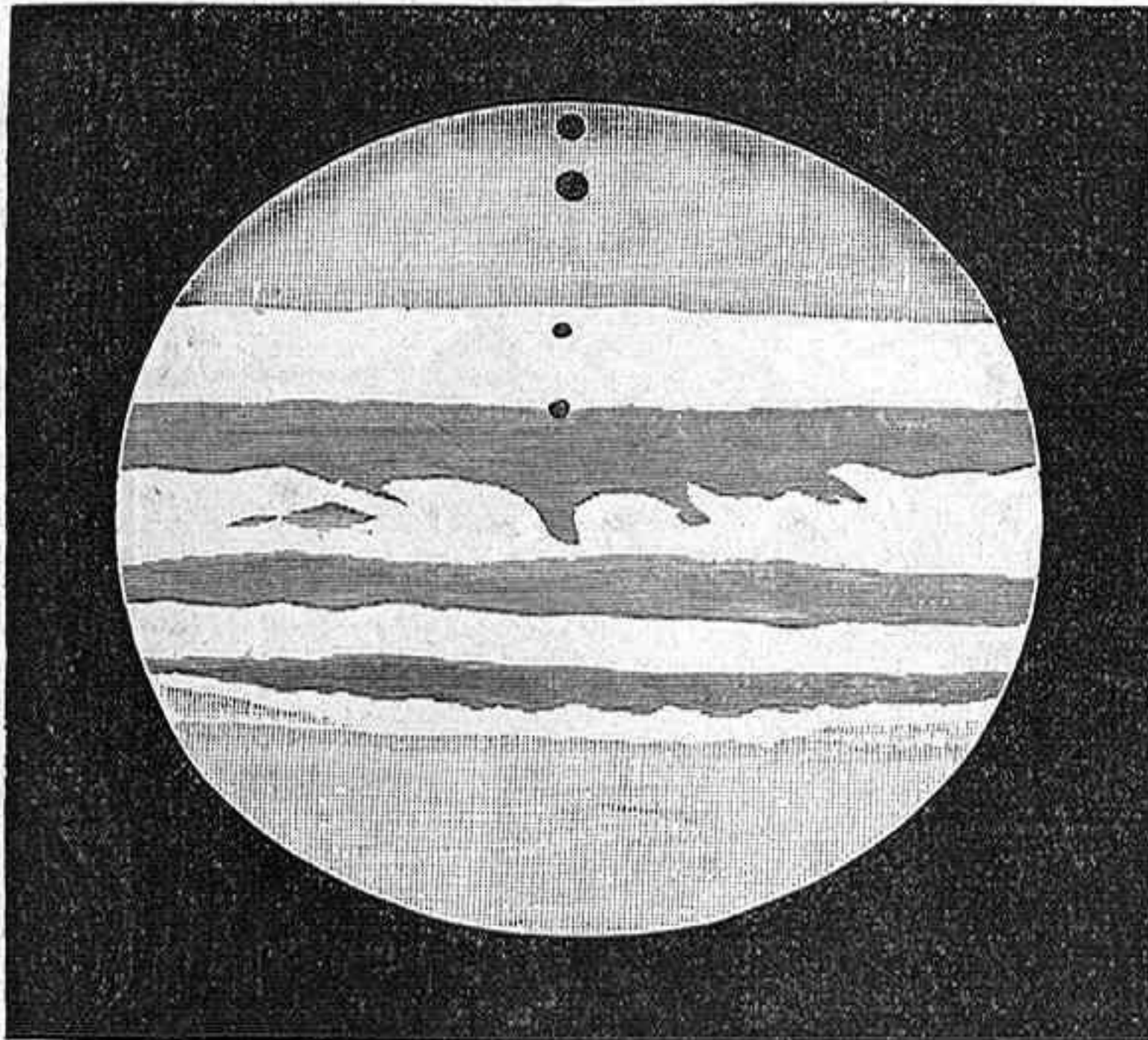
MARTE.—Permanecerá todavía visible durante los tres primeros meses del año, en la constelación de Aries, encontrándose en cuadratura con el Sol el 5 de Febrero.

JÚPITER.—De Enero á Abril brillará en la constelación de Géminis, y de Septiembre á fin de año en la de Cáncer, muy cerca de la estrella δ . Es digno de notarse que en 1895 se dará el caso, bien poco frecuente, de que Júpiter no se halle en oposición con el Sol.

Desde 1893 son muy profundas las modificaciones que ha experimentado el aspecto del colosal planeta, por lo que es muy presumible que en el transcurso del año ha de revestir mucho interés su observación.

Añádase que no ha de entañarla menor el estudio de los satélites, tanto porque á partir del 17 de Enero comienza de nuevo el período de los eclipses del cuarto, y de los pasos de su sombra sobre el disco del planeta, como porque la observación de ambos fenómenos en general es un factor importante que ha de contribuir no poco á perfeccionar la teoría de los movimientos de los aludidos cuerpos.

Entre los pasos de la sombra del cuarto satélite merece especial atención, por las circunstancias en que ha de ocurrir,



el del 25 de Enero, en cuyo tránsito la sombra se proyectará muy cerca del borde austral (en anteojos inversos, el superior, con respecto al sentido general de las bandas), como se representa en la figura adjunta. Durante los primeros meses

del año, las sombras de los otros tres satélites se proyectarán en los puntos indicados en la misma figura, y en el orden en que van colocados. Los trayectos recorridos, de derecha á izquierda, son siempre sensiblemente paralelos á las bandas.

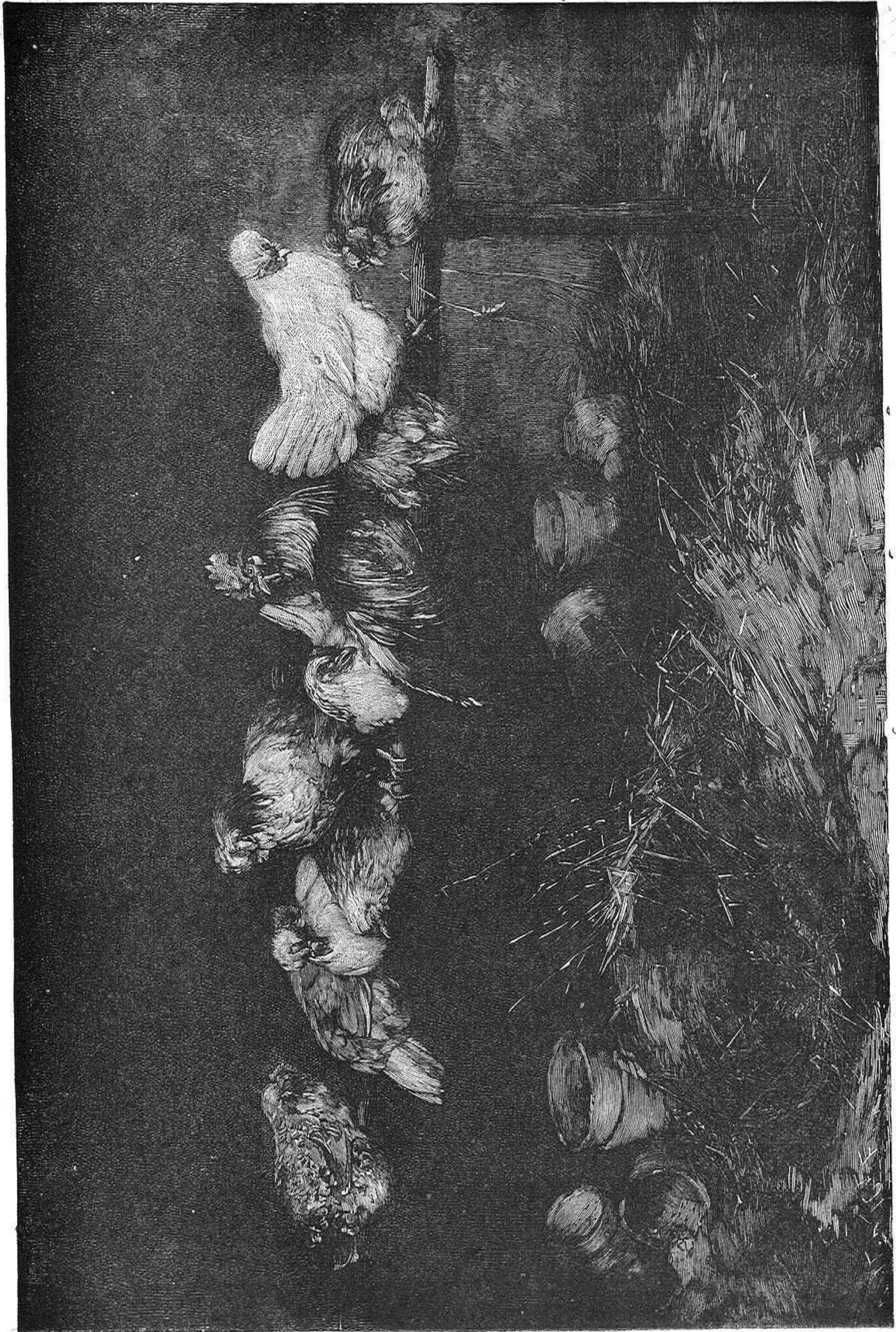
Designando los satélites, como de costumbre, por números romanos, las horas de tiempo medio del Meridiano de Madrid á que han de suceder los eclipses, y los pasos de las sombras observables á horas cómodas, serán como sigue:

ECLIPSES.

4	Enero	II	á	5 ^h	58 ^m	29 ^s	emersión.
5	»	I	á	8	51	39	em.
7	»	III	á	7	31	55	em.
11	»	II	á	8	33	45	em.
12	»	I	á	10	46	40	em.
14	»	I	á	5	15	34	em.
»	»	III	á	11	33	11	em.
18	»	II	á	11	9	10	em.
21	»	I	á	7	10	51	em.
28	»	I	á	9	6	15	em.
4	Febrero	I	á	11	1	46	em.
5	»	II	á	5	37	11	em.
12	»	II	á	8	12	56	em.
19	»	III	á	7	40	25	em.
»	»	II	á	11	38	19	em.
26	»	III	á	8	39	31	inmersión.
»	»	»	á	11	41	41	emersión.
8	Marzo	IV	á	7	9	20	in.
»	»	»	á	9	3	40	em.
15	»	I	á	9	38	4	em.
16	»	II	á	7	52	19	em.
22	»	I	á	11	13	49	em.
23	»	II	á	10	27	45	em.
31	»	I	á	7	58	26	em.
3	Abril	III	á	7	50	4	em.
7	»	I	á	9	54	6	em.
10	»	III	á	8	52	16	in.
17	»	II	á	7	32	8	em.
24	»	II	á	10	7	46	em.
30	Noviembre	I	á	11	21	30	in.
18	Diciembre	II	á	10	33	8	in.
23	»	I	á	11	29	53	in.
24	»	III	á	8	5	33	in.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

2	Enero	II	á	8 ^h	2 ^m	entrada.
				10	59	salida.
4	»	I	á	9	28	ent.
				11	34	sal.
13	»	I	á	5	51	ent.
				8	8	sal.
20	»	I	á	7	46	ent.
				10	2	sal.
25	»	III	á	5	50	sal.
»	»	IV	á	10	24	ent.
»	»	»	á	11	53	sal.



EN EL HARÉN.—POR BASTAGH.

27	Enero	II	á	5	52	ent.
				8	11	sal.
1	Febrero	III	á	6	54	ent.
				9	51	sal.
3	»	II	á	8	9	ent.
				10	49	sal.
5	»	I	á	6	4	ent.
				8	21	sal.
11	»	IV	á	5	53	sal.
12	»	I	á	7	59	ent.
				10	16	sal.
28	»	I	á	6	18	ent.
				8	35	sal.
7	Marzo	II	á	8	1	ent.
				10	42	sal.
»	»	I	á	8	13	ent.
				10	30	sal.
14	»	I	á	10	8	ent.
				12	25	sal.
16	»	III	á	6	53	ent.
				9	57	sal.
23	»	I	á	6	32	ent.
				8	49	sal.
28	»	III	á	10	3	sal.
29	Noviembre	III	á	9	49	sal.
6	Diciembre	III	á	10	14	ent.
27	»	II	á	7	20	ent.
				10	14	sal.

SATURNO.—En la primera mitad del año se dejará ver en la constelación de la Virgen, á corta distancia de las estrellas λ y κ , encontrándose en oposición el 24 de Abril. El aspecto de su anillo será casi igual al representado en la figura que acompañaba al ALMANAQUE para 1889, sin más que invertirla.

URANO Y NEPTUNO.—De Abril á Diciembre se hallará el primero de dichos planetas en la constelación de Libra, dentro del triángulo formado por las estrellas α , ζ , ι .

En los primeros y en los últimos meses del año, Neptuno aparecerá en la constelación de Tauro, entre las estrellas τ y ζ .

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá tres eclipses de Sol y dos de Luna. Los primeros, invisibles en España; los segundos serán totales y visibles.

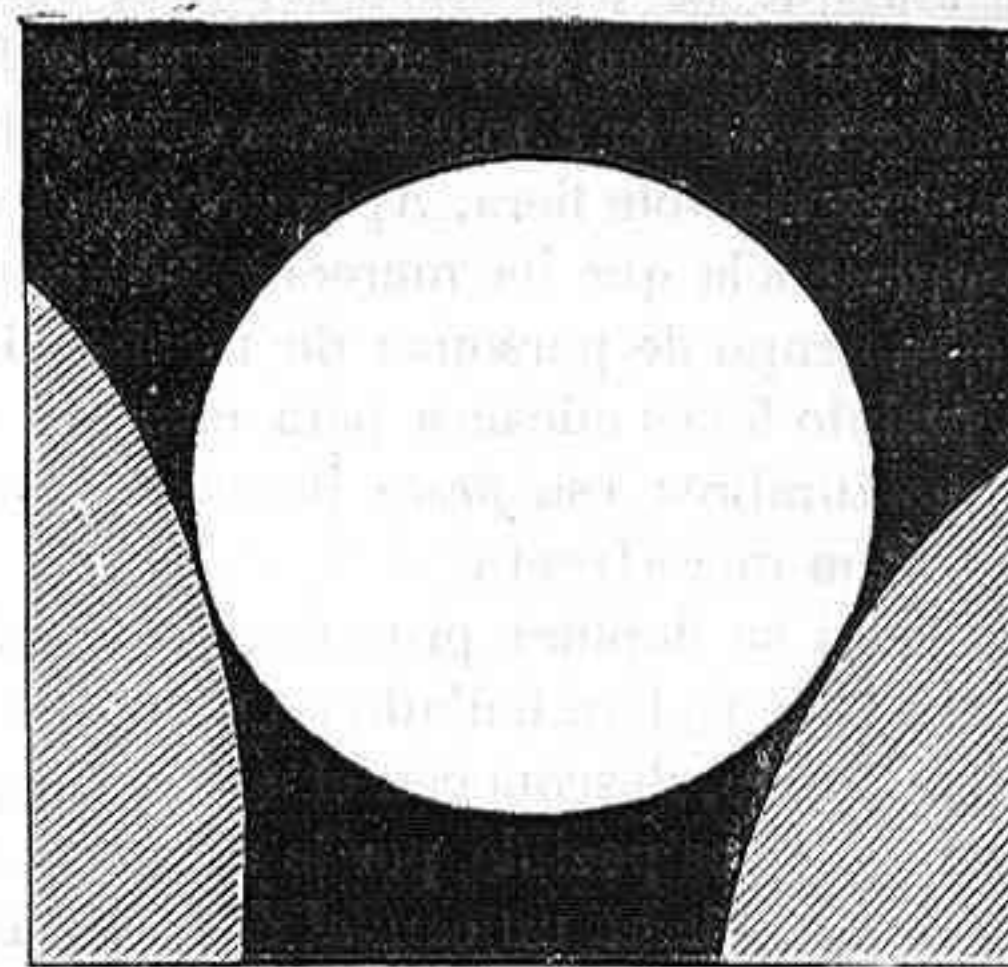
Las circunstancias del eclipse total de Luna, que ha de ocurrir en la madrugada del 11 de Marzo, serán para Madrid:

Entrada en la penumbra..	12h	44m
» » sombra.....	1	39
Principio de la totalidad..	2	37
Medio » » ..	3	24
Fin » » ..	4	12
Salida de la sombra.....	5	10
» » penumbra....	6	5

La entrada en la sombra se verificará por un punto cuya posición, con respecto al diámetro vertical de la Luna, se representa á la izquierda en la adjunta figura (visión directa). La salida, por el punto señalado á la derecha.

Del eclipse total de Luna que ha de tener lugar en la

madrugada del 4 de Septiembre sólo serán visibles las siguientes fases:



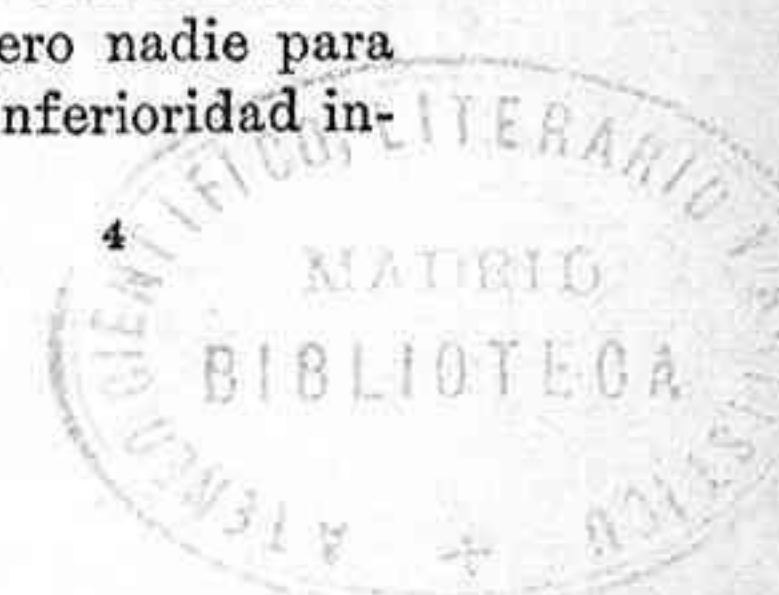
Entrada en la penumbra...	2h	35m
» » sombra.....	3	45
Principio de la totalidad...	4	52
Medio » » ...	5	42

LA TIERRA EN 1895.—También este año continuará la Tierra navegando sin obstáculo en el piélago inmenso de los espacios celestes, y subsistirá su superficie sin mutación apreciable, pues de la aplicación del cálculo matemático al problema astronómico sobre la estabilidad del sistema del mundo, es dado predecir que ninguna causa física ha de perturbar la marcha triunfal del diminuto globo, y por otra parte la inducción geológica no deja entrever posibilidad alguna de conmociones y trastornos, salvo en aquellas regiones que, como el archipiélago helénico, se hallan sometidas en la edad presente á la acción más inmediata del fuego central.

Pero el globo terrestre no es simplemente una esfera cuya enfriada corteza encierra una enorme masa incandescente, y que sigue su ruta en sepulcral silencio, sino complejo organismo en el cual las energías de diverso origen se hallan asociadas por misterioso lazo á la vida propiamente dicha, en su triple expansión vegetal, animal, y del espíritu libérrimo y consciente, y en tal concepto encuentra aquí lugar indicado el cuadro del porvenir en cuanto hace relación al progreso, en su estricto y genuino sentido. ¿Qué aspecto presentará en 1895 el mundo civilizado, desde el punto de vista que nos ocupa?

Concretando la respuesta á nuestro país, empecemos poniendo de relieve que la campaña que en favor de una reforma radical de la instrucción pública vengo haciendo desde hace cerca de veinte años en *La Ilustración*, ha sido hasta ahora completamente estéril, resultando que el siglo de los grandes descubrimientos va á terminar, sin que España haya conquistado honroso puesto en el concierto científico. Y no se objete que el sol de nuestro país es incompatible con la expansión de la ciencia, pues también el sol de Italia es de igual naturaleza, y sin embargo en aquel suelo nacieron los Volta, los Secchi y los Schiaparelli.

Entre nosotros es cosa corriente hacer pasar como progresos unas cuantas innovaciones que pesan cual masa de plomo sobre un pueblo dócil y atrasado; pero nadie para mientes en que, á pesar de ellos, el estado de inferioridad in-



telectual subsiste por efecto de la ignorancia, engendrando sus naturales frutos de holganza y rebajamiento de caracteres, y de ahí que se den casos como el ocurrido no ha mucho, cuando un público numeroso permanecía impasible ante el espectáculo de ver á uno de sus semejantes morir al empuje de una indomable fiera. Apresurémonos á consignar con viva complacencia que ha merecido bien de la humanidad el reducido grupo de personas de reconocida significación que ha pedido leyes eficaces para extirpar de una vez de nuestras costumbres esa *fiesta llamada nacional*, y que no es en rigor sino una afrenta.

El mal que aquí se deplora procede, principalmente, de que los hombres que se han hallado en situación de acometer la ansiada reforma, desconocen el alcance de la ciencia contemporánea, y no es posible, por lo tanto, que traten con acierto asunto que reclama un caudal de conocimientos que

no se adquiere á la ligera. Las razones expuestas en mis precedentes escritos ponen en evidencia que entre los pocos que pudieran realizar la reforma, tal cual lo exigen las necesidades de la época presente, ocupan lugar preferente D. Juan Navarro Reverter y D. Alberto Bosch y Fustegueras, sin que para valorar las altas dotes del primero sean óbice, créame el lector, los lazos de estrecha amistad que á él me unen casi desde la niñez. Por la claridad de su inteligencia y por su vasta instrucción, ambas figuras son una esperanza, tanto más, cuanto que no se oculta á su perspicacia la importancia, ó mejor dicho, la imperiosa necesidad de hacer intervenir la Religión y la Moral en la segunda enseñanza, si se quiere evitar que la juventud vaya cayendo en el abismo de la incredulidad y se toquen más tarde las funestas consecuencias

JOSÉ J. LANDERER.



¡PUNTO FINAL





EXCESO DE CELO

(CUENTO Ó COSA PARECIDA.)

Próximo el incierto día
 De dar á luz Leonor,
 Y habiendo dicho el doctor
 Que el campo la convenia,
 Fué trasladada á Burguillos
 (Ya supondréis en qué estado)
 Con su esposo, el diputado
 Por Chamba, Ramón Pinillos ;
 Y al saberlo, al tal Ramón
 Le quisieron demostrar
 En Chamba, particular
 Afecto y estimación,
 Haciendo á San Juan bendito
 Solemnísimas funciones
 Los de las tres poblaciones
 Principales del distrito,
 Con el fin de que á su tiempo
 Saliera de su cuidado
 La esposa del diputado
 Sin el menor contratiempo.
 El caso es que en cada cual
 De los tres pueblos vecinos
 Tuvieron los campesinos,
 Á costa de su caudal,
 Rogativas á docenas,
 Y misas y procesiones,
 Y rosarios y sermones,
 Y motetes y novenas.
 Á San Juan con fe creciente
 Festejaron de mil modos ;
 Mas no le pidieron todos
 Lo mismo precisamente,
 Pues mientras en Fuente-Ortiga
 Le pidieron, ¡ pobrecillos !
 Que diera un nene á Pinillos
 Tan rubio como una espiga,

Los mozos de Villabuena
 Preferían que naciese
 Un retoño que tuviese
 Pelo negro y tez morena,
 Y á su vez con gran apuro
 Pedían los de Alcanadre
 Que Pinillos fuese padre
 De un chico castaño obscuro.

San Juan, para resolver,
 Fué ante Dios á consultar,
 Y ¡ qué había de pasar !
 Lo que era de suponer ;
 Que al fin la pobre señora
 Del diputado Pinillos
 Echó al mundo tres chiquillos
 En menos de un cuarto de hora.
 Y aunque al soltar más de dos
 No la hizo gracia el bromazo,
 Con los tres en el regazo
 Le daba gracias á Dios,
 Diciendo :— ¡ Señor bendito !
 ¡ Valiente rato me dan
 Si hacen fiestas á San Juan
 Los cien pueblos del distrito !

Y ahora me pregunto yo :
 Si no hubiesen hecho nada,
 ¿ Hubiera la *diputada*
 Soltado tres hijos ? No.
 Mirad, pues, de qué manera
 Por un excesivo celo,
 Tanto aquí como en el cielo
 Le fastidian á cualquiera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



...MENU...DENCIA...

POR EL DOCTOR THEBUSSEM

Mi querido y respetable amigo Don Francisco Silvela:

Necesito, á pesar de lo baladí de la cosa, sacar fuerzas de flaqueza para desempeñar el encargo con que Vm. me favorece. Su deseo de Vm. se reduce á una nota de aquellos *menus* que, por separarse de la redacción corriente y moliente en esta clase de documentos, ofrezcan curiosidad ó interés desde el punto de vista artístico ó literario. Y por añadidura quiere Vm. saber los precios medios de las hosterías en la época del gran Carlos III.

Permitame Vm. que le señale la pifia que ha dado en lo tocante á las listas. Si me concretase á responder á Vm. que las de tales banquetes, dados por tales personas en tales fechas y pueblos, eran de gran mérito, ¿dónde iría Vm. á buscar unos originales que ni se guardan en bibliotecas ni se custodian en archivos?

Voy, pues, á ocuparme del asunto con el interés que me inspira cuanto con Vm. se relaciona. Anotaré algunos *menus* curiosos; daré luego (con sus precios) una relación de las principales fondas, hosterías y casas de comida de la corte en 1774, que no he visto señaladas por los historiógrafos de Madrid, y terminaré sirviendo á Vm. una jícara de café hecho á la usanza de los tiempos de Felipe IV.

Pongo mis cinco sentidos en complacer á Vm. con tanto interés como egoísmo, porque, hablando en puridad, espero que Vm. me sirva en la señaladísima merced que he de pedirle al final de la presente misiva. Basta de preámbulo, y vamos al grano.

I.

Pocas listas habrá tan curiosas, á mi parecer, como la del banquete con que el Marqués de Dilar (Granada) obsequió á varios de sus amigos el día 29 de Octubre de 1892. En bella litografía aparece el *Castillo de Dilar*, con sus torres y almenas, y luego la reseña de los platos, en lengua y caracteres árabes, debida á la erudición del sabio filólogo mi querido amigo D. Leopoldo Eguílaz. Suprimiendo en esta

copia las letras morunas, y dando la pronunciación aproximada en tipos redondos, agregaré en *bastardilla* y con paréntesis su significado castellano:

ALAXIA

(Comida)

Xórba

(Sopa)

Makla

(Paella)

Poxota min marca albaida

(Pescada salsa blanca)

Hebra de-l-laham bustania

(Filete á la jardinera)

Fajad de-l-jansir elhalua

(Jamón en dulce)

Salatha

(Ensalada)

Jamr elabiad min Xerez

(Vino blanco Jerez)

Jamr asvad min Burdeos

(Vino tinto Burdeos)

Xampan — Sauterne

(Champagne — Sauterne)

Almedina

(Alcázar de dulce)

Adham min fawakih

(Huesos de fruta)

Kahwa—Moyah

(Café—Licores)

Dojján

(Tabacos—Humos)

Por Enero de 1894 hubo en Cádiz un almuerzo, cuyo *menu*, bellamente estampado, decía así:

JENTACULUM.

*Ostreae.**Ovorum fricta tortula.**Oryza: lautus cibus.**Pisces: olei et ovi salsamentum.**Avis Meleagra vulgo pavogallus.**Ovorum tortula dulcis.*

POSTREMA.

*Coffea infusa et liquores.**Vinum nigrum ex Chateau Aguada.**Vinum rubrum vel aureum ex Pomar.*

XIV—I—MDDDXCIV.

Ignoro quiénes fueron los concurrentes á tal *Jentaculum*, y hasta si llegó á verificarse, ó no pasó la lista de broma alusiva á la importancia ó inutilidad del estudio de la lengua latina, que en dicha época ventilaban diversas plumas en uno de los más afamados periódicos gaditanos.

En 11 de Marzo de 1882 (día de cuaresma que no fué ni viernes ni domingo) dieron los Ingenieros de la Habana un gran convite en obsequio de Don Ramón Soriano, General de dicho Cuerpo en la Isla de Cuba. El comandante Don Joaquín Ruiz, encargado del arreglo del banquete, quiso que hubiera platos de *carne* y de *pescado*; y á fin de acallar los escrúpulos de las conciencias timoratas, hizo imprimir en la lista un párrafo que dice lo que sigue:

EXTRACTO DE LA BULA

DE LA

SANTA CRUZADA.

«Los militares súbditos españoles que constituyen tropa activa, pueden lícitamente comer lacticianos, carnes saludables y *promiscuar en una misma comida*, exceptuando, respecto á las carnes, los siete viernes de cuaresma y el miércoles, jueves y sábado santos. Las familias, criados y comensales pueden usar de los mismos privilegios.»

Sobre hermoso papel apergaminado de 34 centímetros de altura por 18 de ancho, con bella y clara letra de Tortis que parece arrancada de magnífico incunable, y estampada en rojo y negro, poseo la lista del almuerzo que ofrecieron varios de sus amigos al coleccionista de hierros Don Jaime Rusiñol, con motivo de la conferencia que dió en el Ateneo de Barcelona á principios del año de 1893. Dice de este modo:

GRAN apat lemosi que alguns civtadans onrats e gays fadrins de la comtal Civtat de Barchelona donen al Gran Ferroveylaire e Pintor prehuat Mestre Jacme Russinyol ab motiu dauer feyt forta xerradiça e rahonament de gran pes dels Ferres, ventayoles, claus, payns, forreyrats e picaportes, que lo dit auia en son cauferat e gran scampail ne feu a tayl de noua fira de Beylcayre en Latheneu de la civtat nostra lo xxi iorn del mes de Janer del ayn de la natiuitat del Senyor Devs Sanct Jesvs-Christ m. dccc. xciii.

Aço es la Fartanera.

i.

Anroues, raues, apit e oliuetes,
Langoniça de Uich e altres.....

ii.

Arroç ab peixos, cipies, pops, petrines
E tomaquet e ayls e taylerines.

iii.

Caragols cuyts a la peterreylade
E muscles per aiceyls qui aço no agrade.

iiii.

Lom de porch e salcitges ab fesols
Per fer un sostre mort als caragols.

v.

Ametles, figues seques, pets de monja,
Formatges, pances, nous e alcuna tronja.

vi.

Uin negre daiceyl fort, del Priorat,
E uin frances ab quis agafe el gat.

vii.

Cafe ab rom e tabachs, e bon profit,
E Devs sia lohat e benehit.

AMEN.



Este curioso documento, que debí á la generosidad de Don Carlos de Zulueta, lo escribió Don Pompeyo Gener, y en su pie de imprenta dice: *Imp. «L'Avenc». Ronda de l'Universitat, 4.*

En el gran salón abacial del Sacro Monte nos dieron un almuerzo cuyo *menu* decía de esta manera:

SACRO MONTE

DE

GRANADA.

Día 24 de Octubre de 1892.

LISTA DEL ALMUERZO.

.....
 ¿Y qué tenéis que nos dar?

¿Para qué saberlo quieren?
 Comerán lo que les dieren,
 Pues que no lo han de pagar,
 Ó quedarán en ayunas.....



Y por cierto que en este inolvidable banquete nos sirvieron la delicada tortilla que da justa celebridad á la cocina del afamado colegio, jamón legítimo de Trevélez, pastelillos superiores de las Tomasas, y otros manjares dignos de alternar con la amena conversación y fino trato del señor abad Ramos-López y de los inolvidables canónigos González-Fernández, Barrera y Sánchez Ayuso.

El célebre pintor y querido amigo Moreno Carbonero me agasajó hace poco tiempo con una comida cuya lista rezaba lo que copio:



(SONARÁN CHIRIMÍAS.)

Olla podrida.
Conejos guisados.
Ternera en adobo.
Perdices asadas.

FRUTAS.

Un ciento de cañutillos de suplicaciones.
Tajadicas sutiles de carne de membrillo.

(Se advierte que no asistirá á la comida el Doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera.)



Ya se comprenderá que no faltaron excelentes vinos, y que este singular *menu* se compone de los mismos platos que no le dejaron probar al famoso Gobernador de la Ínsula Barataria. Nosotros los saboreamos con grandísimo placer, sin recordar siquiera que la

OLLA PODRIDA—es el peor mantenimiento que hay en el mundo; que los

CONEJOS GUISADOS—es un manjar peliagudo; que la

TERNERA EN ADOBO—no hay para qué probarla; y en cuanto á las

PERDICES ASADAS—echamos en olvido el aforismo de *omnis saturatio mala, perdices autem pessima*, trayendo á la memoria aquel otro de que

..... *no hay cosa*
Como á dos perdices, dos.

El año de 1860, el dueño de la fábrica de azulejos situada junto á San Vicente de la Roqueta (Valencia) dió una comida en dicho edificio, y en la primera página de las cuatro que forman el *menu* se leen estos versos:

BILLETE DE CONVITE.

Á LOS ANFITRIONES.

La presente papeleta
 Participa en confianza,
 Que no llenará la panza
 El que vista de etiqueta.
 Llevarán los convidados,
 Como medida prudente,
 El estómago corriente
 Y los dientes afilados.
 Aceptad estos consejos,
 Pues quien no siga su huella,
 En vez de comer paella,
 Sólo comerá azulejos.

Este poeta debió ser poco fuerte en historia, é ignorar quién fué el rey Anfitrión y lo que *anfitrión* significa, toda vez que, tomando el rábano por las hojas, llamó *anfitriones* á los convidados!!!

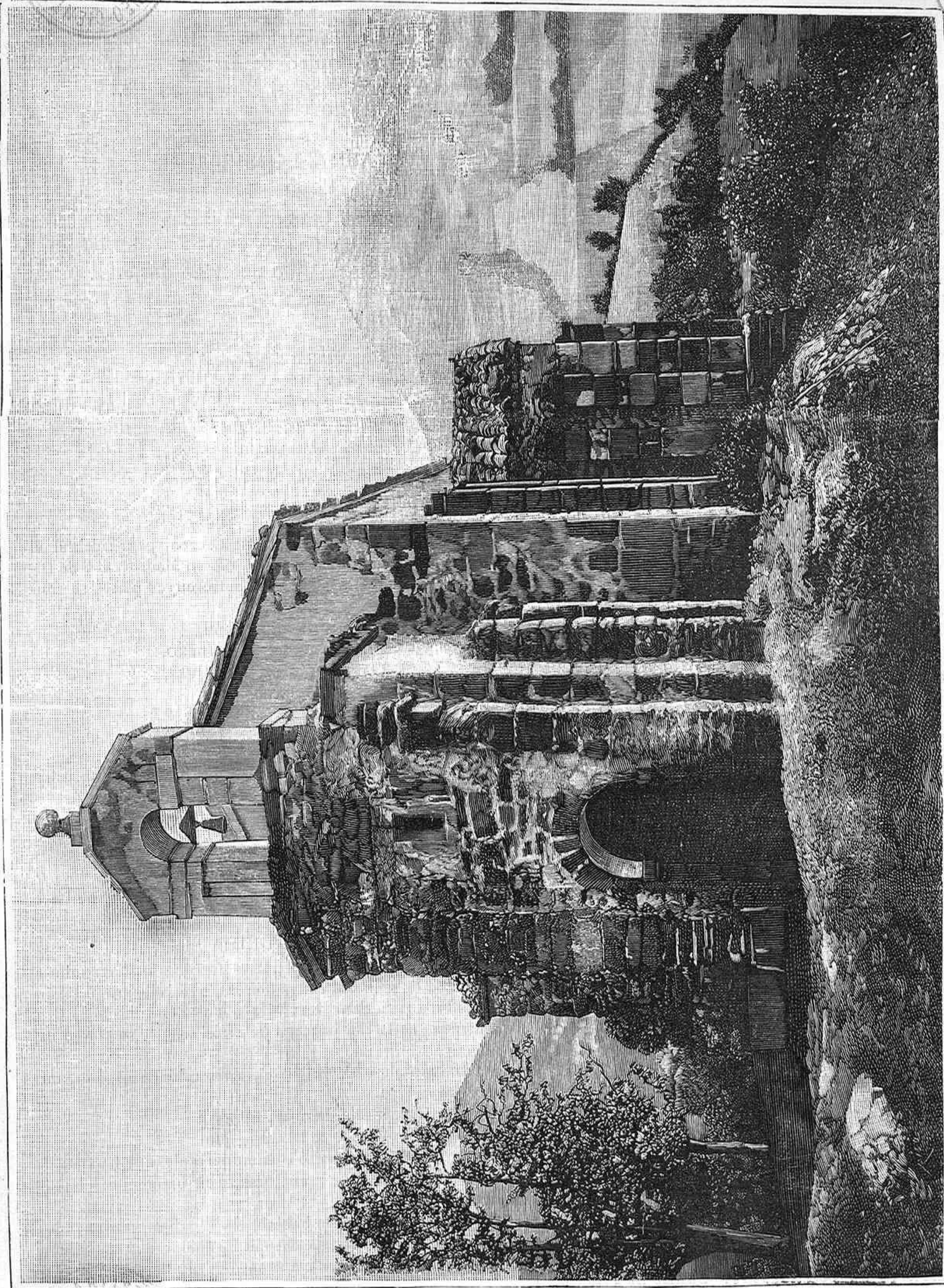
En la lista del banquete que celebraron en Madrid los funcionarios de Correos el 12 de Marzo de 1894, para celebrar el quinto aniversario de la creación del Cuerpo Postal, se estampaba una nota útil, cómoda é importante á mi juicio, en la cual decía: *Quedan suprimidos los brindis*. Reciba el autor de ella mi cordialísima norabuena.

Mis excelentes amigos los señores Duque de T'Serclaes, Don Manuel Gómez-Imaz, Marqués de Xerez de los Caballeros, Don José María Asensio, Don José Vázquez Ruiz, Don José Gestoso, Don Joaquín Hazañas y Don Luis Montoto, me obsequiaron con un magnífico banquete en el Hotel de Madrid (Sevilla), cuyo *menu*, hijo de la fácil y gallarda pluma del expresado Montoto y con lindísimo dibujo del lápiz de Gestoso, rezaba lo siguiente:

LISTA

De la comida del día 25 de Mayo de 1892,
 ofrecida al Doctor Thebussem
 por los bibliófilos sevillanos.

SOPA..... al *Doctor Thebussem*
 Galante ofrece Sevilla.
 (Si no le parece bien,
 Se le servirá papilla.)
 FRITO..... al *Duque*. Sí, señor.
 Frito al Duque, y lo repito.
 Si es mártir, ó senador,
 ¿No ha de estar el Duque frito?



POLA DE LENA (ASTURIAS) — IGLESIA DE SANTA CRISTINA
(De fotografía del Sucesor de Laurent.)

CIENCIA Y ARTISTICO + MADRID BIBLIOTECA

ARTISTICO Y BIBLIOTECA + MADRID BIBLIOTECA

BIBLIOTECA + ATE

ASADO..... á lo *Don Manuel*
Gómez-Imaz, concejal
 Que hace subir el papel
 Del cargo municipal.
 PESCADO..... frito y asado.
 (La variedad aquí es mucha.)
 ¿Que la trucha se ha olvidado?.....
 ¡No es el *Marqués* mala trucha!
 HELADO..... á lo *Don José*
Asensio. ¡Muy buen helado,
 Por el célebre Tomé
 En la Mancha fabricado!
 FIAMBRES..... al sabio humanista
Don José Vázquez Riiz,
 Á quien el recuerdo asista
 De otro tiempo más feliz.
 POSTRES..... variados y finos,
 Con dulces á lo *Gestoso*.
 Y llegamos á los vinos.....
 ¡Esto sí que es substancioso!
 VINOS..... en copas y cañas
 (Se suprime el alboroto):
 Jerez muy fino á lo *Hazañas*,
 Y Champagne á lo *Montoto*.
 Y finalmente: con sal
 De amena conversación,
 Hará cada comensal
 Una buena digestión.

Procuré corresponder á la bizarría de mis antedichos amigos con un modesto *Almuerzo Bibliófilo*, dado en la fonda de París el *lunes xxx de Mayo de MDCCXCII*, y en el cual presenté la siguiente

TABLA:

Tortilla de *Tortis*.
Signaturas en adobo.
Colofones con tomates.
Versalitas de espárragos.
Reclamos asados.
 Helado de *bigotes*.

POSTRES.

Confites *elzevirianos*.

VINOS.

Incunable xerezano.
Xilographico malagueño.

La invitación al refrigerio con que varios electores del distrito de Medina Sidonia agasajaron á su Diputado en Cortes, decía de este modo:

El corto obsequio que con larga voluntad hacen algunos de sus amigos al *Muy Ilustre Señor Don Alonso Alvarez de Toledo, XXV Conde de Niebla*,

se verificará en la Hacienda de *Don José Madero*, situada en el término de Medina Sidonia, el día 16 de Abril de 1886, si el tiempo lo &.^a

HABRÁ LO SIGUIENTE:

PEDAZOS DE PAN,
 LONJAS DE JAMÓN,
 TAJADAS DE QUESO, y
 TRAGOS DEL VINO que vino de Jerez.

NOTAS.

- 1.^a *Horas de ida y venida á voluntad del concurrente.*
- 2.^a *Vestido de corto o de largo.*
- 3.^a *Este papel no es personal ni intransferible.*

Al Sr. Don Fulano de Tal.

El conocido ganadero Don José Orozco, para celebrar el buen éxito de sus toros de plaza, dió en Madrid, el 9 de Diciembre de 1890, un almuerzo, entre cuyos platos se contaban:

CONSOMMÉ BERRENDO,
 FOIE-GRAS DE TENTADERO,
 GARROCHAS DE ARANJUEZ,
 PAVOS TOREADOS,
 BANDERILLAS DE FUEGO &.^a

Diversos periódicos de Madrid de 1891 copiaron dos listas gallegas, ó sean la del

XANTAR,

»que cento vinte e oito nacidos na provincia de Ourense disfrutarán, si Dios lles conserva a vida e lles da sahude, o »mediodia da festividade de Apostol Santiago, santo patrono »de Galicia e de Espanha»—; y la

LARPADEIRA

»disposta n'a vila de Madril pol'os Farrucos e Farruquiñas »d'Ourense os seus bos compañeiros d'o traballo pra festexar »o nadal d'a nosa Santísima Virxen d'os Remedios.»

Entre las notas del primero de estos *menus*, se contaban las de

«O traixe, blusa do traballo e sombreiro esmagado, ou »monteira»;

«O linguaxe, a fala da nossa terra»;

y entre las del segundo se advertía que

«Os homes de traxe corto e as mulleres de talle baixo»;

«N'o xantar e n'a cea porcurarase non barallar nin lapo- »tear.»

En ambos banquetes se hablaba de la gaita, consignando que—«deixarase oír antes e despois de xantar»—ó que alternaría—«con os birimbaos e a zanfona».

En la primera de las dos fojas de una litografía estampada con tinta cárdena, se lee:

ZAFARRANCHO
organizado por varios
empleados municipales,
que tendrá lugar
(si Dios no lo remedia)
en el
4.º Diviso de esta Villa,
(MADRID)
el
sábado 1.º de Junio
de
1889.

En la segunda foja inserta el *menu*, señalando *Gatos á la crema* entre los postres, y *Agua de la fuente de la Reina* entre los vinos. Del *traje* avisa que sea *Un habit à demi usé*; y por último, debajo de una especie de santo, que se halla en la margen izquierda, se hallan las letras

DDDD
EEEE
T
RO

que, según entiendo, querrán decir DESESTERO.

D. Mariano de Cavia y D. Eusebio Blasco fueron en Marzo de 1894 los directores de la

COMIDA FRATERNAL DE LOS ARAGONESES

RESIDENTES EN MADRID.

Se comerá un arroz con menudillos, su buena ternera mechada, truchicas salmonadas del río Piedra, fritada, sorbete, cordero asado con alcachofas, natillas con canela.

Postres: Higos de Fraga, orejones de Cosuenda, almendras y avellanas tostadas, pasas, ciruelas y frutas, quesos.

Vinos: Rioja, Cariñena, Champagne, café y licores.

Himos convenido no hablar de política y divertirnos honradamente al son de la jota.

¡Viva la Virgen del Pilar!

Y por cierto que la imagen de dicha Virgen, colocada sobre un pedestal cubierto de flores y alumbrada con grandes candelabros, presidió la fiesta.

Verdaderamente notable y único en mi colección, es el *menu* del suculento almuerzo con que obsequiaron á diversas personas los señores Don Juan Rábago, Don Rafael de la Viesca y Don Baltasar Hidalgo, en su *Naranjal de la aldea de Casas-Viejas* (provincia de Cádiz), el día 3 de Junio

de 1894. En gallardo y correcto dibujo á pluma se representaban

Doce naranjos,

Tres casas y

Dos viejas, para explicar en jeroglífico la frase de *Naranjal de Casas-Viejas*, y luego seguían retratos de *Lenguados, Ternera, Pavo, Jamón, Espárragos, Aceitunas, Pasteles, Alfajores, Tabacos, Café* y botellas, en cuyos marbetes aparecían los nombres de excelentes vinos y licores. En fin; una lista que podían comprender los extranjeros y los ignorantes, porque en ella se hablaba la lengua universal de la pintura.

Desde el punto de vista del arte, no le van en zaga los bellos dibujos que adornan los *menus* del *Congreso de Americanistas* (Madrid, 1881); del *Banquete á Pérez Galdós* (Madrid, 1883); del *Ayuntamiento á los periodistas italianos* (Madrid, 1886); de la *Asociación de Escritores y Artistas al Congreso Literario internacional* (Madrid, 1887); de la *Expedición al Escorial organizada por la Diputación Provincial* (Madrid, 1887); de la *Exposición de Barcelona á la prensa* (Barcelona, 1888); de los *Concejales al alcalde Abascal* (Madrid, 1888); del *Ayuntamiento de Madrid á los Concejales de Barcelona* (Madrid, 1892); de los *Ministros de las Repúblicas americanas en el IV centenario del descubrimiento* (Madrid, 1892); del *Ayuntamiento de Sevilla á la Marina española* (Sevilla, 1892); del *Banquete en honor de Núñez de Arce* (Madrid, 1894); del *Refrigerio de las armas de Infantería y Caballería* (Madrid, 1894); etc., etc.

Bellas y elegantes son también las listas parisienses de las acreditadas casas y cafés de Raffestin, Paillard, Pousset, Porte Montmartre, etc., así como las de la *Compagnie Transatlantique*, *Hotel d'Angleterre* (Biarritz), *Washington Club*, y otras que formarían larguísima serie.

Entre los *menus* de Reyes y Príncipes, podrían citarse el del Regente de España, Duque de la Torre (1869); del rey Amadeo (1871); del príncipe Demidof (1875); de Don Alfonso XII en las lagunas de Daimiel (1884); del Rey de Portugal (1886); del Duque de Montpensier en su castillo de Randán y en Sanlúcar de Barrameda (1876 y 1887); de Don Carlos VII en su palacio de Loredán, en Venecia; del Príncipe de Gales en Marlborough house (1891); del Khédive de Egipto (1891); etc., etc.

Y llegando hasta los de casas particulares, hallaríamos cosecha abundosa de buen gusto en las cifras y blasones que adornan las listas de almuerzos y banquetes de la Marquesa Viuda de Bedmar, de Don Jacobo Zobel, del Barón de Weisweiler, del Duque de Tetuán, del de Fernán-Núñez, de Mr. Alfredo Rothschild, del Marqués de Salisbury, etc., etc.

Estas someras indicaciones probarán á Vm. que si el *menu* es documento de nula ó escasa importancia, aquella otra lista en cuya formación entran la habilidad y el ingenio, vale tanto como el clavo, aldaba ó cerrojo á quien avalora el cincel del artista. Entiendo que ha llegado la hora de que los bibliógrafos se dediquen á describir, clasificar é inventariar las listas de comida que lo merezcan, dándonos facsimiles de las acreedoras á semejante honor, con lo cual no harían más que seguir las huellas del bello y curioso artículo que acaba de consagrar á los *menus* artísticos la magnífica revista de París *Le livre et l'image*, que con tanto acierto dirige Mr. John Grand-Carteret.





EL PRIMER COCHE.—CUADRO DE D. MAXIMINO PEÑA.



Y ya que nombro á los franceses, excuso recordar que ellos publican libros amenos y eruditos sobre los asuntos al parecer más triviales é indiferentes. Georges Vicaire, por ejemplo, en su *Bibliographie Gastronomique*, cita el *Arte de doblar las servilletas*, el artículo de Jaques Arago describiendo los banquetes de los antropófagos, y las sociedades gastronómicas intituladas del *Hipopótamo*, de la *Medusa*, de los *Grandes estómagos*, y, sobre todas ellas, la de los *Chalecos*, que ofrecía la particularidad de dar un premio á quien llevase dicha prenda con dibujos más extraños y llamativos, quedando el laureado en la obligación de pronunciar al fin de la comida un discurso filosófico tocante al *Chaleco* que había elegido.

Vea Vm. cuán difícil es inventar novedades, y cuánta razón tuvo Teresa Panza al decir á su marido que como quiera que hubiese ganado los dineros, *no habria hecho usanza nueva en el mundo*. Y recordando *qu'il n'y a de nouveau que ce qui n'a jamais vieilli*, diremos que ni en el campo de los *menus* ni en el de los banquetes es fácil hallar espigas sobre el rastrojo.

DINER DU 20 llaman á las comidas que en la expresada fecha de cada mes celebran varios literatos y artistas franceses. Los billetes de aviso, lindamente estampados sobre pergamino, contienen lo que copio:

Paris le 15 Juin 1889.

Mon cher Camarade:

**Nous dinons ensemble Jeudi prochain
20 courant à 6 heures 1/2 chez Brébant.
Ordre du jour.**

Le Secrétaire,
J. Lefebvre.

Siguen después los nombres de los veinticuatro socios (con las señas de sus domicilios), escritos en esta forma:

DINER DU 20.

<i>A. Arago</i> —7, rue Clapeyron	<i>Ch. Garnier</i> —90, boul d S.t Germain.
<i>E. Augier</i>	<i>Ch. Gounod</i>
<i>Bida</i>	<i>Got</i>
<i>L. Bonnat</i>	<i>L. Halévy</i>
<i>E. Boulanger</i>	<i>Ch. Jalabert</i>
<i>Ch. Busson</i>	<i>Dr. Horteloup</i>
<i>A. Cain</i>	<i>H. Lavoie</i>
<i>H. Chapu</i>	<i>J. Lefebvre</i>
<i>E. Detaille</i>	<i>Ch. Landelle</i>
<i>Alex. Dumas</i>	<i>Luminais</i>
<i>G. Duprez</i>	<i>Ravina</i>
<i>L. Gérôme</i>	<i>G. Clairin</i>

En cas de non acceptation

Prière de signer cette feuille et de la renvoyer au Secrétaire la veille du Diner au plus tard, sinon vous aurez à verser une amende de SIX francs.

En 1891, una sociedad llamada de *Letreros*, daba en Madrid banquetes mensuales, y me figuro que debía ser imitación de la francesa que antes indico. Pero si fué copia de ésta, quedaba la española muy por debajo de la parisiense en cuanto á la forma, belleza y elegancia de sus listas y avisos.

II.

Con respecto á precios de comestibles en la época de Carlos III, podria suministrar muchos datos; pero entiendo que para su propósito de Vm. le bastará con los de Cádiz. población muy rica en aquel tiempo, y con los de la corte.

Empezando por la ínsula gaditana, diré que la instrucción para el baile de máscaras que se celebró en dicha ciudad el carnaval de 1770 contiene minuciosas prevenciones tocantes á indumentaria, servicio de coches, modo de llamar á los criados, duración de los minuets y forma de las contradanzas, sin omitir que *por lo que pudiera suceder, habria pronto en el Balcón de la Ciudad médico y cirujano*, ni tampoco que *para las urgencias corporales existirian retretes, uno para los hombres y dos para las Señoras Mujeres, rotulados, y con sus centinelas y gente de servicio de ambos sexos, para que no entre más que una persona*.

La lista de precios, copiada con su misma ortografía, ó mejor dicho cacografía, dice de esta manera:

Arancel de los precios de varios Fiambres, Vinos, Zerbeza, Licores, y Dulces, que se hallarán en el Coliseo Español de Cádiz las Noches de los Bayles, que se han de executar en el presente Año de 1770.

	Rs. vn.
Una Botella de Vino de Champaña.....	21
Id. de Cabo Bretón.....	12
Moscátel de Francia, llamado Frontiñán.....	11
De Burdeau.....	11
Cathalán Tinto.....	3
De Xerez superior.....	4
De Zerbeza Bristol.....	5
Id. dicha de Olanda.....	3
Id. de Cidra de Inglaterra.....	5
Por cada Frasquito de Licor de Francia, superior...	6
Dichos inferiores.....	5
Un Ponch de Rom regular.....	5
Sangrias con Vino Tinto.....	4
Id. con Vino, Licores y Azucar.....	5
Una Taza de Café, ó de Té.....	1
Por cada Libra de Dulces secos de Papclillos.....	5
Por una Caxeta de Dulze de Francia.....	12
Babaroeis de Leche.....	2
Un Vaso de Siróp.....	2
Un Posillo de Chocolate, con su correspondiente Pan, y Manteca.....	2
Por una Libra de Vizcochos de Canela.....	6
Dichos de Monterrey id.....	6
Id. de Vizcotélas.....	8
Id. de Bizcochos Imperiales.....	6
Id. de Almendras garapiñas y blancas.....	6
Pan de Rey.....	1
Pan de Leche.....	1
Por cada Vizcocho de Mallorca 6 qtos.	
Por cada Plato trinch de Jamón.....	5
Uno dicho de Salchichón.....	4
Uno dicho de Lengua de Baca.....	4
Id. de Carnero.....	5
Id. de Puerco.....	5
Por una Taza de Caldo de Substancia, Gallina, y Jamon.....	2
Por un Vaso regular de Agua 2 qtos.	

El Pan Español, y Francés, que se vendiese, debe ser al precio de la Postura.

Si los valores señalados en el papel gaditano son módicos, creo que no le van en zaga los de la corte. Para que usted forme juicio cabal de ellos, y aun de las costumbres de Madrid en el último tercio del pasado siglo, me parece lo mejor y más cómodo extractar un librito de 50 páginas en 8.º, que me regaló D. Manuel Gómez-Imaz, y cuya portada dice así:

**ECONOMIA
DE PRETENDIENTES:
DIÁLOGO ENTRE
ECONÓMICO Y GLOTÓN.**

VERDADERA INSTRUCCION,
Que contiene reglas utilísimas para que
vivan bien, coman con poco dinero,
sean estimados, logren sus pretensio-
nes pronto, y tengan robusta sa-
lud y buena nota.

POR

D. ÁNGEL MARÍA DE LA TORRE Y LEYBA.

EN MADRID.

En la Imprenta de Francisco Xavier Gar-
cía. Año 1774.

CON SUPERIOR PERMISO.

Después de una especie de introducción mazorril y pesada, consagra los seis capítulos siguientes al modo de distribuir los gastos de comida y cena, de este modo:

*A los que se supone pueden gastar QUINCE
ó DIEZ reales por comida.*

Dice que serán pocos los sujetos que puedan usar tal esplendor, y á éstos les recomienda la *Fontana de Oro*, Carrera de San Jerónimo, núm. 1; la *Gran Cruz de Malta*, calle de Alcalá, núm. 7, y plazuela de San Sebastián, número 1. En estas casas, que se llaman FONDAS, se encuentra buena y aseada servidumbre, acompañada de suaves, costosos y delicados manjares; pero advierte que las glotonerías causadas en ellas producen más cadáveres á cementerios, iglesias y bóvedas, que los patibulos de la plaza Mayor ó las muertes de soldados en campaña. Agrega que la FONDA reúne en una pieza Botillería, Taberna, Puesto de vino generoso, Aguardentería y Confitería, por cuya razón la califica de boca del infierno, donde no tan solamente se componen y cocinan los manjares para mal alimento de la vida humana, sino que también se preparan y guisan los malos manjares para la vida espiritual, que son proporcionar las ocasiones para lograr cada uno sus liviandades. Y como en las FONDAS son frecuentes las borracheras, alborotos y desafíos, sucede que por concurrir á ellas se puede perder la vida, la honra, la hacienda y el alma. Por tal motivo aconseja el Sr. Leyba que, aun cuando se pueda suplir su costo, no se asista á semejantes casas.

*Declárase el modo de comer con SEIS rea-
les en parajes decentes, y con bu-
ena y aseada servidumbre.*

Advierte que en Madrid hay varias HOSTERÍAS, unas más aseadas que otras, donde se puede comer por seis reales. Re-

comienda como las mejores la *Fonda Chica*, plazuela de Matute, núm. 22; calle de la Montera, núm. 29; la *Cruz de Malta*, calle de Silva, núm. 12; la de la *Rosa*, calle de Preciados, núm. 25; calle de la Cruz, núm. 2, y frente de Puerta Cerrada, núm. 3, en las cuales sirven manjares tan delicados como en las fondas, con libertad de pedir lo que se quiera con arreglo á los seis reales, «preguntando (dice) á los galopines lo que hay y eligiendo de ello lo que te sea más gustoso, informándote también de sus precios; y lo preguntará todo sin cortedad ni pudor, porque en semejantes casas es muy del caso el no tener nada de esto, y para mayor gobierno escucha la distribución de los seis reales. Primeramente pedirás el cubierto y agua, y si están los manteles puercos los harás mudar: luego dirás; traiga Vm.

Un panecillo, que son.....	3	cuartos
Sopa de puchero, con vaca ó carnero.....	12	»
Medio cuartillo de vino.....	5	»
Media ración de fricandó ó estofado.....	7	»
Una ensaladita.....	4	»
De cosa asada elegirás lo que gustes, como es un palomino, un cuarto de conejo ó fritada, magra de pernil, chuletas ó pastelillos, que cualesquiera de estas cosas llegará á.....	17	»
Total.....	48	»

»De toda esta gran comida aun sobran tres cuartos para agua de nieve y limosnas, que á esa hora siempre andan aguadores y pobres por esas casas..... en las cuales se come con más satisfaccion y gusto que en el mejor banquete, por la concurrencia de las gentes que de distintos climas, regiones y reinos acuden al mismo fin; y si eres abierto de genio, te será de mucha complacencia el oír á unos que no entienden la lengua, sin saber qué pedir de comer.....; otros tan picaros y tunos que después de haber llenado el condumio alborotan por irse sin pagar, y los Patrones, á trueque de no perder su casa, los dejan ir; y principalmente adquirirás muchas noticias, que quizá algunas te serán de provecho, porque llegan algunos tan habladores, que si no encontraran con quién hablar, creo se pondrían á conversár con las mesas, bancos y taburetes que por su reedor hubiera.»

*Para los que pueden gastar CUATRO ó
CINCO reales en una comida.*

Pueden servir las reglas del capítulo anterior, suprimiendo el asado y añadiendo media ración de fricandó, y todo sumará treinta y siete cuartos, con lo que ni serán cuatro ni cinco reales. Recomienda las hosterías de la Cava Baja, número 9; la de *San Antonio*, Puerta del Sol, núm. 17; el *Gran Sol*, calle del Vicario Viejo, núm. 3; la de la *Fama*, calle del Gato, núm. 2; la del *Gran Grison*, calle Ancha de Peligros, núm. 11; la de la calle del Príncipe, núm. 1; la del *Maestro Domingo*, calle del Caballero de Gracia, núm. 3; la del *Caballo Blanco*, esquinaldo á la calle del Clavel; la de la calle de Fuencarral, núm. 4; la hostería del *Maestro Antonio*, la de la plazuela del Carmen y la *Fonda pequeña de Barcelona*. En todas ellas se hallarán las ventajas marcadas en el capítulo anterior, «siendo sólo la diferencia en ser aquéllas más aseadas y de más concurrencia de personas de mayor

esfera y crianza, como lo tengo experimentado..... En cualesquiera de estas casas se puede comer con quince cuartos ó con catorce, pero no será más que el mísero puchero, reducido á muy poca carne, garbanzos contados, tocino cuasi imaginario y verduras comunes. Y si algunas veces se hubiere de ir á estos parajes á comer el puchero solo, conviene fingirse achacoso é inapetente, para que los demás que están gastando los cuatro ó cinco reales no reconozcan su economía ni falta de dinero, sino que lo achaquen á que está sin gusto para comer ninguna otra cosa..... En fin: siempre que se gasten cuatro reales al día, se puede comer y cenar en cualesquiera de las referidas casas: al medio día un puchero..... 12 cuartos
Media ración de guisado..... 7 »
Un panecillo..... 3 »

Total..... 22 »

»Restan para cenar doce; de modo que tomando media ración de guisado y un panecillo, restan dos cuartos, que comprándolos de pasas en una confitería con un gran vaso de agua, queda el hombre redondo como un Roldan hasta el otro día.»

Demuéstrase el modo facilísimo de comer y cenar con TRES reales.

Recomienda como parajes más proporcionados para este fin las calles de San Jacinto, núm. 20; del Baño, 16, y del Escorial, 16, en las cuales dan puchero y panecillo por trece cuartos; advirtiéndole que el puchero será mejor y más abundante que el de dos reales de las hosterías. Para la cena, el Portal de Mauleros, núm. 102; la calle de los Tintes, número 5, y la de la Zarza, núm. 14, donde suministran por cuatro cuartos una ración de guisado y un panecillo por tres. Aun sobran cinco cuartos y medio, con los cuales «podrás tomar una rosquita de doce maravedís y dos cuartos de pasas para sentar el vientre, y en cualquiera fuente beberás agua, guardándote un poco de rosca y pasas para desayunarte al día siguiente, pues es dañoso el salir sin tomar alguna cosa por las mañanas, por ser los aires muy sutiles, y aun queda un cuarto para remediar á dos pobres.»

Para el que no puede gastar más que DOS reales.

Advierte que no se podrá comer puchero, pero que se hallará en las casas antes mencionadas gustosa composición de callos y manecitas de carnero y vaca, de lo que se puede pedir ración y media y un panecillo, que todo vale un real, y que lo mismo se ejecutará por la noche.

Y añade el autor que si con el real «se quiere comer carne, pan, vino, agua de nieve y fumar tabaco, para ello alcanza, y si quieres saberlo estame atento:

- »Media ración de callos, tres cuartos;
- »Un panecillo, doce maravedís;
- »Una copa de vino, dos cuartos;
- »Un cigarrillo, un ochavo, y
- »Un vaso de agua, dos maravedís.»

Escribe, por último, el modo «de salir airoso de alguna extraordinaria vianda en lance impensado, diciendo que á ningunos parajes se podrá acudir para que compongan cual-

quier pieza así de ternera, pavo, polla, perdiz, pichon, besugo, trucha ú otra cosa de que se hacen delicadas empanadas y dorados asados, como á la calle de la Montera, núm. 33, *Pastelería de Mons. Benito*; calle Imperial, núm. 4; calle de las Carretas, núm. 24; calle Ancha de Peligros, esquina de las Cuatro Calles, núm. 18, y Puerta Cerrada, núm. 2, pues aunque hay otras muchas casas repartidas por Madrid, éstas parecen más aseadas, equitativas y prontas para valerse de ellas.»

Á pesar de los adelantos modernos y de la abundancia de dinero, quedan hoy en Madrid fondas muy económicas. Tengo á la vista el anuncio impreso de la *Posada del Peine*, situada en la calle de Postas, á cien pasos de la Puerta del Sol y á veinte de la plaza Mayor, en el cual se declara que es la casa mejor y más barata de la corte; que hay en ella hospedajes desde una peseta, y cubiertos de seis reales en adelante; que ofrece al viajero seguridad, confianza, tranquilidad, economía, esmero, baratura, limpieza, exactitud, vigilancia, moralidad, rígida administración, reglamento impreso *para mayor formalidad*, y servicio constante día y noche. Advierte que cuenta con una *gran cocina modelo*, y debe de ser así cuando entre los platos de *salsa* incluye la ternera y el cordero asado y la merluza frita; entre los *fritos* la carne con guisantes, el jamón con tomates y las truchas escabechadas, y entre los postres, té, café y chocolate con tostadas ó bizcochos.

Bien es verdad que el cartel del *Restaurant del Comercio* (Valencia) apunta entre las *salsas* lomo frito y pollo asado; cuenta entre los *pescados* nada menos que al *jamón* en las tres formas de crudo, dulce y con tomates, y termina con la estupenda advertencia de que la *casa no admite, bajo ningún concepto, más que matrimonios legítimamente casados!!!* Ignoro qué pruebas ó documentos exigirá el fondista valenciano á los que él llama *matrimonios*, para cerciorarse de la legitimidad de sus casamientos.

III.

Llegamos á la hora del café. Y para que la taza que voy á servir á Vm. corra parejas con lo mazorrall, pesado é indigesto de la presente carta, copiaré la receta que se contiene en la



Carta que escribió un Medico Chistriano, que estaba curando en Antiberi á un Cardenal de Roma, sobre la bebida del Cahué, ó Café.

En esta epístola, que consta de dos hojas en folio y que debió estamparse á mediados del siglo XVII, se encomian las grandes ventajas del *Café*, diciendo que es bebida ordinaria entre turcos, persianos y moros, ya sean señores ó ya plebeyos; que las doncellas la saborean con mucho gusto, porque da hermoso color al rostro y vivacidad á los ojos; que Próspero Alpino, en su *Medicina Aegyptiorum*, trató de ella, señalándole *virtud fría y seca*, y por último, que los predicadores, tomándola muy caliente, la hallarán saludable y provechosa. Sentados estos datos, consigna el

MODO DE HACER Y TOMAR
LA BEBIDA DEL CAHUÉ, Ó CAFÉ.

«El Cahué es una simiente que viene de Arabia de la hechura de hueso de datil, y del tamaño de un garbanzo. Esta se ha de tostar en un vaso de tierra vedriado, ó en una tortera de arambre estañada, meneandola siempre con una cuchara de palo, hasta que dicha simiente llegue al color de poco menos de negra, y luego machacarla en un almirez, y cernerla con un cedazo de cerdas no muy espeso: y así molida y cernida, para su conservación es á propósito tenerla dentro de un saquillo ó bolsa de cabritillo ó cuero, y sin moler se conserva mejor muchos años. Hacese esta bebida de este modo: para cada xicara que se ha de tomar, se ha de poner á calentar una y media de agua en una olla vedriada, ó en una chocolatera estañada, que tenga pico, y en estando cociendo á borbotones se ha de quitar del fuego: y en perdiendo el hervor echarán en el agua el Café poco á poco. Y para hacer cuatro xicaras de Café, se han de poner á cocer seis xicaras, y se quedarán en cuatro; y se echará una onza del Café en polvo. Y haciendose de parte de noche, se apartará de la lumbre á un lado, donde participe del calor con un poco de rescoldo, y dejarlo tapado hasta la mañana: que con aquel calor que cobró se va perfeccionando: y se hallará el polvo aposado abajo en la vasija, y la bebida clara; la qual, con tiento porque no se enturbie, se mudará á otra vasija. Y cuando lo quieran tomar sacarán con tiento, de manera que no se revuelva, y enturbie el cocimiento, y lo echarán en otro puchero, y lo harán calentar, y en él echarán una cucharada de azucar molido como en el Chocolate, y menearán con la cuchara de plata, y lo beberán á sorbos como el Chocolate, lo más caliente que puedan, porque es más provechoso. El Invierno se puede hacer para cuatro, ó seis dias, y el Verano para dos: y harán la cantidad que quisieren, aumentando el agua, y polvos respectivamente como queda dicho. Esta bebida se puede tomar en qualquier hora, y quantas veces quisieren; por la mañana es mejor en

ayunas, y si es persona de edad con un poco de pan tostado, ó vizcocho.»

Creo que hoy sería intragable el café hecho con arreglo á la fórmula anterior. Si el de seis horas nos parece viejo, ¿cómo hallaríamos el de seis días, y recalentado por añadidura? Nos sabría tan mal como las novedades de Holanda ó Inglaterra, por ejemplo, que conociésemos á los tres ó cuatro meses de acontecidas.

Ya es hora de terminar y de resumir lo apuntado, deduciendo las siguientes consecuencias:

- A.—Que cuando las listas de comidas tienen galana redacción y elegantes adornos, pueden considerarse como pequeños documentos literarios y artísticos:
- B.—Que las que contienen gracia y belleza son, por regla general, un indicio de que banquetes que por tales olores comienzan, deben de ser abundantes y generosos:
- C.—Que si las *Muestras*, los *Anuncios* y los *Ex-libris* han tenido ya sus cronistas é historiadores, no hay razón para negar semejante honor á las listas de comidas:
- D.—Que dicha historia podía resultar pesada y empalagosa ó divertida y amena, según fuese la pluma que la trazara.

Y por última consecuencia, amigo Silvela, debo declarar á Vm. paladinamente que estoy viejo y achacoso; que mi pulso y mi entendimiento se hallan temblones, y que para ordenar estos párrafos de simple tijera y sin nada sacado de mi cabeza, he tenido que sudar la gota gorda. En vista de tales razones, deseo conseguir la licencia absoluta, y quedar exento de la escritura de artículos, porque mejor es retirarse á tiempo que ser expulsado. Extienda Vm. el documento, que con refrendo y visto bueno de sus compañeros de Vm. el Duque de Rivas y Santiago de Liniers, puede venir á mis manos en el competente cañuto de hoja de lata con su buena cinta roja ó azul. Agregue Vm. este favor á los muchos que de Vm. tengo recibidos, y con él dará Vm. sosiego, alegría, salud, descanso, bienandanza y tranquilidad á su *licenciado* amigo,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra: año de 1894.



LA TARDE.—CUADRO DE LAROUZE.



POESIAS

SIN TI Y CONTIGO.

Corre tu suerte unida con mi suerte,
Aunque juntos no van tu amor y el mío;
A tu pesar soy tuyo, y desvarío
Fuera el imaginar que he de perderte.

A la adversa fortuna, al hado fuerte,
Con mi pasión por armas desafío:
Siempre iré á ti como á la mar el río,
Pese al tiempo, á la ausencia y á la muerte.

De ti no habrá poder que me desligue;
Para burlarme, si tu odiar te ofusca,
Cambia de forma y ser.... ¡Inútil cosa!
¿Tú lucero? Yo estrella que te sigue.
¿Tú imán? Yo acero dócil que te busca.
¿Tú llama? Yo incansable mariposa.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Osuna.

CANTARES

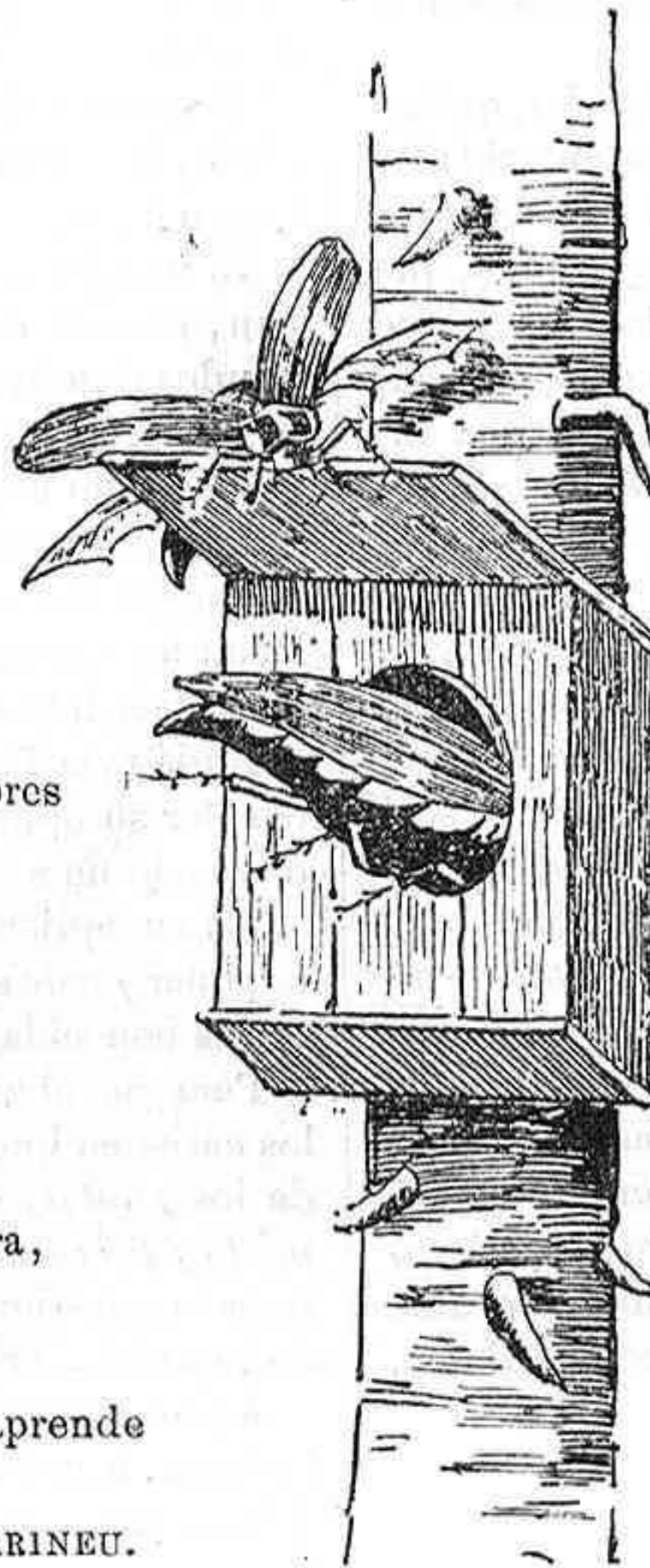
Las lágrimas que se lloran
Poco tiempo hacen sufrir.
¡Las malas son esas lágrimas
Que no llegan á salir!

Las tardes que alegre
De tu casa salgo,
Pasa la alegría veloz, como pasa
La luz del relámpago.
Si salgo con pena,
Dura hasta que vuelvo,
¡Y después se junta con otros dolores
Que estaban durmiendo!

Llamó eterno á su querer,
Y hablaba con propiedad.
¡Todo lo que cansa pronto
Parece una eternidad!

Amores sonados
Son zarzuela chica;
Música que pronto se hace callejera,
Pronto se hace antigua.
Amores secretos
Son música buena;
Tarda en aprenderse, y cuando se aprende
Parece más nueva.

RICARDO J. CATARINEU.



CULPA MIA.

He visto, por mi candor,
De esta existencia que empañas
Volar el tiempo mejor,
Con la garra del dolor
Escondida en las entrañas.

No siento lo que sufrí,
Que al fin es gloria el querer;
Siento que fuera por ti
Y no por otra mujer
Más digna de lo que dí.

Y si desde larga fecha
Que á pesar tuyo no olvidas,
Ves mi ventura deshecha,
Tu vanidad satisfecha
Y amargadas nuestras vidas,

No es tuya la culpa, no;
La culpa la tengo yo
Por empeñarme en buscar
Lo que no había de dar
El alma que me engañó.

JUAN TOMÁS SALVANY.

TRINITARIA.

Una obscura golondrina
Viene todas las mañanas,
Y rozando mis cristales
Detiene su vuelo y canta.

En esa dulce avecilla
Que se acerca á mi ventana,
Miro el alma de mi madre
Que me despierta y me llama.

Mas no; que las golondrinas
Emigran de playa en playa,
Y las almas de las madres
De los hijos no se apartan.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.



VAMOS POR PUNTOS

¿Qué es un *punto*?

En matemáticas lo más insignificante, porque «aunque tiene posición, no tiene dimensiones de longitud, latitud, ni profundidad»; es decir, que los puntos matemáticos son como esos ricachos que, aunque «tienen posición», no son «profundos», ni «largos», ni «latos»; cuando más, son «lateros».

Pero si en matemáticas el punto es «nada» ó «casi nada», en todas las demás «cosas de la vida» es todo ó casi todo.

¡Vamos por puntos!..... como decía un «celoso» agente de la policía judicial que iba con el juez y el escribano á «sorprender» una casa de juego.

Prescindiendo de esos *puntos*..... reales ó figurados, que en el Código tienen señalada una pena y que las autoridades alguna que otra vez suelen tomarse la pena de perseguirlos, y dejando aparte otros *puntos*..... más ó menos *filipinos*, que no tienen señalada pena alguna, aunque valía la pena de que se les señalara, el *punto* y los *puntos*, por *punto general*, tienen grandísima importancia y ejercen notabilísima influencia en la vida de los hombres y en la historia de los pueblos.

¡Qué graves controversias, qué funestos cismas, qué horrendas luchas han motivado la interpretación varia y la discusión apasionada de algunos *puntos* teológicos! ¡Qué terribles disensiones, qué espantosas discordias, qué sangrientos combates han ocasionado fútiles cuestiones, sólo por haber hecho de ellas *punto de honra*! ¡Qué de querellas domésticas, de litigios judiciales, de trastornos políticos y de confusiones, torpezas y males de todo género han resultado por no mirar cuestiones sencillísimas desde el verdadero *punto de vista*! ¡Qué de algaradas estudiantiles, de alborotos escolares, convertidos á veces en serias cuestiones de orden público, han surgido por no conceder rectores ó maestros el *punto* reclamado con excesiva anticipación ó exigido en actitud revolucionaria, llevando como programa los conocidos *versos*, que en ciertas épocas fueron el himno, la *Marsellesa de los estudiantes*:

«Punto pedimos,
Punto queremos.

Si no nos lo dan,
Nos lo tomaremos.»

Para conmover y «poner sobre aviso» á todo un ejército, basta que una corneta lance un *punto de atención*; para mover y levantar el mundo bastaba á Arquímedes que le dieran un *punto de apoyo*.

¿Queréis convencerlos de que una mujer es digna de estimación y de cariño? Pues bastará con que lleguéis á persuadirlos de que es *mujer de punto*.

¿Queréis saber si un hombre es merecedor de consideración y de respeto? Pues lo primero que tenéis que averiguar es *los puntos que calza*.

De poco ó de nada sirven la fortuna, el bien más codiciado, la noticia más esperada, el favor más apetecido, si no llegan á *punto*.

El manjar más sabroso, el dulce más agradable, el mismo pan, pueden resultar ingratos al paladar, y á veces nauseabundos é indigestos, si el cocinero, el repostero ó el tahonero por distracción ó impericia no han sabido hacerles tomar «ese estado perfecto» que se llama *el punto*.

El asunto más claro, el problema más sencillo conviértense en cuestiones arduas, complicadas é insolubles, si no se colocan las cosas *en su punto*, si no se refieren *punto por punto* los antecedentes, si no se ponen *los puntos sobre las íes*.

Nada más fácil que errar un hombre de talento al pretender dar su opinión cuando se trata de *puntos* que no conoce, ó cuando no sabe á *punto fijo* de qué se trata.

En cualquiera de estos casos, lo que todos debemos hacer es poner *punto en boca*, para evitar el que puedan corregirnos con la conocida frasecilla: «Lo dijo Blas, *punto redondo*.»

Para no aburrir al bondadoso lector enumerando todos los casos en que se demuestra la importancia y la influencia de los *puntos*, sólo recordaré las que tienen los *géneros de punto* y los *coches de punto*; y llegando *al punto* á que deseaba traer la cuestión, la innegable y extraordinaria que tienen *los puntos*..... ortográficos.

Aquel ciudadano que al terminar cada carta ponía bajo la firma, á guisa de postdata, varias líneas de *puntos* y de *comas*, para que el lector las colocara á su antojo en los lu-



NOCTURNO.—CUADRO DE WODZINSKI.

gares respectivos, cometía uno de los mayores desatinos que puede cometer el hombre. No sólo se exponía á que le hicieran decir lo contrario de lo que quería haber dicho, sino que, por ende, corría el riesgo de que la equivocada ó maliciosa puntuación, alterando el recto sentido de sus frases, le perjudicase y comprometiese, si aquél ó aquéllas resultaban heréticos, pornográficos ó por cualquier otro modo censurables.

El orador incomparable y escritor elegantísimo D. Emilio Castelar no hace mucho tiempo, en una de sus admirables « Revistas europeas », censurando la ligereza con que se imprime y publica lo que se escucha, cuando el más ligero error de *puntuación* puede ocasionar confusiones lamentables, cuando no dañosas contradicciones entre lo hablado y lo escrito, refería, con singular gracejo, lo ocurrido con el versículo del Evangelio de San Mateo, en que por variar de sitio

dos puntos, se hacía decir al ángel que estaba al lado del Sepulcro del Redentor todo lo contrario de lo que el Evangelista pone en boca de él al preguntarle las Marías por Jesucristo:

Resurrexit: non est hic. Resucitó: no está aquí, dijo el ángel; pero el cajista llevó los *puntos* á otro *punto*, y resultó este desatino: *Resurrexit non: est hic.* No resucitó: aquí está.

Si este y otros muchos ejemplos que podía recordar no demostraran cumplidamente la grandísima importancia del *punto* y de los *puntos*, bastaría hacer que el lector que haya tenido paciencia para leer este artículo se fije en la satisfacción extraordinaria que indudablemente ha de sentir al ver que el autor pone *punto final*.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

EL CONGRESO DE LOS RATONES

FÁBULA

Érase *Micifuz*, gato de historia,
Célebre en el país de los ratones,
Donde en mil ocasiones
Dejó de su poder triste memoria.
Él mataba sin tiento ni medida;
Y cuando algún ratón le suplicaba
Perdón para su vida,
El feroz *Micifuz* se lo almorzaba.
Para poner remedio á tantos males,
Que se iban repitiendo con exceso,
Pensaron los ratones principales
En convocar las Cortes; un Congreso.
En vista de la urgencia,
Los ratones más gordos y gentiles
Llegaron del Congreso á la presencia,
Y llegaron á miles.
Uno de ellos, nombrado presidente,
Y echándola de majo,
Escribió en un papel perfectamente:
« ¡ Que muera *Micifuz*; abajo, abajo! »
— ¡ Que muera!..... repetían
Las ratas y ratones reunidos;
Y todos aplaudían
De idéntico entusiasmo poseídos.
Después de un breve rato
Dijo un ratón:— Señores, tengo un medio
Que nos salva la vida sin remedio.

—¿Cuál es?

—Ponerle un cascabel al gato.

Micifuz engañado

Nos habrá de avisar con el sonido.....

— ¡ Bravo! — dijeron todos; — admitido.....

Y el acta del debate celebrado

Escribió el secretario de corrido.

— Pero vamos, señores, poco á poco.....

¿Quién se lo va á poner?

— Yo no; soy viejo.

— Yo no puedo.

— Ni yo.

— Pues yo tampoco,

Porque tengo en estima mi pellejo.

Y todos se excusaron,

Y el Congreso uno á uno abandonaron.

Esto también entre los hombres pasa:

Presentan los proyectos á millones

De importancia no escasa,

Y hacen lo que el Congreso de ratones,

Puesto que al poco rato.....

¡ Nadie le pone el cascabel al gato!

RICARDO SEPÚLVEDA.

La idea principal de esta fábula es de Lafontaine. |





EL ATÚN.—SU CAZA.—LA ISLA CRISTINA.—LA MOJAMA.

El atún: he ahí el único pez que no se pesca ni con anzuelo, ni con red, ni con manga, ni con butrino.

No se le pesca: se le caza. Su captura se parece á la del gran cetáceo, la ballena, cazada con arpón.

Va del Océano á la embocadura del Mediterráneo, al Estrecho, á desovar, desde mediados de primavera hasta entrado el verano. A la ida va por la costa de Portugal, y á la vuelta por la de España: de ahí las contiendas que en varias ocasiones se han promovido entre los pescadores lusitanos de la derecha del Guadiana y los de la Isla Cristina, término oriental del estero de Ayamonte.

Á tales contiendas, simulacros de antiguos combates navales á estacazo limpio con los remos de las barcas, se les ha dado, y por cierto en época no lejana, el carácter de conflictos internacionales y una importancia excepcional. No había motivo para serios enfados, pues análogas camorras y apaleamientos se suscitan y presencian allí y aquí todos los días, entre pueblos vecinos, por livianas causas: todo provenía de que al bajar pesa cada atún arroba y media ó dos arrobas más que al subir, y si bajaban ó subían por más acá ó por más allá. Dejándonos de disquisiciones diplomáticas, volvamos al asunto.

La caza es originalísima. Sale un considerable número de barcazas chatas, y en el punto donde se ha reunido espesa banda de atunes, forman en anchuroso circo, tendiendo de barca á barca una ligera red. Ante la sutileza de sus mallas y delgadez de los hilos, que sólo podrían aprisionar á muy pequeños peces, el atún no habría de retroceder, según todas las apariencias: con su enorme y pujante cabeza, y su peso de seis ó siete y á veces nueve y diez arrobas (1), que le pudiera comunicar vigoroso empuje, arrollaría fácilmente aquel ú otro más sólido obstáculo que se le pusiera por delante.

Sin embargo, aun cuando aparece como un pequeño monstruo marino, y sería temible si se hallara dotado del instinto feroz de otros grandes peces, es muy tímido y retrocede ante aquella red sutil, como ante un formidable dique.

Cuando al hablar de persona de menguado entendimiento

(1) Los que se envían á Madrid y otras grandes poblaciones para su venta en fresco son de los más pequeños, y no admiten comparación con los enormes que se destinan al salado.

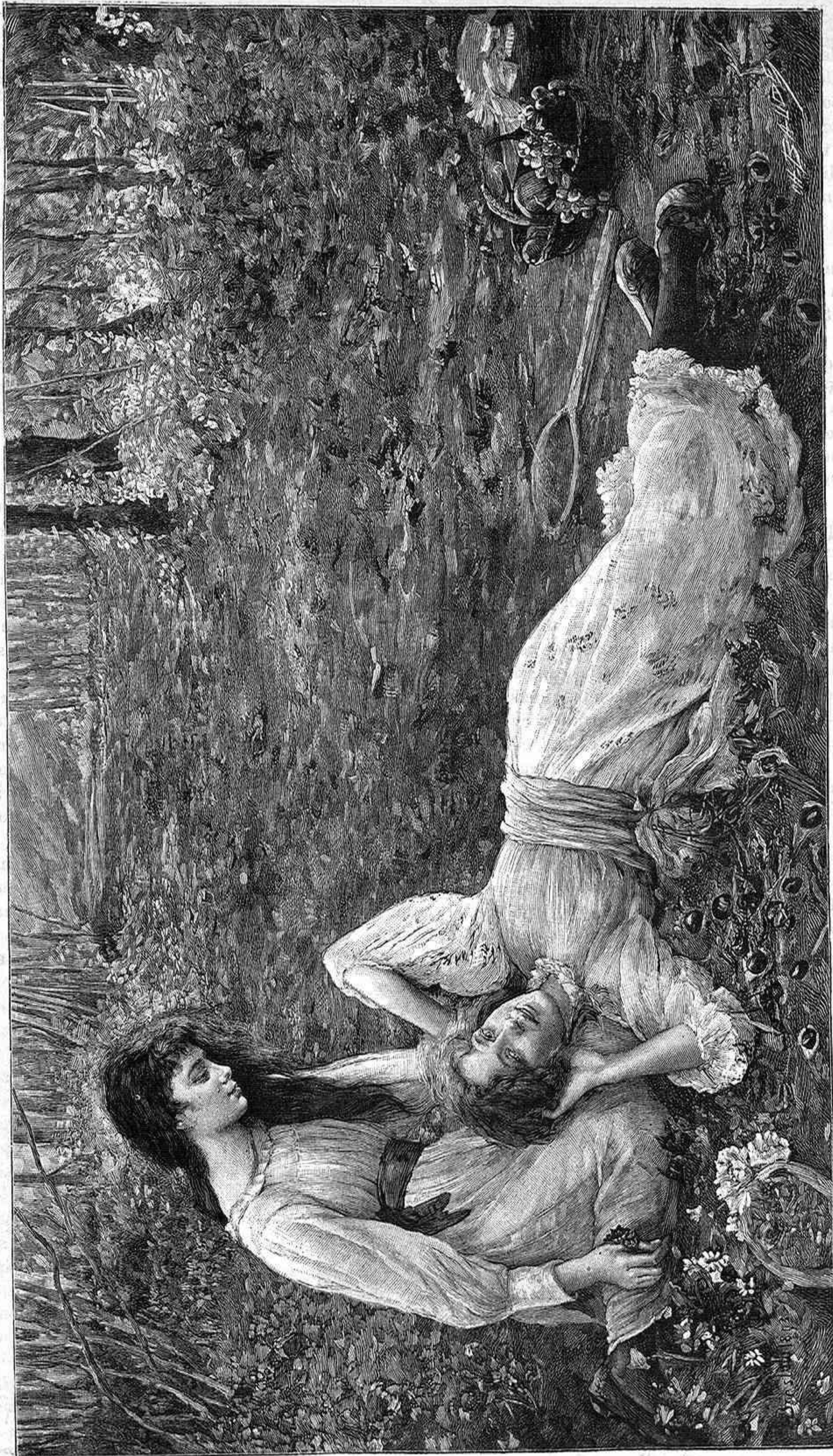
se le aplica la frase vulgar: «Es un pedazo de atún», no se comprende bien toda la verdad que encierra tal calificación. Es un animal tan obtuso, que carece hasta del instinto esencial de la conservación. Ese mismo atún que, á semejanza del rape, tan pronto como empieza á soplar determinado viento, se aleja de la costa con la prontitud del relámpago (1), y se interna en lo ancho del mar, buscando las grandes profundidades, no huye antes de ser cazado, viéndose envuelto como en una inmensa jaula, y pudiendo hacerlo con suma facilidad por debajo de las redes y de las barcazas que le rodean: no retrocede ante la sólida mole de éstas, y se aleja como espantado ante las sutilísimas redes que se oponen á su paso: llega el momento de la caza; ve morir á su lado por docenas á sus compañeros, y allí permanece, asomando estúpido su descomunal cabeza, que pronto será alcanzada por el bichero.

Empréndese la primera parte de la caza, sin romperse la línea circular de formación: los tripulantes de las barcas van provistos de un fuerte palo, á cuyo extremo se halla fija una púa de hierro: esta arma de pesca tan singular se llama el *bichero*. El atún se acerca hasta las tablas; se le descarga un golpe en la cabeza, clavándole la púa: al sentirse herido, da un gran salto fuera del agua; el pescador le aprovecha hábilmente, y con una ligera inflexión del brazo, sin esfuerzo alguno, hace que instantáneamente quede el gran pez dentro de la barcaza: entre hallarse el atún libre en el mar y verle tendido en las tablas á espaldas del pescador, no trascurren dos segundos.

La operación se practica simultáneamente en toda la extensión del gran circo, saltando á centenares los atunes del mar á las barcas, dirigidos por los bicheros.

Cuando ya no queda pesca al lado de las barcas, y aparecen todavía algunos atunes rehacios en el centro de la plaza, se emprende con grande algazara la segunda operación; la del acosamiento. Barcazas y lanchas salen persiguiendo á los atunes, que giran y se revuelven en varias direcciones: puede imaginarse cuál será la grito alegre en

(1) Sucede algunas veces cuando todo se halla preparado para su caza: si de pronto salta el viento que los hace huir, desaparecen instantáneamente, sin que á los cuatro segundos se vea ni uno dentro del circo.



EN EL CAMPO.—CUADRO DE LA SRTA. BRESLAU.

BIBLIOTECA
CENTRAL DE LA CIUDAD DE MADRID

BIBLIOTECA
CENTRAL DE LA CIUDAD DE MADRID

BIBLIOTECA
CENTRAL DE LA CIUDAD DE MADRID

BIBLIOTECA
CENTRAL DE LA CIUDAD DE MADRID

aquella especie de corrida inversa de toros, donde son muchos los acosados en vez de ser los que habrían de acosar.

Hecho ya un buen cargamento, regresan las barcazas al puerto, donde descargan y colocan en dobles, triples ó cuádruples líneas los mil cuatrocientos ó mil seiscientos atunes que aparecen tendidos como otros tantos voluminosos individuos de la raza negra de cerda acabados de sacrificar.

Me refiero á la isla Cristina, que fué donde presencié la operación.

Aquella isla, que hasta hace poco más de sesenta años se hallaba, como las demás del grande estero de Ayamonte, inculta y deshabitada, tenía por única vegetación algunas plantas marinas y una pequeña higuera: de aquí el nombre de *La Higuera* con que la isla es conocida en Ayamonte y pueblos inmediatos. Hoy tiene, entre fabricantes, industriales, pescadores y obreros de ambos sexos en las fábricas, próximamente cinco mil habitantes, en una población correcta pero apiñada, como lo ha exigido el corto espacio de que se ha podido disponer.

La parte donde se colocan los atunes al hacerse la descarga está en rampa con empedrado de cuña. Apenas concluida la operación de colocar en fila toda la pesca, se procede al descabezamiento, que se ejecuta con una gran cuchilla, especie de destrál, igualmente ancha por el extremo que por el arranque del mango. De tres golpes, uno por la izquierda, otro por la derecha y el tercero por el centro y parte posterior, queda separada del tronco la cabeza. En seguida, con la misma gran cuchilla, se hacen tres incisiones hasta la cola en el abultado cuerpo, y se arranca en tiras longitudinales, quedando escueta la grande espina central, que lo mismo que la cabeza pasa luego á ser quemada en una fábrica de guano, situada fuera de la población.

Entonces se inicia un movimiento vertiginoso en todas las calles y fábricas: hombres, mujeres y niños, llevando en las manos enormes tiras de atún ensangrentado, atraviesan aceleradamente las calles que conducen á las fábricas, para depositar en ellas lo que ha de constituir la labor del día. No hay para qué decir cómo quedan en pocos minutos aquellas calles con tan incesante y copioso chorreo.

Por lo que hace al mar que lame la rampa donde se ha practicado el descuartizamiento, presenta un aspecto nada halagueño: profundamente enrojecido por los arroyos que han descendido desde la masa de atunes descuartizados, ofrece hasta la distancia de doce á quince metros el espectáculo de una grande ola de sangre.

Al movimiento en las calles corresponde el no menos vivo y acelerado en las fábricas. Según van llegando los que conducen las tiras, centenares de mujeres las colocan en las grandes pilas de piedra del suelo, ya alfombradas con una densa capa de sal: la colocación es artística y semejante á una ensambladura: viene sobre la capa de tiras otra de sal, y así sucesivamente hasta que rebasa la pila.

Empréndese después en el espacio de la fábrica la construcción de grandes barricadas de metro y medio ó dos metros de espesor y de igual altura, por el mismo procedimiento de capa de sal y capa de tiras de atún, que resulta casi prensado por el peso de aquella mole.

Así queda veinticuatro horas, transcurridas las cuales se procede á deshacer rápidamente la obra del día anterior, y á colgar para el oreo las tiras de atún, que si permaneciesen poco tiempo más apiladas, fermentarian intensamente, con las graves consecuencias de tan grande y violenta descomposición. La cubierta de las fábricas es un inmenso tendero, donde se coloca y ventila el atún, ya abundantemente saturado de sal, que toma el color y casi consistencia de materia leñosa.

Y sin más operaciones, cátese hecha y derecha la mojama, la famosa mojama, que no es otra cosa que el atún como en cecina, exportado por millares de toneladas, sobre todo para la costa de Levante, y que mantiene con su producto las fábricas y los cinco mil habitantes de la isla Cristina, y los que benefician las almadrabas en el resto del litoral hasta el Estrecho.

Por lo dicho se comprenderá la discreción con que algunos tenderos de Madrid anuncian en sus escaparates: «Mojama fresca». Tanto valiera que anunciaran: «Bacalao fresco».

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.





LA ESCLAVITUD DEL RAYO

Á MI QUERIDO AMIGO EL INSIGNE ESCRITOR CASTRO Y SERRANO

Ante el soberbio trono en que se sienta
El Dios excelso que los orbes guía,
Los mundos rige y las estrellas cuenta,
Y desde el cual su mano omnipotente
Da movimiento al mar, enciende el día,
Hunde al Sol en las sombras de Occidente,
Presta á la luz cambiantes y colores
Y da á la Creación vida y aliento,
Trino á las aves y á los campos flores;
El rayo llegó un día, y abatido
Dijo con ronco acento:
—Perdóname, Señor; vengo vencido.
He perdido el poder que me hizo fuerte:
Heraldo de tu cólera divina
Era hasta ayer mi voz, nuncio de muerte.
Cuando del seno de la nube espesa
Se escapaba mi roja culebrina
Y el mundo y el mortal eran mi presa,
Todo á mi paso de terror temblaba,
Turbaba el miedo al corazón valiente
Y el criminal contrito se postraba.
¡Cuántas torres que al Cielo se elevaron,
Sólo al contacto de mi choque ardiente,
Á mis pies con estrépito rodaron!
Yo, del diluvio en la ocasión suprema,
Tu ejecutor al par y mensajero,
Anuncié con el trueno tu anatema,
Y rápido y certero,
Sólo mi fuego devoró más vidas
Que aquellas turbias aguas que invasoras
Por tu mano impulsadas y movidas
Cubrieron á la tierra vengadoras.
Me dijiste una vez: «Sodoma, ingrata,
Mis preceptos desoye impenitente,
Y de sus vicios el tropel desata:
Hunde en el polvo su soberbia frente.»
Y pronto vió tu cólera infinita

Que á mi empuje potente
Rodó en escombros la ciudad maldita.
Monumentos, alcázares, jardines,
Donde el lujo oriental juntó un tesoro;
Mesas dispuestas ya para festines;
Arcos de jaspe; columnatas de oro;
Ocultos camarines
Donde arde en vasos el preciado aroma;
Todo cayó hecho trizas:
En lecho de oro se durmió Sodoma,
Y despertóse en lecho de cenizas.
Siempre que tu poder buscó un castigo,
Tu mano justiciera
Como su ejecutor contó conmigo;
Mas hoy todo cambió: la voz del trueno
Ya del mortal el corazón no altera,
Ni tiembla el criminal, de espanto lleno;
Un niño mi zizás tranquilo mira,
De mi antiguo poder con menoscabo:
El que inspiraba horror desprecio inspira;
El hombre me ha vencido y soy su esclavo.

—¿Tú del mortal soportas las cadenas?—
Dijo el Sumo Hacedor de cielo y mundo.
—Oye, oh Dios, el relato de mis penas—
Repuso el rayo, y prosiguió iracundo:

—Cuando surge la nube, en cuyo seno
Me dan escolta lúgubre y sombría
Granizo y lluvia y huracán y trueno,
El hombre, que antes á mi paso huía,
Hoy valiente y sereno
Desde su mismo hogar me desafía.
Con un hierro se burla de mi enojo;
Pues si sobre su mísera morada

Con impetu me arrojé,
 Cuando pienso que rota y quebrantada
 Debo dejarla como inútil ruina,
 Ese hierro fatal me mueve guerra,
 Me atrae, me subyuga, me domina,
 Me hace chocar en él, me hunde en la tierra,
 Y el trueno que me sigue ronco y seco
 Y al espacio estremece
 Al rodar, repetido por el eco,
 Carcajada parece
 Provocativa y recia
 Con que el hombre me ultraja y me escarnece,
 Diciéndome en mi faz que me desprecia.

¡Y si fuese esa sólo su victoria!—
 El rayo prosiguió;—mas no bastaba
 Al hombre altivo con tan poca gloria.
 Viendo que de la nube me arrancaba
 De un hierro con el mágico conjuro,
 Quiso su mente terca,
 Ya de su fuerza sobre mí seguro,
 Á la nube subir, verme de cerca.
 Y como quiso fué: subió atrevido,
 Luchó conmigo, me venció esforzado,
 Y sujeto á las leyes del vencido
 Me condujo á la tierra encadenado.

Ya en ella, así me dijo su arrogancia,
 Que sin piedad de mí se enseñorea:
 «Quiero que me suprimas la distancia;
 Mi palabra, que es luz, que es verbo y vida,
 Que es el ropaje augusto de la idea,
 Que es el alma, por ella revestida,
 Debe volar, soberbia y soberana,
 Y ser por todo el mundo obedecida.
 Llévala tú en tus alas por doquiera,
 Y al huracán, que de veloz se ufana,
 Sonroje y cause envidia tu carrera.»
 Y así fué. Sobre montes eminentes,
 Siempre cubiertos de perenne hielo,
 Por cuyas anchas faldas y vertientes
 Rueda el alud, se estrellan los torrentes
 Y entre flores se oculta el arroyuelo;
 Sobre bosques desiertos y sombríos,
 Donde la fiera en su caverna mora;
 Cruzando selvas y saltando ríos;
 Sobre la choza á un tiempo y el palacio,
 De la tierra señora,
 Devorando en mis alas el espacio,
 Pasó la voz del hombre vencedora.
 Y le dije al mortal, cuyas ideas
 Lograron su designio sobrehumano:
 —Tu mandato cumplí. ¿Qué más deseas?

«Quiero un esfuerzo más—dijo el tirano:—
 El mundo vale poco y es pequeño
 Junto á la inmensidad del Oceano;

Hazme también de sus abismos dueño
 Quiero que la voz mía,
 Como cruza la tierra en un instante,
 Cruce también la soledad sombría,
 No sondada jamás, del mar de Atlante;
 Quiero vencer sus olas y corrientes,
 Y ver, pues de mi triunfo luce el día,
 Cómo hablan entre sí los continentes.»
 Y la palabra humana, cuyo imperio
 Por doquier el dominio se asegura,
 Voló de un hemisferio á otro hemisferio.
 Por el lecho recóndito y profundo
 De la inmensa llanura,
 Crucé del mundo viejo al nuevo mundo.
 Y vi el fondo del mar; vi aquellos prados
 De madréporas y algas colosales;
 Vi sus montes enhiestos y escarpados;
 Vi del agua los limpios manantiales
 Brotar por entre grutas cristalinas
 Sobre bancos de perlas y corales;
 Vi bosques y llanuras y colinas,
 Y esparcidos á trechos,
 Sobre ásperos peñascos ó arenales,
 Restos de barcos rotos y deshechos.
 ¡Dramas que el hondo mar guarda y encierra
 Tras combates sangrientos y prolijos,
 Y á los cuales responden en la tierra
 Llantos de esposas y lamentos de hijos!
 Y le dije al mortal, de orgullo lleno:
 —El mar sufre tu yugo; su rey eres;
 Tu voz cruza en mis alas por su seno;
 El rayo te ha servido: ¿que más quieres?

«Quiero—dijo un amante—
 Que endulces el dolor de mi existencia:
 Ni una letra ni un signo son bastante
 Para el que llora males de la ausencia.
 ¡Te ufanas de tu triunfo neciamente!
 El rayo á la distancia habrá vencido
 Cuando la voz ausente
 Desde lejos se acerque á nuestro oído.
 Haz que oiga el mío, de su voz sediento,
 La de la hermosa cuya ausencia lloro;
 Que escuche su rendido juramento
 Y su tierno y dulcísimo «Te adoro»;
 Haz que escuche mi bella
 Los ardientes suspiros que le envío
 Y en vano luchan por llegar hasta ella,
 Y entonces será justa tu arrogancia;
 Pero hasta que yo logre lo que ansío,
 Subsistirán la ausencia y la distancia.»
 Y á su mandato dócil y obediente,
 Traje al amante, por la ausencia herido,
 La voz querida de su amada ausente.
 De nuevo el dulce beso,
 Ya que á su boca no, llegó á su oído,
 Y de nuevo escuchó con embeleso
 De su acento el reclamo,
 Que por mis raudas alas conducido

Vino de lejos á decirle: «Te amo».
Y al sentir endulzados sus dolores,
Dijo el amante, loco de ventura:
«De la ausencia he vencido los rigores.»

«¡Ay, no!—dijo una madre;—eso no es cierto;
La ausencia siempre dura;
¿Acaso no está ausente mi hijo muerto?
De su perdido amor, que era mi gloria,
¿Qué me queda? Una tumba ya cerrada
Y un dolor siempre vivo en la memoria.
Haz tú que de su voz idolatrada
Oiga el eco que endulza mi agonía;
Consérvame su acento;
Que yo escuche aquel dulce «Madre mía»,
De que mi corazón está sediento,
Y resignada con mi triste suerte,
Entonces menos dura y dolorosa,
Esperaré tranquila á que la muerte
Á unirnos otra vez venga piadosa.»
Y obediente al conjuro
Con que supo vencer mi resistencia
El amor maternal ardiente y puro,
De la muerte triunfó cual de la ausencia;
La madre obtuvo su anhelada palma,
La voz del hijo muerto tomó vida
Y á repetir volvió «Madre del alma»,
Y ella, de santo gozo estremecida,
Exclamó, dando tregua á sus dolores:
«Ahora sí que la ausencia está vencida.»

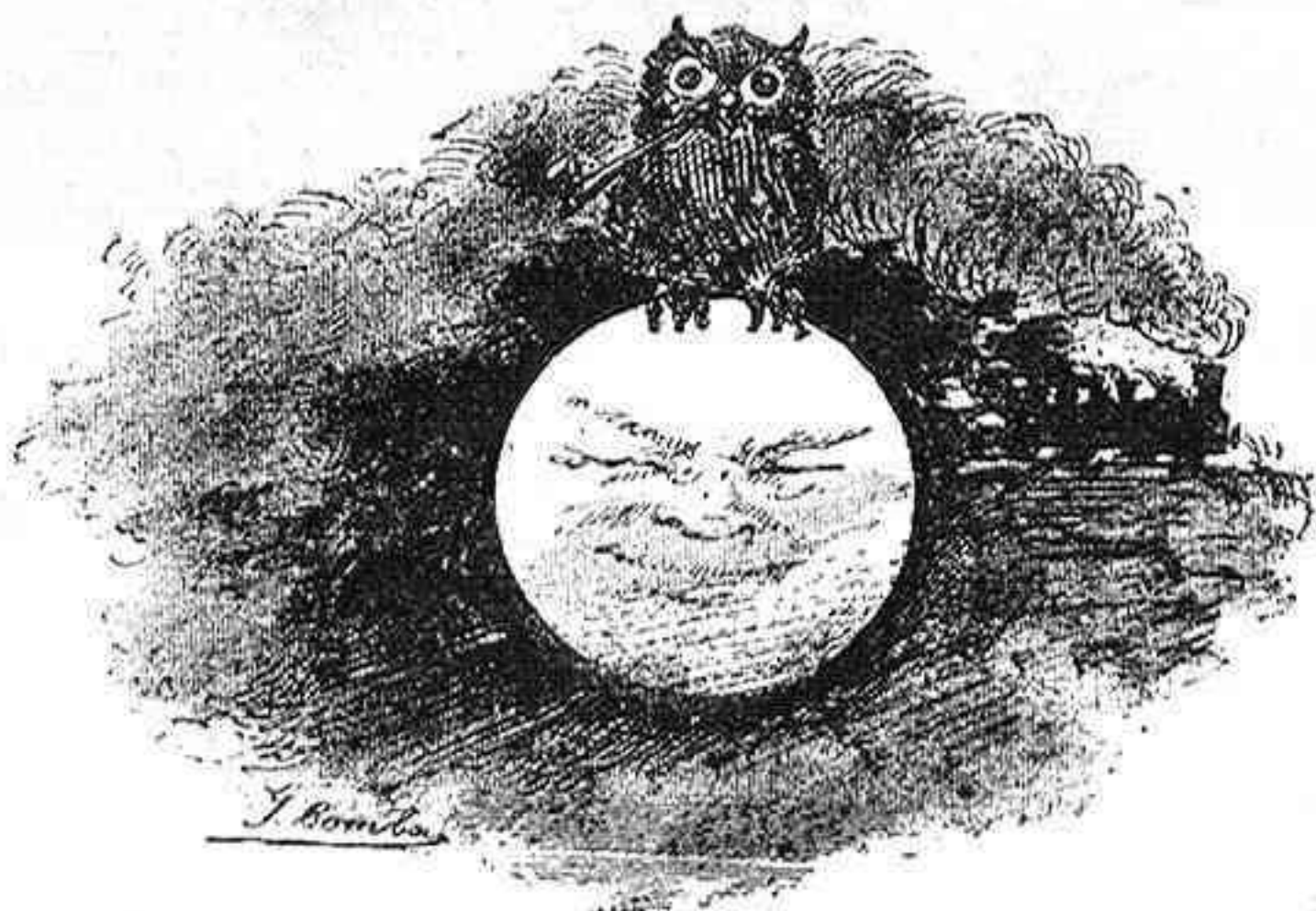
Y dije al hombre, de sufrir cansado
De su ominoso yugo los rigores:
—Dame la libertad que me has quitado;
Devuélveme á la nube; tu arrogancia
Ya triunfó de la tierra y de los mares,
De la ausencia, la muerte y la distancia,
Y libró de mis iras tus hogares.
¿Qué más quieres de mí? Poco te cuesta
Romper el yugo á que me ató tu mano.
¿Qué resta á tu ambición?—«La noche resta—
Me contestó implacable mi tirano.—
Tú eres la luz; yo mando en tu destino;
Baja ante mí la frente
Y alumbrá con tus rayos mi camino;
Quiero un día que dure eternamente.»

¡Y mi soberbia luz, por Ti creada,
De un vil alambre presa,
Á alumbrar al mortal se vió obligada
¡La luz del rayo, vencedor del día,
Un niño, sin temor y sin sorpresa,
Un resorte al tocar surgir hacia!
Y alumbré á un tiempo mismo
El palacio y el templo y la cabaña;
Bajé á la mina, visité el abismo,
Y á la cima trepé de la montaña;
Iluminé la orgía licenciosa,
Desenfrenada y ciega;
La velada dichosa,
Que á la familia en el hogar congrega;
Extendíme por villas y lugares,
Ciudades á la par y caseríos,
Y por segunda vez surqué los mares
Alumbrando en su ruta á los navios.

Ante el soberbio trono en que te ostentas
Llego, oh Señor, rendido y humillado
Al peso abrumador de mis afrentas.
Tu hijo el rayo soporta resignado
El yugo del mortal, bajo el cual gime;
Rompe la esclavitud en que me miras;
Libértame del hombre que me oprime;
Devuélveme el poder que siempre tuve;
Hazme otra vez ministro de tus iras,
Y volviendo á la nube,
Desde la cual sobre la tierra impero
Con todo mi furor que no se doma,
Permíteme que abraza al mundo entero
Como hice á tu mandato con Sodoma.

Calló el rayo abatido,
Y Dios dijo en respuesta de esta suerte:
—Luchaste con el hombre y te ha vencido:
No te puedes quejar; tú eras más fuerte.
Mas no es su fuerza quien tu fuerza abate;
La inteligencia humana
Es la que te ha vencido en el combate,
Y ante ella nada puede tu energía,
Porque esa inteligencia soberana
La hice yo de un destello de la mía.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.





EXCMO. SR. D. MARTÍN FERNANDEZ DE NAVARRETE,
HISTORIADOR INSIGNE.

Nació en Ábalos (La Rioja) el 9 de Noviembre de 1765; † en Madrid el 8 de Octubre de 1844.

DON MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE



CLARO aparece ante la razón que las manifestaciones externas del ser humano que la Historia en sus páginas consigna, han de indicar los móviles internos que las produjeron. Y nótese bien: conocer el ser humano, no en su visible envoltura, no en su esqueleto, al decir de Espronceda,

De carne y nervios y de piel vestido;

conocer al ser humano en su unidad orgánica, donde ve el espiritualista la grandeza del alma inmortal, y el materialista el abismo de la nada, en que cae y desaparece toda existencia individual; conocer el ser humano en

lo que constituye la esencia de su vida, tal es el asunto, ó mejor dicho, tal es la aspiración de la ciencia. Así la Historia, en la época presente, debe ser la indagación de lo que hay de constante é invariable en la naturaleza humana, al través de sus estallos evolutivos, desde la tribu salvaje, hasta el pueblo de más refinada civilización.

El carácter psicológico, ó fisiológico, para los que no creen en el espíritu, que debe revestir la Historia, ha sido sabiamente expuesto, y no siempre bien observado, por Mr. Hipólito Taine en su *Historia de la literatura inglesa*; pero aun los que estamos de acuerdo con las teorías del sagaz pensador transpirenaico, no por esto hemos de desconocer el mérito de los historiadores, que, sin entrar en disquisiciones filosóficas, han contribuído con sus obras á la averiguación de la verdad de los hechos, necesaria base de todo ulterior conocimiento; porque es invariable regla de buena crítica juzgar á los autores, no por el concepto absoluto de la perfección en el arte ó ciencia que cultivaron, sino por el estudio comparativo de lo que hicieron, en relación al estado de la cultura en el medio social de que vivieron rodeados. Conforme á tan justa regla de crítica, el autor de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* merece ocupar puesto de pre-

ferencia entre los historiadores europeos que han alcanzado imperecedera fama en los comienzos de la presente centuria. Y al hacer tal afirmación, no perturban nuestro juicio las ilusiones del amor patrio; porque antes que nosotros la hizo el sabio alemán Alejandro de Humboldt, diciendo, al hablar de la *Colección de los viajes y descubrimientos*: «Esta obra de D. Martín Fernández de Navarrete, emprendida en vastas proporciones y redactada en todas sus partes con sana crítica, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos (1).»

Si la autoridad del ilustre Humboldt no pareciera suficiente, aun podrian citarse otras muchas en que se proclama el superior mérito de la obra histórica de D. Martín Navarrete; pero nos limitaremos, por ahora, á recordar lo que han escrito acerca de este punto un insigne escritor portugués y un doctísimo catedrático de la Universidad de Madrid.

Dice el Vizconde de Santarem en sus *Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Améric Vespuce*:

«El descubrimiento del Nuevo Mundo es un hecho de inmensa importancia, por la influencia que ha ejercido en el desenvolvimiento del espíritu humano. La astronomía, la física, la botánica, la mineralogía se han engrandecido con el caudal de nuevas observaciones y de numerosas experiencias. De la comparación de los idiomas, opiniones, usos y costumbres de los pueblos descubiertos con los antes conocidos, han resultado consecuencias de gran valor para la historia de los seres humanos. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo se han publicado ya más de tres mil obras sobre la historia y la geografía de esta vasta parte del globo terráqueo y sobre las expediciones marítimas que se verificaron desde el año de 1492, hasta el de 1540. A pesar de tantas obras, á pesar de las repetidas investigaciones acerca de las fechas de los primeros descubrimientos y de los navegantes que los hicieron, es lo cierto que en esta parte de la historia de la geografía ha existido, hasta los comienzos del siglo presente, una grandísima obscuridad. Hasta el año de 1825 las discusiones acerca de la historia del Nuevo Mundo habían sido asunto, más bien de alardes eruditos,

(1) *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, por Alejandro de Humboldt. Traducción de D. Luis Navarro. (Madrid, 1892.)

que de verdadera investigación científica; pero uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos (el Vizconde subraya las palabras de Humboldt) ha iluminado con sus resplandores gran número de puntos de capital importancia, que antes aparecían muy dudosos. Nosotros aludimos aquí á la obra histórica de nuestro sabio amigo el Sr. Navarrete; obra en que se presentan reunidos una gran cantidad de documentos y de noticias nuevas, que habrán de servir para enmendar los errores que existían en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, tal como se había escrito antes de esta importante publicación.»

En los artículos que publicó el Sr. Menéndez y Pelayo en la revista *El Centenario*, que se titulan: *De los historiadores de Colón, con motivo de un libro reciente*, dijo así: «Con la riquísima colección de Navarrete, publicada en 1825, se abre un nuevo período en estos estudios (los de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo), si bien ya los pocos documentos del *Códice colombo-americano* habían suscitado algunos trabajos de dudoso valor y poca trascendencia, como el de Bossi, en 1818, que rebosa el odio más ciego contra España, unido á una tan crasa ignorancia de nuestras cosas, que le hace poner en Madrid la corte de los Reyes Católicos, y confundir el reino de Granada con el de Navarra. Tales desafueros no eran posibles ya, después de la publicación de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, á la cual empezaron á acudir, como á fuente purísima, cuantos querían saber á ciencia cierta lo que por tanto tiempo había embrollado la fantasía y la calumnia.»

En otro lugar, en el *Prólogo* de la *Bibliografía colombina*, ha dicho el Sr. Menéndez y Pelayo que la *Colección de los viajes y descubrimientos* de D. Martín de Navarrete «es sin duda la piedra angular de la historiografía americana».

Otro libro escribió D. Martín Fernández de Navarrete, que puede presentarse, por varios conceptos, como modelo en el género á que pertenece. Ya se comprenderá, por los que se aplican á los estudios históricos, que aludimos á la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, que publicó la Real Academia Española al frente de la edición del *Quijote* hecha por dicha corporación en el año de 1819. Ciertamente es que el Sr. Navarrete no escribió un estudio filosófico acerca de la vida y las obras literarias de Cervantes; pero dentro del plan que se propuso seguir, á saber: formar con datos bien comprobados la parte biográfica del libro, añadiendo muchas é interesantes noticias históricas, que pueden servir para dar idea exacta del medio social que rodeaba al autor del *Quijote*; ciñéndose, digámoslo así, á relatar la vida externa de Cervantes y de la sociedad en que vivió; dentro de estos límites, el Sr. Navarrete hizo un libro en que la copiosa erudición no destruye la claridad del relato, y la sagacidad del crítico no degenera en la nimia observación de menudencias insignificantes.

Juzgando otros escritos del Sr. Navarrete, dice un autor anónimo: «La memoria escrita sobre las expediciones hechas por los españoles en busca del paso noroeste de América, que sirvió de introducción á la relación del viaje hecho en 1792 por Malaspina al estrecho de Fuca, fué elogiada por

el célebre geógrafo Malte-Brun, que en el año de 1826, en que la dió á conocer en Francia el Barón de Zach, se lamentaba hubiese estado ignorada tanto tiempo de la Europa obra de mérito tan relevante. La disertación sobre la parte que tuvieron los españoles en las Cruzadas fué muy útil á Mr. Michaud, según su propia confesión, para ilustrar la historia de estas sagradas expediciones..... La curiosa y sabia correspondencia que como director del Depósito Hidrográfico sostuvo con el Barón de Zach..... hizo variar la opinión de Europa acerca del estado de las ciencias en España en el presente siglo y en los pasados.»

Hemos transcrito las observaciones que preceden del *Prólogo de los editores*, que se halla en el primer volumen de la *Colección de opúsculos*, del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, dado á luz el año 1848, por los Sres. D. Eustaquio y D. Francisco Fernández de Navarrete, y en este *Prólogo* se elogia también la *Introducción* que puso el señor Fernández de Navarrete en su famosa *Colección de los viajes y descubrimientos*, diciendo que «fué una antorcha que iluminó con nuevos rayos la obscura historia de las expediciones marítimas de los españoles desde fines del siglo xv». Obsérvese que en esta *Introducción* levantó el Sr. Navarrete la bandera del patriotismo, mejor dicho, la bandera de la verdad histórica, destruyendo muchas de las calumniosas imputaciones con que los autores extranjeros manchaban la memoria de los Reyes Católicos, y de la mayor parte de los magnates portugueses, aragoneses y castellanos que más poderosamente influyeron en el descubrimiento y conquista de las tierras del Nuevo Mundo. La empresa iniciada por el Sr. Navarrete el año de 1825, en que vió la luz el primer volumen de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, ha sido gloriosamente continuada por el P. Ricardo Cappa, durante su residencia en América por los años de 1885, según puede verse en la primera edición de su libro *Colón y los españoles*; y en España, antes de que llegase la cuarta conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo, ya el P. Fidel Fita, el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro y los Sres. D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza habían puesto en punto de evidencia la verdad histórica, del todo conforme con las apreciaciones hechas por el Sr. Navarrete en la *Introducción* antes citada; y durante la celebración de dicho centenario se ha completado la vindicación de Portugal y España en varios escritos de las señoras Pardo Bazán y Duquesa de Alba, del P. Mir y de los Sres. Oliveira Martins, Pinheiro Chagas, Cánovas, Castellar, Ibarra, Paz y Méla, Sales, Serrato y Stor.

Como obras póstumas del Sr. Navarrete se han publicado una parte de la *Biblioteca Marítima Española* (Madrid, 1851), costada por el Ministerio de Marina, y la *Disertación sobre la historia de la Náutica* que dió á luz la Academia de la Historia en el año 1846. También se habían de incluir algunos escritos inéditos del Sr. Navarrete en la *Colección de opúsculos*, que antes mencionamos; pero esta obra quedó interrumpida y no pasó de su segundo tomo. En estos dos tomos se coleccionaron las biografías de algunos famosos navegantes, marinos militares y literatos, escritas por el Sr. Navarrete, que unas estaban inéditas y otras ya se habían publicado. En las biografías de los literatos y poetas D. José de Vargas y Ponce, Cadalso, Samaniego, D. Vicente de los Ríos, D. Tomás de Iriarte, Forner y García de

la Huerta se hallan algunas noticias curiosas y poco conocidas; y á este número pertenece la variación de criterio que tuvo el fabulista Samaniego para juzgar á D. Tomás de Iriarte, antes y después de la publicación de sus *Fábulas literarias*. Había escrito Samaniego:

En mis versos, Iriarte,
Yo no quiero más arte
Que tomar á los tuyos por modelo;
Á competir anhelo
Con tu numen que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser, ordena Apolo,
Que digno sólo tú, la pulses solo.

Poco tiempo después de impresas estas alabanzas, escribió é hizo imprimir D. Tomás de Iriarte sus *Fábulas literarias*, que realmente daban lugar á establecer puntos de comparación entre sus méritos y los de las fábulas de Samaniego un año antes publicadas. No le pareció bien á Samaniego el proceder de D. Tomás de Iriarte, y publicó en Victoria, sin nombre de autor, una crítica de las *Fábulas literarias*, y algunos años después un folleto, que se imprimió en Bayona, censurando en prosa y verso las obras de Iriarte. Dice el Sr. Navarrete, que de los epigramas que había en este folleto sólo recordaba el siguiente:

Tus obras, Tomás, no son
Ni buscadas, ni leídas,
Ni tendrán estimación,
Aunque sean prohibidas
Por la Santa Inquisición.

Asegura el Sr. Navarrete que el fabulista Samaniego «fué perseguido por la Inquisición por sus opiniones y escritos libres, y sólo el influjo de amigos poderosos pudo salvarle de esta persecución». Parece que no carecían de motivo las persecuciones inquisitoriales de que *no fué* víctima Samaniego, á juzgar por el epigrama que el Sr. Navarrete recordaba.

En los primeros años de su juventud había escrito el señor Navarrete gran número de composiciones poéticas, que fueron favorablemente juzgadas, según se dice, por personas tan competentes en la materia como lo eran, sin duda, Jovellanos, Meléndez, Forner é Iriarte. Estas poesías, que habían de publicarse en la *Colección de opúsculos*, parece que en su mayor parte aun se hallan inéditas.

Algo se mezcló D. Martín Fernández de Navarrete en las polémicas literarias, tan frecuentes en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del presente; pero en este género de escritos, en lo que puede llamarse la crítica literaria *al día*, sólo conocemos un artículo suyo acerca de las fábulas de Samaniego y del nuevo rumbo emprendido por D. Tomás de Iriarte en sus *Fábulas literarias*. Este artículo lleva la fecha del 20 de Mayo de 1782; es decir, que el Sr. Navarrete aun no había cumplido diez y siete años cuando lo escribió, y sin embargo, pudiera creerse que es obra de sesudo varón, alejado ya por el tiempo de los arrebatos de la juventud y nutrido asiduamente en el estudio de los preceptistas clásicos.

Nótese que D. Martín Fernández de Navarrete, que por la profesión que había seguido era marino militar y por sus particulares aficiones poeta y literato, escribe siempre acerca de las materias que por sus estudios le son bien conocidas, arte de navegar, descubrimientos geográficos, cosmografía, historia literaria; y nótese también, que esta condición de hablar de lo que se entiende, debiera ser patrimonio de todos los escritores científicos, y sin embargo no sucede así. Cierto es que las obras de medicina suelen estar escritas por médicos; las de matemáticas, química, física y otras varias ciencias por los que á su estudio se dedican; pero de las guerras y su historia han escrito multitud de personas ajenas á todo conocimiento militar; cuestiones de derecho político y de derecho internacional han sido tratadas en obras históricas por poetas y novelistas, que acaso desconocían la existencia de las llamadas ciencias morales y políticas; y de filosofía trata todo el mundo, sin más estudios previos que los necesarios para aprender á leer, escribir y contar; y hasta sin ningún estudio, si la facundia del preopinante corre parejas con la osadía de su ignorancia.

Acerca de las historias del descubrimiento del Nuevo Mundo, los autores que en la primera mitad del siglo presente han escrito con más acierto han sido: el alemán Alejandro de Humboldt, que era un sabio en las ciencias físico-matemáticas; el portugués Vizconde de Santarem, que se dedicó con asiduidad al estudio de la Geografía, y nuestro D. Martín Fernández de Navarrete, que por su profesión y por sus conocimientos especiales en Cosmografía, pudo ver en toda su grandeza la obra que llevaron á cabo los portugueses y los españoles durante dos centurias, desde los comienzos del siglo XV, hasta los del XVII, obra que consistió en dar á conocer experimentalmente la configuración y el tamaño del planeta en que vivimos.

Muchas son las biografías que se han escrito del Sr. Navarrete; pero las que contienen mayor número de pormenores y de atendibles juicios son la publicada por el célebre obispo D. Félix Torres Amat, en el libro titulado: *Apéndice á la vida del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, arzobispo de Palmira* (Madrid, 1838), y la que vió la luz en la *Galería de Españoles célebres contemporáneos* (Madrid, 1841), debida á la pluma del fecundo publicista D. Fermín Gonzalo Morón. Murió el Sr. Navarrete el martes 8 de Octubre de 1844, y cuatro días después, el 12 de Octubre, publicóse en la *Gaceta de Madrid* su necrología redactada por D. Eustaquio Fernández de Navarrete, y en el número del *Semanario Pintoresco* correspondiente al 15 de Diciembre de 1844 apareció una biografía, ó más bien, un merecido elogio histórico de *El Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete*, firmado por D. Luis Villanueva, que se proclamaba discípulo y cariñoso amigo del sabio que acababa de morir.

Las noticias biográficas consignadas en los escritos del obispo Torres Amat, y de los señores Morón, Navarrete (D. Eustaquio) y Villanueva, fueron ya reproducidas ó ya extractadas por Mr. Duflot, en su obra *Mendoza y Navarrete* (París, 1845); por D. Pedro Sáinz de Baranda y don Miguel Salvá, en el comienzo del tomo VI de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*; por don

Manuel del Campo, en la *Revista Científica* (Madrid, 1847); por el vicealmirante Pavia, en su *Galería biográfica*, y por los autores de los artículos biográficos insertos en la parte publicada de la *Biblioteca Marítima Española* y en los *Diccionarios* de Larousse, Mellado y otros semejantes.

En los estrechos límites en que hemos de encerrar estas noticias biográficas, sólo podemos consignar aquí que D. Martín Fernández de Navarrete nació en Ábalos, en la noche del 8 al 9 de Noviembre de 1765, y que fueron sus padres D. Francisco Fernández de Navarrete y su legítima mujer D.^a María Catalina

Jiménez de Tejada. Siendo menor de edad ingresó en la inclita y militar orden de San Juan de Jerusalén, como caballero de Justicia, lo cual prueba la nobleza de su linaje, que por ambas líneas, paterna y materna, pertenecía, según se dice, á los más ilustres de Navarra y de la Rioja. Estudió lo que por aquel entonces se llamaba Humanidades en el Seminario de Vergara; pero pronto dejó este género de tareas literarias, y trocando el libro por la espada, sentó plaza de guardia marina en el departamento del Ferrol, el año 1780; y poco después, embarcado en el navío *San Antonio*, fué incorporado á la escuadra que mandaba D. Luis de Córdoba; tomó parte en la guerra contra los ingleses que á la sazón hacían unidas Francia y España; se halló en el sitio de Gibraltar del año 1782 y en el combate del cabo de Espartel. Hecha la paz con Inglaterra en 1783, fué destinado al departamento de Cartagena é hizo varias campañas de corso contra los moros en los años de 1784 y el siguiente, hasta que se firmó la paz con la regencia de Argel. Declarada la guerra á la República francesa, el Sr. Navarrete solicitó ser destinado á la escuadra que operaba á las órdenes de D. Juan de Lángara, en la cual prestó distinguidos servicios de guerra, así en la entrada en Tolón, como en los auxilios dados á la plaza de Rosas, y en otras varias ocasiones.



LOS MEJORES AMIGOS.

Nombrado D. Juan de Lángara en 1796 secretario de Estado y del despacho universal de Marina, llamó á su lado al Sr. Navarrete, dándole el destino de oficial tercero en la Secretaría de Marina. En 1806 ascendió á oficial mayor de la misma Secretaría, y en 1807 fué nombrado ministro fiscal del Consejo Supremo del Almirantazgo.

El Sr. Navarrete había contraído matrimonio en Murcia el año 1797 con la Sra. D.^a Manuela de la Paz y Galtero, y ocupado en el cuidado de su hogar doméstico, cumpliendo con rigurosa exactitud las obligaciones que sus altos cargos

le imponían, y sin olvidar sus favoritos estudios de historia y literatura, vivía sin duda, hasta donde es posible en este mundo, feliz y tranquilo, cuando la invasión napoleónica vino á turbar su pacífica existencia. Conocedor el ministro de Marina del intruso rey José I de las dotes del Sr. Navarrete, quiso confirmarle en el cargo de ministro fiscal del Consejo Supremo del Almirantazgo; pero su españolismo rechazó esta merced, respondiendo oficialmente: «Repugna á mi conciencia y al derecho natural contribuir á la muerte de mis padres, hermanos y parientes, y en fin, al de toda mi Nación, ligándome á una causa que ésta resiste con las armas en la mano. Todo lo que se puede exigir de mí es que sea un ciudadano pacífico, y bajo esta consideración renuncio á todos los em-

pleos que pueden forzarme á ir contra estos principios de honor, de patriotismo y de sana moral.» Este lenguaje usaba el Sr. Navarrete contestando al ministro D. José de Mazaredo, su antiguo compañero y jefe, que había tomado partido á favor de los franceses en nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

La Academia Española y la de Nobles Artes de San Fernando habían abierto sus puertas al Sr. Navarrete, y en la de la Historia ingresó el año de 1800, leyendo un *Discurso sobre los progresos que ha tenido en España el arte de navegar*, que se imprimió el año de 1802. Al ingresar en la Aca-

demia Española también había leído el Sr. Navarrete un *Discurso sobre la formación y progresos del idioma castellano, y sobre la necesidad que tiene la oratoria y la poesía del conocimiento de las voces técnicas ó facultativas.*

No desempeñando ningún cargo oficial el Sr. Navarrete desde que rechazó el nombramiento del ministro Mazarredo, se ocupó con asiduidad incansable en sus estudios de historia de la marina y de las letras españolas, viviendo hasta el año de 1812 en Madrid, y después en Cádiz y en Murcia. En el año 1814 pidió y obtuvo su jubilación, y fijó su residencia en Madrid.

Las ideas políticas de D. Martín Fernández de Navarrete sin duda no le inspiraban grandes entusiasmos ni rudas intransigencias, pues le vemos vivir tranquilo durante las revueltas del periodo liberal iniciado por la revolución del año 1820; le vemos aceptar durante la *ominosa década*, que decían nuestros mayores, la dirección del Depósito Hidrográfico, y publicar en 1825, bajo la protección de S. M. don Fernando VII, el primer tomo de su *Colección de los viajes y descubrimientos*; y al comenzar el reinado de Isabel II es nombrado prócer del Reino, y andando el tiempo ocupa repetidas veces los escaños del Senado como representante de Logroño, y figura entre los políticos liberales, aunque mezclándose poco en las luchas de los partidos.

Desde el año de 1814, en que fijó su residencia en Madrid el Sr. Navarrete, hasta el de 1844, en que entregó su alma á Dios, transcurrieron treinta años, durante los cuales fué puntual su asistencia á las juntas de las Reales Academias de que formaba parte, como director de la Academia de la Historia, como bibliotecario de la Española y como vicedirector de la de San Fernando. Cuando, teniendo en cuenta su ancianidad, le indicaban sus amigos el peligro que corría al salir de su casa en las frías noches del invierno, no hacía caso de tan cariñosas advertencias, y contestaba resueltamente: «El hombre ha nacido para el trabajo, y si no puede trabajar, debe morir.»

Los temores de sus amigos se realizaron, porque el señor Navarrete cayó enfermo con un catarro pulmonar, y á pesar de los cuidados de su médico de cabecera, el académico de la Española D. Mateo Seone, falleció, como ya dijimos, el martes 8 de Octubre de 1844, en la casa que hasta hace poco tiempo ha ocupado la Real Academia Española, calle de Valverde, núm. 26.

Poeta y soldado valeroso en su juventud, funcionario integérrimo en su edad madura, trabajador incansable en todas las épocas de su vida; creyente en el bien que produce el conocimiento de la verdad y afanándose por encontrarla, ya en el libro olvidado, ya en el manuscrito casi ilegible, ya en el estudio de las ciencias físico-matemáticas, así fué D. Martín Fernández de Navarrete: su figura histórica, tan conforme con la posible elevación de miras y pureza de motivos que hacen de la sabiduría camino de la virtud, su figura histórica aparece tan noble y tan humana, que no necesita los falsos resplandores de la fantasía, ni las primorosas frases de la retórica, para merecer la simpatía y el aplauso de las presentes y futuras generaciones.

Si llevasen título las diversas partes de que consta este bosquejo biográfico, la presente se llamaría: *Las des-*

dichas póstumas de D. Martín Fernández de Navarrete.

En la exposición de pinturas de la Academia de San Fernando que se verificó el año de 1837, presentó D. Vicente López un magnífico retrato del Sr. Navarrete, del cual es una copia, hecha por D. Valentín Carderera, el que ahora existe en la Real Academia de la Historia. Hemos procurado averiguar el paradero del retrato pintado por D. Vicente López, y nuestros esfuerzos han resultado infructuosos. ¿No sería conveniente que para honrar la memoria del señor Navarrete y la de su célebre retratista se buscara y adquiriera por el Estado dicha obra pictórica y se colocara en un Museo, como medio de evitar su desaparición?

Don Martín Fernández de Navarrete, según consta en su partida de defunción, estaba viudo cuando se verificó su muerte; dejó por herederos de todos sus bienes á sus hijos D. Antonio Gervasio, D.^a María Micaela, D.^a María de la Concepción y D.^a María Luisa, y fué enterrado en el cementerio de la puerta de Fuencarral en la tarde del 10 de Octubre de 1844. El individuo de número de la Real Academia de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro, encargado de buscar el sitio donde se hallaban sus restos mortales, para pedir fueran trasladados al Panteón de Marinos Ilustres, ha descubierto que la familia del sabio marino no compró sepultura perpetua para enterrar su cadáver, y después del medio siglo que ha transcurrido desde el día de su muerte á los que hoy corren, sus huesos se hallan hace tiempo en el hoyo común, sin que haya medio de reconocerlos.

En el año 1848 los Sres. D. Eustaquio y D. Francisco Fernández de Navarrete comenzaron á publicar una obra titulada: *Colección de opúsculos del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete*; obra en que habían de presentarse reunidas todas las biografías y disertaciones y las mejores poesías que había escrito el Sr. Navarrete; pero al final del segundo tomo se halla una *Advertencia*, donde dicen los editores que se suspende la publicación de los tomos restantes, por falta de medios para costear su impresión. Así han quedado sin ver la luz pública muchas poesías y varios trabajos en prosa del Sr. Navarrete.

Dejó el Sr. Navarrete casi concluida, ó mejor dicho, concluida, aunque no revisada, una *Biblioteca Marítima Española*, y dicen que por el Ministerio de Marina de la nación francesa se hicieron proposiciones á los herederos de su autor para la compra del manuscrito y su impresión en castellano; pero por patriotismo, ú otras causas, no fueron aceptadas estas proposiciones; y entonces nuestro ministro de Marina, que lo era el ilustre D. Alejandro Oliván, facilitó á los hijos del Sr. Navarrete los medios para que se publicase por cuenta del Estado la *Biblioteca Marítima Española*; que, con efecto, se publicó en parte, bajo la inteligente dirección del brigadier de la Armada D. Jorge Lasso de la Vega; pero la mala estrella que sin duda perseguía la fama póstuma de D. Martín de Navarrete ocasionó tales dificultades, en los momentos de la terminación de la obra, que, ya impreso todo el tomo III, dicen que se vendió al peso del papel, sin llegar á encuadernarse más que dos ejemplares; uno de los cuales ha de hallarse, según nos han asegurado, en la biblioteca del Depósito Hidrográfico, y el otro lo vimos hace años en un puesto de libros, y no sabemos dónde habrá ido á parar.

Se cuenta que fué muy escaso el número de concurrentes al entierro del Sr. Navarrete, y alguien hubo que se lamentó

de esta muestra de indiferencia pública respecto á tan insignificante escritor; pero afirman que atajó sus reflexiones un conspicuo personaje político y capitán valeroso por mar y tierra, exclamando: «¿Y quién era D. Martín Fernández de Navarrete? *Un cartapaciero.*» ¡Así suelen maltratar á los sabios los que están muy lejos de serlo!

Refiere el Sr. Fernández Duro en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (número del mes de Junio de 1894), que dicha Academia, en la Junta celebrada la noche del viernes 11 de Octubre de 1844, encargó al académico de número D. Marcial Antonio López que escribiese un elogio histórico del Sr. Navarrete. El Barón de la Joyosa es mucho más conocido como académico que como escritor, puesto que pertenecía á las tres Reales Academias en aquel entonces existentes, la Española, la de la Historia y la de San Fernando, y los libros que ha escrito quizá sean nones y no lleguen á tres. Sea de esto lo que quiera, el Barón de la Joyosa no escribió el elogio del Director de la Academia de la Historia D. Martín Fernández de Navarrete, y el acuerdo tomado en la Junta académica de 11 de Octubre de 1844 quedó incumplido. En compensación de este contratiempo, nuestro amigo D. Antonio Sánchez Moguel nos indicó que en la *Galería de Riojanos ilustres* (Valladolid, 1888), escrita por el doctor D. Constantino Garrán, había un estudio biográfico acerca del Sr. Navarrete que merecía leerse, para decir de su autor lo que el discreto fácilmente comprenderá. En efecto, el Sr. Garrán, desentendiéndose de todo lo que se ha escrito acerca de la vida y las obras científicas y literarias del Sr. Navarrete, cita como única fuente de conocimiento las *Memorias biográficas de los varones ilustres de la Rioja*, por D. Francisco Javier Gómez, y para juzgar del mérito de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* se limita á recordar los artículos que publicó en *La Ilustración Española y Americana* D. Julio de Sigüenza, donde se afirma que el Sr. Navarrete fué el primero que dijo que D.^a Isabel de Saavedra era hija natural de Cervantes. Al saber esto, monta en cólera el Sr. Garrán y exclama, subrayando las palabras en la misma forma que nosotros lo haremos:

«Nuestro paisano Navarrete sería tan *sumamente ilustrado* como quiera D. Julio de Sigüenza; tan *distinguido académico*, si no más, que el Sr. Marqués de Molíns y los otros *amantes de las letras* que biografiando á Cervantes le han seguido; pero (á la verdad lo suyo) *enriqueció la vida del sin par escritor* con una imputación ligera, falsa y horriblemente injuriosa para la memoria del honrado y caballeroso Manco de Lepanto, del cristiano y virtuoso cautivo de Argel, del esclavo del Santísimo Sacramento, Miguel de Cervantes Saavedra. Gravisimo error y pecado literario, que jamás perdonarán las letras españolas á nuestro paisano Navarrete.»

Es el caso, que recientemente se ha encontrado un testamento de D.^a Isabel de Saavedra, en que dice que su madre se llamaba D.^a Ana de Rojas, y como Cervantes jamás estuvo casado con esta señora, resulta que el Doctor Garrán tendrá que confesar, mal de su grado, que el Sr. Navarrete no hizo la imputación ligera, falsa é injuriosa que le cen-

suraba con ligereza de juicio, falsedad de conceptos y acritud de palabras muy próximas á la injuria.

El Sr. Garrán da dos noticias desconocidas de todos los biógrafos de D. Martín de Navarrete. Dice que «por una carta de un querido amigo nuestro, sobrino de los Navarretes, hemos sabido que D. Martín llegó á ser ministro de Marina.» Hasta ahora sólo el Doctor Garrán y *el sobrino de los Navarretes* saben que D. Martín Fernández de Navarrete llegó á ser ministro de Marina. Puede que con el tiempo esta noticia deje de ser un secreto de familia.

La otra novedad que se halla en la biografía escrita por el doctor D. Constantino es haber incluido entre las obras de D. Martín de Navarrete la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, obra fundada bajo el amparo de su nombre, pero dirigida realmente por los señores D. Miguel Salvá y D. Pedro Sáinz de Baranda.

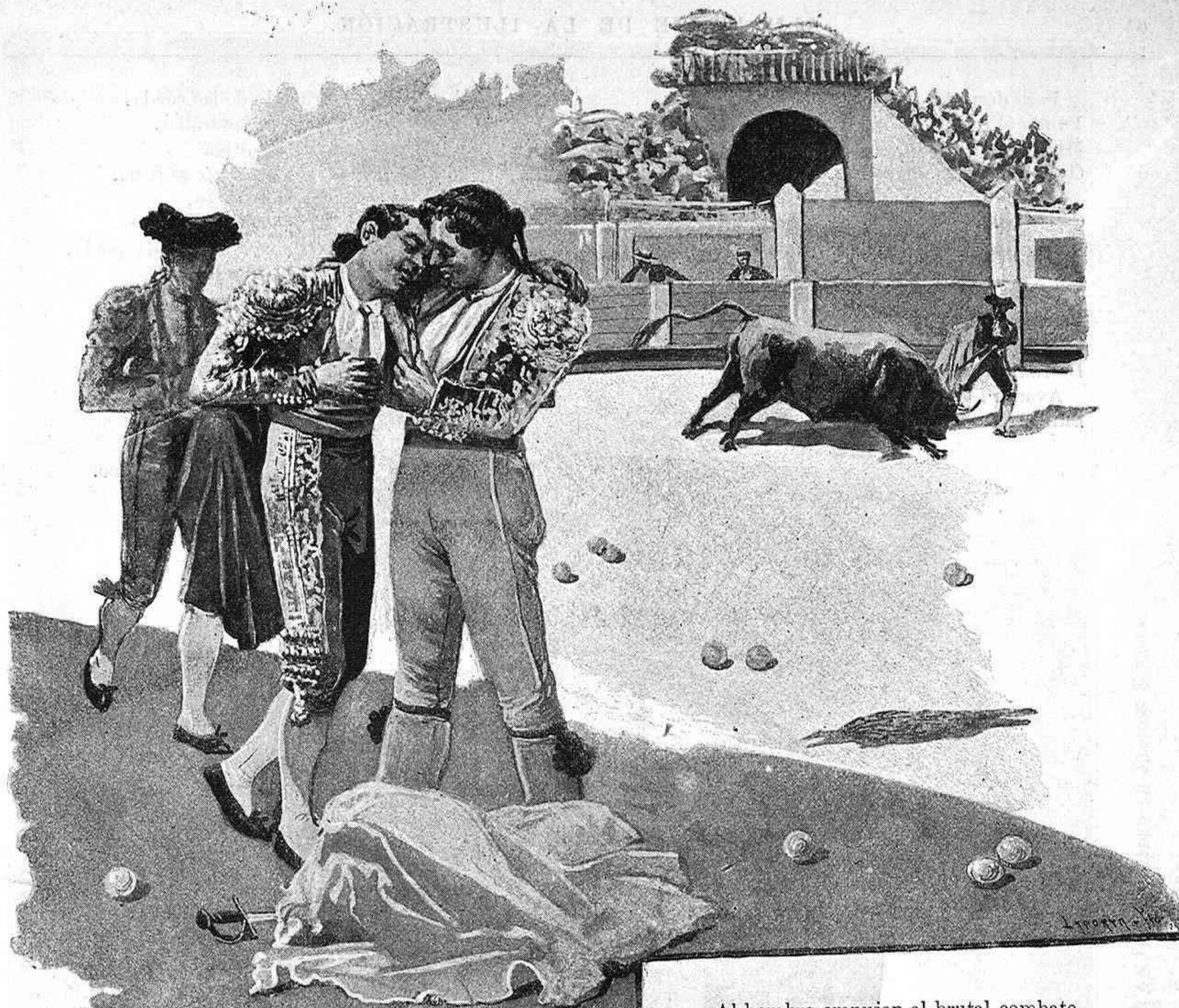
Dejemos en paz al doctor D. Constantino, y ya que hemos hablado de la *Colección de documentos inéditos*, para poner término á estos apuntes biográficos, recordaremos un hecho que cuentan los Sres. Salvá y Sáinz de Baranda, y en el cual se manifiesta el concepto que tenía el Sr. Navarrete acerca de lo que debía ser la historia en la época presente. Al entregar al Sr. Navarrete, como director de la Academia de la Historia, el último cuaderno del tomo III de la *Colección de documentos inéditos*, le dijo un académico: «Al fin ya se han concluido tres tomos.» Y al oír estas palabras, contestó con viveza: «Trescientos habían de ser, y que los viese yo en mi librería; porque sin estas publicaciones, nunca tendremos historia de España.»

Los críticos contemporáneos nuestros, que conceden á la publicación de los documentos inéditos mayor importancia que á los estudios que pueden hacerse sobre los textos ya conocidos, verán que D. Martín de Navarrete en la primera mitad del siglo presente ya pensaba de ese mismo modo, llevando hasta el extremo el rigor de sus opiniones; puesto que afirmaba que no habría historia de España, que no se conocería nunca la verdad histórica, sin el auxilio de publicaciones semejantes á la *Colección de documentos inéditos* que bajo su patrocinio se había fundado. La fe en la ciencia, que, como la religión, la ciencia requiere el entusiasmo de la fe en sus cultivadores; la fe en la ciencia es uno de los rasgos que más avaloran el carácter del Sr. Navarrete. Trabajó mucho y muy constantemente, porque siempre creyó en la posibilidad de que el ser humano llegue al conocimiento de la verdad, si para lograr este fin emplea todas las fuerzas de su entendimiento y las energías de su voluntad. Creyó don Martín Fernández de Navarrete en la bondad y trascendencia de la sabiduría humana; y esta creencia disciplinó su entendimiento y dirigió su voluntad, haciendo que predomine en sus obras, no el deseo del vulgar aplauso ó del mezquino lucro, sino el santo amor á la verdad, fundamento de todo progreso humano; porque ya enseñó la divina palabra: la verdad os hará libres; esto es, libres de todo linaje de errores y de los males sin cuento que del error se derivan.

LUIS VIDART,

Madrid, 4 Julio 1894.





¡HULE!

Vestido con guñapos de colores,
Sudoroso y febril, el pobre espada,
Liando la muleta, va hacia el toro,
Que muge de dolor, espanto y rabia.

Al hombre empujan al brutal combate
El aliciente de mezquina paga
Y aquel rumor del oleaje inquieto
Que en gradas y tendidos se levanta.

Llega al bruto por fin. La roja tela
Mueve, agita y ondea desplegada
Para excitar el bárbaro coraje
De la res, que con ímpetu se arranca.

Y otra vez, y otra más. Y tantas veces,
Que al público molesta la tardanza,
Y entre insultos groseros, se impacienta
Por ver cuál de los dos es el que mata.

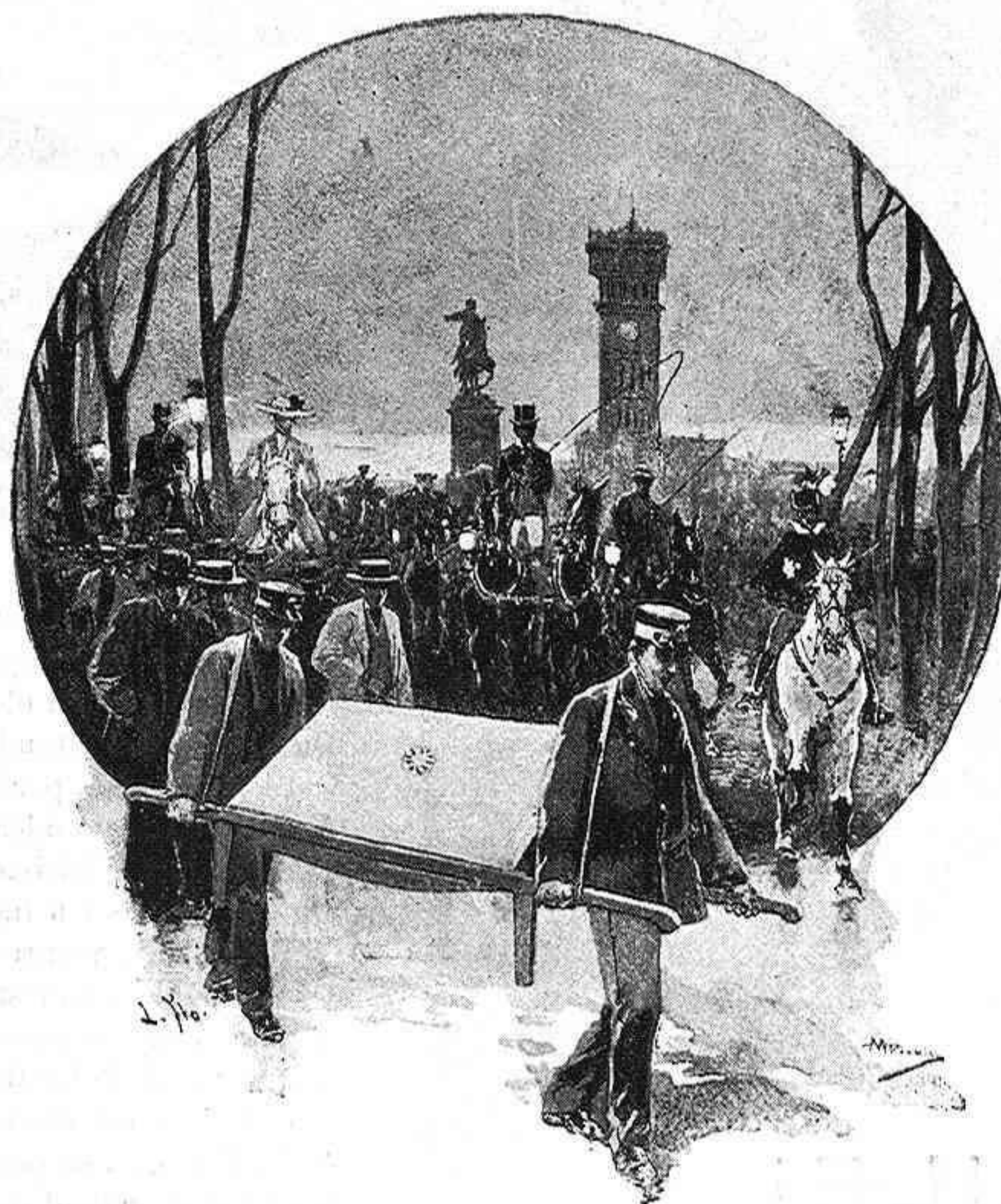
Pide á la honrilla el pobre novillero
Valor forzado, se perfila, avanza,
Y aprovechando el momentáneo arrojó,
Los ojos cierra y el estoque clava.

Revuélvese la fiera; un alarido
De profundo terror llena la plaza,
Y cae en tierra el hombre, y huye el toro,
Que tinto el cuerno del encuentro saca.

Poco después, tendido en la tarima,
 Pálido el rostro, turbia la mirada,
 Mientras cubren su herida con vendajes,
 Oye el herido retumbar lejano
 La tempestad de aplausos y silbidos
 Que al acabarse cada suerte estalla
 Para animar los lances de la lucha,
 Que sigue, entre el bullicio de las masas.....
 Y al fin, cuando las sombras de la noche
 Á duras penas á romper alcanzan
 Los recién encendidos farolillos
 De tranvías, simones y tartanas,
 Avanza lentamente una camilla
 Entre la multitud que ríe y canta

Y el monótono estruendo de las ruedas
 Y el áspero chasquido de las trallas.
 Al paso de la triste comitiva
 Callan los grupos, y á escuchar se paran
 Los roncros estertores del herido,
 Que lucha de la muerte con las ansias;
 Mientras del circo, que á la espalda queda,
 Brillando surgen y los aires rasgan
 Cohetes de melenas luminosas,
 Lluvia de fuego que al caer se apaga.
 Y cuando, para alivio á la fatiga,
 De la camilla el hule se levanta,
 Se ve una cara lívida allá dentro
 Al brillante fulgor de las bengalas.

SINESIO DELGADO.





LIBRERIA
NACIONAL
BIBLIOTECA
DE HISTORIA Y
ARTES

LOS NARANJOS.—CUADRO DE JOAQUÍN SOROLLA.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



Ó Manolo, según se le nombraba generalmente, si como literato tenía personalidad, en su trato social y en la intimidad era digno de estudio.

«Un conjunto inarmónico», al decir de un literato insigne; «un convaleciente de loco», en sentir de otro escritor no menos ilustre; «un corazón en libertad»; «un poeta del siglo XVII que sobrevivió á su época, con sus puntas de soldado y sus galanterías de caballero»; «un niño por dentro», soñador y caprichoso; «una imaginación sin freno».

Todo esto se ha dicho del popular escritor, y de todo tenía.

En su trato era, efectivamente, un niño, con todas sus vanidades y sus gracias, y aun sus impertinencias, á las veces, con la amistad y con el compañerismo.

Apuntar anécdotas, oportunidades y rasgos de su vida íntima, es tarea larga.

Aparte de cuantos le atribuyen inmerecidamente, en la vida de Manolo hay suficiente número para formar algunos tomos del tamaño de aquellas novelas por entregas que escribía para los señores Manini, Guijarro y otros editores á quienes ayudó á enriquecer.

Como algunas de nuestros maestros de los siglos XVI y XVII, Manolo fué soldado en sus principios.

Soldado y valiente, según él, y aun en sentir de algún compañero de armas.

Demostraba las altiveces del caballero y los francos hábitos del militar.

Quién dice, aunque no sé si con verdad, que en la losa cineraria que cierra la sepultura del honrado progenitor del poeta granadino, se lee lo siguiente, mandado esculpir por Manolo:

«Aquí yace el padre de Manuel Fernández y González.» Como queriendo significar: «que á nada habría llegado si no fuera mi padre», ni á muerto, tal vez. «Gloria de reflejo de este sol de la patria.»

¡Qué era ver á Manolo, con su uniforme de caballería y sus galones de sargento—me decía un contemporáneo del insigne escritor—y su espada, arrastrando casi siempre, para llamar, con el ruido, la atención á su personalidad,

cuando entraba en algún establecimiento ó en espectáculo público!

Se imaginaba un caballero cristiano que volvía rendido por el cansancio de matar moros, ó después de limpiar de moriscos las Alpujarras, ó de combatir en Lepanto, al lado de D. Juan de Austria y de Miguel Cervantes Saavedra.

Verdad es que otras veces se sentía moro andaluz que bajaba en brioso caballo cordobés por la cuesta de los Gomeles, con el blanco alquicel flotando al aire, y seguido de turba de jinetes moros que le escoltaban.

Por entonces, no siendo moro, sino luciendo el uniforme de sargento de caballería, realizó una de sus aventuras caballerescas, llamémosla así.

Ello fué en el café titulado de *Platerías*, en Madrid y en la calle Mayor.

El motivo aun no está definitivamente aclarado por los cronistas; pero la versión más verosímil es la siguiente:

Entró el sargento Fernández, solo y con su sable arrastrando, según costumbre, y fué á sentarse hacia los medios del salón del café, junto á un velador del centro.

En el contiguo tomaban café dos buenas mozas.

Sobre si el camarero que las servía se extralimitó del cumplimiento de sus humildes funciones, ó por si ellas se quejaron, aunque fuera sin fundamento, Manuel increpó duramente al mozo.

Replicó éste, gritaron las mujeres, enteráronse los concurrentes de la pelea entre militares y paisanos, y tomaron el partido del camarero, contra la milicia y las faldas.

Entonces fué cuando Manolo Fernández, desenvainando la espada, y echando por delante á las señoras, llegó hasta la puerta del establecimiento; y allí, y viéndolas ya en salvo, abierto de piernas y como si se afirmara en los estribos de la cabalgadura para arremeter contra los malandrines, gro-

seros con las damas y follones, blandiendo á un tiempo el sable y gritando, dijo:

—¡Aquí eztoy yo, zolo, para haceros enmudecer á todos, juntos ó separados, insensatos, que *chiyáis* como mujerzuelas; aquí me tenéis, dispuesto á defender cara mi vida!

Sobrevino ó sobrellovió algún proyectil, disparado por tal cual parroquiano contra el caballero andante.

Pero la mediación del dueño del establecimiento y de otras varias personas, que le ayudaron en su tarea, logró que prevalecieran los temperamentos de prudencia, y así terminó la aventura caballeresca.

—Por una pequeñez andábamos á tajos y estocadas—solía contar Manolo, aludiendo á la época de sus aventuras.—Ya se sabía: duelos á muerte. Íbamos al terreno y principiábamos por abrir una zanja, y ayí enterraba el vivo al muerto; luchábamos hasta no poder ya con el acero, y el vencedor acorralaba al vencido, hasta la fosa, donde le arrojaba zin vida.

—¿Eso era frecuente, Manolo?—le preguntaba algún amigo, bien por curiosidad fingida, bien para exasperarle.

—Yo no tuve lances de esos—respondía;—es decir, que no maté, porque perdonaba en viendo rendido al enemigo.

Manuel conservó estos instintos belicosos hasta sus últimos años.

En un almuerzo con otros varios literatos, uno de ellos, para molestar á Fernández y González, aventuró un juicio no muy favorable de una de las obras dramáticas del insigne escritor.

Entonces Manolo, empuñando un cuchillo que tenía al lado, romo como cuchillo de mesa, y á grandes voces, exclamó, levantándose del asiento:

—¡Ea! ¡Acortemos razones! ¡Matemos ya!

Afortunadamente la fiesta no paró en drama, sino en comedia.

—¿Dónde está ese crítico—voceaba, entrando en la redacción de un periódico, á la sazón muy popular;—ese que se mete con mi *Cid*? que vengo á envolverle en un número del periódico para arrojarlo por un balcón á la calle.

—Pero, D. Manuel, calma, calma—le dijo el director del diario.

—¿Qué D. Manuel? Yo no soy D. Manuel; yo soy el padre del *Cid*; solamente que á mí no hay quien me ponga ni la vista encima.

En el cuarto del primer actor D. Manuel Catalina, en el vestuario del teatro Español, estaba una noche Fernández y González, según costumbre, cuando entró otro crítico, que había tratado malamente otra obra teatral del popular autor.

Uno de los contertulios en el cuarto de Catalina, dijo en voz baja á Manolo:

—Ahí tienes á..... Fulano.

—¿Cuál es? ¿cuál es?—preguntó con interés Fernández y González.

—Aquel que se ha sentado en el diván, debajo del mechero de gas.

Manuel, que era miope, se levantó pausadamente, y sacó un cigarrillo de papel.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó el amigo.

—Nada, déjame—respondió el insigne poeta.

—Estate quieto.

—Caya y verás.

Se aproximó como para encender el cigarrillo en la luz, y dominando al crítico y mirándole de arriba abajo, con voz cavernosa y entonación y gesto despreciativos, dijo:

—¡Átomo!

Y se volvió á su asiento, sin decir más palabra.

Era soberbio, y no es mi misión añadir si merecía serlo.

En este terreno son innumerables los rasgos de Manolo Fernández y González; algunos de ellos son otras tantas pruebas de su ingenio superior.

—¿Quién crees tú que es más novelista, Cervantes ó tú?—le preguntó un día Zapata.

Y él, sin disgustarse ni demostrar extrañeza, respondió con frescura:

—Te diré.

—Ese acto último del *Cid* es flojo—le decía un compañero, después de terminar el estreno.

—Sí, decae un tanto, y es lástima—corroboraron otros.

Manolo, sin inquietarse y con aquella difícil facilidad que tenía para las réplicas, respondió:

—Es un acto provisional, caballeros.

—Me parece—me decía la noche en que se estrenó en el Español su drama *Cisneros*—que ha sido un éxito, ¿eh, Palacicos?

—¡Ya lo creo!—afirmé.

—Doce llamadas á escena—continuó;—aplausos en toda la obra.... ¿eh?

—Y han estado bien los actores—apunté.

—Sí, Antoñillo ha apretao y Miguel ha hecho un obispo Acuña del naturá.

Se refería á Vico y á Cepillo.

—¡Qué hermoso retrato el de Acuña y qué hermoso romance el de la primera escena del acto segundo!—me atreví á indicar.

—¡Ahora que escriban dramas todos esos! ¿eh? Y que no me he traído yo al teatro á mis morenos.

«Sus morenos» eran multitud de gentes del pueblo sano, seres fantásticos de quienes él creía disponer, lo mismo para salvar un drama que para dar la batalla á cualquier gobierno en las calles, ó para lanzarse al campo ó invadir algún país extranjero.

Los morenos nunca acudieron, ni hacían falta.

La Europa era el título de un periódico fundado por Mr. Detroyat, en Madrid.

Á Fernández y González encomendó el folletín, y empezó á publicar *La Reina de las Gitanas*, novela *cañí*, según él.

Nos veíamos casi á diario, y él procuraba encontrarme para decirme invariablemente:

—Vamos á ver, Palacicos, ¿qué tal va eso? ¿Es verdá? Son flamencos los tipos, ¿eh? ¿Y el lenguaje? *Cañí* puro, ¿verdá? Ahora viene una situación en que la gitaniya....

Me honraba con su predilección y me obsequiaba en los últimos años de su vida, y aun llegó á iniciarme en la secta que se proponía fundar.

Una secta de dos solos: él y yo.

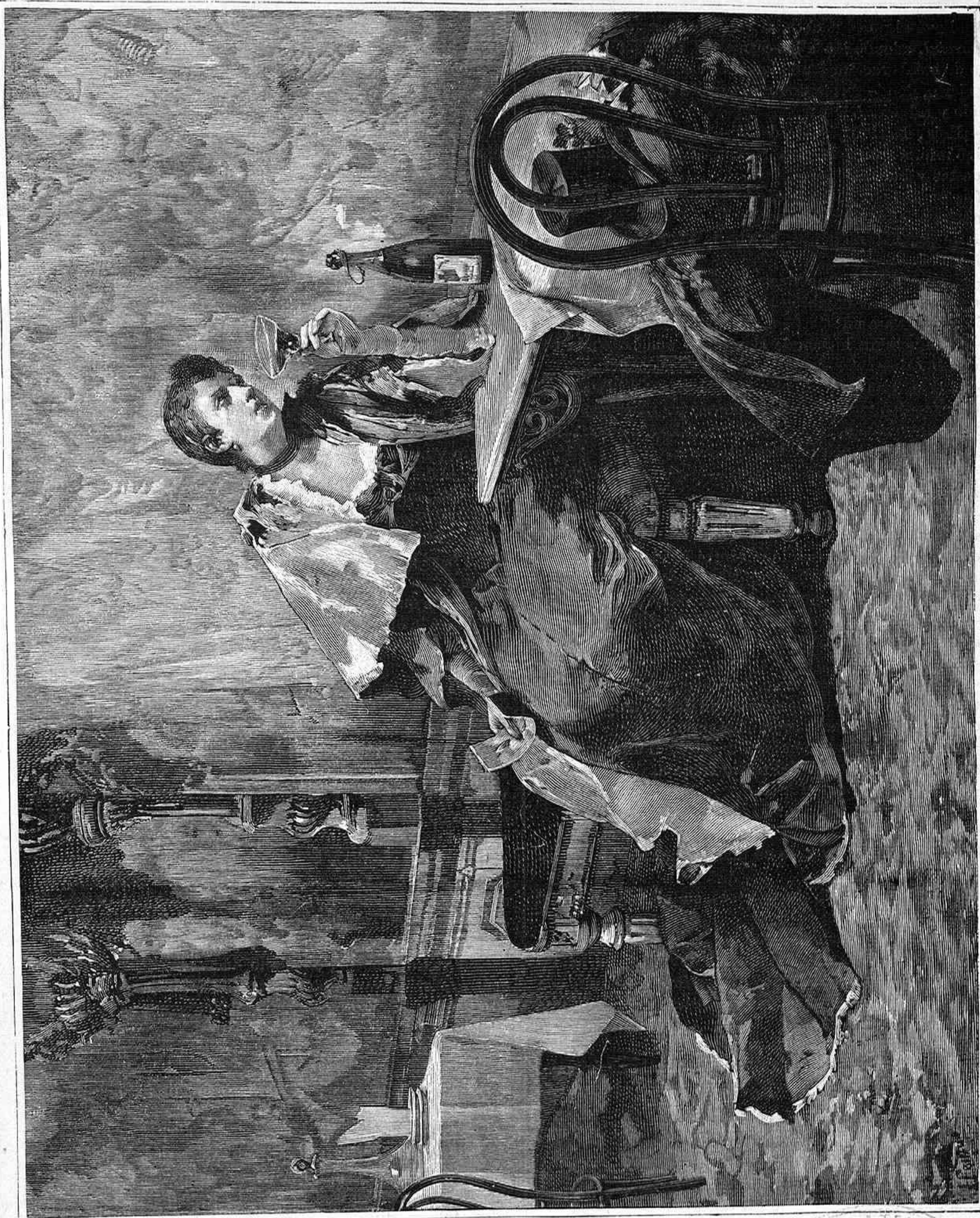
La base filosófica era «el dominio por la mirada».

—Mira usted á uno ó á una, con fijeza y.... nada, que le subyuga.

Nunca dí en la impertinencia de preguntarle:

—Bien, maestro; y luego ¿qué?

Llegamos hasta las experiencias.



EL CHAMPAGNE.—ACUARELA DEL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO FERRANT.



Me llevó algunas noches, al salir de la redacción de *El Imparcial*, adonde iba á buscarme y á entregar algún trabajo de colaboración, á un almacén de espíritus, no divinos por cierto, donde servía una moza recién venida del pueblo, tímida y salvaje, á la par.

—¡Hola, Mariquiya!—la decía;—mira, aquí traigo á un amigo mío, á quien le gustan, como á mí, las muchachas modestas y buenas.

Y la miraba con fijeza, tocándome con el codo para que atendiese al efecto experimental.

La moza, naturalmente, bajaba la vista entre avergonzada y molesta.

—¿Lo ve usted?—me decía luego.—Pues lo mismo se puede hacer con el hombre más bravo.

Yo añadía para mí:

—Y ese hombre le sacude al sectario una bofetada que le quita la cabeza.

—De esto, ni una palabra, Palacicos; nada hasta el día del triunfo—me recomendaba;—porque las religiones y los sistemas filosóficos necesitan mártires, y hoy nos martirizarían con la sátira, que es el martirio moderno.

—¿Y cómo va en *La Europa*?—le preguntaba yo alguna vez.

—Bien; esos franceses son muy bien educados—me contestaba.

Pero llegó un día en que le encontré irritado contra Detryat. «Venía del periódico», según me manifestó.

—¿Qué es eso, D. Manuel?—le interrogué.

—Que estoy harto de ese tío; antes tanto «Musiú Emanué por aquí, Musiú Emanué por allá, y....»

—¿Qué?

—Que esos franceses son inaguantables, y que, ya se lo he dicho, aquí va á haber cualquier día un dos de Mayo con él. De su estancia en París contaba maravillas.

—Á mí me leyó una comedia Dumas, le di unos consejos y resultó el primer drama del teatro francés.

—¿Cuál es?—le preguntaron.

Y él respondió en seguida:

—No se representó.

Atacando á Revilla porque en una de sus críticas le censuraba:

—Es un imbécil—decía á voces en el saloncillo del Español.

Y uno de los circunstantes objetó:

—Esa es pasión nada más, Manuel: Revilla tiene un talento muy claro y muy nutrido; es hombre que juzga con suma exactitud: de usted mismo dice siempre que es una gloria nacional.

Y Fernández y González se apresuró á decir:

—No, si no tiene pelo de tonto: ¡ya lo creo! que es malo.

En sus tiempos prósperos vivió en un hotel del barrio de Argüelles.

Un hotel sin más muebles que una mesa, dos sillas y una cama. Pero tenía coche y secretario particular.

El tipo del secretario merecía capítulo aparte: el pobre Mariano Lerroux, que era un hombre de ingenio y de instrucción poco comunes.

¡Y cómo hablaba Manolo de su palacio, y de los ricos artesanos de sus salones, y de la armería, y de los jardines con estatuas y fuentes de mármol!....

Cuando rompía á hablar, generalmente de asuntos propios, no había medio de atajarle; se quedaba solo.

Acompañaba una noche lluviosa, desde el café de Levante, de la puerta del Sol, hasta su domicilio, á un contertulio y compañero en letras.

Este, por no estar aguantando el chubasco en la calle, abrió la puerta y ambos amigos se guarecieron en el portal.

Pero para no estar á obscuras iba encendiendo cerillas el acompañado, hasta que se le concluyó el surtido.

—Ea, Manolo, se han gastado todas—dijo como despidiendo á Fernández y González.

Pero éste, sacando de un bolsillo otra caja, la entregó á su amigo, diciendo:

—Toma, que la he comprado ahora mismo y está llena.

En las semblanzas y en los calificativos de varios escritores contemporáneos, era sangriento, pero ingeniosísimo.

Su arrogancia era inmensa.

—¡Esta es la casa de Calderón y Lope, esta es mi casa!—gritaba á un actor empresario del teatro Español, con quien había disputado por asuntos teatrales.—Usted es un advenedizo y na más.

Notas delicadas no faltaban en la vida de Fernández y González, aunque no sean tan conocidas.

Había llegado á creerse invulnerable á la miseria, y tal vez la muerte le ha librado de verse miserable.

En la vida literaria hay futuro y pretérito; el presente no existe.

Jóvenes que prometen y viejos decadentes.

Esta es la opinión vulgar.

Manuel perdió un hijo, al cual quería como quiere un padre.

Por entonces me acompañaba hasta mi casa todas las noches.

—Era una como esta—me decía enternecido;—lluviosa y fría: yo veía morir á mi hijo por minutos, como se ve extinguir una lámpara que se seca. Cerré las puertas y las ventanas para detener á la parca. Pero entró y me arrebató la vida de mi ángel.... Entonces renació el hombre, para devorar el dolor del padre y consolar á la madre desesperada. «No te aflijas, la dije. Si hay otra vida, tu hijo está en la gloria; si no hay más ayá, tu hijo es polvo, ceniza....» ¡Ah! si yo hubiera tenido la seguridad de que había otra vida, como creo, me levanto la tapa de los sesos, Palacicos, para irme con mi hijo. Pero me detenía, pensando: «Desgraciado, ¿cómo vas á conocer, en medio de esa inmensidad de luz, cuál era el átomo que constituía el espíritu de tu hijo?» Aunque hay una voz secreta que me responde: «Por la conciencia.»

Y en el fondo de todas sus arrogancias, bien mirado, hay algún fundamento.

—Yo soy Cervantes y Calderón y Lope y Schiller y Shakespeare, lo soy todo: lo que tengo yo es que soy muy modesto.

Una carcajada de la reunión, compuesta de profanos, acogió estas declaraciones francas del novelista insigne.

Y Manolo, con aquella facilidad y gracejo con que acudía á las réplicas, dijo:

—Pues, si no fuera modesto, ¿estaría aquí entre vosotros? ¡Pobre Manolo! Decía bien: aun era modesto.

EDUARDO DE PALACIO.



LO QUE DICE UNA MADRE

I.

Ante Aquel que con sangre
 Regó el Calvario,
 La madre cuelga al hijo
 Su escapulario.
 Los símbolos elige
 De sus amores;
 Imágenes benditas,
 Santos y flores.
 —¡Hijo de mis entrañas!—
 La madre dice—
 Mi amor irá contigo,
 ¡Dios te bendice!
 Buscas por esos mares
 Otra ribera,
 Bajo los santos pliegues
 De una bandera.
 No haces tú la jornada
 Del peregrino:
 Más glorioso que todos
 Es tu camino.
 Pero como en la guerra
 Ronda la muerte,
 Al perderte de vista
 Temo perderte.

II.

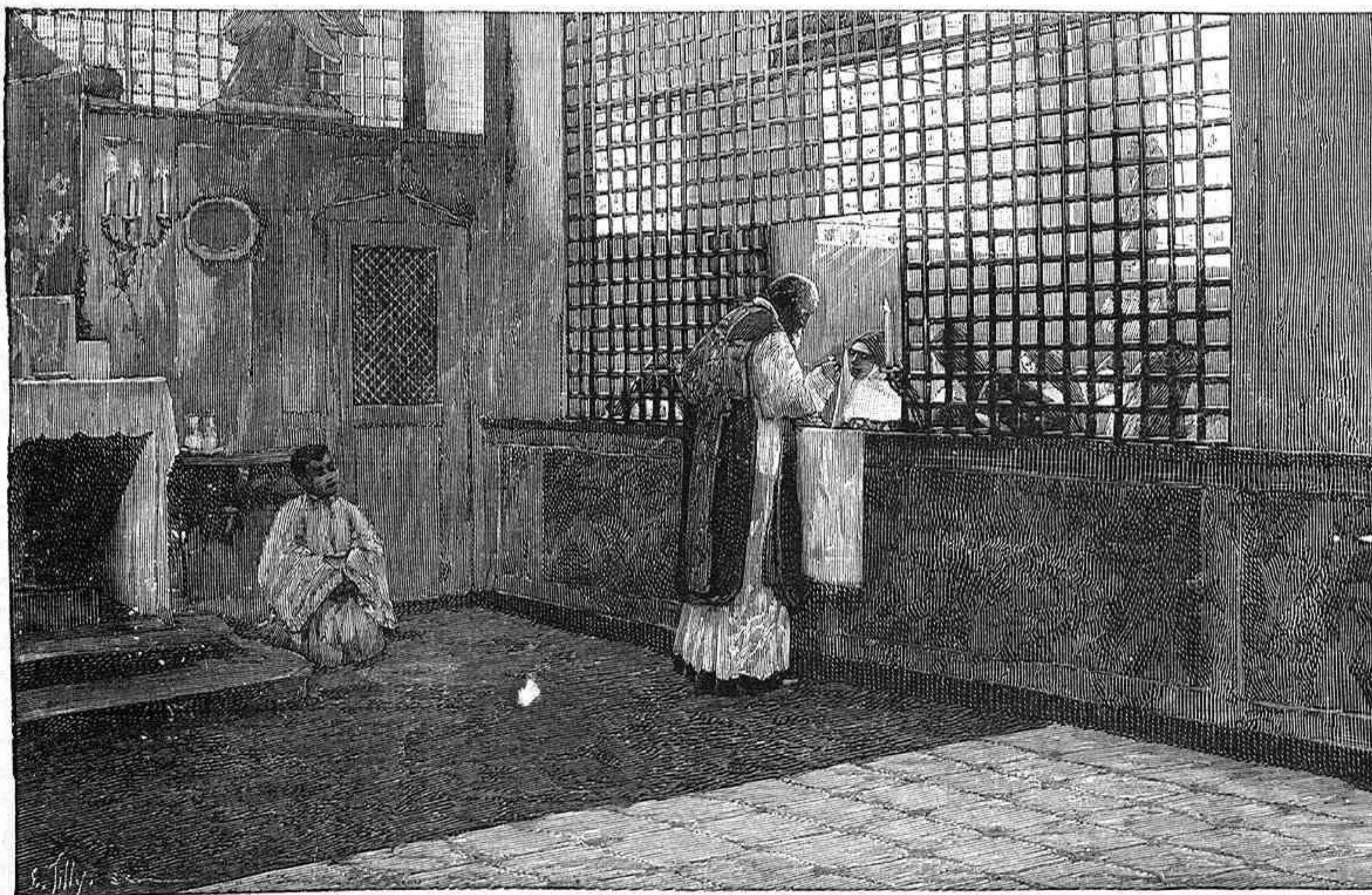
Hay alguien que conmigo
 También se inmola;
 Sé que para llorarte
 No estaré sola.
 Aunque no lloraremos
 De igual manera;
 Tal vez otras te olviden
 Y yo me muera.
 Encontrarás mujeres
 Por tu fortuna;
 Pero madre en el mundo
 No hay más que una.
 Desdeña los halagos,
 Pompas y honores;
 Que nada es tan eterno
 Cual mis amores.
 El sol cuando en los mares
 Hunde su frente,
 Más bello al otro día
 Brilla en Oriente.
 Tal vez nuestra ventura
 No esté lejana,
 Y como el sol, te alejes.....
 Hasta mañana.

III.

Mi fe te irá guiando,
 Mi amor te escuda;
 Te defienden mis rezos
 Y Dios te ayuda.
 Yo no veré tu barco
 Que al mar se fia;
 Pero yo haré contigo
 La travesía.
 Cuando ya no descubras
 Árbol ni monte,
 Búscame en los celajes
 Del horizonte.
 Y cuando al cielo mires
 Doliente y mudo,
 Citame en un lucero,
 Verás si acudo.

Quisiera ser estrella
 Para alumbrarte,
 Y vientecillo leve
 Para empujarte.
 No sufras, hijo mío,
 Por más que llores;
 También consuela el llanto
 Nuestros dolores.
 En mis reliquias vive,
 Fijate en ellas;
 Porque allí de mis manos
 Están las huellas.
 Y al llevarte mi beso
 De despedida,
 Si el beso no es bastante,
 Toma mi vida.

ANTONIO GRILO.



LA COMUNIÓN EN UN CONVENTO DE BENEDICTINAS.

CUADRO DE EMILIO RENARD.

EL DOCTOR FAUSTO EN LA HISTORIA

EN LA LEYENDA, EN LA POESÍA Y EN EL ARTE



ESPAÑA tiene en su *Amadis de Gaula*, por el caballero de Medina del Campo García Ordóñez de Montalvo, un espejo de caballería, una Biblia estética en los tiempos de transición de la Edad Media al tiempo nuevo, el más famoso de los *Libros de caballería*, en el que el guerrero encontraba el tipo de un héroe invicto, el amante el modelo de una fe inquebrantable, el noble el dechado de un vasallo devotísimo a su rey y señor.

Así como las novelas caballerescas se apoderaban de la fantasía del apasionado y entusiasta pueblo español, los *libros populares de Fausto* llenaron la imaginación del severo pueblo alemán, pues hay en ellos algo que impresiona fuertemente al corazón humano: la figura dolorida y titánica de *Fausto*, esa encarnación del afán inextinguible de traspasar las barreras puestas al hombre por la Divinidad, de penetrar los arcanos de lo infinito, de escalar el cielo y de conquistar la copia del ilimitado conocimiento espiritual, la copia de un inmenso goce sensual y el dominio sobre el mundo de los Espíritus desafiando al mismo Dios; esa figura que ha vivido en el mundo real, en el suelo germano, en la atmósfera espiritual de los Paracelso, Lutero y Ulrico de Hutten, y que el genio de Goethe levantó a las regiones del ideal, es eterna, es la humanidad, y errando como ella, cae en el pecado y en la culpa, y purificándose como ella, sube a las alturas serenas.

Adán y Eva que sedujo el demonio bajo la forma de una serpiente para que comiesen el fruto del árbol del conocimiento, son los primeros representantes de Fausto.

Algo de esas ansias perdurables, algo faustino hallamos en Pigmalión y Prometeo, y las tradiciones del Oriente nos hablan de varones llenos de sabiduría sobrehumana y capaces de sujetar a los Espíritus a su voluntad. Mágicos semejantes son Zoroastro, Moisés y Salomón, que con su ciencia invadieron y limitaron los dominios de lo desconocido y lo invisible. La magia penetró también en la antigüedad cristiana y en la Edad Media. La intervención diabólica en esas tentaciones de nuestra impotencia y nuestro orgullo

aparece en la historia de Cipriano, famoso encantador de Antioquía, que refirió primeramente San Gregorio Nazianceno. Conocido es aquel Fausto medioeval, de nombre Teófilo, que, seducido por su ambición, hizo pacto con Luzbel; pero arrepentido, alcanzó la gracia de la Madre de Dios y el perdón. La misma suerte tenían Militario, Heliodoro, Tannhäuser, Klinsor en su lucha contra lo invisible y contra lo desconocido.

Pero en los tiempos del Renacimiento, en que se descubrieron nuevos mundos maravillosos y el espíritu humano conoció su fuerza altiva, había de nacer aquel *Fausto* arrogante que quiere perderse más que someterse arrepentido; y había de ver la luz en la tierra nebulosa que produjo a Hamlet.

La primera mención del *Doctor Fausto* histórico, que no ha de confundirse con el impresor Fust, el compañero de Guttenberg, data del año 1507, lanzando el abad de Sponheim, Trithemio, su ira contra aquel joven atrevido que se denominaba príncipe de la nigromancia, vanagloriándose con conocimientos inauditos en la astrología y en las ciencias naturales, pero que, según dicho abad, que se preciaba asimismo ser maestro en las artes secretas y recónditas, no era sino un fatuo, un embustero, un escolar vagante, cuya ignorancia superara a su insolencia. Conforme con Trithemio está el testimonio del humanista Muciano Rufo referente a la estancia de Fausto en Erfurt en 1513. Pero otros testimonios de contemporáneos del Doctor nos muestran al nigromante honrado de los sabios y obsequiado en 1520 en la corte del Obispo de Bamberg Jorge III de Limpurgo, que fué la Acrópolis del humanismo y un refugio de la libre vida espiritual. No se desdeñaba el Obispo de Bamberg mandar le sacase el horóscopo. Pero en 1528, a pesar del título de filósofo que se dió el Doctor, fué desterrado de Ingolstadt. Dicen que ante sus discípulos resucitó a los héroes homéricos. Nació, según los unos, en Knittlingen (Wurtemberg) y, según los otros, en Roda, cerca de Weimar. Estudió la magia en Cracovia. En 1540 murió pobre. Sobre el personaje semihistórico y semifan-





EL PRIMER VESTIDO DE BAILE.—POR RENÉ REINICKE.

tástico de *Fausto* escribió Teodoro Llorente, en el prólogo de su admirable versión de la tragedia de Goethe, y Antonio Sánchez Moguel, en su excelente *Memoria acerca de «El Mágico Prodigioso» de Calderón, y en especial sobre las relaciones de este drama con el «Fausto» de Goethe* (Madrid, 1881).

Los teólogos de Wittemberg, que creían en el diablo y que con austeridad inexorable consideraban la Biblia como norma de todo pensar y creer, hicieron de Fausto la antítesis de Lutero, la personificación viviente del orgullo humano que no respeta aquella norma, sino que descansa en sí mismo. Pero una ciencia que no tenía por origen la Biblia había de emanar del diablo. Así la leyenda empezó á atribuirle un pacto diabólico.

Aquella contemplación hallamos en la primera narración de la vida y hazañas del descreído Doctor Juan Fausto, contenida en el libro anónimo impreso por Juan Spies en 1587 en Francfort sobre el Mein. El crimen del Doctor en Sagrada Teología y Medicina es su especulación de lo infinito. Tomaba las alas del águila para investigar los abismos del cielo, y forzaba al diablo á llevarlo al mundo sideral y revelar los arcanos del infierno, pareciéndose el Fausto de la leyenda á los gigantes que se perdieron por haber querido hacer la guerra á la Divinidad. Quien quiere subir alto, ha de caer alto. Eso lo demuestra la leyenda de Fausto ya en su primera factura, mezcla de lo grotesco y lo terrible. Para Fausto no hay salvación: he aquí el rasgo duro del protestantismo.

Conforme al modo con que una época considere la relación entre la ciencia y la fe, considerará á Fausto y ha de condenarle ó absolverle. El siglo XVI le condenaba desterrándolo al infierno, mientras el siglo XVIII le hizo subir al cielo. El autor del libro dado á la estampa por Spies le atribuye todo género de vicios, aunque eso no cuadra con un sabio que se consume por su sed de saber.

Pronto salió una segunda parte de la historia de Juan Fausto, cuyo protagonista era su fámulo Wagner, el heredero de la nigromancia.

Las leyendas más aventureras de la superstición vinieron cristalizándose en torno del personaje de Fausto, á quien el libro popular atribuye hazañas que pertenecieron á otros. Así, el perro negro en que se escondía el diablo figura ya en la historia del coetáneo de Fausto, Cornelio Agrippa de Nettesheim, y en la del papa Silvestre II, el amigo de Othón III.

En 1599 publicó en Hamburgo el maestro Jorge Rodolfo Widmann otra *Historia de Fausto*, aumentándola con historias que acerca del Doctor corrían en los círculos estudiantiles, y con una copia de prolijas notas. El médico nurembergués J. N. Pfitzer dió á luz en 1674, en Nuremberg, otro libro faustino, más breve y más popular que el de Widmann, sirviendo la nueva obra de fundamento á los libros populares que se venden en las ferias, mostrando á los sencillos aldeanos el triste papel que hace el impío Fausto. Y la musa popular engendraba muchas canciones cantando las hazañas y la horrible muerte del Doctor irreligioso que se entregaba á los arcanos de la magia, que habían penetrado también los Alberto Magno, Juan Teutónico, Scoto y Paracelso.

Del libro popular impreso por Spies sacó en 1590 el asunto

de su mejor tragedia el coetáneo de Shakespeare, Cristóbal Marlowe, muerto en 1593. Marlowe, cuya *Historia trágica* se estrenó en Londres medio siglo después del fallecimiento del protagonista, pintó al titán que quería ser igual á Dios y que como Ícaro tomaba el vuelo hacia el sol, hasta que se deritieron sus alas de cera y cayó en el suelo.

En Alemania, donde los comediantes ingleses estrenaban el drama de su compañero Marlowe, se publicaron entretanto *libros cabalísticos* bajo el nombre de Fausto, mientras los genuinos escritos de éste, según dice la crónica de Zimmern, se hallaban en el lugar de su muerte, en Staufen, cercano á Zimmern. El libro cabalístico más viejo figurando bajo el nombre de Fausto se titula *Dr. Joh. Fausts Gaukeltasche*, y fué dado á la estampa en 1607; pero no es sino una colección de inocentes remedios de la magia natural que desde Plinio se han conservado hasta nuestros días.

El Fausto de la leyenda y la magia de los libros cabalísticos pasaron también á la poesía dramática de Alemania.

No se conoce el nombre del autor del drama popular *Vida y muerte del gran mágico Juan Fausto*, ni el tiempo en que nació éste; sólo sabemos que su encanto principal consistía en las escenas mágicas cuyo título se ha conservado todavía, y en los chistes del gracioso. El drama que se titula ya *Ex doctrina interitus*, ya *La sabiduría seducida por el amor á las mujeres*, empieza con un prólogo en el infierno, comenzando la tragedia en el estudio de Fausto, donde éste pacta con el diablo, recibiendo el pacto un cuervo que vuela por los aires. Con las escenas severas alternan las ocurrencias burlescas del gracioso, que imita á su señor en evocar espíritus, pero no sale airoso por ser muy torpe y tosco. No faltan las relaciones de Fausto con la hermosa Elena de que habla ya el libro popular, y termina el drama con la bajada al infierno del Doctor y un baile de alegría de las Furias.

No es de extrañar que los teatrillos de muñecos ó polichinelas alemanes hayan beneficiado el drama popular de Fausto, contribuyendo la versión que los teatrillos dieron á aquel argumento horrorífico á popularizarlo, de suerte que Alemania estaba enamorada de su Fausto; lo mismo que España de su Burlador de Sevilla.

El primer cartel del *Puppenspiel del Doctor Fausto* (comedia de muñecos) que se conoce, data de los principios del siglo pasado. No se ha alterado en los *Puppenspielen* el carácter del relato primitivo. El único texto que se ha conservado del siglo pasado es el manuscrito de Munich, escrito en 1762 y titulado *Una tragedia extraña*.

Cuando las sencillas representaciones de los teatrillos de muñecos no bastaban ya al gusto más refinado, los poetas se apoderaron de aquel argumento, diciendo Lessing que el drama popular de Fausto tiene escenas que no desdeñaría haber concebido el genio de Shakespeare.

Es lástima que Lessing haya dejado su drama de *Fausto* sin terminar. Se conoce sólo el esbozo del prólogo y de los cuatro primeros actos.

En 1777 escribió el dramaturgo vienés Pablo Weidmann un *Fausto* alegórico, que en 1782 se estrenó en Nuremberg bajo el nombre de Lessing, aunque no puede imaginarse mayor contraste que el que existe entre éste, que apreciaba la fuerza dramática del antiguo drama popular, y Weidmann, que no se proponía sino crear un drama con tenden-

cia moral, haciendo de Fausto un libertino sin escrúpulo alguno.

Llegó el período llamado *de genio*, que traspasaba todas las barreras. Aquel período, parecido al Renacimiento, había de resucitar al antiguo Fausto, que no temía al mismo Luzbel. Presentóse en nueva forma el problema de Fausto en el drama fantástico y genial del pintor Federico Müller, *Vida de Fausto* (Mannheim, 1778); en la novela consistente de cinco libros, *Vida, hazañas y bajada al infierno de Fausto*, por Federico Maximiliano Klinger (San Petersburgo y Leipzig, 1791); en la farsa de Jacobo Miguel Reinaldo Lenz, y en la fantasía dramática de Juan Federico Schink (Berlín, 1804), el primero que habla de un pacto condicional de Fausto con Mefistófeles, y de quien se burlaban las xenias de Goethe y de Schiller.

Pero Goethe, que se apoderó de aquel *argumento inconmensurable* con todo el vigor de su juventud, llevándolo en la imaginación y en el alma durante toda su vida, y llenándolo aún con la sabiduría profunda de su ancianidad, llegó á la cúspide de la poesía faustina, hallando la palabra eternamente salvadora para el hombre apasionado y cargado de culpa:

«A quien se esfuerza aspirando, lo salvaremos.»

El *Fausto* de Goethe, cuyo primer fragmento salió en 1790 de las prensas de Leipzig, y cuya primera parte, tal como hoy la conocemos, se publicó en 1808, apareciendo la obra entera en 1831, es un cuadro acabado del poeta y de su tiempo, un cuadro de la Alemania del siglo pasado, de una época faustina sin reposo y calma, que hasta se complacía en su buscar sin hallar, en su lanzarse á lo infinito sin guía alguno; pero el Fausto de Goethe es mucho más todavía: es un grandioso cuadro del mundo, un drama psicológico cuyo protagonista no es un individuo, sino el hombre verdadero que se basta á sí propio por la energía de su espíritu, de su voluntad, de su aspiración para emprender la lucha gigante con el universo.

Podría decirse de la concepción de Goethe lo que el arcángel Rafael dice en el *Prólogo en el cielo* que nos recuerda el libro de Job:

«Como al salir sonriente de la nada,
Aun es la obra de Dios sublime y bella.»

Dice bien Enrique Heine al hablar del *Fausto* de Goethe y de sus predecesores en el prólogo de su poema de baile titulado *Fausto*: «Abraham engendró á Isaac, Isaac á Jacob y Jacob á Judá, en cuyas manos quedó eternamente el cetro de Israel»; y añade Antonio Sánchez Moguel en su citada Memoria: «Del mismo modo la historia de Fausto engendró su leyenda, la leyenda, los relatos y las manifestaciones poéticas de esta leyenda, todo para dar por resultado el poema de Goethe, en manos del cual permanece y permanecerá siempre el cetro de la poesía faustina.»

Quizá un Aristarco dirá que al *Fausto* de Goethe le falta la unidad de la personalidad, pues el Doctor rejuvenecido por la magia, el de la tragedia del amor, es otra persona que el maestro, el de la tragedia de la duda. Bajo las manos de Mefistófeles, el Doctor Fausto se convierte, de un titán, en un galanteador. Pero cada escena, cada bosquejo, cada

cuadro es una obra cumplida y poética, una joya. El primer monólogo de Fausto figurará siempre entre lo más profundo que haya producido la poesía de todos los tiempos. Asíocianse al grandioso prólogo, iguales por su valor artístico, los cuadros de una esfera más humilde, en los que vemos á la sencilla y entrañable Margarita, que pertenece por completo á Goethe, al valiente soldado Valentín, á la incomparable tercera Marta; las animadas escenas populares; la preciosa escena del jardín, mientras Mefistófeles, que hiere los espíritus con su mordaz ironía, con el rayo deslumbrador de la verdad, se hace el gracioso de las escenas de género. Cuanto habla Mefistófeles, ese bufón malicioso, tiene una importancia canónica para el escepticismo que menosprecia á Dios y al mundo.

La fantasmagoría de la segunda parte de *Fausto* se hará más oscura en el transcurso del tiempo, y no parece hecha sino para ser una fuente inagotable para glosas y comentarios críticos.

Entre los intérpretes del *Fausto* de Goethe mencionaremos al coloñés Enrique Düntzer, á los suabos Juan Koestlin y Federico Vischer, al silesio Kuno Fischer, al badense Reichlin-Meldegg, al suegro del hispanófilo Pablo Heyse, Mauricio Carriere, y al francfortés Vito Valentín.

La fuerza gigante de la obra inmortal del vate de Francfort, residente en la patria de Fausto, no ha desanimado á los poetas alemanes á ocuparse del mismo asunto, aunque muchos ensayos, como el de Grillparzer, han quedado fragmentos. Un fragmento escribió Chamisso en 1801; un *Fausto* publicó Klingemann en 1815; Gustavo Pfizer dió á la estampa en 1831 *Escenas faustinas*; Holtei concibió al *Mágico prodigioso del Norte*; F. Marlow dió á luz en 1839 un *Fausto* dividido en tres actos fenomenológicos: *Naturaleza, vida, arte*. Otros *Faustos* existen de Harro Haring, Rosenkranz, Nürnberger, Chilsky, Leuburg. En 1847 escribió Heine un poema de baile para el Sr. Lumley, director del Teatro de Su Majestad, en Londres.

El poeta Cristián Dietrich Grabbe concibió la idea de unir en una misma acción al espiritualista Juan Fausto y al sensualista Don Juan Tenorio, encontrándose los dos en la Ciudad Eterna, donde el diablo se los lleva; pero en aquel poema dramático el héroe legendario del Norte, encerrado en el misterioso círculo de sus pensamientos, cede en interés al héroe legendario del Mediodía, al del goce sensual, mientras Mefistófeles interesa más que Leporelo. La creación de Grabbe es originalísima y profunda, esmaltada con imágenes bellísimas y verdaderamente byronianas. El elogio, aun tributado al autor á manos llenas, jamás rebasa el límite de la justicia. ¡Qué hermosa es la descripción de España y de Sevilla en labios de Fausto, cuando con la magia del sentimiento trata de conquistar á D.^a Ana!

El *Fausto* por Nicolás Lenau, que apareció en 1836, es el monumento poético de un escepticismo melancólico, rico en hermosos pasajes líricos pintando el fervor del goce de los sentidos en todas sus fases, y el sentimiento elegíaco. Pero el poeta no ha logrado representar el tipo del pensador aspirando á la verdad, y en vez de éste nos pinta lo fútil y pernicioso de todo saber, lo que parece impropio del espíritu de Lenau.

El *Fausto* de Goethe, «que todo lo escudriñó con ansia viva», ha encendido la fantasía artística. El del libro popu-

lar fué representado de un modo artístico en el grabado de Cristóbal de Schem, presentándose como figura imponente pactando con Mefistófeles, vestido de franciscano. Existe también un hermoso grabado de Rembrandt representando á Fausto en su estudio. Y en la taberna de Auerbach, en Leipzig, que visitó Goethe cuando estudiante, hay dos cuadros de 1525 representando á Fausto y Mefistófeles que cabalgan por los aires. ¡Qué de veces se ha pintado el mágico del poema de Goethe desde Carstens, Cornelius, Retzsch y Delacroix hasta Kaulbach y Kreling!

Como composiciones musicales inspiradas por el Fausto goethiano, citaremos la *Damación de Fausto*, por Berlioz; las composiciones de los Príncipe de Ratziwill, Schumann, Liszt, Lassen; la *Overtura de Fausto*, por Ricardo Wagner, y las óperas de Spohr, Gounod, Zöllner y la del compositor

italiano Enrique Boito, escrita con el título de *Mefistófeles*.

Con motivo del natalicio del rey inmortal de la poesía faustina se celebró en 1893 en la mansión de Goethe, en Francfort, perteneciente al *Freien deutschen Hochstift*, una Exposición curiosísima de obras relativas al Doctor Fausto.

El de Goethe ha de vivir mientras haya en el mundo enigmas indescifrables, semejantes á burlonas esfinges que esperan en vano un Edipo que las arroje victorioso en el mar sereno del progreso.

¡Honor al francés Sabatier, que ha sabido dar idea cumplida del gran poema de Goethe, con el encanto de una versión poética en que cada palabra corresponde al original!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1894.



LOS RELOJEROS.—CUADRO DE REICHERT.



LAS HOJAS

SONETOS

I.

LA HOJA DEL ÁRBOL.

El mismo sol que la esmaltó de verde
La abrasa en los ardores del estío;
Si ayer ciñó diadema de rocío,
Hoy diadema, color y vida pierde.

Despojo es del gusano que la muerde
Y el cierzo que la empuja á su albedrío;
Sumergida en el fango ó en el río,
¿Quién habrá que mañana la recuerde?

Hoja, tributo de cariño tierno
De enamorada y púdica doncella,
En vano contra ti luchó el invierno;
Triunfaste de él, como el olvido de ella,
Y, emblema de lo frágil y lo eterno,
¡Hasta marchita me pareces bella!

II.

LA HOJA DE ESPADA.

De tu historia me pierdo en el arcano,
Y mi curiosidad pregunta ansiosa:
¿Fuiste de un héroe el arma victoriosa,
Ó la cuchilla infame de un tirano?

¿En defensa del débil y el anciano
Brillaste, al par que honrada generosa,
Ó rara vez desnuda, y siempre ociosa,
Te llevó como adorno un cortesano?

Hoja, ya por inútil desechada,
¿Mereces el respeto ó el olvido?
Ennoblecida, rota, ó profanada,
¿Qué fin tendrá tu acero corroido?
Yo no lo sé; pero naciste espada,
¡Que no concluyas en puñal te pido!

III.

LA HOJA DEL LIBRO.

Faro de eterna luz, ¡bendito seas!
Y ¡bendita tu magia seductora!
Como difunde claridad la aurora
Vas difundiendo por el mundo ideas.

Cuando no nos ilustras nos recreas,
Guardas cuanto en la vida se evapora,
Y del genio inmortal debeladora,
Con el fulgor del genio centelleas.

¡Hoja, pláceme ver tu lozanía!
Fuiste de mis encantos el primero,
Y aun hallo en ti enseñanza y alegría,

Pues tu lenguaje mudo y verdadero
Me habla de amor, de gloria, de poesía.....
¡La religión en que morir espero!

MANUEL DEL PALACIO.

EL ANDAMIO

I.

Don Baltasar era un hombre muy rico. Con la pingüe renta que le producían sus casas edificaba otras, y así todos los años aumentaba su propiedad en una proporción asombrosa.

Vivía en una de sus peores fincas, con una criada sesentona, que era á la vez cocinera y ama de llaves; servidumbre barata y acomodada á los gustos del amo, porque la vieja le tachaba de pródigo.

Llegó á ser en Madrid D. Baltasar dueño de manzanas enteras, todas en los barrios extremos de la población, con habitaciones muy modestas, baratas de construir y fáciles para el alquiler. Había aprendido en su larga práctica del arte del casero que las habitaciones de poca renta la proporcionan mayor y más segura. Siempre es menos difícil desahuciar á un inquilino que debe una mensualidad de treinta pesetas que á otro que no paga una anualidad de veinte mil reales.

Don Baltasar llegó á tener la monomanía de la edificación. Sus paseos diarios, después de la comida y de la cena, aconsejados por el médico como medida saludable, servían al rico propietario de estudio y de observación productiva. Medía un solar con la mirada; calculaba, según el sitio, lo que podría costarle, y al poco tiempo ya era dueño de aquel terreno, donde surgía una casa más, como por arte de magia.

Tienen otros la avaricia del dinero; D. Baltasar tenía la de las casas. No concebía él que nadie pudiera enorgullecerse por poseer treinta millones; pero envidiaba al que pudiera ser dueño de treinta casas. Y ya le andaba cerca.

Por eso se consideraba casi feliz, gozando en la contemplación de sus propiedades urbanas, que miraba desde la calle con cariño casi paternal.

II.

Un día D. Baltasar vió turbada la apacible tranquilidad de su vida por un accidente inesperado y trágico.

Ya estaba á punto de quitar el andamiaje y poner la ban-



dera sobre el tejado de una nueva casa en las afueras de la ronda de Toledo, cuando un albañil cayó desde el último piso y quedó muerto en el acto.

La mujer de la víctima y sus cinco huérfanos, el mayor de siete años, se presentaron al día siguiente de la desgracia en casa de D. Baltasar. Lamentóse éste de lo ocurrido, aconsejó la conformidad y la resignación á la viuda, que se deshacía en amarguísimo llanto, no quiso acariciar á los niños por no enternecerse, y les dijo que ya hacía bastante por ellos pagándoles el jornal entero correspondiente al día de la catástrofe, cuando el albañil había dejado de trabajar á las ocho de la mañana.

—Señor, señor—decía la infeliz—me quedo sola en el mundo con estas criaturas; tenga usted piedad de nosotros.

Don Baltasar, con el corazón muy oprimido, acaso más por la dádiva que por la desdicha, le dió un billete de 50 pesetas, y empujando con suavidad á la mujer y á los chicos, que formaban apretado y tristísimo grupo, los puso á la puerta de la calle, diciéndoles:

—Basta, basta por Dios; no puedo oír lástimas; me hacen mucho daño.

La desdichada viuda, con el rostro bañado en lágrimas, volvióse antes de salir y gritó con voz trémula y balbuciente:

—¿Por qué los que hacen ustedes casas no han de poner,

siquiera por caridad, unos andamios más seguros? ¡No tienen ustedes conciencia!

Se fué la viuda, D. Baltasar quedó preocupado y meditando, y aquella tarde mandó llamar al capataz de la obra donde había ocurrido la desgracia.

III.

—Sí, señor, sí—le contestó Francisco, hombre ordinario y rudo, pero de corazón generoso y bien templado—no hay otro remedio para evitar estas ocurrencias. ¡Si usted lo hubiera visto! Fué horrible, sobre todo la llegada de la mujer á las doce, con la comida para el pobre albañil. El cadáver estaba allí todavía, porque el juez no se presentó hasta las dos de la tarde. Le aseguro á usted, don Baltasar, que yo y todos los operarios lloramos como unos chiquillos. Era una escena que partía el corazón. En fin, me impresionó tanto, que cuando se llevaron al muerto en una camilla y se marchó la mujer con los niños, acongojada y medio loca, antes de seguir el trabajo, reuní á los canteros y á los carpinteros y á los albañiles, y les dije: «Os juro por la memoria de mi padre y por la salud de mis hijos no encargarme desde hoy de ninguna obra si el dueño no se obliga á poner el andamiaje como Dios manda.» Y los pobrecillos lo agradecieron tanto, que me dieron vivas y todo.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; y aunque usted no me hubiera llamado, yo habría venido para decirle que estoy resuelto á ello, que no quiero..... que no quiero, vamos, ver otra desdicha como la pasada.

—Yo también deseo evitarla, si está en mi mano.

—Claro que lo está.

—Bueno, hombre, bueno. Ya conoces las casas que tengo en construcción; hazme el presupuesto exacto de lo que puede costar eso, y tráemelo mañana.

—Dios le bendiga á usted, don Baltasar.

—Vete con Dios, Francisco.

IV.

La valla para los andamios, según lo proyectado por el maestro, costaría muy cerca de dos mil pesetas. Don Baltasar frunció el entrecejo al ver la cifra, y dijo á Francisco:

—No creí yo que ascendiera á esa cantidad. Déjame aquí el proyecto, y lo estudiaré, lo estudiaré.

Pasaron días y meses, y cada vez que Francisco preguntaba á D. Baltasar cuándo se comenzaba la construcción del vallado, contestaba aquél con evasivas ó hablaba de otra cosa.

Al cabo Francisco se decidió á abordar la cuestión, y dijo así, recurriendo á una mentira piadosa:

—Ayer estuvo á punto de ocurrir otra desgracia en la obra de la calle de las Velas.

—No sabía nada. ¿Qué ha sucedido?

—Pues..... que un carpintero de los que estaban clavando los marcos de las ventanas del último piso sintió así como á

modo de un vahído, y si no le agarra un compañero, se cae á la calle.

—¿Pero no se cayó?

—Afortunadamente.

—Pues que tengan cuidado, hombre, que tengan cuidado. Esa gente es tan poco previsora, que no ve nunca el peligro, y se expone muchas veces sin necesidad, por imprudencia, nada más que por imprudencia.

Francisco miró con fijeza al avaro, que ya se disponía á cambiar de conversación, y rompió al fin diciendo con acento enérgico:

—Oiga usted, don Baltasar, pudiendo evitarlo, no quiero que por mi culpa se mate cualquier día un hombre. Además, lo he jurado y he de cumplirlo: ó se pone la barandilla á los andamios, ó busque usted otro que se encargue de las obras.

—¡Hola, hola!—exclamó D. Baltasar;—esto ya tiene el carácter de una exigencia, y te advierto que yo no tolero imposiciones de nadie. Reformaré los andamiajes cuando lo juzgue conveniente; pero no á la fuerza, sino por mi propia voluntad.

—Así lo deseo, y sólo le suplico que me diga cuándo piensa hacerlo.

—Ya lo he dicho: cuando me parezca bien, y si alguien me lo exige, nunca.

—En tal caso, disponga usted desde ahora de mi plaza.

—Eso se dice pronto, amiguito. Has olvidado sin duda que cuando murió tu madre me pediste prestadas mil pesetas y todavía no me has devuelto más que una cantidad insignificante. En cuanto hayas saldado esa cuenta, podrás considerarte libre para tomar tales resoluciones.

—No había olvidado mi deuda—replicó Francisco—y tan dispuesto me hallo á pagarle, que desde hoy se quedará usted con todo lo que gane hasta que la cobre por completo.

—Así lo haré.

V.

Casi un año trabajó Francisco sin percibir ni la más pequeña parte de su salario, y al cabo de ese tiempo, que vivió empeñando cuanto tenía y adquiriendo otras deudas, se presentó á D. Baltasar para despedirse.

—Ya estamos en paz—le dijo;—ahora, con Dios. Yo he cumplido con mi deber; cumpla usted con el suyo.

El propietario, aun considerando insultante aquella despedida, no contestó palabra y pensó otra vez en la valla de los andamios. Echó de nuevo sus cuentas y resolvió no hacerla. El ejemplo de otros le decidió á dejar las cosas como estaban, y además eran tantas las casas que por entonces estaba edificando, que el vallado costaba más, mucho más que el año anterior.

VI.

Dos años transcurrieron sin que D. Baltasar, cada vez más acaudalado y miserable, hubiese introducido modificación alguna en los andamios de sus obras. Continuaba invirtiendo en casas nuevas el producto de las otras, y vivía lo mismo que cuando sólo era dueño de la primera de sus

fincas, un casucho de la calle de la Ruda, cuya exigua renta fué origen modesto de todas sus propiedades cuantiosísimas.

La misma sirviente, casi inservible ya; la misma comida, no frugal, sino insuficiente, y los mismos paseos para recrearse en la contemplación de sus casas, único goce de aquel desdichado.

Una noche después de cenar, embozado en su capa, ya bastante raída, bajó D. Baltasar hasta la ronda de Embajadores, como de costumbre, para entrar por la calle de Segovia, después de recorrer lo que podríamos llamar sus dominios.

Era invierno y helaba. Por aquellos sitios apenas se veía gente.

Hacia la mitad de la ronda levantábase, casi concluida, una casa de vecindad de cinco pisos, con numerosos huecos en la fachada; una de esas que abundan en los barrios bajos, con varios patios y corredores de habitaciones numeradas; viviendas para obreros, que pagan el alquiler por semanas. Aquella finca era la favorita de don Baltasar; le había costado, relativamente, muy poco y debía producirle una buena renta: el ideal del casero.

Por eso, calculando por la millonésima vez los alquileres ya próximos á cobrarse, detúvose con fruición el acaudalado propietario enfrente de su nueva casa, que aun conservaba todo el andamiaje exterior.

Pocos minutos hacía que D. Baltasar, sonriente y feliz, gozaba en extática contemplación, cuando de pronto se sintió cogido por detrás con violencia y empujado fuertemente por vigorosas manos hacia la valla que rodeaba la casa.

La acometida fué tan rápida y tan inesperada que no le quedó al viejo ni sangre en las venas, ni aliento para gritar, ni fuerzas para resistir.

Tres hombres eran los que, sujetándole con su propia capa, llevándolo casi en vilo, le hicieron entrar por el portillo de la valla, abierto entonces tal vez con ese objeto. Por sus trajes parecían albañiles, y sin duda para no ser al pronto conocidos se habían enjalbegado los rostros como los payasos.

Don Baltasar, mudo de terror, ni siquiera pensó en defenderse; creyó llegada su última hora, y rezó mentalmente.

—Arriba, arriba con él—dijo uno de los hombres empujándole hasta el portal.

Desde allí le obligaron á subir la escalera, alumbrándola con fósforos, que á cada momento se apagaban, quedando todo en espantosa lóbreguez, y tramo á tramo, oyéndose sólo la respiración jadeante del que se creía secuestrado y próximo á morir, llegaron al último piso, el quinto de la casa. La ascensión duraría apenas cuatro minutos: para D. Baltasar fueron un siglo.

Ya en la habitación, todavía sin maderas ni cristales en las ventanas y alumbrados á interva-

los por los fósforos, los tres hombres despojaron de la capa al viejo, que cayendo de rodillas, dijo con apagada voz:

—¡Por Dios, por Dios, no me maten ustedes!

—Tranquícese usted, que no vamos á hacerle ningún daño—contestó uno de aquéllos.

—Yo les daré cuanto me pidan; mil duros, dos mil.... lo que quieran; pero no me maten.

—No somos ladrones—dijo otro;—levántese usted, salga por esa ventana al andamio y vaya por él hasta el extremo



de la casa. Allí le esperamos, recogerá usted su capa y se marchará en paz y en gracia de Dios..... si no cae á la ronda y se rompe el alma.

—Andando, andando, que no queremos perder tiempo.

Dos de los hombres salieron de la habitación; el que quedaba obligó á D. Baltasar á saltar el andamio por la ventana, cuyo antepecho era muy bajo.

VI.

Cuando el aterrado viejo se halló sobre la insegura tabla, débilmente sujeta, como el resto del andamiaje, por las sogas á que aquél se agarraba con espanto, sintió un vértigo y cerró los ojos. Al abrirlos por el instinto de conservación, vió en el marco de la ventana la figura siniestra y amenazadora del hombre, que le repitió con voz muy dura:

—¡Andando, andando! En la última ventana esperan á usted mis compañeros.

Don Baltasar comprendió que era inevitable, y empezó lentamente á andar sobre la tabla, resbaladiza con el hielo. Sin querer miró, viendo allá á lo lejos las luces de los suburbios que brillaban en la obscuridad, y cerca, tan cerca que parecía venirle encima la masa negra de la casa donde se mató el desdichado albañil, única finca en cuya contemplación no había vuelto á recrearse nunca.

El temblor del miedo y del frío paralizaba los miembros del propietario, poco antes tan feliz, y su corazón latía con una velocidad aterradora y sentía que le zumbaban los oídos. No pudo más y se detuvo.

—¡Andando!—repitió la voz.

—Aquí le esperamos á usted—gritó uno de los albañiles asomándose por la última ventana;—no tenga usted miedo, no hay peligro.

—Voy á matarme..... no puedo andar.....

—Si hubiese usted puesto la barandilla no temería caerse ahora. ¡Veinte metros hay desde el suelo, veinte! Mírelos usted bien.

Don Baltasar cerró otra vez los ojos, hizo un supremo esfuerzo, y agarrándose con las uñas á la pared, sintiendo bajo sus plantas el tablón cimbreado, llegó por fin á la ventana donde le esperaban los tres albañiles y en sus brazos cayó como muerto.

VII.

Así lo recogió en la ronda una pareja de guardias, que no conociéndolo, le condujo, todavía sin sentido, á la casa de socorro. De allí lo llevaron á la suya.

La criada supuso, como todos, que don Baltasar era víctima de una congestión que le había sorprendido en su acostumbrado paseo nocturno.

Cuando, gracias á los auxilios del médico, volvió en sí, no refirió palabra de lo sucedido.

—Lo merezco, lo merezco—decía para sí;—aquellos hombres han sido muy crueles, mucho; pero tenían razón.

El médico juzgó grave el estado del enfermo y se lo notificaron á éste, con las acostumbradas precauciones. Entonces modificó su testamento é hizo llamar á un cura.

Con piadosas y saludables palabras le consolaba después de confesarle, cuando D. Baltasar preguntó de pronto:

—Y después de todas esas mandas que dejo para los pobres obreros, ¿se salvará mi alma, se salvará?

—La misericordia de Dios es infinita y usted se ha arrepentido muy de veras de todos sus pecados.

—De todos, sí. La valla..... los albañiles..... allá arriba.....

Empezaba á delirar, y el sacerdote iba ya á retirarse, creyendo cumplida su misión, cuando le llamó D. Baltasar y le preguntó en voz muy baja:

—Para subir desde la tierra hasta el cielo habrá por el aire algo así como un andamio, ¿verdad?

—Sí, señor—le contestó con afabilidad el clérigo para no contrariarle.

—Pues en ese caso, señor cura, por Dios, que no se olviden de ponerle, como á todos los de mis casas, una barandilla, ¡porque si no, me caigo, me caigo y no entro en la gloria!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



BIBLIOTECA
NACIONAL
LIBRERIA



A. NEVEZ DE KERMER

Titel

GRATAS NOTICIAS.—CUADRO DE CONTI.

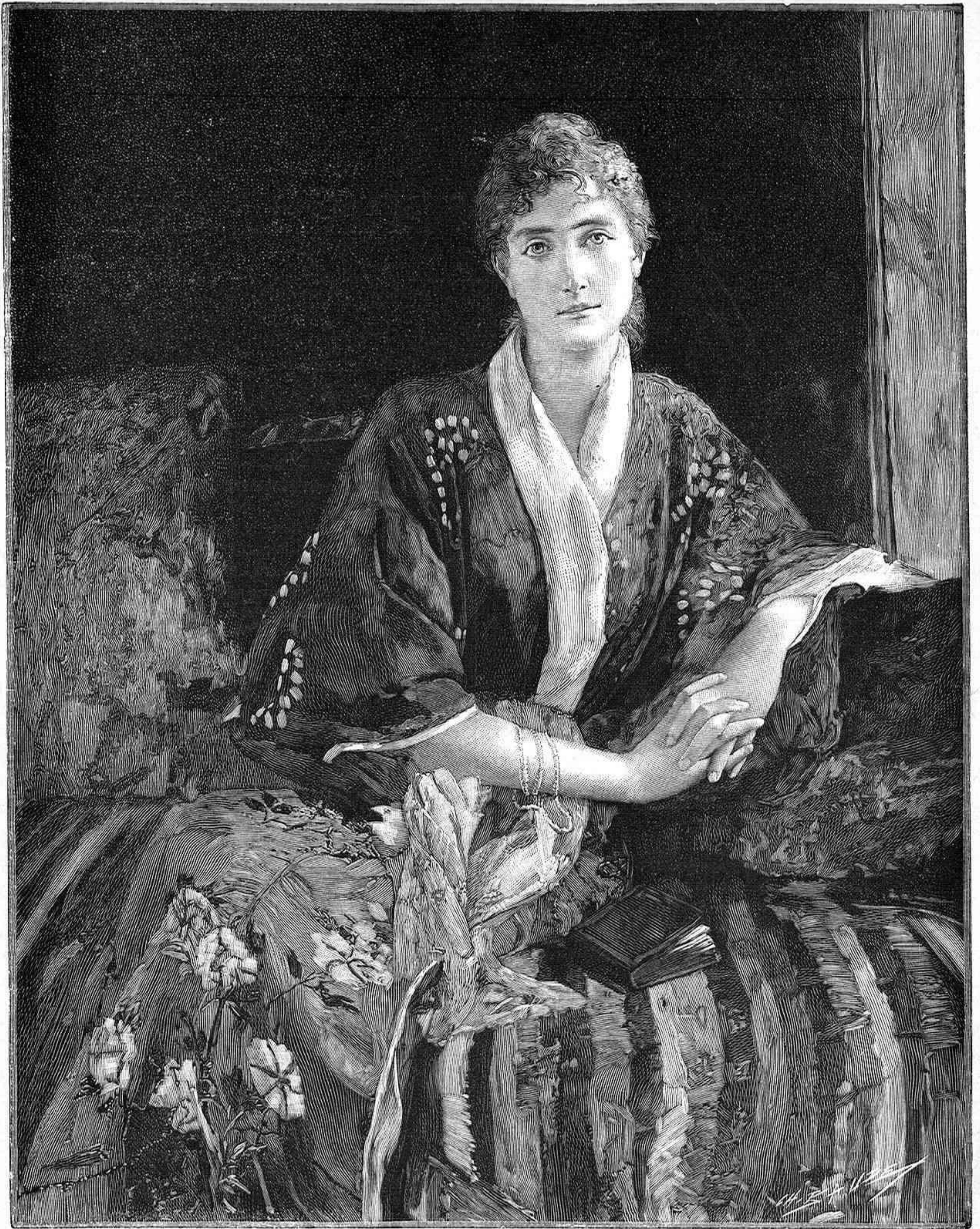
CACHORRO ENTRE LEONES

Taciturno, paso á paso,
 Vuelve ya por sus jornadas
 Vasco Núñez al Darién,
 Requerido de Pedrarias.
 Ni á turbar sus pensamientos
 Se atreven con sus palabras
 Los jinetes y peones
 Que al adalid acompañan.
 Cuando cruzó por los Andes,
 Sus caciques y curacas
 Le recibieron con fiestas,
 Le despidieron con lágrimas;
 Que está Vasco Núñez triste,
 Y la tristeza contagia.
 Cata que en el cielo asoma,
 Cuando menos se lo cata,
 La estrella que micer Codro
 Anunció para él aciaga.....
 Él desprecia al estrellero,
 Pero la estrella le espanta.—
 Al llegar á la ciudad
 Sube de punto su alarma;
 Que está la gente de guerra,
 Y las calles barréadas,
 Y con la espada en el puño
 El capitán que la manda.—
 Para el corcel Vasco Núñez
 Y de este modo le habla:
 —Señor Francisco Pizarro,
 Mi paisano y camarada,
 ¿Qué recibimiento es este
 Con aprestos de batalla?
 En vuestro rostro adivino
 Que me traéis nuevas malas.
 —Os traigo tan malas nuevas,
 Que á par me duelen del alma.....
 Orden de llevaros preso
 Al gobernador Pedrarias.
 —¡Preso yo, que vengo á bodas
 Con su hija mayorazga,
 Si el Obispo del Darién
 Me la trajo ya de España!
 ¡Yo, Adelantado del Sur

Por cédula soberana,
 Gobernador en la costa,
 Como en Tierra firme él manda!
 —Ni del Obispo hay noticia,
 Ni ya de boda se trata,
 Que el viejo, hecho un basilisco,
 Todo es fieros y amenazas.
 —¡Miren la carta de dote
 Que mi suegro me prepara!
 ¡Negra cárcel para alcoba!
 ¡Cadenas en vez de arras!

Aquí, rompiendo la fila,
 Un doncel de recia estampa,
 Con más rayos en sus ojos
 Que una tormenta africana,
 Plantado enfrente de Vasco
 Le endereza estas palabras:
 —Si tienes sangre extremeña,
 Y aquella enjundia y entraña
 De los que vencen al toro
 En las silvestres cañadas
 Que á Portugal y á Castilla
 Hacen linde y ponen raya,
 Manda noramala al viejo,
 Y á la novia noramala,
 Y noramala al Obispo,
 Que en traerla tanto tarda;
 Que él andará echando kiries,
 Y ella haciéndose la maula,
 Mientras nos come á nosotros
 Miseria, impaciencia y rabia.
 Llévanos, Vasco, al Perú,
 Mal que le pese á Pedrarias;
 Que aquí hay cincuenta extremeños
 Prontos á ir donde tú vayas,
 Tales, que en cualquier empresa
 Con ellos basta y rebasta.

Discurso tan desatado,
 Tan fiero golpe de audacia;
 En vez de espanto en la gente
 La puso arremolinada,



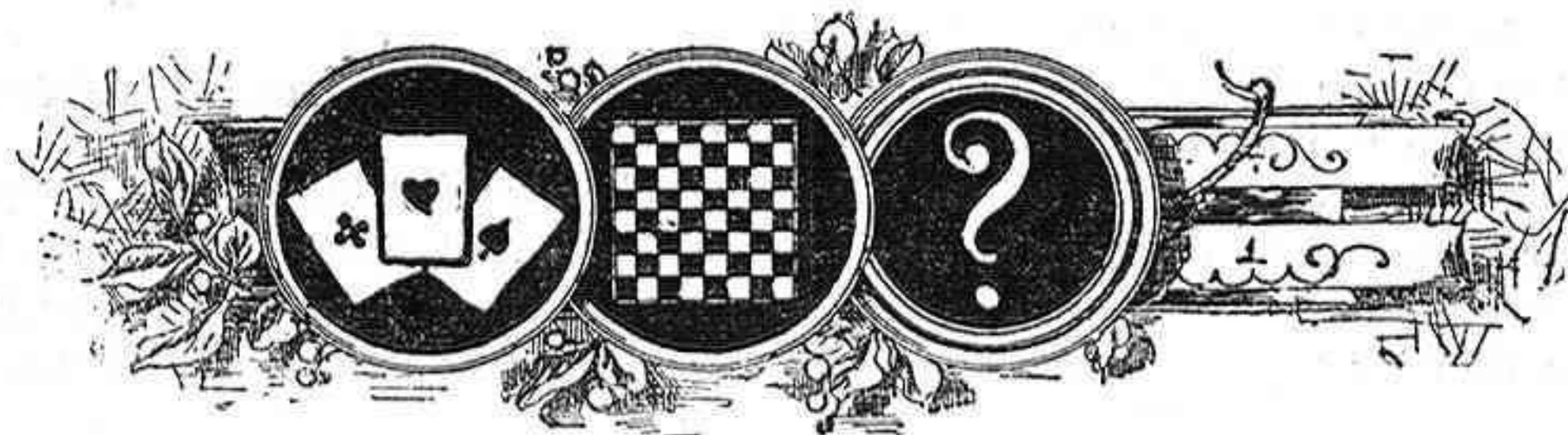
¡MEDITACIÓN!—CUADRO DE COURTOIS.

Diciendo con sus murmullos
Los del una y la otra banda,
Que por los labios del mozo
Sus pensamientos hablaban.

—¡Buen cachorro estáis criando,
Que muerde á la par que ladra,
Y en pescuezo y en morrillo
Á voces pide carlanca!—
Dijo Vasco al mensajero
Que su suegro le enviaba,
El cual á entrambos oía
Con honda emoción extraña;
Que en mentándose al Perú
Los ojos se le saltaban.
Luego, imponiendo silencio
Con una grave mirada,
—Gonzalico, Gonzalico
(Replicó al doncel de marras),
Ni tú sabes lo que piensas,
Ni tú piensas lo que hablas,
Que, Pizarro al fin y mozo,
Como flecha te disparas.
Yo he venido al Nuevo Mundo
Por mi Dios y por mi patria,
De tierra de caballeros
En que es Jerez extremada,
Y á ley de caballería
No he de volver las espaldas
Ni á injusticias de la suerte,
Ni á flaqueza alguna humana.
—¡Voto á bríos!—gruñó Gonzalo,
Perdiendo respeto y calma—
Para tal virtud, no hay tierra
Que pisar en estas playas.
Mientras en vez de virtudes
Acero y hierro no traigas,
Vendrán con sus lindas manos
Bachilleres y garnachas
Á vendimiar esta viña
Con nuestra sangre regada.....
¡Voto á bríos! ¡si aun queda sangre,
Callen cartas y hablen barbas!
¿Se han de meter forasteros
Á gobernar nuestra casa?
¿Quién hizo á nuestra ciudad
Del istmo emporio y sultana

Que en vez de Santa María
Debiera llamarse Vasca?
Tú, gobernando con honra;
Tú, administrando con maña,
Y siendo á los indios padre
Y á nosotros camarada..
Por ti somos ya milicia
Los que éramos chusma y taifa,
Y tenemos arcabuces
Y algunos caballo y lanza.
Para dar la vuelta al mundo
Camino Colón buscaba,
¡Y tú, que lo has encontrado,
Que te lo cierran aguantas!
Tú, en los Andes el primero,
Émulo al condor y al águila,
¡Vas á caer de la zorra
En las miserables garras!.....
Ni de estrellas ni de magos
Haz cuenta..... si no es contraria,
Que, hembras al fin, las estrellas
Gustan de verse violadas.
¡Ah, Vasco, Vasco, si yo
En tu pellejo me hallara!
Berrocales de Trujillo,
Compañeros de mi infancia,
No temáis que aquel Pizarro
Se ablande como pizarra.
Donde yo ponga mi tienda,
Donde yo siente mi planta,
Han de arrancarme..... de cuajo,
No hoja á hoja y laja á laja.
—Basta, que ya es villanía
Oír propuestas villanas—
Grita Vasco, revolviéndose
Del corcel sobre las ancas,
Y á par en ambos ijares
Ambas espuelas le clava.—
¿Quién presuroso no acude
Si el Gobernador le llama,
Que manda aquí por el Rey,
Que en todos nosotros manda?
¡Señor Francisco Pizarro,
Llevadme preso á Pedrarias;
Que el que no teme, no debe,
Y Cristo á todos nos valga!

V. BARRANTES.





MATRIMONIOS

PROMOCIÓN DE 1894

I.

Inocente Lález.

¡Si yo hubiera podido sospechar lo que me iba á suceder, no estaría casado ahora, sino soltero y muy soltero, libre, feliz é independiente!.... Pero ¿cómo lo había de sospechar?.... Mi novia Telesfora, hoy mi mujer, poseía todas las cualidades propias para hacer la felicidad de un hombre de pocas pretensiones: buena cara, buen cuerpo, buena salud, modestia, dulzura, prudencia, templanza, y unas cuantas acciones del Banco de España.... Mas ¡ay! que á excepción de las acciones del Banco, todas las demás cualidades que veía en mi novia no existen en mi mujer. La buena cara se la hacía su mamá, extremada en la pintura en vivo; el buen cuerpo se lo debía á la misma autora de sus días, que le arreglaba las deficiencias de la naturaleza por medio de una complicada combinación de almohadillas, ballenas y suplementos de varias clases y formas; su buena salud, ya no es tan buena, y la mamá y ella echan la culpa al matrimonio; la modestia, la dulzura, la prudencia y la templanza son virtudes que mi mujer ha perdido al cambiar de estado. Cuando éramos novios vestía con la mayor sencillez, porque así me parecía más bonita; pero ahora cada cuenta de la modista me hace temblar, y dudo que haya en la corte de las Españas mujer que gaste más sombreros de paja y fieltro, y que haga más visitas á las tiendas de la calle de Espoz y Mina y á las casas de saldos.... Aborrezco estas casas de saldos. Como todo se vende barato, mi mujer, para aprovechar la ganga, toma de todo en proporciones enor-

mes, y se llevan los saldistas mi dinero con el mayor doñaire, porque las acciones del Banco de España las guarda para el porvenir, por dictamen de su madre, que es señora muy prevenida.... Pero todo esto podría tolerarse si mi mujer no se hubiera subido á la parra después de efectuado nuestro enlace, y sacado los pies de las alforjas, trocándose aquella dulzura con que me enamoró en despego y soberbia. No tengo duda de que mi mujer me considera un ser inferior, pero muy inferior.... De otra suerte no me trataría con tanta altanería, y para llamarme por mi nombre no emplearían ella y su madre un tono irónico y cargante.... En fin, que estoy arrepentido de haberme casado con la cándida Telesfora, pero muy arrepentido. ¡Y lo más triste es que á nadie puedes echar la culpa de lo que te pase, Inocente! Y ella también está arrepentida, ya lo creo, bien se le conoce, porque todavía lo disimula menos que yo. ¡Y que este nuestro es un arrepentimiento para el que no hay el consuelo del propósito de la enmienda!....

II.

Lucrecia Pérez.

¡Anda con Dios, hombre, anda con Dios!.... ¡Jesús! desde que se levanta hasta que se va á la oficina ¡qué manera de hablar!.... ¡qué palabrotas! ¡qué blasfemias! ¡qué frases tan desvergonzadas! ¡qué humor tan negro! Mi padre nunca se enfadaba, y sobre todo, nunca le oíamos en casa esas interjecciones tan feas que mi marido suelta á cada momento y por la más mínima cosa: porque se quema al to-

mar una sopa de chocolate; porque el botón de la camisa es más grande que el ojal; porque lee en *El Imparcial* una noticia política que le desagrada; porque la criada rompe un plato..... Si hubiera hablado así en casa de mis padres, papá le habría puesto en la calle, y ahora papá, á quien me he quejado del lenguaje de mi marido, me dice que tenga paciencia y lo sufra. No, pues lo que es á papá no le gusta que se hable así..... pero se conoce que nosotras, las pobres mujeres, en cuanto nos casamos tenemos que sufrirlo todo con paciencia. No hay otro remedio, ya lo voy viendo. El otro día, harta ya de oír á mi marido soltar por aquella boca sapos y culebras, le dije:—«Pero, hombre, ¡qué mal gusto tienes en hablar así! ¡A qué conduce blasfemar de ese modo!» Y me contestó:—«¡Bah! ¿También mojigata?.....» ¡También!..... Es decir, que para mi marido tengo otros defectos y también el de ser mojigata. También se lo dije á papá, y me dijo, como siempre, que tenga paciencia. Parece imposible que un hombre tan distinguido y de tanto talento como tiene mi marido, y que escribe, según dicen todos, con la mayor corrección y singular elegancia, hable en su casa un lenguaje por todo extremo inculto y grosero. No habla así mi primo Arturo..... bien que no me atrevo á asegurarlo, porque puede que en su casa, y luego que se case, hable como mi marido; pero no, tan mal como Enrique no habla nadie en este mundo. ¡Válgame Dios! ¿Por qué la poesía del amor no había de continuar en el matrimonio?..... Yo no creía que la poesía fuera incompatible con el matrimonio. ¡Jesús! No creí antes de casarme que después de casada había de tener tantas ganas de llorar..... ¡Qué desencanto, Dios mío!

III.

Juanito Simplón.

Pues señor, no le aconsejaré á mi mayor enemigo que se case con viuda. Yo podía haberme casado con una doncellita candorosa, como la hija de D.^a Gregoria, mi patrona, ó con una solterona madura, como la hermana de D. Nicolás, mi compañero de oficina, que todavía está de buen ver (la solterona, no D. Nicolás), y con la una ó con la otra pienso que me hubiera ido perfectamente; pero preferí la viuda, porque como yo no soy ya niño, y tengo este humorcillo herpético que me sale á la cara en el verano, y este reumatismo que en invierno me proporciona ratos tan entretenidos, creí que me convenía para esposa una mujer experimentada, por haber sido ya casada con otro prójimo, circunstancia indispensable para saber cómo se cuida á un marido amante y echado á perder, como lo estaba el primero de la viuda en que puse los ojos para castigo de mis pecados, ó mejor dicho, de mi simplicidad. Mi mujer, que cuidó á su primer marido hasta que éste se fué al otro mundo, y ojalá no se hubiera ido, dice que pasó con él una vida penosa, sin disfrutar de las diversiones lícitas á que fué siempre muy aficionada, sin vestirse á la moda porque no tenía gusto en aderezarse viendo á su marido en tan precario estado de salud, sin cultivar las buenas amistades que tenía, por no separarse del enfermo, que no se hallaba sin ella; por todo lo cual puede decirse que de las dulzuras y

encantos del matrimonio no gozó jamás, y por eso, siendo todavía joven (cuarenta años bobos), ha vuelto á casarse, en la seguridad de que aquel pobrecito que está en la gloria verá desde allí con alegría que su mujer encuentra, casada otra vez, la compensación de las vigiliadas y los cuidados de aquel tiempo en que ejerció con él oficio de hermana de la Caridad.

Tal fué el discurso que me enderezó después de nuestra boda, y hace diez meses estoy sirviendo de compensación á esta viuda, que se desquita ahora grandemente de cuantas penas tuvo en vida de Alamillo, su primer marido. ¡Si yo lo hubiera sospechado!..... La supuse muy retraída, muy metida en casa, muy cuidadosa de la hacienda conyugal; que sabría repasar la ropa, guisar, hacer platitos delicados... ¡Sí, sí, buenos platitos nos dé Dios! Lo que hace es acicalarse, componerse, empolvase, pintarse, teñirse, salir á la calle, gastar sin tino, visitar amigas y tiendas, y recordarme todos los días las buenas prendas del difunto, su talento, su gracia, su bondad, y que á mí no me podía ver, como si presintiera el pobre que me iba á casar con su viuda. Con mujer como ésta no es posible vivir en paz, y ya hemos tenido algunas reyertas, y vamos á acabar mal. Ella dice que si enviuda segunda vez (¡antes ciegue que tal vea!) no se casará aunque la pretenda un ministro, Becerra, pongo por caso..... pero lo mejor, lo más equitativo sería que enviudara yo..... ¡Oh! Si yo tuviera esa desgracia, ¡qué feliz sería! Mas ¡ay! temo que esta mujer acabe conmigo. Y me estará muy bien empleado, por haberme casado con una viuda hipocritona y falsa, habiendo por ahí tantas doncellitas candidas, tiernas, sinceras, cariñosas, que están deseando hacer la felicidad de los hombres. Y he cobrado miedo á esta mujer, porque creo, Dios me perdone, que al pobre Alamillo le mató ella.....

IV.

El teniente Recio.

Mi mujer es bonitísima, y no puedo dudar que está muertecita por mí..... De suerte que soy, por la presente, un marido feliz; en los siete meses que llevo de casado, ni un solo momento ha cambiado mi mujer en su adorable actitud de esposa amantísima..... Ni es dengosa, ni caprichosa, ni curiosa, ni celosa..... Es la más humilde, la más sumisa, la más tierna y la más discreta de las esposas..... Pero ha sido un gran desatino casarme, porque si el tesoro de amor que ella y yo poseemos es, según todos los indicios, inagotable, lo que es de dinero estamos malditamente..... Hasta que me he casado no he sabido qué poco dinero se contiene en 37 duros cada mes..... Francamente, esto no es vivir, y para vivir así valía más que no hubiera yo conocido á mi amada Angustias, y no las experimentaría ahora tan grandes.... ¡Y la casualidad de no tener ella más que su virtud y su hermosura, y yo mi espada! ¡La espada y 37 duros al mes, y diez ó doce años que tardaré en salir á capitán!..... ¡Si me hubiera alcanzado siquiera el salto del tapón! ¡Sería yo capitán..... y no me cambiaría por un capitán general, porque con unos cuantos duros más sobre los 37, ya teníamos dominada la situación!.... Sólo nos faltan unos cuantos

duros más cada mes; pero esa falta me produce una contrariedad tan grande, un disgusto tan profundo.... que no puedo menos de arrepentirme de haberme casado, como si hubiera cometido un delito.... ¡Qué dolor experimento viendo á Angustias privada de toda gala, de toda distracción, comiendo poquito y padeciendo, en fin, las escaseces y apuros propios de quien no tiene dinero! ¡Oh! Quisiera no haberla conocido, ó mejor que no hubiera nacido, porque así tampoco la habría conocido otro.... Pero puede que si no hubiera conocido á Angustias hubiese conocido á otra, me hubiera enamorado de ella, me habría casado con la misma premura é igual imprevisión, y si me hubiese salido falsa, dominante, intolerante.... ¡oh! entonces hubiera sido más desgraciado que ahora, porque lo que es ahora soy feliz, completamente feliz; es decir, completamente no, porque á mí no me digan, con 37 duros al mes no puede haber más que una felicidad muy atenuada.... Y dentro de tres meses, á lo sumo, Angustias y yo experimentaremos el placer más grande que se conoce en este mundo, el de tener un niño ó una niña.... ¡Y no tendremos un céntimo más al mes sobre los 37 duros!.... ¡Qué felicidad y qué desgracia haber conocido á mi amada Angustias!.... ¡Bendita sea!....

V.

Lucinda.

¡Dios mío, Dios mío!.... ¡que no haya un solo día en que no tenga que sufrir alguna pena! Decía mamá que iba á ser tan feliz casándome con D. Ramón.... Me cuesta un trabajo tan grande llamar Ramón á mi marido.... La pobre mamá creía buenamente que siendo muy rico mi marido, ya no necesitaba yo otra cosa para ser feliz. Es claro, como pasábamos las dos tantos apuros antes de casarme, no tiene nada de particular que pensara la pobre que la felicidad consiste en no tener apuros. No, y apuros no tenemos, gracias á Don.... digo, á Ramón, á mi marido, que es buena persona, eso sí, generoso, complaciente, y nos quiere mucho á mamá y á mí.... Así la pobre mamá está contentísima y le quiere con delirio.... ¡Ay! mejor hubiera sido que se hubieran casado mamá y él.... Yo le habría querido como á un segundo padre, digo, como á un padre tercero, porque mamá es viuda por segunda vez, y siendo yo hija de su primer matrimonio, ya he tenido dos padres. Ayer vino la modista á tomarme la medida para hacerme dos vestidos de paseo, y la modista era mi amiga Petrilla, que trabajaba conmigo en casa de Madama Sofía. ¡Me dió una rabia verla y oirla!.... Se ha casado con un empleado de aduanas, muy buen mozo, que se llama Juan Lenteja, y ha puesto un taller de modista enfrente de esta casa. Yo vi en la muestra, en los balcones: *Mme. Lentille*, y la llamé creyendo que sería una francesa recién venida. ¡Qué rabia! conoce á D. Ramón, digo, á Ramón, y se atrevió á decirme que ella no se hubiera casado con D. Ramón, pero que yo he hecho muy bien.... ¡Habría insolente!.... Y luego me ponderó la gallardía del Sr. Lenteja y lo que la quiere, y lo que se divierten los dos.... ¡De buena gana la hubiera arañado! Ya no tengo más remedio que dejarla hacer los dos vestidos; mas no me hará otro, se lo juro.... Pero hoy he tenido

un disgusto más grave todavía.

Después de almorzar se levantó

Don.... digo, mi marido,

porque había venido á

hablar con él el Duque

de la Paletilla, á quien

le va á prestar diez mil

duros sobre una finca, y

quedamos de sobremesa

mamá durmiéndose, el

sobrino de Don...

de Ramón y yo.

¡Jesús, qué so-

foco! ¡Pues no se

atrevió á decirme ese

mico que debo quererle

un poco.... para consolarme de haberme casado con su

tío!.... Vamos, que no sé cómo me contuve para no decirle

una fresca y tirarle á la cabeza la taza de café. Y D. Ra-

món, digo, mi marido, está loquito con el sobrino y le

cree un muchacho muy formal y muy comedido.... Mu-

cho, mucho, lo que es comedido, es mucho el grandísimo

pillastre.... ¡Y con qué humildad besa la mano á su tío!....

¡Y con qué chunga me llama á mí *títita!*.... No, lo que es

cuando yo esté sola no le vuelvo á recibir.... Ya se lo he

dicho, y el muy sin vergüenza se ríe y dice: «Pero, hija, ¿no

ve usted que se va á incomodar mi tío? ¡Pues poquito que

me quiere mi tío!....» ¡Jesús!.... Casarse D. Ramón con se-

setenta años conmigo que tengo veintidós, ha sido, como

dice el sobrinito, una barbaridad.... ¡Ya lo creo que ha sido

una barbaridad!.... ¡Y mamá tan satisfecha!.... ¡Jesús! cuando

me dice mamá: «Vamos, Lucinda, que no nos podemos

quejar, que buena suerte hemos tenido», tengo que hacerme

mucha violencia para no faltarla al respeto. Ella sí que

ha tenido suerte, pero yo.... ¡Ay! ahí viene D. Ramón,

digo, mi marido.... ¡Que no me conozca que he llorado!....



VI.

Juanito Portal.

«Querido Juanito: Más vale tarde que nunca. Hasta cinco meses después de haberte casado con D.^a Facunda no te ha ocurrido dar parte de la boda á tus primas. En la corte os hacéis muy olvidadizos. Ya sabíamos por amigos que han venido de la corte á Villasandía que habías hecho una gran boda, y francamente te diremos que estábamos bastante resentidas contigo, pues no podemos olvidar que tú y nosotras nos hemos criado juntos, y creíamos que nosotras habíamos de ser las primeras en saber el grande acontecimiento. Doña Jenara, la de Colmillo, que vino de Madrid el jueves, de ponerse la dentadura, nos dijo que había ido á visitaros, y que tu señora esposa le había parecido muy bien, persona formal y de mucho respeto, y que, sin ser una beldad, ni mucho menos, no es desagradable, y le hace cierta gracia el ojo que tiene entornado y no le afea mucho el labio partido, y con la peluca rubia está que nadie le echará más de cuarenta años. Muy cordialmente te damos la enhorabuena por haber merecido el cariño de esa señora, á quien ya que-



LOS FAVORITOS DE LA CASA.

remos como prima, y estamos deseando conocerla. Si nos mandarás su retrato lo enseñáramos en toda Villasandía, pues es mucha la gente de aquí que, por lo que nos han oído hablar de ti y de ella, está rabiando por verla. Le darás muchos besos en nuestro nombre, y tú lo que quieras de tus primas — *Bruna y Leoncia.*»

¡Lechuzas! ¡envidiosas!..... Un rayo hubierais querido enviar dentro de esta carta para acabar á un tiempo con mi Facunda y conmigo..... Bien se os conoce la rabia que os devora porque vuestro primo no se ha casado con una de vosotras..... ¡Vaya una proporción! ¡Bonito papel hubiera yo hecho metido en Villasandía, cuidando de la panera y del lagar, de la media docena de olivos y de ese par de viñas que tenéis, comidas de filoxera! Buenas ganas se os han pasado de llamar en la carta fea y vieja á Facunda, de quien se conoce que os ha dicho las mayores injurias la chismosa D.^a Jenara, la de la dentadura. Sí que es fea mi Facunda, y vieja..... ¡Mejor que mejor!..... Á mí me ha gustado, y estoy muy *retecontento* con ser su marido, y no tengo que trabajar, ni que hacer otra cosa que pasearme, divertirme, cobrar los cupones de los cuatros y los dividendos del Banco y de la Tabacalera, y darme la gran vida. Ya no fumo tagarninas, sino buentísimos habanos; ni cómo los fideos de mi patrona D.^a Regina, la de la barba corrida, que me daba miedo verla, y no me visto en ropería, que me visto en casa de Caracuel, y voy en mi berlina, ó en mi *charrette* cuando hace bueno, y puedo pasar por todas las calles de Madrid sin temor de encontrarme con los odiosos acreedores, y están muertas por mí cinco duquesas, á juzgar por las miradas con que me favorecen en el Retiro, en las carreras y en el teatro, y este año, primero de mi matrimonio, voy á San Se-

bastían y á Biarritz, donde está la *Villa Facunda*, propiedad de mi amada esposa, la del *ojo entornado y el labio partido*, como os ha ido diciendo la D.^a Jenara, que es una sierpe venenosa. ¿Su retrato?..... ¿Queréis que os envíe su retrato?..... Para ir á todas partes diciendo: «¿Ven ustedes qué fea es la mujer de Juanito?..... Nuestro primo está loco. ¿Han visto ustedes qué mujer se ha echado?.....» Y no será malo que no inventéis alguna calumnia, con el auxilio de D.^a Jenara, la que mató á Colmillo, su marido, á fuerza de sofocones; que el pobre no se atrevía á respirar delante de ella: como que le tenía acoquinado y alelado, y creo que todas las noches le pegaba una zurra, y así estaba él, que se fué consumiendo y reduciéndose á la más mínima expresión, hasta que se murió, y en los últimos momentos murmuraba la pobre víctima: «Gracias á Dios que me muero y la pierdo de vista.» Mi Facunda no es así; mi Facunda, aunque ya no cumplirá los cincuenta, es enteramente un alma cándida....., la única persona de este mundo que ha puesto su confianza toda en mí, entregándome, con su amor y su mano, los valores del Estado, las acciones del Banco y todo lo que constituye su fortuna..... y la mía. ¿Y qué me exige en cambio?..... Un poco de amor; que la llame *mi Facunda, mi monísima, mi rica, mi bobilla, mi tontona*, lo que, en verdad, no me cuesta ningún trabajo. Dirán que no tengo vergüenza. ¿Y á mí qué?..... El año que viene seré diputado por Villasandía, y me hombraré con las grandes figuras de la política, y diré á D. Antonio: «Adiós, Cánovas», y le pediré lo que quiera á D. Amós. Y todo se lo deberé á mi D.^a Facunda.

CARLOS FRONTEIRA.



LA MUJER IDEAL

SONETO

Acaso la forjó mi fantasía,
Y, de la mente plácida quimera,
Tal vez en vano mi ansiedad espera
Con formas de mujer hallarla un día.
Ella es de mi razón único guía,
De mis pasiones única barrera,
Y siempre he de querer lo que ella quiera,
Pues á su voluntad rendí la mía.
Ensueño vagaroso del deseo,
Yo sus encantos en el pecho abrigo,
Yo sólo el mundo de su amor poseo.
Mujer la aguardo, sombra la persigo,
Y en mis delirios de placer la creo
Nacida en mí para morir conmigo.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.



LA GRAN BATALLA

¡Qué obscuridad! Los muros de mi estancia
Negros están cual funerales paños.
Sólo un hilo de luz tenue penetra
Por la hendidura del balcón cerrado,
Sobre el cual lanza la siniestra luna
Un moribundo amarillento rayo.
El sueño junto á mí bate sus alas
Sin llegarse á fijar sobre mis párpados,
Cual triste buho que indeciso tiembla
Sobre la rama de un estéril árbol.
Todo á mi lado en las tinieblas flota,
Y hondo silencio me acompaña el cuadro.
Un confuso rumor percibo á poco,
Y frases luego, y golpes redoblados,
Y gritos de ansiedad, y ayes de muerte,
Y estrépito infernal; y vi luchando
En torno mío un espantable ejército.
En él lucían jóvenes gallardos,
Y espléndidos magnates y señores,
Y príncipes y artistas; y á su lado
Bellas mujeres combatiendo airosas
Entre lanzas, banderas y penachos.
Y en profusión sin término pasaban
Genios sombríos y orientales magos,
Ondinas verdes, náyades azules
Y pálidas sirenas que, aun matando,
Parecían brindar sobre la tierra
La lluvia de oro de los sueños mágicos.
Y á la vez que rodaban por el valle
Los exánimes cuerpos desgarrados,
Lanzábanse á la lid con recio empuje,
Cual héroes fabulosos y fantásticos;
Y al caer, acercábanse las vírgenes
Y echaban flores en sus rotos cráneos,
Ó los cubrían con su largo pelo
En sangre y polvo y légamo empapado.
Y al exhalar su espíritu animoso
Los guerreros tendidos en el llano,
Vi de sus cuerpos desprenderse al aire
Sus fieras sombras y seguir luchando.
Y al subir destrozándose furiosas,
Se rasgaron las nubes del espacio

Y las cercó un tropel de extraños seres
Hermosos, vistosísimos y alados,
Que, al girar sus espadas encendidas,
Veloces cual la llama y el relámpago,
Las obligaban á rodar deshechas
Por los abismos de los cielos anchos;
Y al descender, á su alrededor caían
Ricas guirnaldas de colores varios
Que iluminaba la risueña aurora,
Deslizando en los pétalos sus rayos.
La noche, en tanto, desplegó sus gasas
Y todo lo envolvió. Fúnebre espanto
Difundió el aire. Soledad, misterio,
Reinó de pronto, y sólo se escucharon,
Como el rumor con que las olas mueren,
Suspiros, sin aliento, entrecortados.

Aclárase la sombra: un rayo rojo
De sol reemplaza al de la luna pálido.
Camina el rayo y á mi lecho llega,
Y da en mi corazón: con ojos vagos
Aspiro á ver el campo de batalla
Y contar los cadáveres. En vano
Lo pretende mi afán. ¿Dónde, Dios mío,
Dije, está el sitio de la escena trágico?
Sentí una fuerte sacudida, y luego
Terror y frío y ansiedad. La mano
Llevé á mi pecho, y al notar que apenas
Se levantaba trémulo y pausado,
Me pareció un momento que la sangre
Que vi correr en el combate infausto,
De mi ya roto corazón salía,
Y que brotaban de él, como de un antro,
Plegarias y sollozos y estertores
De palpitantes miembros destrozados.
Fijéme un punto, y á la luz del alba
Miré el montón de muertos en el campo:
¡Eran mis ilusiones los cadáveres!
¡Era mi corazón aquel teatro!

G. BELMONTE MÜLLER.

DE PLANCHADORA Á DUQUESA



I.

lo último de la calle de las Huertas, casi al desembocar en el paseo del Botánico, habitaba, hace justos veinte años, una pobre mujer, viuda de un albañil, que se ganaba la vida planchando camisas para tiendas y casas particulares.

Un día con otro ganaba hasta dos pesetas, y esta exigua cantidad le bastaba para pagar una altísima guardilla, cuyo alquiler le costaba tres duros al mes; para comer, casi todos los días, un modesto cocido, é ir siempre decentemente vestida.

Había sido en sus juventudes doncella en varias casas principales, y merced á los buenos recuerdos que dejara en ellas, sus antiguas amas le regalaban de vez en cuando vestidos viejos, camisas usadas; y en muchas ocasiones, cuando alguna criada se hallaba enferma, solían acudir á ella para reemplazarla en la costura ó el planchado.

Rafaela, á pesar de hallarse sola en el mundo; á pesar del triste recuerdo de su marido, que se estrelló al caer desde lo alto de un andamio, era casi feliz.

No echaba de menos sino alguno que viviese al lado suyo; á una compañera con quien pudiese contar para cuidarla ó asistirle en sus enfermedades.

Dios no quiso concederle un hijo durante su matrimonio.....; y ¡cómo hubiera endulzado sus amarguras la presencia de un ser querido que animase su soledad, la consolara en sus quebrantos, disipase su tristeza, y cerrara sus ojos el día de la muerte!

Sin embargo, Rafaela no era desgraciada: de carácter alegre y humilde, todo lo soportaba con cristiana resignación, y hasta daba gracias diariamente al cielo por haberle concedido salud completa y resignación con su suerte.

Una mañana temprano, poco después de levantarse, al

salir en busca de su miserable desayuno, tropezó con una canastilla de mimbrés, cuidadosamente cubierta por un pañuelo blanco de batista, y colocada precisamente delante de la puerta de la escalera.

Bajóse presurosa á ver lo que contenía, y ¡cuál no fué su sorpresa, su asombro, al advertir que en el fondo dormía tranquilamente una niña, un ángel recién venido al mundo, envuelto en finísimos pañales!—Al lado había un papelito, donde se leían las siguientes palabras:

«Conociendo tu buen corazón, una madre desventurada te confía la hija que acaba de dar á luz. Reemplázala tú, y algún día obtendrás justa y merecida recompensa, si no aquí abajo, allá en el cielo. — Está bautizada y se llama Luisa.»

Rafaela experimentó un momento de lucha horrible: de contrariedad, por el nuevo trabajo que le sobrevenía; de júbilo, por encontrar aquello que echaba de menos siempre.

Este último sentimiento fué el que se sobrepropuso á los demás: cogió apresuradamente la canastilla, sacando sin tardanza su contenido y colocándolo amorosamente en su pobre lecho.

La niña era preciosa, y al abrir los ojos miró sonriendo á aquella que iba á reemplazar á la madre desnaturalizada y cruel que la abandonaba.

Lo más urgente era buscarle alimento para que no se muriese de hambre: los escasos recursos de Rafaela no le permitían traer nodriza, y entonces le ocurrió la idea de criarla, como tantas otras, con biberón.

Corrió, pues, á la calle, no tardando en volver provista de cuanto necesitaba para el objeto.

La niña se prestó dócilmente á beber la leche que Rafaela le suministró, y desde aquel punto y hora, dotada de genio angelical, no se resistió nunca á tomar el que debía ser su único sustento.

Dedicóse Rafaela á examinar desde el principio los pañales en que se hallaba envuelta la criatura: eran de Holanda, bien cosidos y bien bordados, teniendo por marca dos letras: L. G.

Imponíase empero la necesidad de proveerse de otros para reemplazar á aquéllos; y Rafaela agotó en semejante gasto sus limitados recursos.

¡Con qué satisfacción lo hizo! ¡Cómo bendecía al Omnipotente por haber escuchado sus votos para proporcionarle lo que constantemente había deseado:—un ser á quien

amar, consagrándole sus cuidados, su ternura y su corazón!

La pobre niña abandonada correspondía de modo admirable al cariño de la planchadora: no lloraba nunca: sonreía á menudo, y contestaba á los halagos que le prodigaba la que había llegado á ser su madre verdadera.

II.

Así pasaron los años de la infancia y de la niñez; y al llegar á la adolescencia, Luisa ayudaba á Rafaela en las faenas de la casa; no dejando de contribuir á su sostenimiento, pues trabajaba sin tregua, ya cosiendo las ropas suyas y de Rafaela, ya planchando también como ésta los encargos que recibían de fuera.

La fisonomía y el carácter de la joven guardaban completa armonía: la una era bella, suave, angelical; el otro afable, cariñoso, dulce.

Rafaela idolatraba á su hija, y Luisa adoraba á su madre.

Esta en sus ratos de ocio la había enseñado á leer y escribir, y aquella, aprovechando sus lecciones, aventajó pronto á la maestra.

Dotada de fácil comprensión y de rara inteligencia, todo lo aprendía con extraordinaria rapidez.

Costa y bordaba á la perfección, y planchaba de la manera más perfecta, lo mismo camisas que encajes, así lo liso, como lo plegado.

Merced á tan diversas aptitudes, reinaban en la pobre vivienda el orden y la abundancia: los ingresos eran superiores á los gastos, y Rafaela miraba el porvenir con menos terror que antes.

Inútil es decir que las dos mujeres se amaban con verdadera pasión: la una había visto realizados sus deseos más ardientes, hallando en quien depositar los tesoros de amor de su alma; la otra creía deber la vida á aquella que sólo parecía existir para idolatrarla.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que abandonaran la guardilla de la calle de las Huertas, instalándose en un precioso cuartito de la de Serrano.

Rafaela había tenido dos motivos para este cambio: las vecinas la hacían blanco de bromas groseras y soeces, de resultas de la aparición de la hermosa niña, no dando crédito á la verdadera historia que la planchadora les había referido: Luisa, por su hermosura y natural distinción, no pudo lograr el afecto ni las simpatías de aquellas mujeres vulgares, que la acusaban de orgullosa y altiva.

Fué indispensable cambiar de domicilio; y como los productos de la continua labor lo permitían, establecieron madre é hija con mayor amplitud y comodidad.

Un día con otro, ganaba Luisa cuatro ó cinco pesetas; mientras Rafaela, menos hábil, no pasaba de su jornal antiguo.

Así vivían tranquilas y felices, sin desear más de lo que tenían, sin temores y sin penas, consagradas las dos al mutuo afecto que las unía.—Luisa creyendo que Rafaela la había llevado en su seno; Rafaela olvidando casi lo pasado para no vivir sino en lo presente.

III.

El amor no había conmovido aquel corazón juvenil, extraño, ajeno todavía á las pasiones humanas. Luisa salía poco, y nunca sola, y todos sus placeres y distracciones se reducían á pasear los domingos y días de fiesta por el campo.

Algunos transeuntes se volvían á contemplar el rostro bellísimo y el talle esbelto de la joven; pero ella no advertía siquiera las muestras de admiración de que era objeto, no pasando empero inadvertidas para Rafaela, que experimentaba un profundo sentimiento de orgullo y satisfacción.

Pero cierta tarde de estío, cuando Luisa acababa de cumplir veinte años, recibió por el correo interior un billetito elocuente y apasionado, con la firma de Fernando Ramírez.

Era una entusiasta declaración de amor, en que el desconocido manifestaba sus deseos y sus esperanzas, anhelando correspondencia á tal inclinación, y exponiendo sus medios de subsistencia: era pintor de cuadros, y aunque todavía poco conocido, contaba ya con medios para vivir holgadamente.

Luisa entregó á Rafaela la epístola en cuanto la abrió, rogándole la dictase respuesta.

—¿Conoces á ese hombre?—preguntó la planchadora inquieta y alarmada.

—Debe ser—repuso la joven—un muchacho que nos sigue con frecuencia.

—¡Cómo no he reparado yo en él!—volvió á exclamar Rafaela cada vez menos tranquila.

El día siguiente era domingo, y durante el paseo pudo observar que á cierta distancia de ellas venía el enamorado galán.

Su aspecto no tenía nada de alarmante ni de repulsivo: de rostro grave, de figura simpática, de porte decente, vestía, si no con elegancia, con decencia, representando de veinticuatro á veintiséis años.

La primera impresión fué buena, y Rafaela pensó que el artista podía ser un partido excelente para su hija adoptiva.

La pobre mujer era ya vieja: el trabajo asiduo y constante había debilitado su naturaleza; padecía de achaques propios de la edad, y ¿no podía morir el día menos pensado, dejando sola, enteramente sola en el mundo, á su adorada niña, según siempre la llamaba?

Desde aquel momento dedicóse á observar, á espiar la conducta y los movimientos del desconocido: á menudo le veía situado enfrente de su humilde morada, y cuantas veces salían á la calle iban seguidas á respetable distancia por el mancebo.

Era preciso despejar la situación, conferenciar con su perpetuo seguidor, cerciorarse de la honradez de sus intenciones.

Cierta tarde, viéndole situado en el lugar de costumbre, fué Rafaela derecha á él.

—¿Es usted el que ha escrito una carta á mi hija?—le preguntó.

—Sí, señora—repuso Fernando sin vacilar.

—¿Cuáles son las intenciones de usted?

—Las más rectas y honradas: las de hacerla mi esposa.

He tomado informes de las vecinas de ustedes, y todas han estado conformes en dármeles inmejorables de su honradez y virtudes.

—¿Y cuáles son los recursos con que cuenta usted para sostener las necesidades de la familia que se propone crear?

—Gano un año con otro 3.000 pesetas, y me parece suficiente para nuestro sustento.

—¿Tiene usted padres?

—Estoy solo en el mundo, siendo mi aspiración única que usted me permita, por medio del trato, convencerme de que no soy odioso á aquella á quien amo con todo mi corazón.

Rafaela se quedó perpleja un instante, comprendiendo al fin el absurdo de rechazar al que manifestaba tan nobles y delicadas intenciones.

—Venga usted mañana á la noche á casa—le dijo;—y allí, en presencia de Luisa, podremos hablar más detenidamente.

Verificóse, pues, la primera entrevista con resultado satisfactorio: Fernando Ramírez pintó con entusiasmo su pasión, dando menuda cuenta de sus recursos, de sus esperanzas, y quedó convenido que las dos mujeres visitarían el domingo inmediato el estudio del pintor, y conocerían su manera de ser y de vivir.

IV.

El examen no pudo verificarse con mejor éxito y satisfacción. Fernando habitaba en la calle del Gobernador, en el quinto piso de una casa moderna. Servíale de criada una viejecita humilde y atenta, que no sólo atendía á todas sus necesidades, sino que le cuidaba maternalmente, guisando la comida, lavando las ropas, teniendo en completo estado de aseo el estudio donde trabajaba el pintor.

En él se veían paisajes y acuarelas de bastante mérito; dos ó tres retratos, cuyo barniz debía secarse antes de ser entregados á sus respectivos dueños: en fin, todo revelaba allí, á la par, el talento y la habilidad del artista, y los hábitos de orden y laboriosidad del hombre.

Ramírez había tenido la galantería de preparar una merienda sencilla y sabrosa en obsequio de las que le visitaban, y semejante atención acabó de conquistarle la simpatía y la consideración de la buena Rafaela.

Durante el frugal banquete quedó acordado y convenido que Fernando iría por las noches á pasar un par de horas en la casita de la calle de Serrano; y si al cabo de pocos meses los dos jóvenes creían ser felices uniéndose con eternos lazos, se verificaría el matrimonio en seguida.

¡Qué venturosos fueron durante aquel tiempo los dos amantes!—Porque Luisa había llegado á sentir y experimentar el propio cariño de que era objeto, y poco á poco descubrió en su futuro marido nuevas prendas y cualidades estimables.

Fijóse, pues, la fiesta de la Purísima Concepción para la boda. Fernando había hecho á su prometida regalos modestos, pero útiles, agotando Rafaela todos sus ahorros en la ropa blanca y demás indispensable para tales casos, cuando la víspera de tomarse los dichos, ó de firmarse los esponsales entre los futuros esposos, llamaron ruidosamente una

tarde á la puerta de la humilde morada de la planchadora.

Salió Luisa á abrir, y quedóse sorprendida al contemplar una señora como de cuarenta años, hermosa todavía, y lujosamente ataviada.

—¿Vive aquí—preguntó—una mujer llamada Rafaela Muñoz?

—Aquí vive—repuso la joven.

—Deseo hablarla.

—Puede usted pasar—añadió Luisa corriendo á avisar á su madre.

Sin saber por qué, latíale el corazón apresurado, sintiendo como el presentimiento de sucesos graves é importantes.

Rafaela salió sin tardar, creyendo que se trataba únicamente de algún encargo de costura ó de plancha.

La recién llegada, que parecía hallarse bajo el influjo de una emoción profunda, la interrogó en seguida:

—¿Ha vivido usted—dijo—en la calle de las Huertas, número 41?

—Largo tiempo habité allí.

—¿No es cierto que hará veinte años encontró usted á la puerta de su casa un canastillo encerrando una niña recién nacida?

—Es verdad—respondió Rafaela atónita y asombrada.

—¿Y existe aún la criatura que pusieron en sus manos?—preguntó su interlocutora con ansiedad.

—Es la misma—contestó la pobre mujer casi sin poder articular las palabras—es la misma que le ha abierto la puerta.

La desconocida exhaló un grito agudo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Que venga, que venga al instante!—exclamó fuera de sí.

—¿Puedo saber—dijo Rafaela—qué es lo que la señora desea?

—Pues bien—replicó ésta—soy la Duquesa de Montefiel, madre de esa niña, que me robaron cuando acababa de darla á luz.

Rafaela experimentó entonces el sentimiento mismo que agitaba el corazón de la ilustre dama, pensando que iba á perder lo que la otra acababa de encontrar: una hija querida.

La de Montefiel sacó del seno una carta, que puso en manos de la planchadora.

—Lea usted—añadió—y tendrá la explicación de todo lo ocurrido.

La epístola decía así:

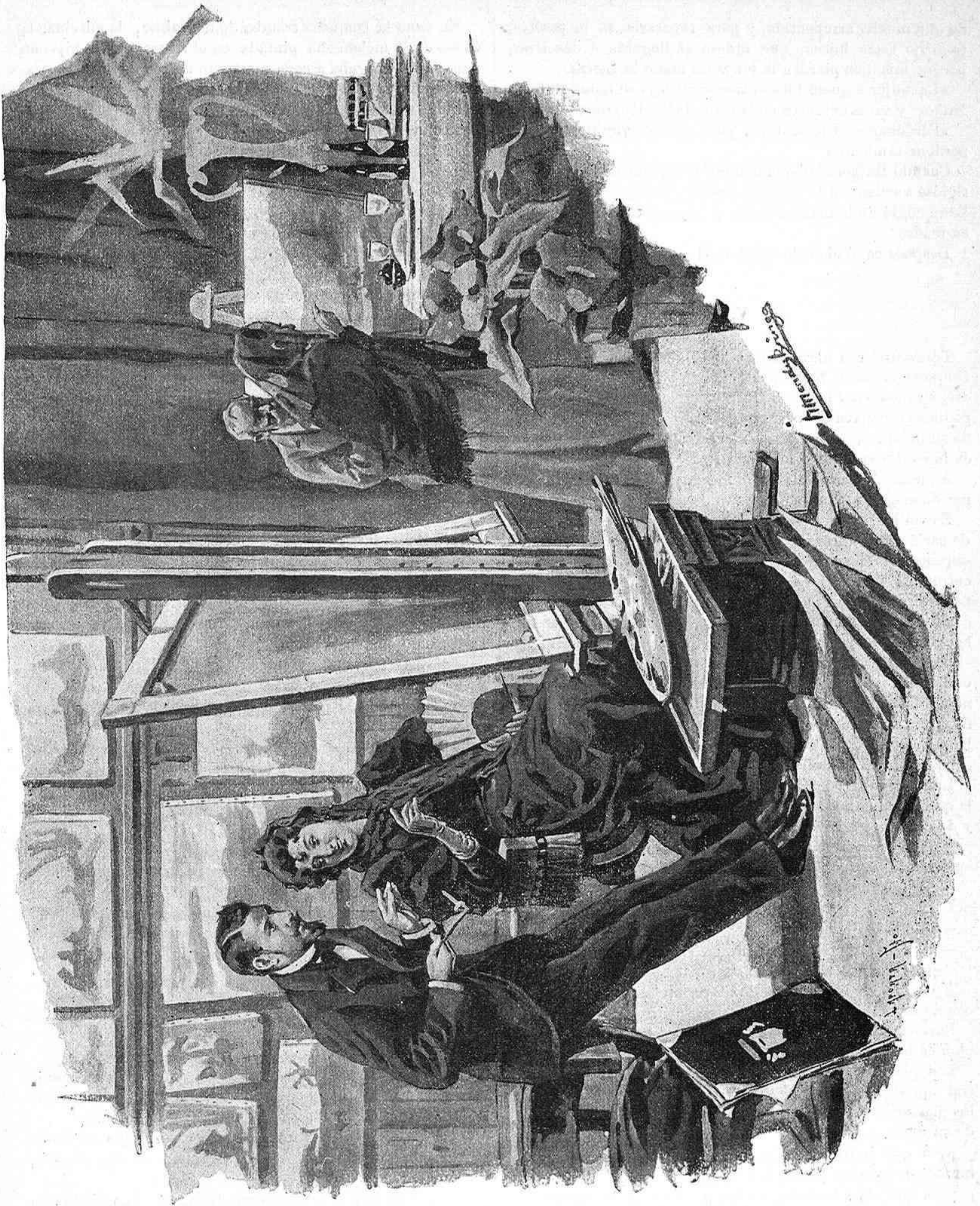
«Voy á morir, Clementina, y en esta hora suprema debo hacerte la confesión solemne del crimen que cometí.

»Las dos amábamos al mismo hombre: tú fuiste más dichosa que yo, y te uniste á él. Yo, loca, dominada por mi dolor, juré vengarme del que me había abandonado dándote á ti la preferencia.

»Mi rencor y mi odio no se extinguieron en el trascurso de algunos meses; y cuando supe que eras madre, decidí llevar á cabo el plan de que me confieso culpable.

»A fuerza de oro gané dos de tus criados, y una noche, mientras dormías tranquila en el lecho conyugal, te arrebataron tu hija, depositándola á la puerta de la guardilla de mi planchadora, mujer honrada y caritativa.

»He ahí lo único que atenúa en parte la acción criminal



DE PLANCHADORA Á DUQUESA.—EN EL ESTUDIO DE RAMÍREZ.—Dibujo de Méndez Bringas.

de que muero arrepentida, y para repararla en lo posible, te dirijo estas líneas, que ignoro si llegarás á descifrar, porque mis ojos pierden la luz y mi mano la fuerza.

»La mujer á quien hice entregar tu hija se llama Rafaela Muñoz, y vivía entonces en la calle de las Huertas, núm. 41.

»Perdóname, Clementina, para que el Omnipotente me perdone también.»

Cuando Rafaela hubo concluido la lectura de la carta, dirigióse vacilante á la estancia vecina, y sin pronunciar palabra cogió de la mano á Luisa y la puso en los brazos de su madre.

Después cayó al suelo desplomada y sin aliento.

V.

Transcurrieron algunos meses.—Luisa, hija única de la Duquesa viuda de Montefiel, vivía en el palacio de su madre, en medio del lujo y de la opulencia; pero siempre que podía se escapaba al cuarto de Rafaela, á quien en premio de su noble, de su generosa conducta, alojaba la Duquesa en la suntuosa morada aristocrática.

Aquellas dulces pláticas con la planchadora parecían llenar de alegría el alma de la joven.

Es verdad que su madre la prodigaba las demostraciones de cariño y de ternura; es cierto que no era culpa suya si durante veinte años se había visto privada de ellas; pero entretanto una mujer á quien no la unía vínculo alguno de parentesco, no omitió nada para su bienestar, cuidándola con esmero, educándola en la medida de sus facultades, haciéndola objeto único y absoluto de sus afanes.

¿Sería más venturosa en la nueva situación que lo fuera en la otra? ¿Encontraría en aquella que la daba el santo nombre de hija igual desinterés, idéntica abnegación? En fin, ¿qué sería de Fernando, el hombre que por primera vez había hecho latir su corazón, y al que no veía desde que su clase cambiara completamente?

Luisa depositaba sus pensamientos y penas en el seno de la que había creído su madre; y estas horas de expansión y de confianza eran su único consuelo.

—¿Y Fernando?—solía preguntar á la pobre vieja con emoción viva y profunda.

—Algunas veces le encuentro y me pregunta siempre por ti.

—¿Me habrá olvidado?

—Dice que nunca te olvidará.

—¡Qué dichosa habría sido con él!

Y los ojos de la heredera de los Montefiel se humedecían con amargo llanto.

Pasaban los días, pasaban los meses sin producir alteración en los sentimientos de Luisa.

Los placeres y distracciones del mundo no lograban borrar aquella imagen de su alma: en ella vivía el recuerdo de los días venturosos en que el pobre artista le había hablado de su amor.

¡Con qué indiferencia escuchaba las protestas y juramentos de cuantos pretendían su mano!

¡Con qué afán buscaba en los paseos y en los teatros al que no se atrevía á soñar siquiera ser esposo de la que creyó humilde planchadora!

En vano la Duquesa trataba de descubrir, de adivinar la causa de la melancolía pintada en el rostro de su hija; en vano la interrogaba á cada momento acerca de aquella tristeza, que no sabía ó no podía esconder.

Luisa no tenía bastante confianza en su madre para revelar el secreto.

¿Consentiría acaso en ratificar sus promesas? ¿Podría nunca acceder al matrimonio absurdo entre un pintor humilde y la que debía llevar títulos y grandezas de España?

La Duquesa veía con espanto á su hija perder el color, como había perdido la alegría, apareciendo en ella los primeros síntomas de una enfermedad de languidez que podía llevarle en breve tiempo á la tumba.

En balde llamó en consulta á los principales médicos de la corte; en balde la paseó por varias capitales de Europa; en balde celebró fiestas magníficas en su palacio:—el estado de la joven no cambiaba, y el peligro era cada vez mayor.

La aflicción de la Duquesa aumentaba de día en día: vió morir á su marido poco después de arrebatarse su hija, y ahora, tras largos años de inquietud y desolación, ¿no habría encontrado á aquel ser idolatrado sino para tornar á perderlo para siempre?

Una noche en que la situación de Luisa parecía más grave que nunca, la Duquesa subió al cuarto de la planchadora, sumida también en el dolor.

—¡Ayúdeme usted á salvarla!—dijo corriendo hacia ella y estrechándola entre sus brazos.—Usted, que la ama como yo misma; usted, que la ha servido de madre por espacio de veinte años, puede y debe decirme lo que haremos para salvar una existencia tan querida.

—No hay más que un medio—repuso Rafaela casi sin poder articular las palabras.

—¡Hable usted! ¡hable usted!—gritó la Duquesa fuera de sí.

—Pues bien—replicó la vieja;—faltando á la promesa, al juramento que había hecho á Luisa, descubriré á la señora su secreto. La pobre niña ama á un hombre, con quien no permitirá la señora sin duda que se enlace.

—¿Por qué?

—Es pobre y de condición humilde.

—¿Quién es?—interrogó de nuevo la desolada madre.

—Un pintor todavía desconocido.

—Si es hombre de honor, si puede hacerla feliz, será pronto el esposo de Luisa. Para mí no son nada las leyes y consideraciones sociales, si logro salvar la vida de mi hija.

CONCLUSIÓN.

Dos meses después se celebraba en Irún el matrimonio de Luisa y Fernando, entre el escándalo y la reprobación de los deudos y amigos de la Duquesa de Montefiel.

A oídos de ésta llegaron las censuras de que su noble conducta era objeto, y entonces, irguiéndose con orgullo, exclamaba:

—Nada me importa, puesto que he salvado la vida de una hija adorada.

RAMÓN DE NAVARRETE.

LA FELICIDAD

I.



Ciega y enferma, la madre
Pidiéndole á Dios está
No morir hasta que logre
De nuevo al hijo abrazar.
Seis años ha que le espera
Con una amargura tal,
Que ni un día en los seis años
Ha dejado de llorar.
En tanto, el hijo, en las Indias,
Con ruda tenacidad,
Fué ganando, poco á poco,
Con su trabajo un caudal
Para conseguir un día
Volver alegre á su hogar
Y de aquella buena madre
Hacer la felicidad.
Y ella, sola, sin el hijo
Á quien tanto supo amar,
Fué poco á poco muriendo,
Que era su pena mortal.

Un día la pobre ciega,
Después de tanta ansiedad,
En el fondo de su alma
Vió la esperanza brillar;
Que el hijo, de sus afanes
El fruto logrado ya,
Volvía al pueblo buscando
El cariño maternal.

II.

Muy obscura está la noche,
Se escucha el viento silbar
Y sobre la pobre aldea
Se cierne la tempestad.
La ciega, que no se cuida
De echar leña en el hogar,
Levántase á cada instante
Y junto á la puerta va
Y aplica atenta el oído,
Inmóvil, sin respirar,

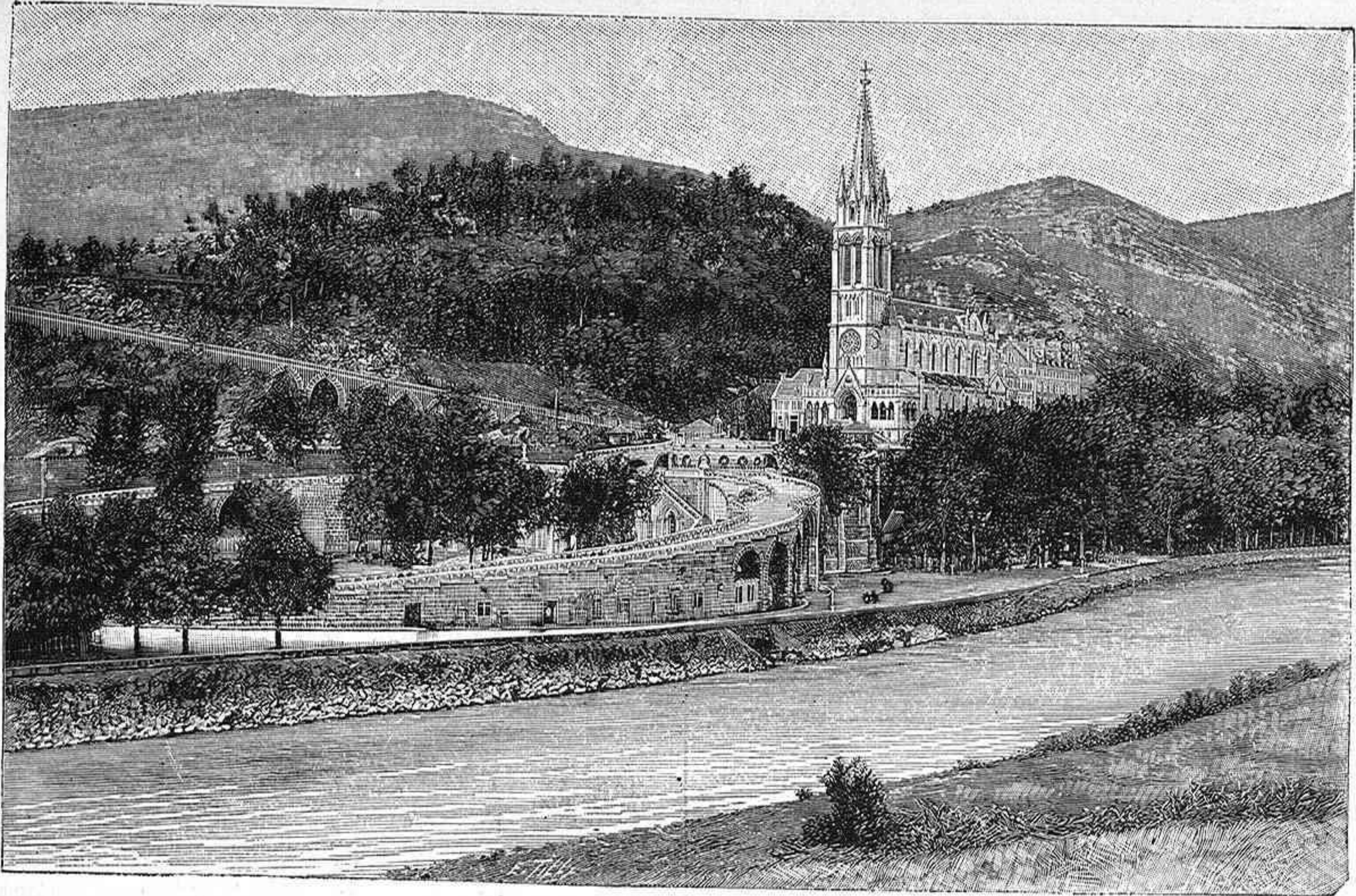
Queriendo sentir los pasos
Del hijo que llega ya.
En tanto, afuera y envuelto
En la densa obscuridad,
Escucha un hombre, escondido
Tras el poste del parral.

Ya el hijo llega. La madre,
Aunque escucha sin cesar,
No oye sus pasos, que ruge
Allá afuera el huracán.
¡Qué alegre que viene el mozo,
Pues trae en oro un caudal
Y otro en amor á su madre,
Que él estima en mucho más!
Ya llega junto á la puerta
Y se dispone á llamar,
Cuando siente en la garganta
El acero de un puñal.
—¡Madre mía!— grita el triste
Porque se siente expirar.—
¡Madre mía de mi alma!.....—
Y exánime en tierra cae.
La madre, abriendo la puerta,
Llena de amor y ansiedad,
—¡Hijo de mi vida!— exclama.—
¡Al fin á mi lado estás!—
Con los brazos extendidos
Un bulto llega á tocar,
Y al asesino se abraza
Con santo amor maternal.
Y diciéndole:—¡Hijo mío!
Ya de aquí nunca te irás,
¿No es verdad? ¡Bendito seas!—
Un beso imprime en su faz.
Fué aquella intensa alegría
Para la enferma fatal,
Que en su corazón, ya herido,
No cupo y le hizo estallar.
Y la pobre madre ciega,
Ignorando tanto mal,
En brazos del asesino
Murió..... ¡de felicidad!

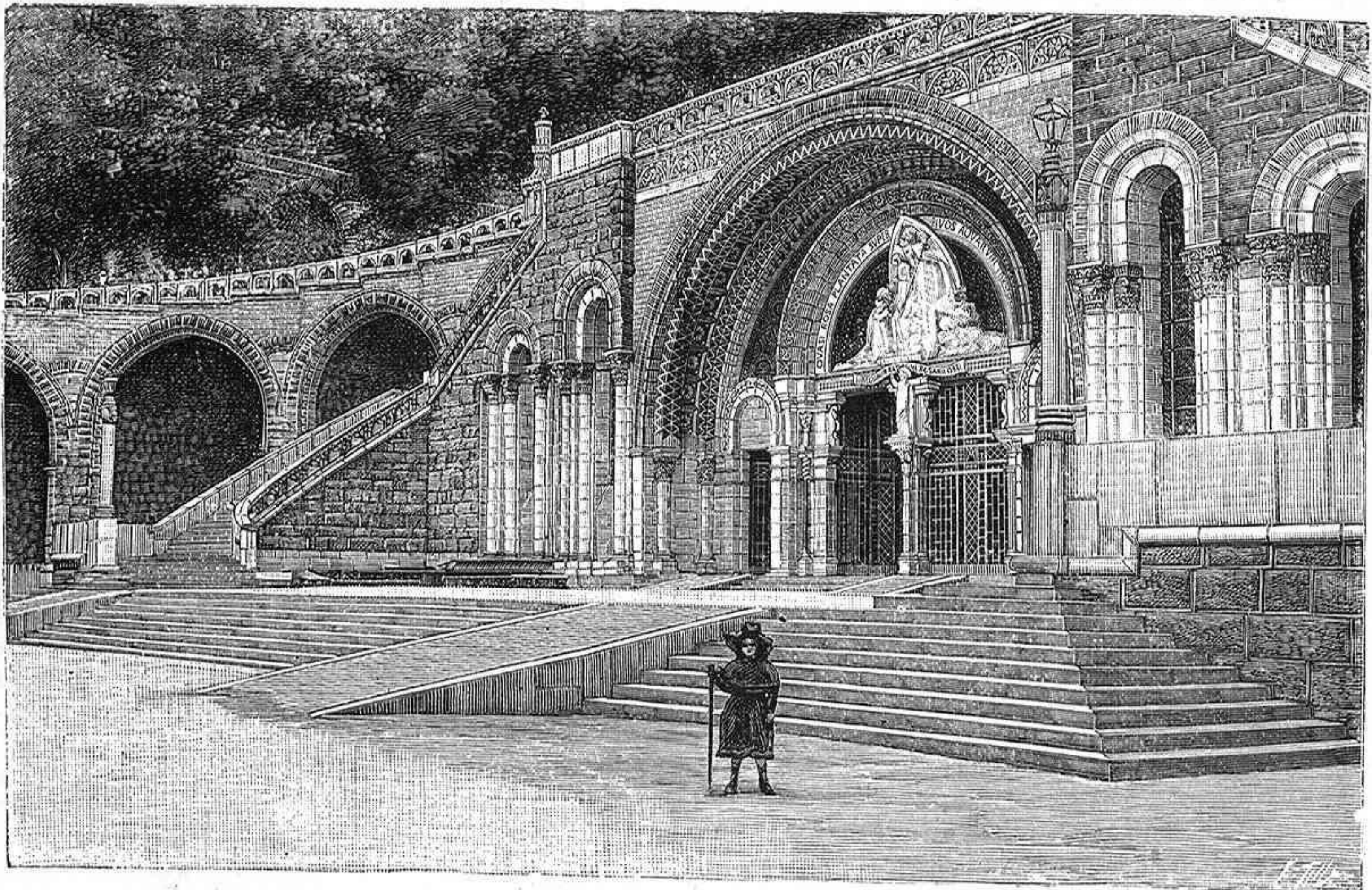


JOSÉ ESTREMEBA.

SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.



VISTA DE LA BASÍLICA.



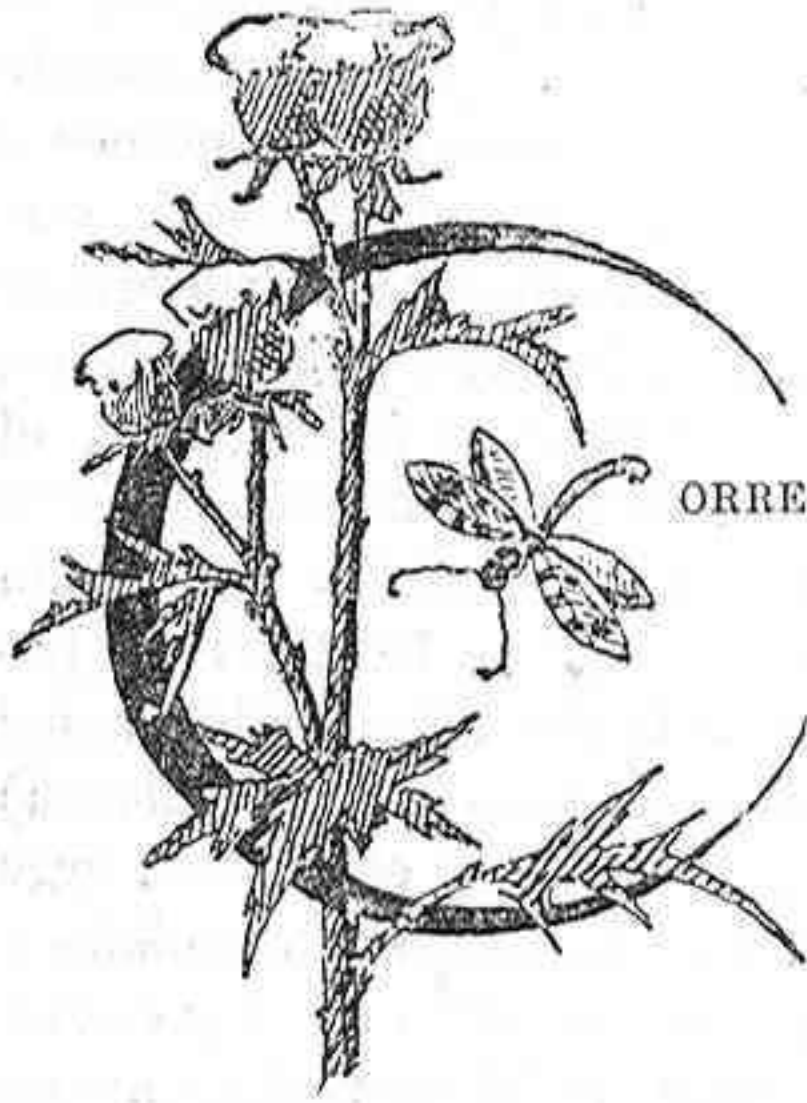
EL PÓRTICO DEL ROSARIO.—(De fotografías de Meys.)



AGUADORA.—CUADRO DE FRANCISCO GIOLI.

LA CZARINA ISABEL ALEXEWNA

(HISTORIA ESPAÑOLA)



ORRE por Madrid, perdido para el mundo de las Letras, un manuscrito curiosísimo, el de una historieta en que no se sabe qué admirar más, si lo peregrino y dramático del asunto que entraña, ó el interés que inspira para el conocimiento

de algunos de los más raros episodios de la intervención de los soldados españoles en la desastrosa campaña del emperador Napoleón en Rusia.

El protagonista es músico del regimiento de Asturias, uno de los expedicionarios al Norte de Alemania con el Marqués de la Romana, prisionero, como el de Guadalajara, en Zelandia por negarse á jurar rey de España á José Bonaparte.

Actor tan humilde y teatro tan remoto pudieran infundir sospechas sobre la autenticidad de un escrito en tales condiciones inspirado, atribuyéndolo á obra de autor dramático no dispuesto á sacrificar acariciadas invenciones al rigorismo de la verdad histórica. Aparece, sin embargo, esa autenticidad tan justificada con la memoria de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella estupenda jornada de Rusia; se revelan con tales caracteres de certidumbre los episodios en que tomaron parte nuestros compatriotas, y píntase con colores tan vivos la maravillosa odisea de los inocentes seres á quienes principalmente se refiere tan interesante narración, que nos resistimos á negarle absoluta y sincera fe.

¡Ojalá pudiéramos ofrecer al público la obra completa, tal como la vimos hace ya muchos años, que, de seguro, quedaría encantado de su lectura! Pero se perdió, al menos para nosotros; y, para suplir en lo posible su lamentable falta, hemos tenido que apelar á un último recurso, al supremo esfuerzo de una memoria, ni lo necesariamente feliz ni bastante cultivada. Eso que fué tan honda la sensación que esa lectura produjo en nuestro ánimo, que no ha trascurrido plazo que pueda considerarse largo sin traerla á la memoria y sin que la hayamos comunicado, aunque en extracto, como es de suponer; pero conservando, no sólo su espíritu, sino que también sus formas y orden esenciales, garantía,

creemos, no baladí de su para nosotros incuestionable verdad histórica.

Y que, aun así, en tan desfavorables condiciones, ha de impresionar ese recuerdo, nos lo aseguran ejemplos anteriores, en que se manifestó el empeño de que diéramos á luz un trabajo donde, al conmemorar la participación de los españoles en la para ellos triste, pero honrosa campaña de Rusia, se revelara, ya que seguía permaneciendo ignorada, la extraordinaria y dramática aventura á que va á contraerse el presente, con más las pruebas de amistad cambiadas entonces entre las dos naciones comprometidas en los opuestos confines de Europa á burlar las artes y resistir las fuerzas del capitán más hábil y poderoso de los tiempos modernos.

¿Qué más? Enfermo, aunque ligeramente entonces, un soberano que nunca llorará bastante España, y para distraer los forzados ocios que su dolencia le impuso, se hacía leer á ratos ó contar episodios históricos y anécdotas en que pudieran interesarse la suerte ó el honor de la patria, constante preocupación de su elevado espíritu. En uno de esos momentos oyó, y con la mayor complacencia, así lo dijo, la historia que muy en breve va á ser del dominio de nuestros lectores, y manifestó ante los que rodeaban su lecho, entre los que había alguno interesado por sus conexiones en ella, su deseo de que se procurase inquirir el paradero del tan codiciado manuscrito, y, no dando con él, publicar el extracto que acababa de ofrecérsele. Han pasado años y años, y, á pesar de las más frecuentes y celosas investigaciones, no parece el manuscrito; creyéndonos así en el deber de cumplir la palabra empeñada en ocasión para nosotros tan solemne, arrancando á las tinieblas en que se hallaba sumida la peregrina anécdota, quinta esencia, nos atreveríamos á decir, de la historia contenida en aquel libro.

No pretendemos con eso recomendar el interés de un asunto en nuestro concepto tan dramático; interés que, de seguro, decaerá en nuestra pluma, poco hecha á tal género de lucubraciones, pero que haría resaltar otra más experta ó mejor inspirada: nuestra ambición no se eleva á más que á ofrecer un motivo de nuevas pesquisas á cuantos, inspirándose en su patriotismo, aspiren á sacar del olvido hazañas de nuestros padres que la envidia pretende entenebrececer y

una historia que se nos figura ofrece no pocos atractivos á cuantos presumen de rendir culto á la desgracia, tan generosa, sin embargo, y espléndidamente amparada cuando llegaba á tocar los más remotos límites del desamparo.

Sin la fortuna de los demás cuerpos de la División que tuvo la honra de ostentar el glorioso lema de LA PATRIA ES MI NORTE, logrando embarcarse en Langeland y, á bordo de la escuadra inglesa surta en el Báltico, venir á tomar parte en nuestra guerra de la Independencia, los oficiales y soldados de Asturias y Guadalajara fueron conducidos á Francia, y después, en la primavera de 1812, destinados á la invasión del Imperio moscovita.

La conducta de aquellos regimientos, como la de los otros españoles procedentes de los depósitos de prisioneros cogidos en España por los franceses, fué la que era de esperar de quienes, ya que no podían seguir demostrando su valor en defensa de la patria, se empeñaron en la honrosa tarea de revelar ante sus mismos enemigos del día antes adónde llegaban su ardimiento en los combates y sus innatas cualidades de resistencia á las privaciones y á los rigores de un clima como ningún otro de duro y mortífero. Y, con efecto, nuestros compatriotas demostraron en ocasión tan solemne que no habían degenerado de los de Aníbal en Cannas respecto á las manifestaciones de su impetuoso esfuerzo, ni de los de Asdrúbal en el Metauro en cuanto á su también característica abnegación.

Nuestro músico siguió á su regimiento y, según costumbre antigua, con su mujer y tres niños de corta edad, hembra el mayor y varones los menores, llevados en un miserable vehículo de la embarazosa *impedimenta* que acompañaba al numerosísimo y abigarrado ejército francés. «El número, dice Thiers, la variedad, lo extraño de aquellos bagajes, carretas, coches, droskis y berlinas, tirados por malos caballos, llenos de sacos de harina, de trajes y muebles, de enfermos, mujeres y niños, ofrecía un espectáculo extraordinario, casi interminable y de lo más alarmante, porque se preguntaba cualquiera cómo se podría maniobrar con semejante trasporte y cómo, sobre todo, se podría defender de los cosacos.»

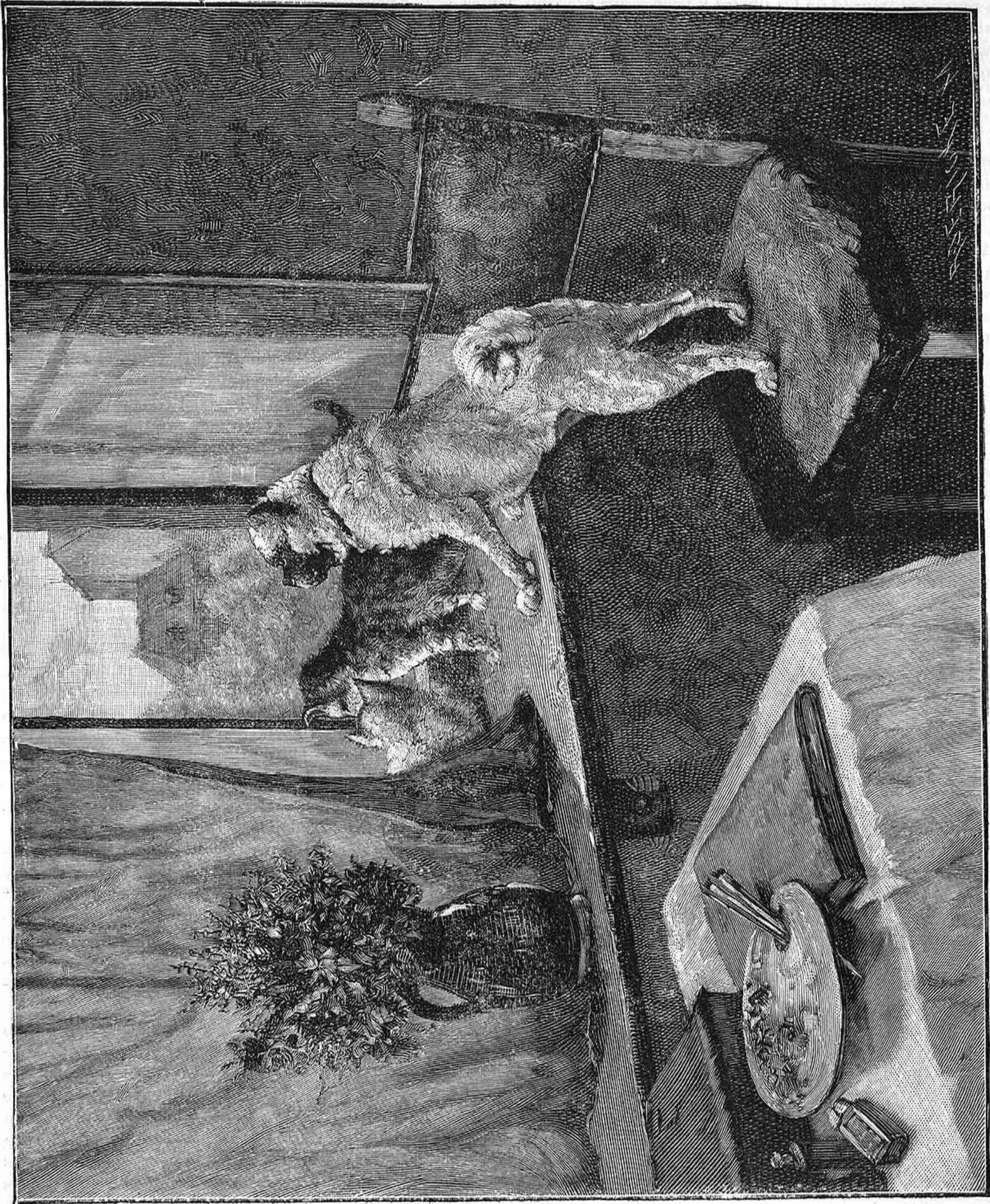
Componían, además, el ejército gentes de todas naciones, austriacos, holandeses, prusianos, polacos, alemanes, franceses, acaso éstos los menos en número, italianos, españoles y portugueses; semejando, mejor que á un ejército moderno y nacional ú homogéneo, á los que conducían en pos de sus águilas los Cónsules y Emperadores romanos, cuyas legiones no eran sino la base y el núcleo de la fuerza que mandaban, á que se añadía la inmensamente mayor de las legiones *auxiliares*, reclutadas en los países más remotos de su vasto Imperio. Napoleón, carácter eminentemente oriental, se complacía en tal género de comparaciones; y aun antes quizás de darse cuenta de un genio militar por todos ya proclamado y que no tardaría en reconocerle la Historia, mirábase en Alejandro y en César con una preferencia que cien veces puso de manifiesto en sus escritos, para imitar los grandiosos y elocuentísimos ejemplos que aquellos gigantes habían legado á la posteridad.

El músico de Asturias, repetimos, siguiendo al cuerpo en que servía, lo acompañó en la retirada desde Moscou, el incendio de cuyo Kremlin hizo desistir á Napoleón de su proyectada empresa sobre San Petersburgo. No ya la rela-

ción de aquel modesto español, cuyos detalles se escaparon de nuestra memoria al poco tiempo de su lectura, sino que otra curiosísima, manuscrita también, del bravo capitán de Guadalajara, D. Rafael de Llansá y de Valls, de que sacamos apuntes del mayor interés histórico, pintan con los colores más sombríos aquella retirada y, en ella, los episodios gloriosos, pero terribles, de los cien combates reñidos por los franceses á fin de hacerla lo menos funesta posible para sus armas. De esos episodios, en la marcha particularmente por el camino de Kalouga y Malo-Iaroslavetz, en que los barrancos, los arroyos y sus puentes entorpecían el paso de los carruajes, cuando no lo inutilizaban, mientras los á cada momento más frecuentes ataques de los cosacos y aun de gran parte del ejército de Kutusof exigían la detención de tal convoy; de esos episodios, decimos, los hay sumamente curiosos en ambos escritos. Mas no podemos detenernos á recordarlos, y habremos de satisfacernos con decir ahora que así, entre riesgos diarios de caer en manos de los rusos ó de quedarse en medio del camino, rota la carreta ó sin víveres, la familia de nuestro músico llegó íntegra á Krasnow, el campo, si se oye á los franceses, teatro de la más gloriosa hazaña del Mariscal Ney, á cuyas órdenes iba la división española aquel día, el 18 de Noviembre de 1812. Ni nos pararemos tampoco á refutar la novela de Thiers sobre aquel combate, la fuga de Ney (*á una de caballo*, escribía Llansá) y el abandono en que quedaron franceses y españoles: urge avanzar, y sólo diremos que, mientras nuestros oficiales y soldados eran solícitamente atendidos por los rusos y enviados á San Petersburgo para formar el célebre regimiento de *El Imperial Alejandro*, la mujer del músico y sus hijos caían en poder de los cosacos, que se lanzaron sobre el convoy en busca de un botín que, de seguro, no sería lo espléndido que les deseaba para después nuestro inimitable Espronceda.

La mujer del músico fué llevada á Smolensko y de allí á un manicomio. Había perdido la razón al verse arrebatada sus hijos. Estos, separados en la baraúnda consiguiente al combate y rendición de las tropas, á la selección y destino de los prisioneros y al saqueo del convoy, corrieron por el pronto los mayores riesgos. Un cosaco cogió del suelo al menor de aquellos infelices niños y, levantándolo en alto con su hercúlea diestra, lo lanzó á un furgón cargado de italianos heridos, diciendo: «Allá va eso.» Los soldados del Príncipe Eugenio, compadecidos de tanta desgracia, lo acogieron y, dándole calor con el escaso suyo, le devolvieron, generosos, la vida que ya se escapaba de sus entumecidos miembros. El segundo fué metido también en un carro de heridos rusos, que le condujeron á un campamento que se formó junto á Smolensko, temerosos los jefes de que si entraban en la ciudad se produjese con tal amontonamiento de prisioneros, heridos ó enfermos, todos en el estado más lamentable de miseria, la epidemia tan terrible en tales ocasiones. La niña, arrancada á su madre en el asalto del carro en que iba la familia, tuvo en un principio ánimo para seguir á pie á sus apresadores, ¡había de ser española!; pero no había en aquel débil y famélico cuerpo más que espíritu y nervios, no fuerzas suficientes para resistir tal martirio, para sobre llevar tamaño infortunio.

Pero así como los combatientes proseguían sus operaciones en pos del *grande ejército* francés sobre el Dnieper, que



QUIEN ESPERA, DESESPERA.—POR NIELSEN.

Ney había logrado pasar á favor del hielo, bastante espeso para resistir el tránsito de los jinetes y peones que le acompañaron en su fuga, y sobre Orscha, donde Napoleón intentaba reorganizar sus tropas, y el Berezina, su Pultawa, del que, como Carlos XII, apenas si pudo escapar en libertad, los heridos de los combates anteriores y los prisioneros del de Krasnow fueron más y más internados en Rusia, para así dejar libre de estorbos el teatro de la lucha. Aquella muchedumbre, al regresar á Smolensko, iba marchando, como puede suponerse, lentamente y haciendo etapa, no en población alguna, según hemos dicho, sino en despoblados, sobre la nieve, rara vez donde pudiera hallarse combustible que templara el frío de estación tan cruda y en tales parajes. El campamento, pues, de Smolensko, aunque no remoto de la ciudad, hubiera sido insoportable sin el recurso de los carros, vehículo de los heridos y enfermos, á que hubo de acudir, encendiendo grandes hogueras, cuanto más próximas mejor, para de ese modo concentrar lo posible el calor que de ellas irradiara.

Y esa fué la fortuna que la Providencia deparó á los infantiles é interesantes protagonistas de esta verídica historia.

La niña, mayor, ya lo dijimos, que sus hermanos, de inteligencia, además, como de mujer, más despierta y viva, creyó distinguir en la vocería de un grupo próximo los lamentos, que tan conocidos le eran, del menor de ellos. Oír tan dolorosos gemidos y lanzarse entre los que rodeaban la hoguera, fué obra de un momento, y no muchos después



LA MOLINERA.—CUADRO DE KALN.

tenía apretado á su pecho al tierno infante, que no paraba, á su vez, de cubrir de besos á su salvadora. De los sucesos de su separación y de palabra en palabra, aun tan oscuros aquéllos en tragedia tal, y entrecortadas éstas por la emoción y la ignorancia de sus destinos, dedujeron los hermanos, ella sobre todo, que no debía estar lejos el que les faltaba, ya que su padre habría muerto combatiendo ó se hallaría con los demás españoles prisioneros en Krasnow, y la madre habría completamente desaparecido, cuando no buscaba á sus hijos ni éstos oían sus, á no dudar, desgarradores gritos. Y aunque ateridos del frío y abrumados por la pena, se pusieron á recorrer el campamento de grupo en grupo y de hoguera en hoguera, hasta que el Cielo les deparó también la fortuna de encontrar á su hermano, dormido en brazos de un oficial ruso, que lo tenía abrigado en los pliegues de su capote.

¡Allí de la alegría de los tres pequeñuelos, que al fin se encontraban juntos, y, lo que era más, bajo el amparo de un hombre generoso, compadecido de tamaña desventura! La niña entendía algunas palabras del francés, del tiempo, sin duda, que la familia había estado prisionera en Bouillon, en el castillo precisamente del gran Cruzado, Rey de Jerusalén; pero el oficial ruso lo desconocía, y fué necesario recurrir á una mimica que, de seguro, haría más curiosa, más interesante y conmovedora la interpelación humilde y lastimera de los niños. El ruso acudió á su jefe, quien algo pudo hacerse entender de la niña, y que en la marcha del siguiente día dejó los tres hermanos muy recomendados al gobernador de una á modo de casa de postas, fortaleza provisional y punto de etapa en el camino de Moscou.

Pero devoraba á los pequeñuelos fiebre intensa, á la que iba unida, para consumir su tan trabajada y débil naturaleza, una disentería que hacía hasta repugnante su vista; y el gobernador, aun compadecido también y todo, los tenía relegados al rincón de un gran zaguán, entre los caballos, que, por el frecuente paso de los jefes y personajes que se dirigían al ejército ó regresaban de él, se relevaban con frecuencia y mantenían el local, ya de por sí lóbrego y sucio, en un estado constante de insoportable hediondez.

Uno de los que pasaron por allí fué el gran duque Constantino, hermano del Emperador. Extrañando los gritos y gemidos que partían del zaguán, preguntó la causa y su origen al gobernador. No del todo satisfecho con sus respuestas, y atraído por tales muestras de sufrimiento, se asomó á aquel sombrío y asqueroso rincón, cuyo espectáculo debió producir en su alma la impresión más dolorosa.

Que eran españoles aquellos niños y que sus padres serían de los que Napoleón había llevado en el ejército para la insensata y bien pronto escarmentada invasión de Rusia, se hizo muy pronto evidente para el Gran Duque. Pero de quiénes serían esos padres, la clase á que pertenecieran en las tropas españolas, sólo cabía la conjetura de que habrían de ser de las más inferiores, según lo pobre de los vestidos y el ningún aseo que aparecía de manifiesto en aquellas criaturas. Por lo mismo le interesaron más y se propuso el Príncipe dispensarles su protección.

La nación española era, de otra parte, la aliada de Rusia, amiga tanto más de estimar cuanto que estaba demostrando virilidad tan extraordinaria, patriotismo tan elevado y tan

sublime abnegación, que aun sin fuerzas para resistir con esperanzas de fortuna, empleaba las pocas de que la era dable disponer en rechazar las ambiciosas imposiciones y el ingente poderío de Napoleón. Apoyada en su generoso intento por Inglaterra, España distraía medios que el César francés hubiera podido emplear en su jornada á Rusia; y no era aventurado suponer que, disponiendo de ellos, habría sido muy otra la suerte del Imperio moscovita, por aquellos días libre ya de tan formidables enemigos. Los españoles debían, pues, ser muy simpáticos á los rusos, y bien se había podido observar en la rota de Krasnow. Así es que el gran duque Constantino, al abandonar la casa de postas, recomendó al gobernador diese mejor alojamiento en ella á los huérfanos, procurara su curación y los vistiera, conservándolos en su poder hasta recibir nuevas órdenes, que no tardaría en comunicarle.

Y, con efecto, pocos días después llegaban vestidos limpios, confortables y hasta ricos para los tres niños, según sus edades y sexo, y al par de ellos, la orden de que se los transportase á la corte imperial, donde se atendería á su porvenir.

Era el gran duque Constantino de carácter sumamente dulce y refractario á toda idea egoísta y ambiciosa, á punto, en esto, de haber entregado al Emperador un pliego renunciando al trono, para el caso en que le tocara heredarlo. Estas condiciones le habían proporcionado gran valimiento en el ánimo de su hermano, y particularmente en el de la czarina Isabel, *su ángel*, como la llamaba siempre Alejandro. Ese ascendiente conquistado por Constantino con sus virtudes privadas y su desprendimiento de toda vanidad humana, le servía para alcanzar de la Czarina cualquier gracia, la realización de cuantos pensamientos benéficos pudieran inspirarle el espectáculo de tanta y tanta miseria como habría de ofrecerle el estado de servidumbre en que se hallaba sumido el pueblo ruso, y el no menos afflictivo de los horrores de la guerra provocada por la invasión napoleónica. La relación, pues, de su visita á la casa de postas, con la del episodio lastimosísimo de aquellos niños devorados por la fiebre y la disentería, haraposos ya después de la jornada de Krasnow y expuestos á perecer sin el auxilio que pudieran prestarles sus ignorados padres, después de todo españoles y amigos, por tanto, de la Rusia, hubo de impresionar vivamente á la Emperatriz, que prometió á su cuñado ampararlos.

Y una semana después le eran presentados los huérfanos españoles por el Gran Duque en San Petersburgo.

Curados ya, limpios y perfectamente vestidos, aquellos niños ofrecían aspecto muy distinto del de días anteriores. La niña, á quien como á sus hermanos no damos nombre por ignorarlo, ni queremos imponérselo para no faltar á la verdad histórica, ya que no se trata de una novela, representaba de nueve á diez años; era ligeramente morena, de ojos y pelo negros y espléndidos, alta en proporción á su edad, y de maneras, si infantiles, revelando una dignidad verdaderamente rara, y la tristeza natural en quien se veía en situación tan difícil aun para personas de mayor experiencia de la vida. Los chicos, morenos también, parecían más robustos, y sus facciones, aunque demacradas de tanto sufrir, denotaban una resolución que contrastaba con la dulzura y sensibilidad de su hermana, en cuya fisonomía

resplandecía, además, un talento muy superior al que pudiera caber en ellos.

La Czarina quedó encantada de la figura de la niña y de aire místico, digno é inteligente que la distinguía; y reiteró al Gran Duque sus ofertas de protección. La niña quedó en Palacio recomendada á algunas de las damas de la servidumbre imperial, y los niños fueron á un colegio de San Petersburgo, del que pasarían años después á otro militar, puesto que no cabía darles destino más honroso ni más propio de su excepcional situación que el del servicio de las armas en el ejército ruso.

Podríamos nosotros *bordar*, como suele decirse, este escrito con descripciones y diálogos que lo amenizaran, dándole, empero, un tinte novelesco y romántico que la aparición del manuscrito de que se extracta, de memoria por supuesto, pudiera desmentir el día menos pensado. Creemos, por el contrario, que la sencillez con que vamos recogiendo nuestros recuerdos, añade al interés y sobre todo á la veracidad histórica, primera condición para que impresione realmente el relato de acción tan extraordinaria y peregrina como la aventura de la familia del hasta ahora anónimo músico del regimiento de Asturias.

Sus hijos fueron creciendo y educándose, ignorados de todo el mundo é ignorantes de la suerte de sus padres. De las continuas y asiduas investigaciones practicadas por los agentes de la Emperatriz, sólo pudo deducirse que la pobre demente, recogida en Smolensko y cuya desesperación la llevó pronto al sepulcro, debía ser su madre; eso, por las expresiones que se la escapaban en el paroxismo de su dolor. Así en el año 1824, la niña era una de las camaristas de la Czarina, apoderada, puede decirse, del corazón de su angelical señora, que no se cansaba de prodigarla muestras elocuentísimas de su afecto; y sus hermanos, dos garridos oficiales combatiendo con el ardimiento de verdaderos españoles en el Cáucaso.

El emperador Alejandro, de quien hasta ahora nada hemos dicho, se hallaba en los días que su destino le tenía señalados como los últimos de su gloriosa carrera en el mundo y en la Historia. Su exaltación al trono de Rusia, tan comentada por el tenebroso drama representado en la cámara imperial de su padre Pablo I, le inspiró la idea de con la gloria y las grandezas de su reinado, hacer olvidar el horror y la ignominia del día nefasto de su proclamación. Y en cuanto eso era posible lo consiguió recorriendo un camino en que, si hubo de hallar tropiezos como los que siempre se encuentran en el de la guerra, acabó por superarlos con el éxito más grandioso y brillante. Austerlitz, Eilau y Friedland no fueron obstáculos bastante poderosos para que impidieran á Alejandro entrar pocos años después en París y hacerse dos veces árbitro de los destinos de la Europa continental, después de una defensa en su propio territorio para la que no cabe otro reparo que el de haber sido posterior á la de España, ejemplo de inmortal memoria, por ningún pueblo superado hasta ahora en el mundo.

El carácter, además, de Alejandro, dulce por inclinación y místico por el origen, quizás, de su entronizamiento, que le hizo exagerar sus sentimientos religiosos hasta ser sorprendido por las exaltaciones espirituales de una dama, la célebre Krudner, que se había propuesto, lo decía ella, regenerar el mundo con su predicación á los pueblos y á los



¡ABANDONADA!

CUADRO DE D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA.

soberanos, le indujo á acometer, á su vez, tan difícil empresa en un imperio como el ruso, dividido en innumerables sectas y, lo que haría su obra en extremo espinosa, en tantas razas y hasta castas, contrapuestas en intereses de todo género, morales y materiales. Las ideas liberales fueron rechazadas por los que podían más que él en Rusia, por los Boyardos, aristocracia militar, cuya autoridad y cuya influencia, si mermadas por Pedro el Grande y la emperatriz Catalina, pesaban todavía mucho en una sociedad basada en la servidumbre más humilde.

Sus victorias, pues, su omnipotencia desde que empezó á decaer la de Napoleón, y su influjo irresistible en los Congresos de Viena, Leybach y Verona, no bastaron al emperador Alejandro para libertarle del odio y las conspiraciones de los potentados rusos, que veían en él un obstáculo á sus despóticos procedimientos; obstáculo que ya sabían cómo franquear por experiencia propia en la persona del anterior autócrata. Así lo anunciaba desde 1815 el establecimiento de varias sociedades secretas con muy distintas pero significativas denominaciones, dirigidas á derribar, mejor dicho, á deshacerse del Emperador, y que éste creyó desautorizar con adherirse á las que laboraban por la independencia de Grecia, con que creía dar el golpe de gracia á la Turquía y poner el sello más glorioso á su reinado.

Las conspiraciones continuaban, sin embargo, sus trabajos y los extendían á los ejércitos, contando el famoso Pestel, que era quien principalmente las dirigía, con jefes muy caracterizados y un Hetman, un gran maestro, como si dijéramos, de los cosacos, á cuyas órdenes precisamente servía el menor de nuestros huérfanos españoles.

Fué descubierta la principal, esto es, la más temible de aquellas conspiraciones, y no nos atreveremos á afirmar que debieran sus fautores el perdón que obtuvieron á la influencia de nuestra compatriota la camarista de la Emperatriz, como asegura el manuscrito, ó á la piedad del Czar; pero es lo cierto que lo mismo el oficial español que su Hetman y el prócer Trubetzkoï, alma de la conjura, lograron salvar sus vidas, que muy poco después, en 1825, perderían en el cadalso, al oponerse á la proclamación del emperador Nicolás.

No todos, sin embargo, tuvieron que habérselas con el verdugo; porque el mayor de nuestros huérfanos pudo obtener la gracia de que su hermano, una vez perdonado, volviera al ejército, donde en la primera batalla reñida con los valientes mantenedores de la independencia del Cáucaso, lavó con su sangre la mancha de ingratitud y deslealtad que sus pocos años, su inexperiencia, de consiguiente, y las seducciones del Hetman rebelde, habían echado sobre su nombre.

Entretanto, y de camino para Crimea en seguimiento de sus proyectos contra Turquía, enfermó Alejandro, atribuyéndose, más que al rigor de la dolencia, á los efectos de pócima cruel la muerte de soberano tan insigne, á la edad todavía de cuarenta y ocho años y cuando esperaba poner, como hemos dicho, el sello á su ya inmensa reputación militar y política. No tardó en seguirle al sepulcro *su ángel*, la zarina Isabel Alexewna, la que con su amor y virtudes ejemplares le había fortificado en las creencias religiosas que formaban el fondo de su índole generosa, y dulcificado los escrúpulos de su conciencia, ya que aun en los momen-

tos de la muerte asomaban á sus labios con acento harto elocuente y dolorido.

Y aquí parece que debería terminar esta historia, ó tomar rumbo diferente, ya que, muerta la Emperatriz, cuyo nombre la sirve de título, y cesando la protección que había dispensado á nuestros jóvenes compatriotas, tomarían nueva dirección por donde asegurar las posiciones que debieron á aquella magnánima señora. ¿Seguiría el nuevo Czar otorgándoles una benevolencia que podríamos llamar heredada? ¿Olvidaría la concedida por la emperatriz Isabel y su hermano Constantino, que, al renunciar el trono, se la haría más y más obligatoria? Nicolás comenzó su reinado sofocando, según ya hemos indicado, una sublevación el día mismo de su entronizamiento, y quizás no pensara más que en acreditarlo con las armas.

Pero no hay historia sin epilogo; y ya que el manuscrito no nos lo ofrezca con el término de la tan interesante de nuestros huérfanos, vamos á darlo con la de su desventurado padre.

Por aquel tiempo aportó en Cádiz una fragata rusa, cuyo capitán, al desembarcar, fué á una botillería ó café en que solían ir á beber los oficiales de la guarnición. Entre el ruso y algunos de ellos debió provocarse el recuerdo de nuestros prisioneros llevados por los franceses á la campaña de 1812; y de la historia de los tan variados sucesos de la retirada, de la organización del *Imperial Alejandro*, la estancia de los que lo formaban en San Petersburgo y su regreso á España, fué la conversación á recaer en la magnanimidad del Czar y los nobilísimos y humanitarios sentimientos de la czarina Isabel, su esposa. De ahí á la anécdota de los huérfanos españoles, repetida cien veces y de boca en boca en la ciudad imperial del Neva, no podía tardarse en llegar; y por uno de esos casos más admirables que inverosímiles, resultó hallarse entre los circunstantes el mismísimo músico del Regimiento de Asturias, marido de la pobre demente muerta en el manicomio de Smolensko y padre de los protagonistas de la presente historia. Las sospechas que en él despertó la narración del marino ruso tardaron en abrirse paso á su inteligencia más que á su corazón, hasta que tomasen el carácter de una realidad que tanto debía halagar sus sentimientos de esposo y padre con la esperanza de recobrar prendas tan queridas. Y como era tan difícil obtener la certeza de que fueran efectivamente las que lloraba hacía más de doce años, puesto que no se había podido hacer llegar á sus oídos ningún nombre que le arrancara de dudas en punto de tan extraordinario interés, el buen músico se resolvió á aceptar una oferta que de muy buena voluntad le hizo el marino: la de llevarle á San Petersburgo en su viaje de regreso.

Embarcóse, en efecto; y acaso habría conseguido la inmensa fortuna de romper el velo misterioso que encubría el pasado de su familia desde la rota de Krasnow, si una tempestad no hubiera hecho pedazos la nave al salir de Cádiz, con lo que, y salvado después de indecibles esfuerzos, creyó deber abandonar un proyecto que tan pocas probabilidades le ofrecía de éxito.

Pero quedóle, más que la sospecha, el convencimiento de ser así como el punto de arranque de la peregrina historia de los huérfanos protegidos por la czarina Isabel, historia que, como supondrá el lector, se hizo repetir cien

veces por el caballeroso Capitán de la fragata rusa, buscando en los detalles más minuciosos y en la ingenuidad bien manifiesta de su interlocutor la realización de tan halagüeñas y legítimas esperanzas.

Y ¿qué cabe añadir á historia tan extraordinaria que no lleve su exposición á las nebulosas regiones de la leyenda, si no á las mentidas de una novela del más exaltado romanticismo?

Sólo el sentimiento de la, por más de un concepto, lamen-

table pérdida de manuscrito tan precioso, cuya publicación, ya lo hemos dicho, no sólo disiparía las dudas que este manco relato pueda provocar, sino que serviría á esclarecer puntos históricos de la campaña de Rusia, en que nuestros compatriotas pusieron una vez más de manifiesto las altas cualidades militares que siempre los han distinguido, el valor, la disciplina y la noble ambición de gloria para las banderas de su patria.

EL GENERAL JOSÉ G. DE ARTECHE.



HACIENDO POR LA VIDA.—CUADRO DE KLEEHAAS.

EL MILANO Y LA PALOMA

— ¡Siempre sales con lo mismo!
 — ¿Pues con qué quieres que salga,
 Si hace más de mes y medio
 Que me estáis pudriendo el alma
 Las dos; tú con tus desdenes
 Y ella con su mala entraña?
 — Desdenes.... ¡Qué cosas dices!
 — Sí, desdenes, Cayetana,
 Porque te gozas haciendo
 Desprecio de mis palabras,
 Y ni mis penas te afligen,
 Ni mis fatigas te ablandan;
 Y mientras para mis súplicas
 Te sueles llamar *Andana*,
 Son para ti el Evangelio
 Las que entre eructos y babas
 Te hace esa bruja, que el diablo
 Echó al mundo en hora mala.
 — Al fin y al cabo es mi madre.
 — No puede serlo quien trata
 De infernar nuestros amores,
 Buscando así tu desgracia.
 — Es que me quiere, y sospecha
 Que vienes aquí con malas
 Intenciones.
 — La conozco,
 Y eso en ella no me extraña;
 Porque la mujer que tiene
 Su historia llena de lañas,
 Y además está bebida
 Por tarde, noche y mañana,
 Y lleva el seso en las botas
 Y el raciocinio en la espalda,
 Piensa como piensan todos
 Los bichos de su calaña.
 — ¡Que estoy yo aquí!
 — Ya te he visto,
 Y no te pido las gracias,
 Porque yo por estas cosas
 No acostumbro á cobrar nada.
 ¡Malas intenciones!.... ¿Cuándo

Ni dónde ha visto ella nada
 Feo en mí, para que crea
 Que atento contra tu fama?
 Ni yo te pido imposibles,
 Ni quiero que tú los hagas,
 Porque, aunque cuando me miras
 Con esos ojos que abrasan,
 Y siento arder en mis veras
 El fuego de tus miradas,
 La sangre se me alborota
 Y el corazón se me salta,
 Y las sienes me golpean
 Y el deseo me emborracha,
 Sé sujetarme los nervios
 Como el catecismo manda,
 Porque si yo no pudiera
Comprimirme y tú faltaras
 Á tu deber por mi culpa,
 Te juro que me mataba.
 — ¡Tampoco!

— Por estas cruces.
 ¡Malas intenciones!.... ¡Papas!
 Lo que ella quiere es un prójimo
 Que tenga dos ó tres casas
 En buen sitio, con objeto
 De que la pague las trampas,
 Y la quite del oficio
 Y la dé cada semana,
 Para su uso, una corambre
 De vino tinto de Arganda.
 Por eso te está diciendo
 Siempre que no tengo nada;
 Y si tengo, porque el hombre
 Que es formal y que trabaja
 Y puede ser en la Curia
 Algo el día de mañana,
 Sostiene en cualquiera parte
 Decentemente una casa.
 Y sobre todo, á nosotros,
 Para vivir bien, nos basta
 Con una mesa de pino,

Y dos sillas y una cama,
 Y un pedazo de libreta,
 Y un cachito de navaja
 Para quitarte del mundo
 Si te da una idea mala.
 —¡Qué bruto eres, Ceferino
 —No soy bruto, Cayetana;
 Lo que hay es que he visto mucho,
 Y sé, porque tengo práctica,
 Que las mujeres sois frágiles
 Y que uno está á la que salta,
 Y que cuando no se espera
 Mete el demonio la pata.
 —¡Cuidao que estás hoy *espédito!*
 —Bueno; mira, Cayetana:
 Tu madre me tiene entre ojos,
 Y aunque la hicieran tajadas
 Sé que no consentiría
 Nunca que tú te casaras
 Conmigo. Quiere decirse,
 Que porque la dé la gana
 Vamos á tener que estarnos
 Mirando las musarañas
 Hasta que Dios quiera hacernos
 El favor de despenarla.
 ¿No es eso? Pues cuando al hombre
 Le obligan las circunstancias
 Y no tiene más remedio
 Que hacer una animalada,
 Debe hacerla por encima
 De todo, si no es un mandria.
 —¿Qué quieres decir con eso,
 Ceferino?
 —Casi nada.
 ¿Tú me aprecias?
 —Ya lo sabes.
 —¿Palabra de honor?
 —Palabra.
 —Pues si es verdad que me quieres,
 El lunes vas á la Fábrica,
 Yo te espero á la salida
 Junto á la *Veterinaria*;
 Sales, te vienes conmigo,
 Te deposito en mi casa,
 Onde estarás de seguro
 Cien veces mejor guardada,
 Y cuando tu madre vea
 Que se acabó lo que daban

Y que ya no hay quien la pague
 Los vicios que tú la pagas,
 Nos da su consentimiento,
 Si no por buenas, por malas,
 Y en seguida nos casamos
 Y aquí no ha ocurrido nada.
 —¡Justamente! Y antes de eso
 Me *camelas* con tu labia,
 Luego vas y te diviertes
 Conmigo un par de semanas,
 Como has hecho con la Zoila
 Y la Higinia y otras pavas;
 Después me das la *asoluta*
 Y me envías á mi casa
 Con idea de que cambie
 De aires una temporada;
 Y mientras me despellejan
 Los que conozcan la hazaña,
 Y me pone negro el cuerpo
 Mi madre por papanatas,
 Tú te quedas como siempre
 Riéndote de la gracia
 Y presumiendo en el barrio
 De granuja.

—¡Cayetana!.....

No me digas esas cosas
 Porque me partes el alma.
 —Y tú no gastes saliva,
 Porque conozco tus mañas,
 Y sé del pie que cojeas
 Y sé los puntos que calzas.
 —¡Que te equivocas!

—Lo siento.

—¡Piénsalo bien!

—No hace falta.

—¡Mira que me muerdo!

—Al hoyo.

—¡Mira que te adoro!

—Gracias.

—¿De modo que no me sigues?

—No estoy tan desesperada.

—¡Bueno, pues tú te lo pierdes!

—¡Mejor, y tú te lo ganas!

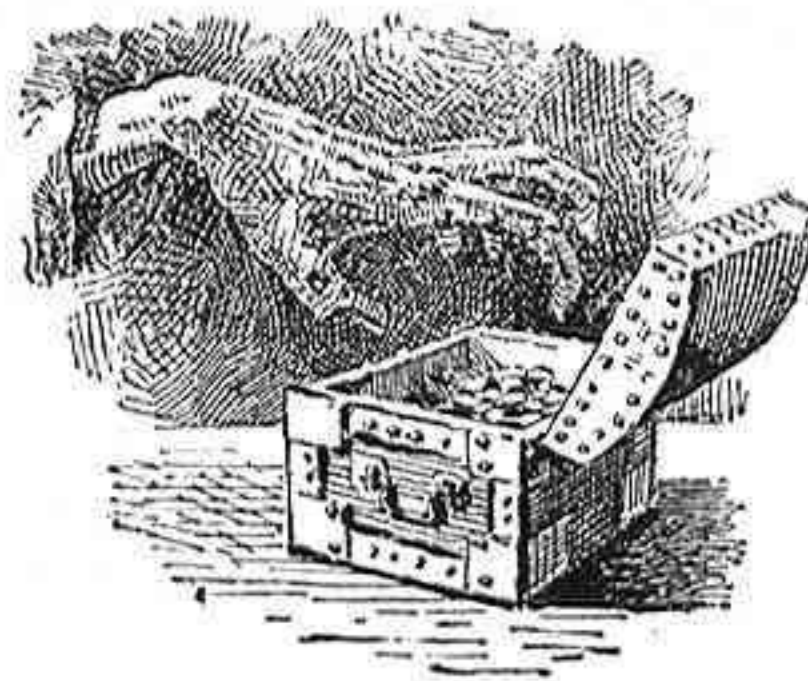
Pero esta vez te ha salido

El tiro por la culata,

Porque de mí no se ríe

Ni tú ni toda tu casta.

J. LÓPEZ SILVA.





LA PROCESIÓN HUMILDE

Le llevó por allí la casualidad, el deseo de ver árboles, su amor á la naturaleza. Todo lo había soportado con paciencia: la ausencia forzosa de París, de la ciudad natal, donde dejaba enterrada á su esposa; su emigración indefinida á un país extranjero, al azar, en el que ignoraba cómo le iría, exponiendo á su hija, una pobre niña en sus débiles doce años, poco á propósito para semejante vida aventurera, á los horrores de la miseria en una nación desconocida, corriendo el riesgo de que á la fábrica de electricidad, en la que acababa de ingresar de maquinista, le fuera mal en sus negocios y quebrase; pero con lo que no se resignaba era con el erial, con el desnudo erial en que se hallaba enclavada la nueva población de su residencia.

Al principio, las contingencias de su instalación, el desconocimiento del lugar, la necesidad de acomodarse al régimen distinto de su existencia, no le dejaron tiempo de pen-

sar en nada. Una vez acomodado en un modesto piso de las afueras, libre del aturdimiento de los primeros días, el primer domingo que arribó en sus tareas ordinarias brindándole al descanso, le trajo á la memoria aquellas excursiones deliciosas en vapor, en ómnibus ó en tren á los alrededores de la capital, con su familia; aquellas meriendas sobre la blanda hierba, bajo los frutales de las villas próximas á París; é invitado por algún camarada para pasar la tarde en las Ventas, sofocado por el polvo, entristecido por el tránsito de los entierros, harto de vino, con la melancolía del yermo metido en el alma, preguntó con asombro:—¿Pero en Madrid no hay campo?—Sí, en verdad, sólo que los habitantes de la villa coronada gustaban más que de las verdes praderas, de bailar en medio del remolino, junto al arroyo infecto, en la planicie seca y desabrida. Recordó entonces que viniendo á la corte en el tren había visto desde la ven-

tanilla un río de amplio cauce, aunque de poca agua, y una hermosa ribera, y preguntó á cualquiera de sus compañeros por el nombre de tal sitio. La Moncloa.

Aquella fiesta en medio de semana le sorprendió agradablemente. No faltó algún compañero que le advirtiera del simbolismo de la fecha, de lo que significaba para el pueblo español el 2 de Mayo; y enterado de que la Moncloa se hallaba en el extremo opuesto al lugar en que se verificaba la ceremonia, le pareció la ocasión de perlas para irse hacia el río. No conocía bien la población, y á media tarde metióse con su hija en un tranvía de la Estación del Norte, y allá se fué en busca de sus árboles queridos.

Reinaba un tiempo sereno y tranquilo, y se deslizaba una de esas tardes luminosas de Mayo en que por todas partes se advierte que la primavera ha entrado en su mayor edad. Al ver aquella ribera alfombrada de hierba, aquella profusión de casitas de los merenderos, aquellas grandes alamedas que juntaban sus copas, aquéllos espléndidos horizontes, la niña comenzó á palmotear, y el padre sintió una profunda alegría. Era el día festivo en la patria, en la gran capital del mundo, en el hogar de siempre, nunca olvidado. ¡Lo que gozaron los dos! Hablaron de la muerte, de la pobre madre que dormía el sueño eterno en el país; del bosque de Bolonia, del Sena, de mil cosas del ayer que les arrancaron más de un suspiro; de aquella vez que bebieron aquel vinillo de Saint Cloud, de aquella excursión que hicieron con el padrino á Fontainebleau, de las cerezas de Neuilly....— «¿Te acuegdas, papá, de las fuentes de Versalles? Aquí dicen que coguen unas iguales no sé dónde.—En un sitio que se llama Aganjuez, hija mía. Igemos á verlas si tú quiegas.—¿Por qué no?—También esto es bonito, ¿vegdad, Emma?—A mí me gusta mucho, papá.—Pues nos vendremos por acá todos los domingos.» Así les huyeron las horas charlando. Al cabo se metieron á merendar en un ventorrillo, ó mejor, no se metieron, porque se acomodaron en un velador de madera delante del figón, en medio del campo.

La locomotora piloto de la línea del ferrocarril llamó luego la atención á la niña.—«¡Vamos á ver la máquina!» dijole la muchacha á su padre. Pero cuando allá se encaminaban, oyeron de pronto los acordes de una banda de música, y se pararon. De la iglesita campestre enclavada en mitad de aquella plazoleta, con su emparrado y sus ebónibus en la fachada y sus dos campanitas sobre las tejas, salía una sencilla procesión, que se encaminó por la izquierda hacia el paso nivel de la vía; pero una procesión muy singular, sin santos, sin imágenes, sin custodia, con algún estandarte, con su piquete de infantería, y con sus curas de capa pluvial, vestidos extrañamente de luto. Un buen golpe de gente esperaba la aparición de la comitiva, y echó detrás. Los sacerdotes, la tropa, las cruces, avanzaron despacio al compás de una marcha fúnebre, mezclados casi con la muchedumbre que les rodeaba. Adivinábase allí, en aquella multitud y en aquel cortejo, una aspiración común, algo grave y solemne que guiaba los pasos de todos, cierta grandeza inexplicable, como un pueblo que va á rendir un culto.

—¿Vámonos también con ellos, papá?—dijole al electricista la francesita, excitada su curiosidad infantil por el atractivo del cuadro. El débil padre no encontró inconveniente en complacerla, y cogiéndola de la mano se hundieron en la multitud, acomodándose á la lenta marcha de los

demás. Empujados por la gente salvaron la vía férrea; llegaron ante unas tapias que trascendían á la legua á cementerio; traspusieron una verja de hierro, sorteando una cruz de piedra que les surgió al paso, y penetrando con dificultad entre el macizo de la gente por una estrecha puertecita, se encontraron en un recinto cerrado por cuatro muros enjalbegados de cal. El obrero esperaba descubrir allí nichos, tumbas, quizás un jardincito con siemprevivas, las flores fúnebres: no halló nada de eso, ni una inscripción, ni un epitafio, ni una lápida: un patio solitario y desnudo, y dos oscuros cipreses erguidos en el fondo.

Toda aquella gente se descubrió; un sacerdote asperjó el lugar con agua bendita, y luego rezó un responso en voz alta, al que contestó la muchedumbre. El francés presintió algo que le atañía muy de cerca, y se estremeció sin poderlo remediar. La hora misteriosa y dulce del crepúsculo de la tarde; el olor á hoja nueva que salvaba las tapias del lugar, traído por la brisa de las pobedas próximas; la serenidad del horizonte, obscureciéndose poco á poco; lo austero y extraño del sitio; la actitud recogida y respetuosa de la multitud; el rezo brotando en el silencio del campo; las campanas de la ermita que no cesaban de doblar á muerto: lo que de agosto y grande se adivinaba en la sencillez de la oración colectiva, cuanto tenía de solemne la ceremonia, se metió en el alma del obrero, y le entraron unos deseos furiosos de saber el motivo de semejante procesión.

Retirábase ya el cortejo. Aprovechó entonces el electricista la ocasión favorable, y encarándose con una vieja que cerca tenía y que le pareció, de las personas que le rodeaban, la de rostro más apacible, la dijo con timidez, y en un castellano chapurradísimo:

—Pardón, señoga.... soy extranjego. ¿Osté segá tan amable que me diga que es porque sale esta procesión.....?

La vieja le miró de frente con dos ojos que cortaban, y exclamó antes de contestar:

—¿No será usted franchute, por supuesto?

El obrero no se atrevió á confesar su nacionalidad; adivinaba un golpe cruel, una herida tremenda.

—No, señoga—replicó.

Entonces la abuela varió un tanto la expresión iracunda de sus pupilas, y repuso, dejando caer sus palabras llenas de odio una á una:

—Sobre la puerta ha podido usted leer el letrero que lo explica..... Aquí se hallan enterrados muchos buenos madrileños que el 2 de Mayo del año 8 fueron asesinados por los infames gabachos. ¡Sí, señor!..... ¡En este mismo lugar los fusilaron!..... ¡Pobrecitos!

Una de las oleadas de la muchedumbre apartó al obrero de la cicatera mujer. El pobre hombre no quiso escuchar más; ahogó en su pecho un rugido; se aguantó la afrenta; consideró que, aunque fuera muy doloroso á su patriotismo, aquella vieja era la historia que pronunciaba su fallo al concluir el siglo, á través del tiempo; la justicia que hablaba; lamentando la casualidad que le había traído á presenciar tales honras — al fin era francés — sintió una vehemente necesidad de librarse de la apoteosis de un martirio que significaba para él una bofetada, y reprimiendo un «¡Viva la France!» que se le escapaba á borbotones del pecho, tiró bruscamente de la mano de la niña, buscando pálido de cólera la salida.



LA PROCESIÓN HUMILDE

Pero no contaba con su hija, que había entendido á medias la explicación de la abuela y que le preguntó en cuanto se separaron de ella:

—¿Por qué ha sido esto, papá?

El obrero no se atrevió á decir la verdad á la inocente criatura, á inculpar él mismo á su patria, y la contestó una evasiva:

—Por unos que fusilagon aquí.

—Entonces voy á rezagles un padre nuestro—exclamó vivamente la muchachita.

Y véase cómo aquel 2 de Mayo, desde el cementerio de la Florida subió una purísima oración por el alma de las víctimas de una nieta de sus verdugos.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

VOZ DE LA INMENSIDAD

SONETO

¡Plácida, hermosa noche de verano!
Miro, bogando con feliz anhelo,
Arriba azul y luminoso el cielo
Y dormido á mis pies el Oceano.

Ni arroja espumas el cerúleo llano,
Ni alzan las brisas su abatido vuelo,
Y entre perfumes del florido suelo
Las notas llegan de cantar lejano.

Mas ¿qué pavor el ánimo intimida
Cuando á la calma y al amor despierta?
¡Ay! Entre dos abismos suspendida

Vaga sin rumbo la barquilla incierta,
Y me hablan en silencio de otra vida
El mar y el cielo, como tumba abierta!

MIGUEL GUTIÉRREZ.



¡LO MISMO DA!

DOLORA

Si son, del tiempo al través,
Los siglos breves instantes,
Ante la eternidad es
Igual morir lustros antes
Que morir lustros después.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

LA SOMBRA DE CERVANTES

ALEGORÍA

I.

Paseaba melancólicamente junto al solar extenso y rodeado de tablonés á que ha quedado reducido el histórico palacio de Medinaceli, cuando un hombre de aspecto grave salía de la cerca, saltando la empalizada como un ladrón, con un bulto en la mano. Sin duda se asustó al verme, creyéndose sorprendido, porque, perdiendo el equilibrio, dió consigo en tierra, lanzando al caer un gemido. Acudí á socorrerle, y cuál sería mi asombro al reconocer en aquel supuesto merodeador nada menos que á mi amigo el sabio anticuario D. Lesmes de los Fósiles, gran investigador de historias viejas, á quien hube de dar la mano y ayudar á levantarse.

—¿Se ha hecho usted daño?—le dije.

—¿Qué importa un porrazo más ó menos?—respondió—si he perdido el fruto de esta trasnochada. ¡Sí!—añadió alzando del suelo un aparato parecido á los cazamariposas de los chicos.—¡Se me ha escapado!

—¿Quién?

—El venerable Fray Tomás de la Virgen. Tres noches hace que le estaba acechando, y le había ya cazado.

—¿Pero usted caza frailes?

—Cazo sombras.

—Permita usted que me asombre.

—No o extraño, porque no está usted en el secreto, y debo revelárselo para que no me tome por un ladrón nocturno. Todos los eruditos poseemos una red de cazar sombras, como esta que usted ve, y salimos á las altas horas de la noche á caza de personajes de otros tiempos para interrogarlos.

—¿Y se dejan atrapar?

—¿Qué han de hacer? Ven tan poco que casi andan á tientas y huyendo de la luz.

—Y ustedes ¿cómo las ven en la obscuridad?

—Tenemos acostumbrada la vista á las tinieblas.

—Buena broma me da usted, Sr. D. Lesmes.

—Hablo seriamente. Y si quiere usted cerciorarse, no tiene usted sino preguntárselo á quienes no me dejarán mentir:

ellos saben que Fernández Duro, Jiménez de la Espada, Luis Vidart y Justo Zaragoza, tuvieron la sombra de Colón entre sus mallas y costó trabajo hacérsela soltar; Menéndez Pelayo (1) tiene llenos de sombras sus armarios y baúles, y hay datos para sospechar que se las traga, según tiene el cuerpo lleno de noticias de otros tiempos.

—¿Y por qué ha cazado usted á ese venerable, para mí desconocido?

—Cada uno tiene sus piezas favoritas. El general Arteche caza héroes de la guerra de la Independencia; Pirala, carlistas y milicianos nacionales, y Castelar es feliz cuando cae un papa entre sus redes: yo he buscado á cuantas sombras pue len darme noticias para la historia de Cervantes.

—¿Y tenía algo que ver con eso Fr. Tomás de la Virgen?

—Ante todo sentémonos un rato junto á la fuente de Neptuno, porque me ha derrengado esta caída.

II.

—En ese solar de Medinaceli — dijo el erudito — no ignorará usted que estuvieron en otro tiempo el palacio y jardines del famoso Duque de Lerma; éste cedió una parte del terreno, hacia la plaza de Jesús, á los Trinitarios descalzos para que fundaran un convento, y otra parte al lado mismo de la puerta principal de su palacio á los Capuchinos, cuya iglesia de San Antonio del Prado hemos visto derribar hace muy poco; una y otra fundación tenían conexión más ó menos directa con Cervantes: la de los Capuchinos, porque su instalación procesional en el palacio de Lerma en 1610 (2) fué en Madrid una fiesta popular, y aquel privado era asistente (3) de la Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento (4), á que Cervantes pertenecía: ¿asistió

(1) Conste que ninguno de los sabios que se citan, y á quienes respeto y quiero, tienen ninguna relación con D. Lesmes.

(2) *Vida y virtudes del B. Fr. Lorenzo de Brindis*, por el P. Fray Francisco de Ajofrin.

(3) Hermano mayor.

(4) Sita hoy en el oratorio del Olivar, calle de Cañizares.



MAITINES.—CUADRO DE E. RENARD.

el autor del *Quijote* á aquella ceremonia para congraciarse con un Mecenas tan poderoso, tío de su protector D. Bernardo de Rojas Sandoval, arzobispo de Toledo? No lo sé, pero no parece improbable. De todos modos, es cierto en absoluto que Cervantes veló al Santísimo y asistió á las ceremonias de la Esclavitud en la iglesia de los Trinitarios descalzos, que se alzó al lado de la que aun existe en la plazuela de Jesús, pues allí fué fundada dicha cofradía y allí subsistió hasta el 6 de Abril de 1615 (1).

—¿De modo que Cervantes oró muchas veces en ese solar en ruinas, que ha adquirido una compañía edificadora?

—Es indudable.

—¿Y haría ahí sus últimas devociones cuando se sentía herido de muerte por incurable hidropesía?

—No, y fíjese en la fecha: Cervantes murió el 23 de Abril de 1616, un año y diez y siete días después de haberse trasladado su Congregación á la iglesia del Espíritu Santo de Clérigos Menores.

—¿Subsiste aún?

—No; en su lugar se ha construído un edificio de significación muy diferente: el Congreso de los Diputados. Sí, en aquel recinto, testigo de tantas agitaciones parlamentarias, veló Cervantes de rodillas el Santísimo Sacramento, y acaso encomendó á Dios su alma con la certeza de la muerte.

—Entonces, la estatua de Cervantes ¿ha sido colocada á propósito delante de la antigua iglesia del Espíritu Santo, del convento de Capuchinos que vió fundar, y del palacio del jefe de la Congregación á que perteneció?

—No: ha sido instalada casualmente en esas condiciones.

—¿Y quién era Fr. Tomás de la Virgen?

—Era un trinitario descalzo, sobrino de Santo Tomás de Villanueva, que ingresó enfermo en el convento de la plazuela de Jesús el año 1613, y no volvió á salir de su celda en 34 años: tan larga fué su enfermedad (2). Su paciencia y prolongada prueba, sus virtudes, el don que tenía de consejo, su intuición para leer en los corazones y adivinar pensamientos, la fragancia que según su biógrafo se exhalaba de su celda hospitalaria, extendieron la fama de su santidad á tal punto, que acudían á verle y consultarle en sus tribulaciones los personajes más altos de la corte de Felipe III y más tarde de su hijo y sucesor: los mismos reyes quisieron visitarle: el Duque de Lerma acudió alguna vez al llamamiento del pobre trinitario; y una esquila suya era la recomendación más eficaz para conseguir en Palacio alguna gracia: era, pues, una fuerza política en aquel tiempo.

—¿Y qué relación hay entre ese venerable y Cervantes?

—Que siendo aquél trinitario, y Cervantes rescatado por la Orden, y teniendo su Congregación en la iglesia del convento, es también probable que visitara y conociera al prodigioso fraile: como es seguro que trató y conoció al virtuosísimo Simón de Rojas, su hermano de congregación, que tenía su celda en el convento de la Trinidad (3).

—¿Y no hizo Cervantes sus devociones en el oratorio del Olivar?

—Nunca: por la sencilla razón de haberse muerto hacía

treinta años cuando la Congregación se instaló en él definitivamente en 1646 (1). Volviendo al venerable Fr. Tomás, dicen que tuvo el don de leer en el pensamiento, y con ese objeto había capturado su sombra, para que leyese en el pensamiento de la sombra de Cervantes cuando la interrogue.

—¿Cómo! ¿Sabe usted dónde se halla?

—¡Ya lo creo! la tengo encerrada en mi despacho: por fin cayó en mis redes, y no la suelto hasta dejar en claro la vida, vicisitudes y las más ocultas intenciones del autor del *Quijote*.

—¿Y no habrá huído?

—Imposible: está rodeada de un círculo de luces y reducida por su gran elasticidad al tamaño de un huevo de paloma.

—¿Dentro de un magnífico estuche?

—Dentro de una primera edición del *Quijote*; 1605, sin la fecha repetida: auténtica é impresa en Madrid por Juan de la Cuesta.

III.

—Y ¿habló usted con la sombra de Cervantes? ¿Podré también significarle mi admiración y mi respeto?

—¿Sabe usted el idioma de las sombras? ¿Las nebulosidades del lenguaje arcaico y erudito con que los sabios nos comunicamos con el ayer?

—Ni una palabra: me contentaré con inclinarme ante Cervantes.

—¡Hum! Sepa usted que me tiene descontento: ha negado que tuviera con el *Quijote* otra intención que escribir una novela divertida, burlándose de los libros de caballerías, contra lo que yo sostengo.

—Pues si lo dice, hay que creerlo.

—Pues aunque lo diga hay que averiguarlo: no existe verdad en literatura hasta que no la sanciona la crítica. Todos los autores creen que sus obras son buenas.... ¿Hay que dejarse guiar por su opinión? No hay en historia nada definitivo hasta que no lo declaran los que saben.

—El *Quijote* era un libro colosal desde que lo escribió su autor.

—Niego: el *Quijote* fué en el siglo XVII un libro divertido, y nada más: empezó á ser libro serio en el siglo pasado: ahora es cuando es bueno, porque nosotros lo afirmamos.

—Permítame usted que no lo crea así.

—No permito. Si en el siglo XVII hubiera sido bueno el *Don Quijote*, no hubiera escrito estas palabras D. Juan Valldares Valdelomar en su historia manuscrita del *Caballero venturoso*: (no hallarás aquí) «las ridículas y disparatadas fisgas de *Don Quijote de la Mancha*, que mayor las deja en las almas de los que leen, con el perdimiento del tiempo». Ni el Licenciado Juan de Robles, en su *Primera parte del culto sevillano*, quince años después de la muerte de Cervan-

(1) Constitución y reglas para la Real Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento.

(2) *Vida del prodigioso Job de estos siglos, el venerable Fr. Tomás de la Virgen*, por el P. Fr. Francisco de San Bernardo.

(3) Hoy Ministerio de Fomento.

(1) Antes de esto se había trasladado, el 2 de Junio de 1617, á la iglesia de la Magdalena, de monjas agustinas, situada en la calle de Atocha. Véase lámina 52 del *Plano de la Villa y corte de Madrid*, por F. Martínez de la Torre y Asensio, 1800.

tes, refiriéndose á los jóvenes que se declaraban cultos: «En habiendo leído á *Guzmán de Alfarache* ó á *Don Quijote*.... se sueñan catedráticos de Salamanca.»

—Esto indica que algunos le daban valor.

—Los muchachos.

—Calderón hizo una comedia titulada *Don Quijote de la Mancha*. Lo leí en el *Semanario Pintoresco*.

—¡Uf! ¡Un periódico!

—¿No es cierto?

—Sí lo es; pero no porque lo diga el *Semanario*, sino porque lo asegura el Licenciado Andrés Sánchez Espejo en su «Relación de unas fiestas burlescas», que se celebraron en el Palacio Real: fué una comedia de Carnaval, y nada más. El mismo Salas de Barbadillo, en su dedicatoria de *La Estafeta del Dios Momo*, siendo novelista como Cervantes, elogia mucho á los Mecenas que le auxiliaron, «porque les parecía que el socorrer á los hombres virtuosamente ocupados, era limosna digna»: y si bien Pellicer cita á Cervantes, en un manuscrito que hemos disfrutado pocos, entre Homero, Virgilio, Heliodoro y otros, lo hace en defensa de Góngora y sin citar el *Quijote*; y además ese Pellicer y Tovar tiene una autoridad algo discutible.

—Pues, con perdón de usted, esa sola cita le coloca á más de un siglo de distancia y delantera entre los críticos.

—¿Qué sabe usted, joven?

—¿Joven yo?

—Todo es relativo; usted pertenece al siglo XIX.

—¿Y usted?

—Como si no perteneciera, que vivo siempre fuera de él.

—Pues bien, Sr. D. Lesmes; con el mayor respeto le advertiré que conozco á muchos académicos de la Historia y á casi todos los citados, y ninguno me trata con tanto desdén, y usted no es académico.

—Ni lo seré, ni quiero serlo: la Academia de la Historia es un cuerpo moderno; sólo data de Felipe V: acaso ninguno de esos señores ha leído al sevillano Francisco Morovelli de Puebla.

—¿Y usted?

—Tampoco; pero sé que en 1620 citaba la «Relación de las fiestas de Valladolid», escrita por Miguel Cervantes, para disculparse, con su ejemplo, de haber impreso en otra Relación el coste de las fiestas de Sevilla (1). Pero ¿qué significa eso? Que le daban autoridad por necesitar un apoyo, y lo mismo diré de la cita de Cristóbal de Mesa en su poema *La restauración de España*:

«Tú, que en tu *Galatea*, Miguel Cervantes (2),
Ganando nombre en siglos infinitos,
Vaticinaste aquellas obras antes,
Palma heroica anunciando á mis escritos.»

(1) Véase el artículo Morovelli, en el tomo III del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, formada con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, etc. Fernández Navarrete sospechaba muy bien ser de Cervantes la Relación sin autor de las fiestas hechas en Valladolid en el nacimiento de Felipe IV, por los indicios de un soneto de Góngora que las reseña burlescamente, diciendo que se mandaron describir á Don Quijote y su escudero y al *Rucio*: Morovelli cita esa relación en 1626 dando por su autor á Miguel Servantes: era, pues, pública su paternidad, y como estaban entonces en Valladolid Góngora, Argensola y otros poetas, la elección de Cervantes fué una distinción extraordinaria: acaso el proceso tan inmediato pudo perjudicarle en el ánimo del Duque de Lerma en adelante.

(2) Mucho cuidado al leer este verso.

En cambio, en la carta-prólogo de las obras de D. Sebastián Francisco de Medrano, impresas en 1631, inserta este autor una larga lista de ingenios que reconoce superiores, y no cita á Cervantes.

—¿Puedo hacer una observación?

—Sí; porque necesito respirar.

—Quiero decir que en el siglo XVII se desarrolló con tal fuerza lo que hoy llamamos forma poética, que la prosa, incluyendo el *Quijote*, pudo parecer género inferior....

—Cite usted autores para probar eso.

—Es una observación sin pretensiones.

—Cállese usted, ó le aturdo con cincuenta citas que prueben lo contrario.

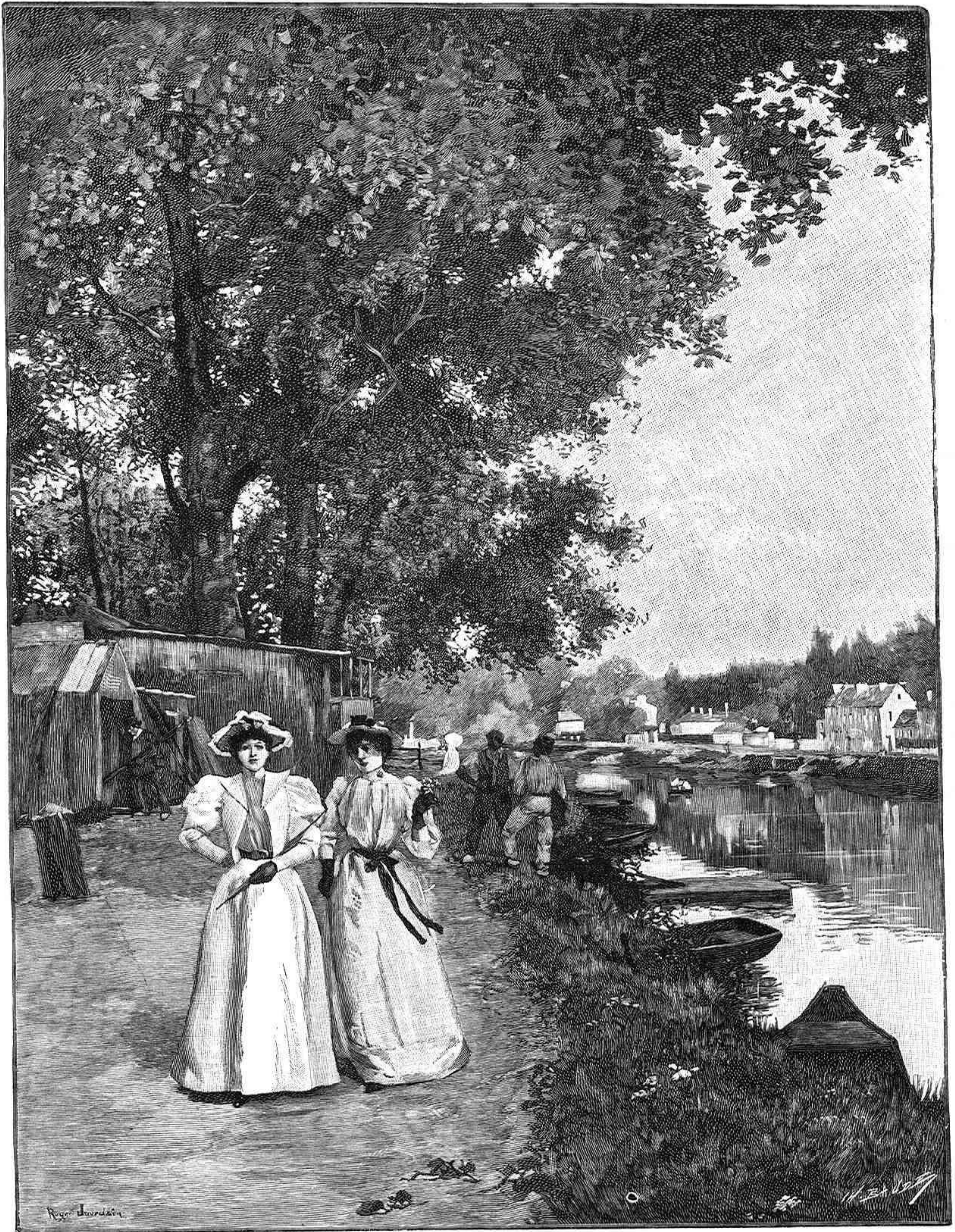
Me callé.

IV.

—Óigame usted—repuso el sabio—y aprenda cómo se discurre con pruebas. Fernández Navarrete, en su *Vida de Miguel Cervantes* (y aludo á un autor moderno porque se ocupaba de lo antiguo), cita entre los que combatieron los libros de caballería, antes que Cervantes, á Luis Vives, Melchor Cano, Alejo Venegas, Pedro Mexía, Alonso de Ulloa, Fray Luis de Granada, Benito Arias Montano y Pedro Malón de Chaide. Pues bien; omite á Andrés Laguna, que hizo una invectiva contra esos libros en la dedicatoria de su traducción de las «Oraciones de Cicerón», impresa en 1557; y aun pudo incluir al inca Garcilaso (1), si no anterior, por coetáneo, en el prólogo de su *Historia de la Florida*, como enemigo de esas fábulas. Y esto ¿qué le dice á usted? Que estaban esos libros condenados por la crítica cuando Cervantes dió á esa idea forma novelesca. Pero escuche usted y aprenda. ¿Querrá usted creer que hubo quien, muy entrado el siglo XVII, echó de menos esos libros? Francisco de Medina, si bien los ataca, reconoce en ellos propiedad y abundancia en el estilo; pero el P. Maestro Juan Córtes Osorio, reinando Carlos II, decía textualmente en su *Constancia de la Fe*: «Los antiguos se divertían en las fingidas hazañas de los libros de caballería; y aunque en muchas cosas fuera buena política el reformarlos, por lo menos tuvieron la conveniencia de teñir los ánimos de los españoles de aquellos generosos pensamientos con que ganaron tantas islas y tantos reinos, venciendo monstruos y obrando hazañas, con que dejaron más admiración en las historias que cuanto la ociosidad había mentido en las fábulas; pero ya aquellos libros no dan gusto...., etc., etc.» ¿Qué querría el buen padre? ¿Resucitar el libro de Caballería celestial que publicó en 1554 Jerónimo de San Pedro, y que era la *Historia Sagrada* en forma aventurera?

—Basta, basta. Tome usted aliento, y entretanto le diré que saco en limpio lo siguiente: la crítica condenó los libros de caballería hasta derribarlos, y después de muertos los lloró, no por amor, sino por derribar lo nuevamente edificado. Pero ¿hace usted el favor de decirme algo de lo que ha tratado con Cervantes?

(1) También el Licenciado D. Francisco de Valles, en sus *Cartas familiares de moralidad*, impresas en 1603, atacaba á los libros de caballería.



À ORILLAS DEL SENA.—CUADRO DE JOURDAIN.

—Repito que me tiene disgustado. Aquí *inter nos*, los autores pierden mucho con su trato, aun en sombra. ¿No dirá usted qué pretende? Que se publique la causa de Valladolid, porque dice haber oído especies que le perjudican, y todo por el secreto con que se guarda ese documento, que abulta la malicia. ¡Vulgarizar un proceso que sólo hemos copiado algunos eruditos!..... Jamás. Si el público lo ignora, que se aguante. No me gusta murmurar de nadie y menos de una sombra, á quien no puede dolerle; pero ¿le parece á usted bien que Cervantes niegue la mayor parte de las noticias que acerca de su vida he comprobado? Pero no le soltaré hasta que él mismo las confirme. Aunque haya de estar cautivo en mi despacho otro tanto que en Argel. Lo dicho, dicho: ha de quedar en claro todo lo que á él se refiere y á sus libros. Si me incomoda, le diré que conozco por qué firmaba su apellido SaaVedra con V mayúscula en medio de dicción; sí, señor, por ser un apellido compuesto de dos voces gallegas, *saa* y *vedra*, y le llamaré *Sayavieja* (1). Vamos á verle: he descansado ya.

Y levantándose, echó á andar con agilidad impropia de sus años, seguido por mí, que deseaba con ansia ver la sombra del hombre prodigioso. Díjele en el camino:

—¿Y salen todas las noches las sombras de sus sepulcros?
—¡Usted ignora todo! Las sombras que salen son las que

han sido expulsadas de sus tumbas. ¿Ve usted aquella silueta? Es la de Velázquez. ¿Aquella sombra? Es Lope de Vega: todas las noches pasea el pobre Alarcón entre las rejas de San Sebastián. Cada iglesia, cada palacio que se derriba, lanza de su sepulcro santos, artistas, guerreros, monjes y una legión de sombras, esparciendo por el viento cenizas y recuerdos, y aventando la mitad de nuestra historia.

V.

Llegamos á la casa. En medio de la mesa del despacho, y rodeado de velas encendidas, había un libro prensado bajo una losa mortuoria, arrancada de algún antiguo claustro.

—¿Está ahí?—pregunté á D. Lesmes en voz baja descubriéndome.

—Sí, y en estos legajos todas mis notas relativas á Cervantes.

Era un archivo completo.

El sabio se acercó á la mesa sin respeto, apartó la piedra, abrió el libro y dió un grito.

—¡Mi ejemplar!—exclamó con espanto.—¡Manchado de tinta mi ejemplar!

El sabio, por aclarar á Cervantes, le había estrujado y oprimido y prensado hasta convertirle en un borrón.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

(1) *Saa*, sana, saya. *Vedra* (*ant.*), vieja ó antigua. Véase la significación de ambas voces en el *Diccionario Gallego* de D. Juan Cuveiro Piñol, Barcelona, 1876.



LOS PESCADORES.—CUADRO DE DUBHOIT.



LE CON OLE!

Perdita y afortunada
Esta tierra de los *joles!*
Sin *joles!* no hay españoles,
Ni hay *circunstancias*, ni hay nada.

Si luciendo el talle va
Una moza de *mistó*,
¿Qué es lo que la digo yo,
Si no la digo «*jole ya!*»?

¿Que es casada, y ofendido
El esposo se querella?.....
Le reitero el *jole!* á ella,
Y digo: «*jole*, tu marido!»

¿Que nos administran mal
Las rentas municipales?.....?
Pues *jole*, los concejales,
Con *circunstancias* y *tal!*

¿Que no come el que trabaja
Y que el vago vive al pelo,
Y que el cambio sube al cielo,
Y *en cambio* la bolsa baja;

Y una peseta, en París,
No es ya moneda corriente?.....?
Pues *jole!* Si lo prudente
Es *olear* al país.

No alumbra la luz del sol
Tierra más afortunada.
Jole! Yo no encuentro nada
Como este elogio español.

Que la política inmole
Nuestros derechos sagrados,
Y *jole, ya!* por los tratados
De estos *gobiernos del jole!*

¿Que una comedia muy buena
No da un cuarto al empresario,

Y que un *feto literario*
Tiene un éxito en la escena,

Y un *infundio musical*
Al gusto moderno halaga?.....
Jole! el público que paga,
Y *jole!* el Arte nacional.

¿Que protestan *los señores*
De lo que no juzgan bueno?.....
Jole, en el mundo, el estreno,
Y *jole!* *los reventadores!*

¿Que el cartel al otro día,
Por orden del empresario,
Dice: «¡Éxito extraordinario?.....»
Jole, su madre y su tía!

¿Que sale al circo una fiera
Y revienta á un picador,
Y que mata al matador?.....
Jole, la sangre torera!

¿Que deja un hombre al morir
La arena en sangre teñida,
Y que sigue la corrida,
Porque tiene que seguir;

Y dirige la función
La autoridad competente?.....
Jole, el Señor Presidente,
Y las borlas, y el bastón!

¿Voy yo á elevar mi protesta
Contra la fiesta española?
Jole, la gente manola!
Y *jole* con *ole* la fiesta!

Jole, este suelo fecundo!
Y *jole*, la gracia de Dios!
¿Como mi tierra no hay dos!
¡¡ *Ole*, mi tierra en el mundo!!

JOSÉ JACKSON VEYAN.



UN COMPARSA

Hablemos, hablemos del buenísimo D. José; que si está bien que la prensa sude elogios de los poderosos y los sabios, no está mal que de cuando en cuando salgan á luz los humildes y los modestos, á quienes suele engrandecer la resignación con que sufren sus desdichas.

Digo, pues, que yo conocí á D. José y á su hija Sofia en las alamedas del Buen Retiro.

Por entonces andaba mi cuerpo algo desequilibrado con la vida de periodista que llevaba, durmiendo poco, trabajando día y noche, comiendo con cierto desorden. El médico me sometió á un régimen cuya primera cláusula me imponía un paseo matutino por el Retiro y un par de vasos de agua fresca de la fuente egipcia.

Allí iba también D. José, que era un hombre de unos cincuenta años, aunque algo acabado por los sufrimientos

y las necesidades, que se revelaban en su cara demacrada, surcada de arrugas, que quedaban más descubiertas, por ir del todo afeitado. Su hija era una muchacha de veinte años escasos, también pálida y delgada, de ojos grandes, pero apagados, revelando que en el alma que reflejaban no había entrado jamás pasión alguna, como si fuera una casa que nunca había tenido inquilinos.

Vestían ambos con excesiva modestia y con extremado aseo. Ella, Sofia, un vestido sencillo de color gris, parecido á esos hábitos que usan las mujeres por promesa, y un sencillo velo negro á la cabeza; y él, D. José, con pantalón también gris, gabán corto de color café, sin pelo ya, aunque sin manchas y ribeteado por mano casera, quizás por Sofia, y sombrero de copa sin brillo y de color indefinible, aunque no tornasolado como lo están otros á la vejez.

Todas las mañanas nos encontrábamos junto á la fuente donde yo tomaba, con un intervalo de descanso, mis dos vasos de agua, servidos por la mujer de un guarda que hacía oficios de aguadora. También D. José sacaba del bolsillo un vaso de cuero, y lavándole directamente en el caño y llenándole después, le ofrecía á su hija y se echaba él otro al cuerpo, diciendo con aire de complacencia: «¡Qué rica!»

Como aquella pareja de seres tenía cierta aureola de bondad y de modestia, no podían menos de inspirarme simpatía, y como además soy yo de carácter expansivo, á las pocas mañanas nos hicimos amigos; es decir, amigos como lo son, no los que tienen relaciones comerciales ó de profesión ó de negocios, sino como dos que viajan por un mismo camino, ó que se encuentran con frecuencia en la antesala de un médico, ó que viven en una misma calle.

Nuestra amistad creció, porque el afecto entre personas sencillas y bondadosas crece con el mismo vigor y se desarrolla con la misma rapidez que las plantas que viven en tierra franca y nutritiva; es decir, que á los pocos días ellos supieron que yo emborrataba cuartillas y yo supe que don José era *del teatro*.

—¿Del teatro?—exclamé con asombro.

—Sí, señor; pero no vaya usted á creer que cultivo el arte—contestó D. José con rubor—ni que soy actor de mediano mérito siquiera. Soy *comparsa*.

—¡Ya, ya!

—Sí tal. A otros les lleva al teatro su entusiasmo, su fortuna, su afán de gloria: á mí me han llevado á él mis desdichas.

—¿Sus desdichas?

—Sí, señor. Verá usted. Mis padres me dieron una mediana educación, pero no me dejaron bienes de fortuna. Eran comerciantes de buena fe y perdieron en el comercio un capital no despreciable, con esto la salud y más tarde la vida. Yo me casé á los treinta años sin más medios de vivir que un destino de 6.000 reales, que obtuve en una oficina del Estado. Al año de casado nació esta hija que usted ve, y que hoy es mi consuelo y el objeto de mis cuidados. Cuando llegó á los ocho años me quedé viudo, y al mes de enviudar, cesante. ¡Cosas que pasan en el mundo! Busqué colocación en cualquier parte, como busca pan el hambriento y salud el enfermo. Mis relaciones eran escasas, mis pocos amigos no tenían influencia, los destinos que se ofrecían entre los anuncios de los periódicos pedían fianza pecuniaria ó juventud en el pretendiente para sacarle bien el jugo..... en fin, que pasé un año..... ¡no sé cómo! vendiendo ó empeñando lo poco que tenía, con mezquinos préstamos de amigos, que si bien eran de mi condición en cuanto á bienes, tenían la ventaja de disfrutar un sueldo mezquino, pero constante, pan seguro, garbanzos seguros, en fin, ¡algo! Un día en que lloraba mis desdichas á un amigo y en que le hablaba de las mil tentativas que para dedicarme á algo hacía, me dijo:—¿Y por qué no te metes en el teatro?—¿En el teatro? ¿Yo? ¿Y qué voy á hacer allí? ¿Tengo acaso edad, ilustración, vocación, ni ninguna de las condiciones que para eso se requieren?—No hacen falta tales requisitos para ser *comparsa*, que es lo que te indico. — ¡Ah! ¿Comparsa?—Sí; en el teatro hacen falta, como en la sociedad, personas que hagan bulto, lo cual ya es hacer

algo, y por hacer bulto dan un jornal, escaso, muy escaso, pero al fin un jornal.

Mi amigo me recomendó con interés á otro suyo, éste me dió una tarjeta para un empresario, y desde entonces, es decir, hace unos catorce años que me tiene usted, amigo mío, rodando de teatro en teatro, de empresa en empresa, ganando un pedazo de pan en invierno y pasando no pocos apuros en verano.

Decir á usted las cosas que he sido y los disfraces que he tomado, sería interminable.

Ha habido noches que me he retirado á mi helada buhardilla rendido de haberme vestido y desnudado de bandolero, de cortesano, de soldado, de fraile..... ¡Y qué tarea! Quitarse unas calzas y ponerse otras (todas amplísimas, porque ya ve usted que mis carnes parece que se divorciaron de mis huesos), ahora la casaca de botón dorado, luego la chupa y empolvada peluca de palaciego, después el hábito de estameña y la barba de monje; y muchas veces me mareo, me confundo, mezclo unas prendas con otras, y si no pago multas por estos descuidos es porque, á Dios gracias, los cabos de *comparsa* suelen ser buenos y se compadecen de mi edad, de mis desdichas y de la triste condición á que me ha reducido mi mala suerte.

Pues mire usted, catorce años, como llevo dicho, ando en estas cosas, y así entra en mí la afición á ellas como puede entrar el entendimiento en una piedra berroqueña. ¡Qué quiere usted, no lo puedo remediar!

Sucede en ocasiones que me acuesto después de haber sido *ricohome* de la corte de D. Pedro, y á la mañana siguiente llega el casero y me arma un escándalo porque no le tengo preparados los miseros treinta reales del alquiler mensual.

Otras veces me siento en escena con otros compañeros á una mesa en que se nos ofrece opíparo banquete, con asados de cartón, copas doradas de cartón, en las que derraman vino ilusorio, y todo por el estilo. ¿Quiere usted creer que aquella ficción me sirve de aperitivo? Pues llego á casa, y mi pobre Sofia, que se ha pasado la noche cosiendo para añadir un par de reales á la ganancia de mi reducido jornal, me dice:—Padre, esta noche es preciso tener resignación; en la tienda no me han pagado porque no estaba el principal, y no he podido comprar cena.—Por ti lo siento, hija, le contesto, porque yo vengo cenado. Hemos hecho esta noche *El Hijo pródigo*, y en el acto segundo nos han dado una comida que nos hemos chupado los dedos.

En fin, lo que pido á Dios es que no me falte el jornal, porque mi reposición en el destino de 6.000 reales se ha hecho ya imposible. Si conservaran los memoriales que he enviado pidiendo que me repongan, abultarían como los folios de un proceso célebre; mi edad ya no me permite buscar acomodo en otra parte, porque en todas piden gente joven, activa, amaestrada, dura para el trabajo, y en el teatro vivo como debe vivir en su celda el monje ó en su cuadra el condenado á cadena; yo soy un forzado de los bastidores como los que antes había en las galeras, y he tenido que apelar á mis artimañas, porque la ninguna afición que hacia el teatro tengo y el temor de desentonar los cuadros, me ha puesto en algunos apuros. En una obra en que un conspirador contra no sé qué rey nos obligaba á jurar sobre la espada que le seguiríamos al combate y no sé qué

cosas más, teníamos que gritar primero: «Si, sí, lo juramos», y después: «¡No, no, no!» Yo equivoqué los términos y me puse en contradicción con mis compañeros, y me llevé una reprimenda del primer actor, en cuanto cayó el telón, que creí que aquel día perdía mi modesta posición. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Accionar como los demás, pero no despegar mis labios. ¡Allá se las arreglen! digo para mi capote, y así no hay cuidado de que me equivoque.

.....
No puedo negar que las confianzas de D. José me enterrecieron, y que desde entonces me inspiran alguna compasión y simpatía los pobres comparsas.

Cuando antes los veía en el teatro amilanados, inmóviles, rígidos, andando á empujones de los que hacen de jefes de ellos, con las ropas mal pergeñadas, la peluca torcida ó la barba descolgándose, mirando con asombro cuanto les rodea, y asustados por el desparpajo con que el primer actor grita, manotea y se impone á los que están en escena y á los que ocupan las butacas, me reía de los comparsas y decía contra ellos alguna pulla ó alguna palabra burlona.

— Hoy me guardaré muy bien de hacerlo. En cada comparsa desgarrado é indiferente me parece ver un infeliz, que va, como D. José, en busca de un pedazo de pan y un puñado de garbanzos para él y su hija.

Claro está que ya no voy por las mañanas al Retiro, ni bebo agua de la fuente egipcia, ni paseo con mi amigo don José y su hija Sofía; pero los veo de cuando en cuando.

Alguna noche al retirarme á casa me los encuentro como los conocí. Juntos, vestidos como siempre, como siempre delgados y pálidos, como siempre resignados con su pobreza.

— ¿De dónde se viene, D. José?

— De cultivar el arte, amigo mío — responde con cómico sarcasmo.

— Y ahora á casita, ¿no es eso?

— Sí, señor, y de prisita, porque esta noche he hecho de conspirador tenebroso y me han dicho que el Gobierno nos sigue la pista.

Y siguen su camino en dirección á la mísera buhardilla.

M. MATOSES.





LA COSTURERA.—CUADRO DE BARBURGER.

OBSESION

¿Sabéis lo que es, en medio de la noche,
Cuando descansa la ciudad, y en ella,
Rendido todo á la quietud, parece
Que duerme el aire, y el silencio pesa;

Cuando no se oye sino allá á lo lejos
La temerosa voz del centinela,
Ó el reló que, monótono, en la torre
Pausado el curso de las horas cuenta;

Cuando rompiendo su prisión, del sueño
Por la espiral en lo ignorado abierta,
Cada alma emprende misterioso viaje
Al país idéal de su quimera;

Cuando en la vasta obscuridad nocturna
No hay una luz; cuando tan sólo velan
En las calles el vicio vagabundo,
Y el recuerdo tenaz en la conciencia?

¿Sabéis lo que es sentirnos en el hombro
Tocar por alguien que en la sombra acecha,
Y que os dice: «heme aquí, ven á la cita;
Soy yo, la insomne, la implacable idea»?

Entonces ¡ay! aunque en las tibias ropas
El cuerpo, revolviéndose, protesta,
Pronto la lucha entre Jacob y el Ángel
Se traba una vez más en las tinieblas.

Aquella imagen de espectral contorno,
Sombra que el alma á lo exterior proyecta,
Germen de un sér que á reclamar la vida
Desde los limbos de la mente llega,

Quiere dejar de la abstracción las cumbres,
Cual las del Globo estériles y yertas,
Hacerse carne, revestirse forma,
Ser realidad y vibración y fuerza.

La veis al lado aunque cerréis los ojos,
Á un tiempo amante y desdeñosa, mezcla
De tentadora seducción que atrae
É inasequible excelsitud que arredra.

Sus pupilas alumbran el espacio
Con una extraña claridad sidérea;
Su cuerpo es un vapor hecho escultura,
Clásica estatua modelada en niebla.

Mas en vano su espíritu impalpable
Queréis aprisionar en la materia:
La aparición, aunque os incita, os huye;
Os rechaza cruel, aunque os asedia.

Sois como el caballero que en los cuentos
Halla encantada á la gentil princesa,
Ignorando la mágica palabra
Con que romper el sortilegio pueda;

Y ante el fantasma os retorcéis, sintiendo
La ofuscación de la idéal belleza,
Hasta que, asiendos del cabello, os postra
Deslumbrados y trémulos en tierra.



¿En dónde el nexa misterioso se halla,
En dónde está la conjunción suprema
Del pensamiento y la palabra, verbo
Donde se encarna la hermosura eterna?

¿Cómo lograr que la divina Psiquis,
Sin apagar su lámpara de estrellas,
Por una escala mística de estrofas
Hasta los brazos del amor descienda?

¿Quién con las cintas de los áureos versos
Atará al carro que á la diosa lleva,

De dos en dos, las palpitantes rimas,
Como apareadas tórtolas gemelas?

Así, ambas alas desplegando á un tiempo,
La inspiración hasta los cielos llega,
La palabra halla así de que en el mundo
Son los objetos esparcidas letras;

El plan divino al descubrir, precede
Siempre á la vida en su ascensión perpetua,
Y en todo el lujo de esplendor produce
Lo que aun informe la creación bosqueja.



¡Oh poema imposible, cuya forma
Siento en el alma dibujarse incierta,
Cuyas estancias de flotante ritmo
Continuamente en mi interior resuenan;

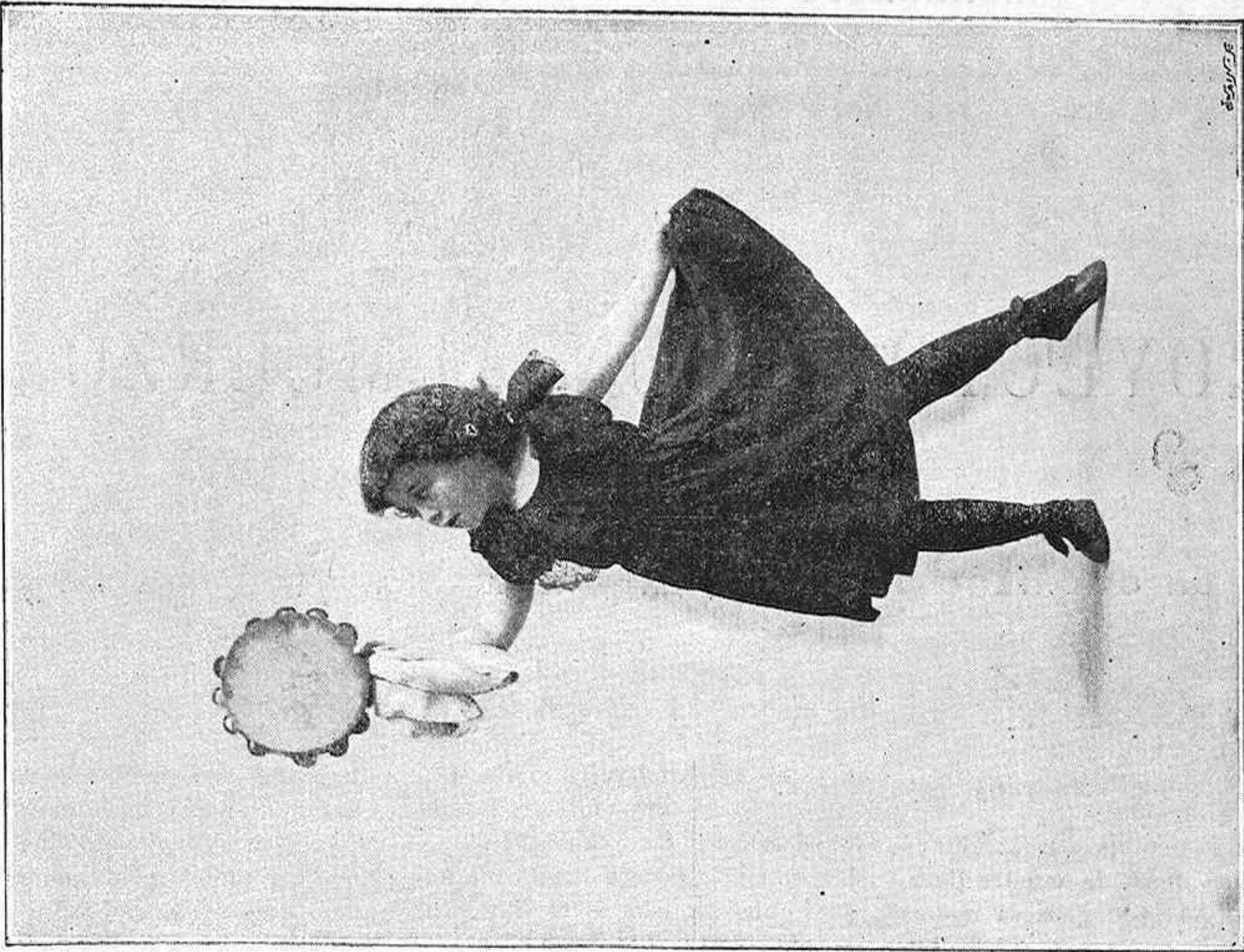
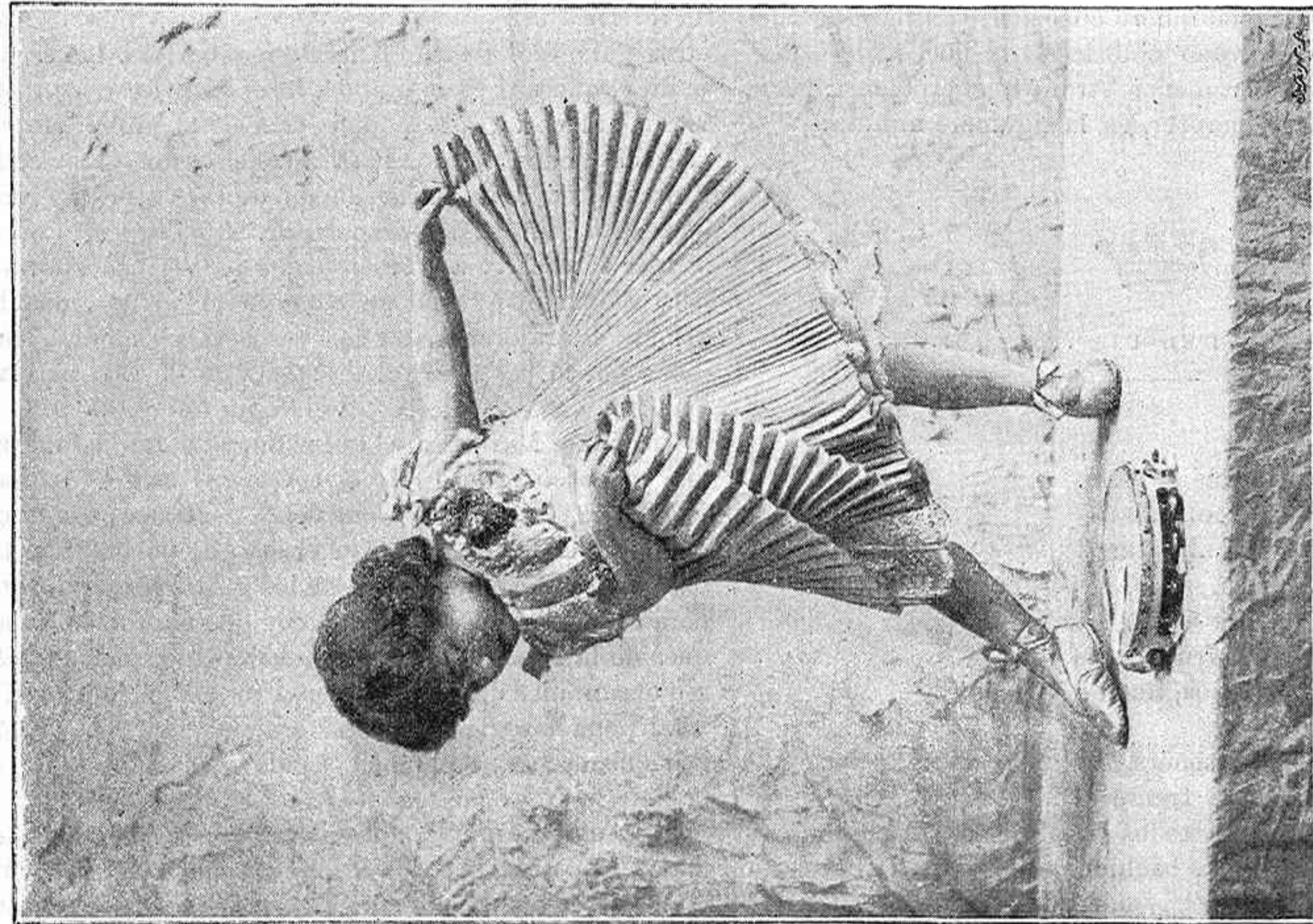
Sueño, idéal, aspiración, que llevo
Dentro de mí desde la edad primera,
Esquivo siempre á la inflexible frase,
Indócil á la rigida cadencia,

Si no me es dado transcribirte nunca
Vivo en los signos de la humana lengua,
Renace, al menos, en futuros días
Dentro del corazón de otro poeta!

EMILIO FERRARI.



LOLA.—CUADRO DE HENNER.



«SERPENTINAS» DEL PORVENIR.
(DE FOTOGRAFÍA.)



PROYECTO DE UN ALMUERZO

CARTA DE UN COCINERO DE S. M. Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE A...

Madrid y Mayo de 1894.

Mi distinguida y respetable señora: aun cuando yo estoy separado de la cocina desde la muerte de mi augusto amo el Rey D. Alfonso XII (de gloriosa memoria), no quiero dejar de responder lo antes que me ha sido posible á la atenta carta que con asuntos de mi profesión tuvo usted hace días la bondad de honrarme. Participame usted en ella que, deseando ofrecer un almuerzo á sus parientes y amigos íntimos para solemnizar sucesos felices que le deparó la fortuna en el transcurso del año 1893, fia á mi pericia en el arte (gracias le sean dadas por tal lisonja) la composición ó *lista* del almuerzo; al cual quiere concederle extraordinarias proporciones, algo así como notoriedad histórica, digna de los césares y magnates romanos. Arduo es el problema; pero allá va resuelto, á mi parecer, en la siguiente minuta:



ALMUERZO DEL DÍA *tantos*.....

Ostras.
 Consommé volaille.
 Salmón con salsa.
 Chuletas al natural.
 Mariscos.
 Asado de aves.
 Queso y frutas.
 Café, vinos, licores, etc.

¿No le parece á usted, señora, un excelente almuerzo?

¡Qué! ¿Arruga usted la frente como quien dice: «ese es un almuerzo semejante á todos los almuerzos, vulgarote y casi cursi, propio lo más de bachilleres que se han graduado con buenas notas?»

Un poco de calma, señora mía, y voy á explicarme.

Ya sé que las ostras, por ricas que sean, y lo son mucho,

no valen arriba de dos, cuatro ó seis pesetas la docena; y estas últimas traídas de Ostende en cajas neumáticas. Pero las ostras que van á servirse en nuestro almuerzo no son así: contendrán cada una su perla, y mandaremos por ellas á la isla de Ceylán, encargando que en la campaña próxima guarden los buzos las mejores, conteniéndolas en redes y barcazas hasta que nosotros avisemos que nos las envíen. El procedimiento para verificarlo no será nuevo, pues ya en la antigüedad un tal Apicio mereció honores singulares por haber inventado el modo de conservar frescas las ostras que del *Lucrúneo Lago* se le mandaban á Roma.

He nombrado á Apicio, y no quiero dejar pasar la ocasión de referir á usted un suceso notable de su mesa. Apicio era un romano de los más opulentos y sibaritas: fué el primero, se dice, que usó en el mundo vasos de cristal, los cuales tuvieron tal coste, que podían usarse de oro y piedras preciosas á menos precio. Para estrenar estos vasos convidó á Augusto, en cuya presencia un esclavo aturdido rompió el que se destinaba al Emperador. Apicio, furioso, mandó arrojar el esclavo al Tiber, como se verificó sin tardanza; pero Augusto, que no pudo evitar el castigo, mandó á su vez que le trajeran todos los vasos fabricados, y rompiéndolos por sí propio, exclamó:—«Obro de esta manera para que cada vaso no cueste la vida á un hombre.»

Continúo, Marquesa, el curso de mi carta, y digo á usted que tampoco ignoro que el *consommé volaille* se hace con una docena de pájaros á cincuenta céntimos cada uno. ¿Qué lujo sería este? Lo será, sin embargo, porque nuestro *consommé*, siguiendo las trazas de los gastrónomos antiguos, se hará con lenguas de ruiseñor, cogidos exprofeso en los bosques de la Alhambra; para lo cual mandaremos al *Chori*, á ese encantador de volátiles cuya magia incomprendible habrían pagado regiamente los Neronos y los Calígulas, aquellos que escogían para su regalo «las lenguas de lo que hablaba y de lo que cantaba».

Verá usted cómo Castelar, á quien considero uno de nuestros comensales, saborea el *puré* así confeccionado, sin percibir que es idéntico al que tan elocuentemente anatematizaba en sus primeros discursos contra las costumbres de Roma.



UN TRÍO ARMÓNICO.—(DE FOTOGRAFÍA.)



Respecto al salmón, pescado que de puro noble se va haciendo plebeyo, no crea usted que vamos á servirlo del Bidasoa ni de las rías de Marín, coloradote como brazo de lavandera y resistente como carne de toro. Nuestro salmón será blanco del Danubio, suave y exquisito como la lubina ó la dorada, aunque más aromático, y vendrá en agua de aquel río hasta Santander, desde donde lo trasladaremos á Madrid en la forma con que vienen las truchas salmonadas que se sirven el Jueves Santo á los pobres en el Palacio Real.

Note usted, señora, que yendo á Viena por el salmón, no hablo de traer á la vez los célebres cangrejos austro-húngaros, los más grandes, finos y gustosos de Europa, y para obrar así tengo mis razones. Hay en la Alemania que recorre el Danubio una frase vulgar que, refiriéndose á sorpresa de convidados, dice: «¡Sacude el perro!», lo que equivale en nuestra España á «¡frie más jamón!», ó cosa por el estilo. Esta frase significa que los cangrejos son aficionados á carne de perro, y que allí en los rincones del río, donde van á parar estos animales, es donde más abundan y se conservan los crustáceos. ¿Cómo había yo de exponer á usted á que en su mesa hubiese algún conocedor del asunto que, al ver cangrejos tan extraordinarios y saber que venían de Alemania, incurriese en la impertinencia de preguntar: «¿Han sacudido el perro?»

Llegamos á las chuletas, sobre las cuales cualquiera dirá que aun perteneciendo al *buey gordo* de París, poca diferencia habría en ellas de las comunes. Esto es un error. Las chuletas que hemos de ofrecer á nuestros convidados serán de oso, y vendrán de la Siberia, donde se cazan los ejemplares más apetecidos. El oso es carne de moda, singularmente en Alemania y Rusia, cuyos cocineros la adoban de una manera especial. Ya va trascendiendo á Francia su uso, y usted tendrá la gloria de haberla introducido en España. No tema usted que hagamos el oso en esta ocasión, sino que, por el contrario, haremos del oso un nuevo manjar para enriquecer las grandes mesas de Madrid.

Y vamos al marisco, entre cuyas infinitas variedades escojo únicamente el dátil como lo más sublime de la especie. El dátil de mar, llamado así por parecerse á la fruta terrestre de su nombre, es, como tantos otros caprichos de la naturaleza, producción exclusiva de un punto determinado; y así como el *éperlan* no se cria más que en el Sena, y el *whitebait* en el Támesis, y la angula en el Nervión, y el pececillo de rey en las costas de Málaga, del propio modo el dátil no se produce más que en la isla de Menorca. Hay que ir allá por él; pero como es un marisco que se come crudo, y á la altura de nuestro almuerzo sería extemporáneo este manjar, lo serviremos en conchas con salsa de camarones, encargándole al cocinero que no los duerma en la lumbre, para que conserven el gusto que en casos análogos disfrutaban los conocedores de las Baleares.

Este servicio en conchas merece alguna consideración de que no quiero prescindir. Las conchas privilegiadas, entre el número infinito de ellas que pueblan el mar, son las que, por su tamaño manuable, su forma de cajita de dijes, su rayado artístico, la placidez de su color externo y el suave almohadillado de sus caras interiores, se conocen en el mundo con el nombre de *conchas*. Cuéntelas la ciencia por millonadas de especies, que si usted dice que tiene una *concha*, nadie ignorará como es. Los antiguos las llamaban

Conchas de Venus, por considerar que solo de una envoltura de esta clase podría haber brotado la diosa de la belleza entre la espuma de las aguas. Sirviéronse de ellas para usos civiles y políticos, pues que hasta para emitir votos solemnes los consignaban en conchas; introdujéronlas en la arquitectura como ornamentación natural y de gracioso aspecto; usáronlas en la orfebrería para fabricar caprichosas prescas y utensilios de lujo; en una palabra, idealizaron las conchas. Llega la Edad Media y se cubren con ellas los mantos de los peregrinos; escúlpense en forma de conchas las pilas del agua bendita; con conchas se retrata á Jesucristo bautizando á San Juan; y en fin, á las mujeres que se amparan bajo el nombre de la Concepción Purísima se las llama *Conchas*. Tiene además en nuestro país la concha una circunstancia especialísima. Cuando el Apóstol Santiago sufrió martirio en Palestina, sus discípulos dispusieron traer á España su cadáver para ofrecerle sepultura en la tierra donde había visto la luz. Pero no todos estaban contestes en el lugar de su nacimiento, y, con el fin de precaver disputa, acordaron que la barca en que viniera se gobernase por sí propia, teniendo después por patria del Apóstol el punto en que se detuviese. La nave bogó, en efecto, á la ventura hasta la comarca de Compostela, frente al sitio en que hoy está edificada la capital, y, ¡caso milagroso! los costados del endeble buque pudieron resistir la furia de los mares, merced á una capa de conchas que los reforzó, defendiendo la preciosa carga que conducían. Desde entonces los peregrinos que de toda la cristiandad comenzaron á visitar la tumba del Apóstol, dieron en cubrir sus vestiduras de conchas también, como para fortalecer su espíritu y su cuerpo en los azares de la santa visita; llegando á ser tan copiosa la demanda de este atributo religioso, que, conferido á la Basílica el privilegio de su expendición, fué en adelante una de las más pingües rentas de la mitra compostelana. Resulta, pues, de lo dicho, que las conchas pueden clasificarse en tres periodos históricos con la siguiente significación:—Edad antigua: símbolo pagano.—Edad media: atributo religioso.—Edad moderna: nos las comemos.

Pensaba, ilustre Marquesa, suprimir en nuestro almuerzo el asado, porque el ave seca no es verdaderamente plato de por la mañana; pero como en un convite de cierto fuste no deben omitirse los pollos de Mans ó de Bayona, los serviremos trufados, aunque con la novedad de que no se descubran las trufas. Para ello hay que preparar los pollos un mes antes de asarlos, haciéndoles comer trufas negras de Perigord, no blancas del Piamonte, que, aun cuando gustosas, son menos aromáticas, y con este procedimiento adquirirán las tiernas aves un sabor exquisito y una fragancia suprema.

No me pregunte usted, señora, si á los pollos les gustan las trufas: sospecho que no; mas así como á los pavos se les atraca de nueces para que engorden, y á los gallos se les emborracha para que se ablanden, los pollos tragan á pedacitos las trufas, quieran que no quieran, merced al dedo gordo del cocinero. Este y otros delitos que se cometen contra los vivientes comestibles en la alta y la baja cocina son atroces, sin duda, aunque nunca tanto como degollarlos después, asarlos y comérselos. Además es sabido que, consultado un gran jefe sobre si era cierto que á las anguilas había que desollarlas vivas para que estuviesen sabrosas, y

respondiendo que sí, se le objetó de crueldad con los pobres animales; á cuya querrela él repuso casi emocionado:—«No negaré que al principio debió dolerles mucho, pero ya están acostumbradas y no chistan.»

Lo que nos va á ser difícil y costoso es proveernos de frutas frescas, en armonía con el tono del almuerzo. Propongo dos clases: una indígena y otra exótica. La primera será palmito de Elche, y la segunda, mangustán del trópico.

Ya sabe usted que el palmito fresco se obtiene esterilizando una palmera de las que tardan ochenta ó cien años en criarse. En el corazón de ese árbol poético, á quien se atribuye la primitiva idea del matrimonio, subsiste, á pesar de los años, un cogollito tierno como el primer amor, sabroso y delicado, que va á producir delicia en nuestros comensales.—Nada digo del mangustán, reina de las frutas, proclamada en ambos hemisferios como sin rival en el mundo; mezcla de melón, naranja y piña; de almendra, avellana y nuez; de uva, melocotón y pera; conjunto de todos los sabores exquisitos y de todos los aromas indefinibles con que la naturaleza ha dotado á las frutas, y que, como compensación á los ardores del trópico, reservó para la línea equinoccial, sin permitir en ninguna otra parte su producción y cultivo.—Ya ve usted que va á costarnos caro el mangustán dichoso, porque su propia extraordinaria naturaleza lo hace flor de un día; pero los adelantos físico-químicos de la época nos permiten esperar que un ingeniero nos venga de Singa-pore con la fruta deseada, con esa fruta que salen á ofrecer en alta mar escuadrillas de esquifes á los viajeros del extremo Oriente. ¿No vienen ya frescas á Europa las carnes de la América del Sur? Quizá, andando el tiempo, si movilizásemos el mangustán, le elevarían á usted una estatua los anglo-indios, como los holandeses se la han levantado al que ahumó la sardina y difundió esta riqueza de sus mares por todo el orbe.

Dos palabras nada más para ocuparme del queso. Prescindiendo de cuantos se fabrican en Europa, y voy á encargarme

que nos lo hagan en Fez ó en Mequinez con leche de camelias, cosa que será tan original como de gusto, y que puede abrir camino á un *modus vivendi* en las relaciones comerciales hispano-mauritanas. Ya sabe usted que nuestro porvenir está en Marruecos.

Otras dos palabras todavía sobre el vino, y concluyo. No voy á mandar por lo que bebamos ni á las bodegas de Jerez, ni á las del Marne, ni al Rhin, ni á Siracusa, ni siquiera á Chipre: nuestro vino vendrá de Londres; ¿se admira usted? vendrá de Londres, y estará elaborado con uvas de la *Gran Parra*, de ese monumento vitícola que los ingleses adoran, quizá porque no tienen otro, aun cuando él sea el mayor del mundo. No quiero participar á usted las mañas de que he necesitado valerme para adquirir tan singular licor; pero bástele saber que nadie lo ha bebido hasta ahora, y que nosotros lo beberemos aunque resulte un poco agrio.

¿Cuánto nos costará el almuerzo?—Usted en este punto no me pone cortapisa, sino que desea quedar bien, cueste lo que cueste; mas yo, que soy hombre de orden, he echado mis cálculos y creo que con quinientas mil pesetas hay suficiente para el programa anterior, y quizá sobre alguna cosa, en cuyo caso podemos hacer que la cartulina y tinta de los *menus* se reemplace con chapas de oro y letras de esmalte azul, constituyendo así unos verdaderos *imperdibles*.

¿Qué es todo esto, respetable Marquesa, comparado con la gloria que usted obtiene? De los antiguos romanos se conserva, en ocasión parecida, esta hermosa frase: «Hoy come Lúculo en casa de Lúculo»; es decir, hoy se sientan á la mesa el sibaritismo y la prodigalidad. ¡Qué comida!

Pues bien, señora; si usted sigue mis consejos, quizá las generaciones venideras digan de nuestra España: «Aquel día almorzaron en casa de la Marquesa de A... sus parientes y amigos Be, Ce, De y Efe. ¡Qué almuerzo!»

Quedo á los pies de usted.

UN COCINERO DE S. M. (*jubilado*).



